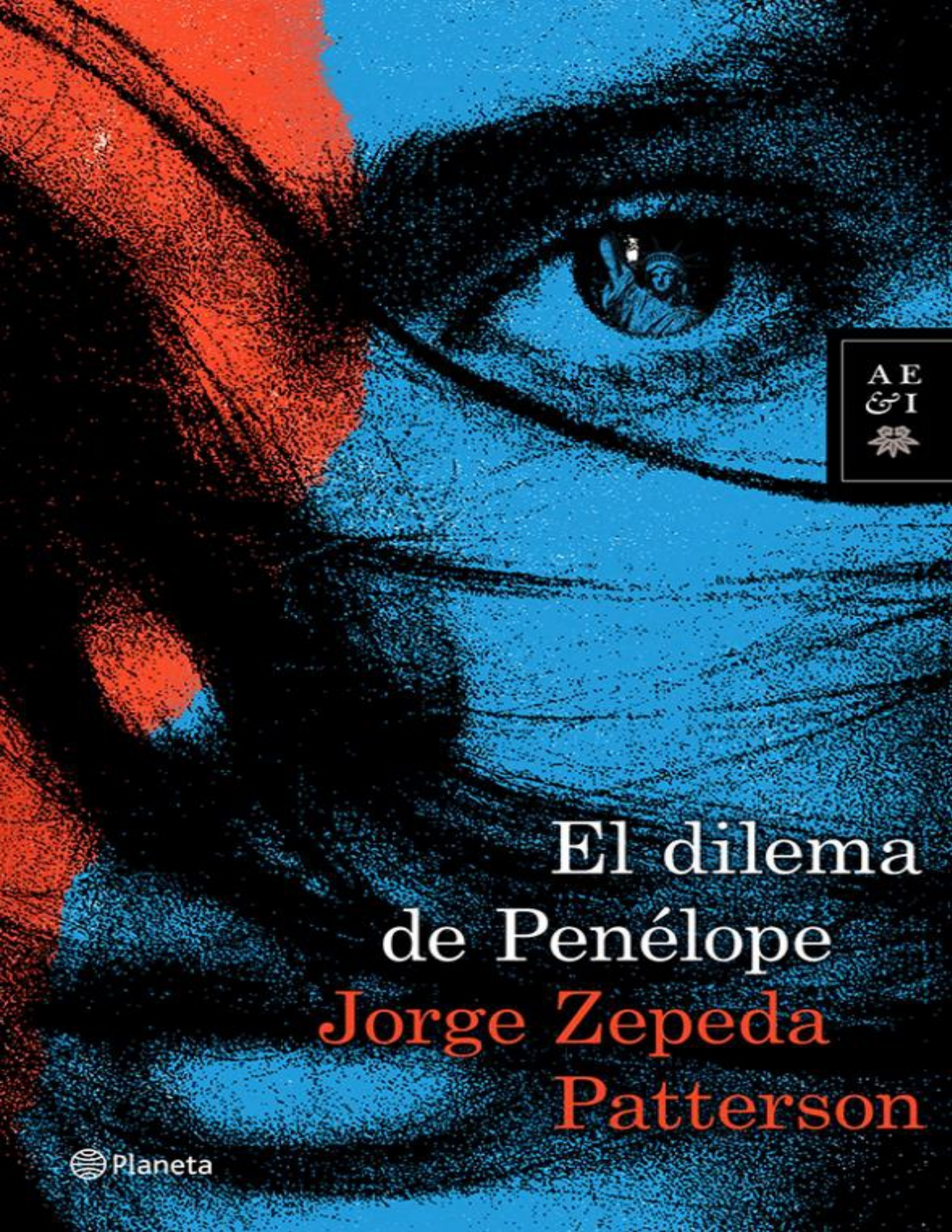




AE
& I
✿

El dilema
de Penélope
Jorge Zepeda
Patterson

Jorge Zepeda Patterson



El dilema de Penélope

 Planeta

Contenido

1. Una oportunidad
2. El regreso
3. El pelo alaciado
4. Algo raro está pasando
5. Geneve, un Sicilia para un bocado de cardenal
6. Un Coyote en el Gato Azul
7. Comité de reelección I. Llámalos por su nombre
8. Estamos jodidos
9. *On the road I*, lo peor es el estreñimiento
10. Yo me encargo del negro
11. *On the road II*: ¿queremos otro Álamo?
12. Peggy. Por su boca muere...
13. Cookas y Tonys
14. Lo que suceda en Las Vegas, se queda en Las Vegas...para siempre
15. El arte del profesional
16. Una tal Penélope
17. *On the road III*. Come frutas y verduras
18. Comité de reelección II. *Hispanos, you are fired*
19. Come frutas y verduras II
20. *On the road IV*. *Penelope goes to Washington*
21. *On the road V*. Lo que sucede en la cabina se queda en la cabina
22. Bienvenido al mundo real
23. *White trash*
24. La Casa Blanca no te ha hecho mejor persona
25. El Cuarto Poder
26. El teléfono rosa
27. Saúl y la bella falsa
28. Un problema de cien fuegos
29. Ojalá sean postizas
30. Los 120 segundos más breves de su vida
31. Ha llegado la hora de llamar a Page
32. Seguramente son naturales
33. Comité de reelección III. Spencer tiene miedo
34. La chica número 42
35. Comité de reelección IV. MAWA y PUTO
36. El Cuarto Poder a escena

37. ¿Qué quiere Wotan?
38. El Cuarto Poder sale de escena
39. Feromonas en la cocina
40. Aquí solo hay un adulto
41. ¿Qué es eso de los nibelungos?
42. Un minuto de 40 segundos
43. El héroe de la película
44. La puerta era blindada
45. Una ardilla en el cerebro
46. Ponte el chip
47. Los nibelungos, otra vez
48. Salto de cama
49. No es un incesto vicario
50. *Saúl goes to Washington*
51. *Would you still love me tomorrow?*

Epílogo

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

*A Susan Crowley,
por lo que se ve y por lo que no.*

Técnicamente estoy muerta. Mi familia y mis amigos asumen que desaparecí para siempre. Y más vale que así sea, si mis enemigos se enteran de que sigo viva, pronto seré cadáver. Hasta hace unos días me llamaba Penélope Hunt. Hoy cambio de nombre cada 24 horas. Necesito sobrevivir al menos lo suficiente para escribir esta historia y dar cuenta de la infamia que se ha cometido.

No tengo pruebas para demostrar quién está detrás de todo esto. Los que pueden confirmarlo están muertos o demasiado atemorizados para hablar. Yo misma no me lo creería si lo hubiera escuchado hace un mes. Hoy por la mañana, al despertar, mi mente tuvo el primer reposo desde hace semanas; durante unos instantes estuve convencida de que todo no era más que una absurda pesadilla. Pero mis dedos, empeñados siempre en joder mis buenos propósitos derramando tazas y rompiendo platos, hicieron su acostumbrado papel de abogado del diablo: palparon con avidez la herida en la cabeza, reinstalando de nuevo el recuerdo de Coyote y de los que vienen detrás de él.

1. Una oportunidad

Una oportunidad, lo que se dice una oportunidad, no era, pensó Penélope Hunt. Pero igual aceptó el puesto. Con el tiempo llegaría a la conclusión de que lo había hecho por estricta vanidad. Henry Winter le había ofrecido un trabajo en Savethemall.org con un argumento irresistible para alguien que estaba convencida de que sus mejores años y sus últimos ahorros se habían esfumado.

—Vas a ser la activista más sexy en la historia del rescate de los barrios pobres de Los Ángeles, los chavos banda acudirán al centro comunitario, aunque sea con la esperanza de meterse en ese trasero tuyo —le dijo, apreciativo.

La vulgaridad de la frase le hizo recordar a ella la razón por la cual había puesto fin a la breve temporada en la que Henry había sido su amante años atrás. Sin embargo, no iba a cancelar una posibilidad de un trabajo solo por la procacidad de la invitación.

—No sirvo para esas cosas; demasiado rubia y alta para despertar confianza entre la raza de bronce —respondió Penélope. Si bien hablaba un español aceptable gracias a su madre mexicana, los genes noruegos dominantes de su padre la habían convertido en una vikinga. Se veía más cerca de hacer una audición para una película de Conan el Bárbaro que para una de Frida Kahlo.

—No necesito que inspires confianza, solo que los atraigas al programa. Ya sabes el dicho: «Dos tetas jalan más que los bueyes de una carreta».

—Decídete, el trasero o las tetas —respondió ella, comenzando a sentirse incómoda. Se encontraban en la terraza de un bonito restaurante de West Hollywood, apenas a tres cuadras del local comercial que el día anterior ella le había entregado a su propietaria, luego de su fracaso como comerciante de velas para la meditación y aceites para toda ocasión. Para atenuar la tristeza que le provocaba su enésimo desastre vocacional, se había puesto un vestido de piel entallado y botas de tacones imposibles. Por la mirada de todos los varones de las mesas vecinas, supuso que se había excedido.

—Los chavos van a caer como moscas en tu red. Lo más cercano que van a estar de una *top model* en su vida —dijo Henry, categórico, sin asomo de ironía mientras se llevaba a la boca una tostada de carpacho de salmón y la enjuagaba con un largo trago de vino espumoso italiano. Henry vivía del trabajo asistencial a favor de los pobres, aunque estaba convencido de que eso no lo obligaba a comer como ellos.

—Tampoco abuses. Salvo que hables de modelos de tallas extragrandes —dijo ella al recordar los tres kilitos que se recriminaba todos los días frente al espejo.

—No seas así, por los viejos tiempos, ayúdame —dijo él, modificando el tono—. Si no levanto la asistencia al centro comunitario, la oficina del alcalde cancelará mi presupuesto. Aunque te parezca ingenuo, para muchos adolescentes es la diferencia entre ser reclutados por las bandas y al menos tener una oportunidad en la vida.

—Pinche Henry, por allí debías haber comenzado y no por las tetas y el trasero —objetó ella.

—Tienes razón, debí haber comenzado por el trasero —dijo y estiró la mano para acariciarle el brazo.

—Ni lo pienses —protestó Penélope, echándose para atrás en el asiento—, esta *top model* está en veda permanente para ti; además, no me meto con compañeros de trabajo —añadió, aceptando el empleo de manera implícita. No estaba del todo segura de que fuera una buena idea. Pero necesitaba el trabajo. Henry no sería problema, siempre había sido más ladino que amenazante. Sabría como mantenerlo a raya y, al parecer, solo supervisaría a distancia su trabajo en el centro comunitario. Pero se preguntaba si estaría a la altura del desafío de un barrio bravo en el que nunca había vivido.

Se separaron en la banqueta como viejos examantes; él, creyéndose con el derecho de sostener más tiempo del necesario un abrazo estrecho que a ella le pareció impúdico. Pero estaba contenta. El trabajo le venía de perlas para dejar de rumiar el fracaso anterior; con un poco de relaciones públicas de su parte, los demás verían su nuevo empleo como el resultado de una admirable decisión; dejar un negocio rentable para emprender un trabajo mal pagado en beneficio de los más necesitados. Algo que reparaba su imagen ante los demás y, en esa medida, ante sí misma.

Lo de compañeros de trabajo con Henry resultó un eufemismo. Él no volvió a aparecerse después de la primera sesión, cuando la llevó a conocer el centro comunitario SAPO y le presentó a las dos asistentes que lo llevaban hasta entonces. Cuando Penélope las vio, entendió por qué el SAPO se había convertido en un páramo. Puff y Paff, como terminó apodándolas, eran la imagen misma del aburrimiento. Una versión desangelada del hipismo de los sesenta; lacias y canosas, de cutis apergaminados y dientes pardos. Puff tenía los ojos hundidos que en otras personas sugerían miradas profundas y misteriosas; en ella simplemente eran ojos hundidos. Penélope se enteró más tarde de que lo más llamativo de las noches latinas a las que convocaban el fin de semana consistía en unas piñatas irrompibles rellenas de cacahuates rancios donados por el supermercado del barrio. Tampoco ayudaban las instalaciones: salones áridos con sillas de metal oxidadas, paredes de un color que hacía pensar en la sopa de una boda, vagamente beige, pero en esencia indefinible.

Henry le había hecho prometer que al menos doblaría la asistencia, pero a ella le bastó observar la primera sesión de lotería organizada por Puff para darse cuenta de que bastaría una jugada de póker con un par de sus amigos para duplicar el público. Una semana después de asumir la dirección del lugar, anunció clases de tubo los viernes, pijamadas de reguetón los sábados y maratón de bongós las tardes de los domingos. En realidad, el éxito inmediato que su programa provocó en el barrio tuvo menos que ver con los eventos y más con las invitadas que llamó en su auxilio: una *troupe* de amigas que se ganaban el pan en el *table dance*. Le debían algunos favores desde que intentó organizar unos años antes una federación de sindicatos de

profesionales del tubo. El tipo de fracasos que al pasar los años dejan dividendos, asumió ella, como lo hacía en cada ocasión que tenía que volver a cerrar una puerta. Alguna vez debió reconocer que, si los fracasos dejaran dividendos, estaría viviendo en Saint-Tropez.

El lugar pronto se abarrotó, la prensa local publicó un par de reportajes y Henry se convirtió en invitado frecuente de los *talk shows* de la radio comunitaria. Explotaba el éxito del SAPO como si fuese mérito suyo. Pero a ella no le importaba; le gustó su nuevo trabajo. Le resultó tan fácil convertir el centro comunitario en un congal exitoso que se convenció de que por fin había encontrado su vocación. Siempre quiso tener un bar o una discoteca, y esto era lo más parecido, con la ventaja de que ahora se ganaría puntos en el cielo. Incluso las clases de yoga por las mañanas, antes desoladas, se abarrotaron cuando cambió al instructor calvo y huesudo por Tania, una mulata de pezones duros y alargados. Penélope le sugirió que no usara sostén durante las sesiones.

El paraíso que había creado comenzó a tener problemas cuando las dos principales bandas de la zona quisieron convertir las instalaciones en campo de batalla. Aunque el lugar se encontraba justo en el límite entre los respectivos territorios, hasta entonces los jóvenes lo habían ignorado olímpicamente. Nada había en el país de Paff y Puff que lo hiciera atractivo. El carnaval que organizó Penélope lo transformó en una codiciada franja por la cual más de uno de los pandilleros asumió que merecía morir o, más exactamente, matar. Circuló el rumor de que los dos ejércitos se aprestaban a despedazarse con tal de disfrutar del paraíso en exclusiva.

Los dos líderes no podían ser más diferentes, aunque ambos apenas rebasaban los veinte años. Saúl, la cabeza de la RR11, era guapo, astuto y despiadado. Pancho, el mandamás de Los Hondos, solo era despiadado; sustituía la falta de belleza e inteligencia haciendo alarde de su salvajismo. Se supone que entre Los Hondos predominaban hondureños y salvadoreños, y todos profesaban los rituales de la Mara Salvatrucha; por su parte, la RR11 reclutaba a sus esbirros entre los mexicanos de segunda generación. En la práctica, las infanterías eran intercambiables.

Penélope pudo intervenir gracias al oportuno aviso de Gary, cabecilla de la distribución de heroína. Un afroamericano con pinta de rapero, a quien le hacía muy poca gracia que su clientela resultara diezmada por una estúpida disputa limítrofe. Le planteó a ella el tema como un asunto de negocios; a ninguno de los dos le convenía perder una cuota importante de mercado.

Penélope los citó en un bar y les hizo creer que vería a cada uno por separado. Fue una precaución imprescindible. Probablemente se habrían matado al momento de verse las caras si el matón que le asignó Gary no los hubiera obligado a entrar desarmados. Pese a todo, cuando se sorprendieron al encontrarse en el mismo salón, Penélope apenas pudo contenerlos. Los obligó a escucharla. Si querían regresar a las sesiones de bingo comandadas por Paff y Puff, podían salir y darse de cuchilladas, ella levantaría el campo y no volverían a verla. Ni a ella ni a su banda de amigas. Pero antes de desaparecer se aseguraría de que los miembros y rivales dentro de sus propias pandillas se enteraran de que habían sido ellos los responsables de la clausura.

El guapo de Saúl fue el primero en ceder. Su madre era una asidua a los cursos de computación y redes sociales que ahora ofrecía el centro comunitario.

—No podemos mezclarnos en el SAPO, la tropa armará batallas campales aunque nosotros no lo queramos —dijo, lanzando un vago gesto en dirección a su contrincante.

—Lo he pensado —respondió ella—. Propongo que lunes, miércoles y viernes sean para Los Hondos, y los martes, jueves y sábados para la RR11. Los domingos serán días familiares, ninguno de ustedes se aparece.

—Yo quiero los sábados —dijo Pancho, haciendo un rictus con la fea cicatriz que le cruzaba el rostro. Sin ella simplemente habría sido un adolescente desagradable; con ella resultaba un adolescente desagradable de apariencia aterradora.

—Ni lo pienses; este barrio fue mexicano antes que salvadoreño. Podemos permitir que se aparezcan, pero nosotros escogemos los días —dijo Saúl, irguiéndose.

Por un momento se encararon como dos boxeadores frente a las cámaras en una ceremonia de peso. Ella asumió que los dos habían visto demasiado FWC en la televisión.

—Tranquilos, también pensé en eso. Lo resolveremos en un duelo entre ustedes dos. Nadie sabrá el resultado fuera de estas paredes, el ganador escoge los días.

—¿Un duelo? No digas pendejadas —protestó Pancho.

—¿Qué, culero? ¿Tienes miedo de perder? —se burló Saúl.

—¿Cuchillos? ¡A ver si eres tan machito! —respondió el otro.

—Ni cuchillos ni cadenas: palillos chinos —interrumpió ella. Ambos la miraron con expresión confusa y luego reflexiva, tratando de descifrar a qué tipo de armas se refería. Por un momento supusieron que se trataba de alguna variante de los chacos, algo relacionado con artes marciales.

—¿Cuándo? —dijo Pancho, ahora sí decidido y probablemente recordando alguna imagen de Bruce Lee, su ídolo personal, como lo revelaba la imagen tatuada en uno de sus bíceps.

—Ahora —respondió ella y extrajo de su bolsa un atado de palillos chinos—, ¿quién comienza?

Los dos la miraron incrédulos. Saúl soltó una carcajada y asumió que se trataba de una broma.

—El que sume más palitos antes de perder, se queda con el sábado —dijo Penélope.

—No jodas, eso es de niños y morritas —protestó Saúl.

—Yo comienzo —dijo Pancho, con una sonrisa. El líder de Los Hondos se ufana de su pulso; en los bares solía alardear de la velocidad con la que encajaba en la mesa un cuchillo entre los dedos.

Le arrebató a Penélope los palillos y los dispersó sobre la mesa. Frunció el entrecejo, una protuberancia en la superficie de madera los había amontonado de fea manera. Saúl se relamió los labios en un gesto de sorna.

Pancho logró recuperar diecisiete palillos antes de testear, casi imperceptiblemente, uno de color verde. Ella suspendió su turno. Le llamó la atención que no protestara su fallo. Cualquiera otra persona lo habría hecho, ella misma no estaba muy convencida de haber captado el movimiento y sin embargo él aceptó sin chistar su arbitraje. Penélope pensó que los códigos de honor de estos asesinos eran una cosa misteriosa.

Saúl tomó el hato de palillos y los tiró tratando de eludir el accidente de la mesa. Logró una disposición a modo, no obstante, el pulso de fumador lo traicionó. Tras

levantar ocho palillos trabajosamente, decidió evitarse una probable humillación.

—Quédate con el sábado, total, los viernes llegan antes —dijo mientras recogía el resto de los palillos con ambas manos.

A partir de ese día y sin buscarlo, ella se convirtió en la interlocutora de confianza de ambos líderes, cada cual por su lado. Al paso del tiempo empezaron a buscarla para llegar a acuerdos entre ellos. Saúl externaba el viernes una preocupación o una queja sobre la banda rival y el sábado Pancho le ofrecía a ella su punto de vista. Otro fin de semana, Los Hondos le comentaban la intención de detener los avances de una banda de colombianos y querían saber si eso desataría una guerra con la RR11. Sin proponérselo, Penélope fue primero confidente y después algo parecido a una consejera de cada uno de los cabecillas. La separaban de ellos diez centímetros de estatura y trece años de diferencia, pero hablaba mejor español que los dos pandilleros, aun cuando Pancho había llegado de pequeño y Saúl era un mexicano de segunda generación. De cualquier manera, por lo general hablaban en un inglés salpicado de jerga chicana local que Penélope dominó rápidamente. Para ambos, esta mujer constituía un ave rara y fascinante. Era la primera oportunidad en su vida de relacionarse con una rubia que parecía pertenecer a otro mundo, al mundo que tenían vedado y del que solo podían esperar una mirada en la que se mezclaba por igual el miedo y el desprecio. Penélope, por el contrario, los había aceptado como lo que eran y los trataba con naturalidad y respeto, en ocasiones incluso con aprecio.

Los dos terminaron seducidos por la directora del SAPO, edulcorados por alguna versión de enamoramiento, aunque Pancho habría preferido que le cortaran un brazo antes que reconocerlo. Saúl, en cambio, coqueteaba abiertamente con ella, aun cuando en los hechos daba por sentado que no tenía ninguna oportunidad real de que ese flirteo lo convirtiese en su amante.

Penélope terminó por acuñar un sentimiento casi maternal por Pancho, el feo y salvaje líder de Los Hondos, entre otras cosas por su feroz timidez. La conmovía la mirada devota y silenciosa con que la seguía durante sus visitas al SAPO y la manera puntual en que cumplía todas sus sugerencias y consejos. Le provocó un ataque de ternura percibir cuánto había cambiado su higiene al menos en los días en que acudía al centro. El pandillero de pelo sucio, axilas sudorosas y ropa eternamente grasosa que había conocido se transformó en un pandillero afeitado, desodorizado, aunque invariablemente vestido de mal gusto. Proyectaba el estado lastimoso de un perro recién bañado, pero al menos olía mejor.

El guapo de Saúl, en cambio, le despertaba una atracción que prefería mantener a raya. Aun cuando nunca llegó a propasarse, el joven aprovechaba cualquier oportunidad para hacerle un piropo, una invitación velada, una frase de doble sentido que bordeaba la obscenidad. Sin embargo, ella le llevaba una vida en materia de juegos verbales y requiebros adolescentes. Le respondía, lo retaba y terminaba por ponerlo en su sitio. El cortejo fársico terminó por convertirse en una broma entre ellos. De cualquier manera, le resultaba divertida y conmovedora la manera en que el joven pretendía pasar por un hombre de mundo, experimentado y sobrado pese a sus veintiún años y su desconocimiento de tantas cosas del resto de la vida.

Pese a todo, hubo un incidente que llevó a Penélope a reconsiderar su relación con

ellos y la hizo pensar que no debía subestimarlos. Una noche, Tania, la atractiva instructora de Yoga, fue atacada de camino al boulevard en el que solía tomar el ómnibus que la llevaba a casa. Un adolescente la jaló a un callejón, la golpeó en el rostro y la tiró al suelo con el aparente propósito de violarla. El chico era enclenque y la maestra elástica y musculosa; tras un forcejeo violento logró zafarse y salir bien librada, aunque con la camiseta destrozada y una fea mordida en el hombro. Al día siguiente, un hermano la acompañó al SAPO para presentar su renuncia y recoger lo que guardaba en el armario de los vestidores. Penélope se enfureció; llamó por teléfono a Pancho y a Saúl y los hizo responsables. Un día más tarde apareció el cadáver del atacante en el mismo callejón en el que había intentado cometer su crimen. El cuerpo exhibía una multitud de cortes, lo cual suponía una agonía larga y dolorosa. La primera reacción de Penélope fue de alarma y arrepentimiento, pero al pasar los días asumió que se trataba de algún tipo de justicia de barrio. Tania, que algo sabía del tema, pareció comprenderlo mejor; al día siguiente se presentó al trabajo como si nada hubiera pasado. Entendía que a partir de ese momento nadie volvería a tocarla. Resultó que el atacante había sido un chico de origen hondureño, lo cual llevó a la directora del SAPO a temer que se desatara una guerra de venganza entre las pandillas. Saúl la tranquilizó asegurándole que la RR11 no era responsable del ajusticiamiento; eso significaba que había sido el propio Pancho quien había ejecutado a uno de los suyos. Nunca más volvió a hablarse del asunto, sin embargo, Penélope entendió que, pese a su juventud e inexperiencia, nunca debía olvidar que Saúl y Pancho eran criminales y jefes de pandillas de costumbres salvajes y peligrosas.

Al pasar el tiempo, Henry prosperó, Saúl y Pancho consolidaron sus liderazgos y Penélope se convirtió en la reina de Compton, Los Ángeles. Pero entonces Dan Thompson quiso regresar a la Casa Blanca y todo comenzó a venirse abajo.

2. El regreso

Bob Spencer era de ultraderecha por la misma razón que Bush hijo fue presidente o Strauss músico. Los ancestros de Spencer habían sido hacendados de plantaciones de esclavos en Georgia: su abuelo, un líder regional del Ku Klux Klan, su padre, un coronel genocida en Vietnam. Genes y crianza lo habían convertido en un reaccionario en estado puro, alguien que consideraba comunista a todo hogar que no exhibiera una bandera estadounidense en su jardín frontal.

Su brazo derecho, Luca Page, no era conservador o alguna otra cosa; simplemente era un intelectual desencantado, convencido de que ninguna ideología o convicción era más importante que el pago de la hipoteca de su millonario departamento.

Se encontraban en el despacho de Spencer, en el cuarto piso de un edificio de la calle Pensilvania, a solo unas cuerdas de la Casa Blanca. Las paredes de la oficina estaban forradas de pantallas digitales que mostraban gráficos multicolores. Aunque técnicamente ambos estaban en el desempleo tras la reelección frustrada de Thompson, se habían mantenido en operación gracias al generoso financiamiento de los poderosos cabilderos que buscaban el regreso de los republicanos al poder. Spencer había sido el consejero de Seguridad en el gabinete del expresidente y Page su estrategia y principal asesor.

—El presidente solo aceptará si se convence de que puede ganar —dijo Spencer irritado, como si Page fuese el responsable personal de la caída del mandatario. Los dos habían adoptado la costumbre, como el resto de los miembros del comité de reelección, de seguir llamando presidente a Thompson. En una de las primeras reuniones, uno de los integrantes, un senador y presidente de la asociación de padres cristianos, cometió el error de llamarlo por su nombre y nunca más fue invitado a otra sesión.

—Pues en este momento es imposible garantizárselo —respondió Page mientras manipulaba el teclado de la computadora y señalaba con la cabeza en dirección a las pantallas—, demasiadas variables en juego.

—No le gusta perder —insistió el jefe, como si no hubiese escuchado a su asesor.

—La primera vez compitió con menos probabilidades y se animó a hacerlo —argumentó Page con poco convencimiento, anticipando la respuesta del otro.

—La primera vez ganaba simplemente compitiendo; posicionar su apellido era suficiente recompensa cuando esto arrancó. Todos estábamos en ese barco solo por el gusto de organizar una campaña presidencial. Pero ahora cualquier cosa que no sea regresar a la Casa Blanca es una derrota. Y si no quieres volver a tu cubículo universitario a revisar ensayos de mierda, más vale que encuentres la manera.

La acidez que le subió por la garganta tensó las mandíbulas de Page, pero contuvo

cualquier otra reacción. Su jefe era un coleccionista de las pequeñas debilidades ajenas y las atesoraba con la pasión del que sabe utilizarlas en el mejor momento. Un tiranosaurio rex capaz de destrozar sin miramientos todo lo que se atravesara en la trayectoria que lo llevara a su siguiente presa: normalmente un puesto superior en la jerarquía del poder. A Page no le interesaba revelar que no cabía un regreso a la academia, no después de haber quemado las naves. Spencer podía reintegrarse a su multimillonario empleo como cabildero en jefe de consorcios armamentistas; el mismo Thompson podía pasar el resto de su vida como santón y objeto de culto de la derecha. Para Page, en cambio, no había un plan B. Al margen de Spencer, que lo había sacado de la universidad, no existía otra vía de acceso al poder, la droga a la que se había hecho adicto durante sus cuatro años en la Casa Blanca.

—A menos que pongamos en marcha algo que asegure su reelección —dijo Page, en voz baja, dudoso él mismo de exponer la idea que había fraguado durante el insomnio de las últimas noches.

—Vendería mi alma al diablo —dijo el otro en tono distraído, contemplando de nuevo las desoladoras gráficas.

Page escuchó la frase de su jefe y lo sacudió un mal presagio, aunque terminó apartándolo.

—Es una idea en la que he venido trabajando. Hay muchos detalles por afinar, pero bien instrumentada sería infalible, estoy seguro. Solo requiere tener pelotas. Y bueno, mantener en la ignorancia al presidente.

—¿Por qué? ¿Crees que la desaprobaría?

—El resultado le va a encantar, pero nadie deberá enterarse de los cómo, coincidirás conmigo.

—Soy todo oídos —dijo él, intrigado.

—¿Has oído hablar de los nibelungos?

Dos horas más tarde, Page se sirvió un whisky y miró desde el amplio ventanal de su departamento las luminarias que se encendían en calles y edificios, en rechazo de la noche que caía sobre la ciudad. Colocó un vinilo con música de Wagner, esperó a escuchar los primeros compases y extrajo del bolsillo el celular que le había dado Spencer horas antes. Tras examinarlo, regresó al papel que había dejado sobre la mesa de la sala. Contenía un número y un nombre. Bebió un trago largo y marcó.

3. El pelo alaciado

Pese a su pelo alaciado, Nina Gordon sobrevivió. Las otras tres empleadas de la joyería, cuatro clientas y el guardia de seguridad murieron en la masacre que desató el asalto a plena luz del día. Era apenas el tercer día de trabajo de Nina y aún no había desaparecido el nerviosismo que le producía la severa mirada de su supervisora, Miss Francis, encargada de la caja registradora y empeñada, al parecer, en hacerla fracasar durante el periodo de prueba para el que había sido contratada. Pero necesitaba desesperadamente el empleo. La elegante joyería de Beverly Hills pagaba tres veces el salario que ganaba en el mostrador de bolsas de Macy's en el que había trabajado antes. Era la única empleada afroamericana de la tienda, aunque el tono aclarado de su piel no lo hiciera evidente. Había acudido a la entrevista de contratación tras pasar por un severo y caro tratamiento de alaciado de pelo, al que atribuía el éxito de su solicitud. Luego entendió que eso casi la mata.

Cinco pistoleros enfundados en pasamontañas arribaron a las 13:15 de ese martes y abatieron en la puerta de entrada y sin previo aviso a Charles Douglas, el vigilante. Tras amenazar a clientes y empleados, pusieron tres bolsas de lona en los mostradores y exigieron vaciar las vitrinas más próximas de lo que parecían diamantes y piedras preciosas. Incluso Nina se dio cuenta de que se trataba de ladrones inexpertos en temas de joyería: las piezas caras se encontraban en las vitrinas a espaldas de las empleadas. Pero, incluso sabiéndolo, Miss Francis tartamudeó una negativa. El enmascarado que encabezaba el grupo le metió un tiro en la frente y la mujer se deslizó hasta el piso sin un quejido, aunque con un gesto de perplejidad en el rostro súbitamente ensangrentado. El grito procedente de alguna de las cuatro clientas, quienes se habían agrupado de manera espontánea, ocasionó que fueran acribilladas en el acto. Encañonadas, el resto de las empleadas comenzaron a llenar las bolsas tan rápido como podían. Nina debió saltar el cuerpo de Miss Francis para alcanzar el extremo del mostrador. Dos de los asaltantes tomaron las bolsas llenas y se dirigieron a la salida. Los otros dispararon a las sobrevivientes, aunque Nina logró tirarse al piso antes de que la alcanzaran las balas. El que parecía el líder pasó entre las vitrinas para rematar a las víctimas. Al llegar a Nina observó que había resultado ilesa. «Suertuda», le dijo con una voz sorprendentemente joven y le apuntó a la cabeza. Ella observó que las pulidas botas del asesino se habían manchado de sangre y lo miró a la cara. El hombre la examinó con extrañeza, hizo una pausa y bajó el brazo. «Deberías dejarte los rizos, no reniegues de tu raza», añadió. Segundos más tarde, sumida en el silencio que siguió a la fuga de los asaltantes, abrió los ojos. A treinta centímetros, la cara inanimada de Miss Francis parecía mirarla con un gesto de desaprobación.

4. Algo raro está pasando

La primera señal de que algo inusual estaba pasando provino de Gary. Un capellán no habría tenido mayor celo en la vigilancia de su grey que este narcotraficante sobre su mercado; nada de lo que sucedía en el barrio escapaba a su mirada y tampoco a su cartera. Se llevaba una tajada de toda actividad que tuviera que ver con drogas, prostitución o apuestas. Gary oteó los cambios mucho antes de que la policía y la prensa comenzaran a hablar del alarmante repunte de la violencia en la ciudad.

«No se trata de un aumento de los casos, aquí hay algo nuevo», le dijo el traficante a Penélope a mediados de marzo. Pocos días después pudo advertirlo ella misma. Un asalto sangriento a plena luz del día en el centro comercial El Pimentito, no demasiado lejos del barrio, aunque en una zona de clase media alta, un lugar al que no solían acudir las pandillas. Con extrañeza, la prensa reveló que el crimen tenía todas las trazas de haber sido cometido por miembros de la Mara Salvatrucha. Dos días más tarde se reportó la muerte de una pareja de ancianos anglosajones en su hogar de Sauzalito, tras sorprender a unos ladrones en el jardín de su casa. En el lapso de una semana, otra media docena de incidentes similares, todos con muertes innecesarias, había provocado un estado de frenesí en la prensa local. La violación de dos chicas, levantadas al salir de su escuela en Hilton Hills, hizo que la violencia de las bandas latinas se convirtiera en un tema nacional. Las fotos de Paty y Virginia, tan rubias como bellas, resultaron un imán para Fox News y dieron lugar a una interminable secuencia de *talk shows* y reportes sobre la necesidad de poner un alto al salvajismo de los vándalos mexicanos y centroamericanos.

Penélope decidió que no se quedaría cruzada de brazos, sobre todo cuando barruntó que sus chicos podían estar involucrados de una u otra manera en lo que estaba sucediendo: los miembros de las dos bandas habían dejado de asomarse por el centro comunitario por más de una semana. No era la primera ocasión que eso ocurría, las tareas de la pandilla los alejaban momentáneamente de vez en cuando, pero su ausencia nunca se había extendido por más de tres o cuatro días. Envío mensajes a Saúl y a Pancho con algunos de sus pupilos y estos no se dieron por enterados. El asunto comenzó a preocuparla.

Se preguntó si debería hacer algo. Penélope había terminado por verse a sí misma como una especie de *influencer* en un territorio que se extendía quince o veinte cuadras alrededor del SAPO. Cada vez con mayor frecuencia, los factores reales de poder, legales e ilegales, pedían su opinión y buscaban su colaboración en alguna causa. Al principio, las mujeres con más ascendiente en la comunidad recelaron de la vikinga de pechos grandes que tenía mareados a sus hijos y la trataron como una intrusa. Pero

comenzaron a respetarla cuando advirtieron que gracias a ella los pandilleros evitaron algún exceso o se comprometieron a respetar un acuerdo. Y, una vez que la aceptaron, las mismas líderes del barrio se convirtieron en asistentes asiduas a los diversos talleres que el centro ofrecía.

En Penélope revivieron talentos de líder que creía dormidos. Siempre había sido cabeza del grupo de amigas con el que había crecido en un suburbio de Minneapolis, donde su madre se desempeñaba como directora de la escuela primaria local. Su estatura precoz, superior incluso a la de la mayoría de los varones, la convirtió en defensora de otras niñas y su físico adquirió redondeces antes que el de sus compañeras, con lo cual, aun sin proponérselo, también fue líder en el misterioso e inquietante tránsito que conducía a los hombres y a los nuevos usos del cuerpo.

Pero nunca una comunidad tan grande había confiado en ella, y eso entrañaba responsabilidades. Entendía que había otros líderes y autoridades en el barrio, no obstante, sabía que sus amigos pandilleros solo confiaban en ella. El párroco, la trabajadora social y el *dealer* eran interlocutores con los que ellos negociaban una y otra vez, pero siempre con desconfianza y a la defensiva. Se dijo que ella era la única con la cual sus amigos podían sincerarse si se encontraban en problemas; se sentía obligada ahora a responder a esa confianza. Urgía encontrarlos y averiguar qué estaba pasando. Y si ellos no podían o no querían responder a sus llamados, concluyó que su deber era buscarlos.

Decidió acudir a la madre de Saúl. Doña Rosa era una de las alumnas más avanzadas de la clase de yoga de Tania; sus rodillas gozaban de una flexibilidad envidiable a pesar del sobrepeso que dificultaba su respiración. Incluso había dejado de usar sostén, con un resultado mucho menos provechoso que el de su maestra. No obstante, su lealtad no pasó inadvertida.

La visitó en su propia casa con el pretexto de pedirle su opinión sobre los nuevos cursos para la siguiente temporada. Se vio obligada a zamparse media docena de tamales y una visita guiada por la galería de fotos de la familia, pero a la postre logró convencer a doña Rosa de que llamara a su hijo y le pidiera que fuera a verla urgentemente. Penélope pretextó que necesitaba su ayuda para llamar al orden a un par de sus compinches que habían ocasionado problemas en el SAPO. Orgullosa de hacerse útil, doña Rosa se las arregló para marcar el teléfono de su hijo e inventar algo para hacerlo ir a casa de inmediato.

A Saúl no le hizo ninguna gracia ver a la rubia en la sala de la casa de su madre; Penélope encontró al joven desmejorado, nervioso y un tanto paranoico. Tan pronto entró a la pequeña vivienda, cerró las cortinas de las ventanas que se abren al jardín frontal y en varias ocasiones atisbó la calle. Finalmente, cuando su madre se metió en la cocina a prepararle unas quesadillas, confesó que andaba a salto de mata por temor a ser asesinado por Joaquín, su otrora lugarteniente y ahora nuevo líder de la RR11. Explicó que algunas semanas antes lo había buscado Coyote, un viejo líder del barrio, quien había caído en desgracia diez años antes cuando se corrió la voz de que era informante del FBI. Nunca más se volvió a ver al Coyote sino hasta entonces, cuando apareció en una camioneta negra y blindada con una oferta disparatada. «Darles una lección a los blanquitos llevándoles la fiesta a sus barrios» fueron sus palabras, dijo Saúl.

A cambio se ofreció a repartir dinero y armas de alto poder a manos llenas.

El líder de la RR11 dijo que le había dado una patada en el culo al oscuro personaje. Y no porque le estorbara algún escrúpulo, sino porque la propuesta le pareció una idea suicida. La policía de Los Ángeles consideraba poco más que una estadística la delincuencia en el barrio, pero era intolerante frente a cualquier incidente en los suburbios blancos. Para desgracia de Saúl, la oferta encontró oídos blandos en Joaquín, quien se reunió con Coyote días más tarde a sus espaldas. Las bolsas de dinero hicieron el resto; uno de sus amigos de la infancia tuvo la decencia de advertirle que Joaquín había puesto precio a su cabeza. Ahora mismo corría un riesgo de muerte al ir a casa de su madre.

Lo que dijo Saúl explicaba la ausencia de la mayoría de los chavos banda en los últimos días, pensó Penélope. Seguramente Pancho había aceptado el dinero y las armas, porque una semana antes lo había visto encabezando una caravana de tres o cuatro autos cargados de esbirros. Experimentó una punzada en el estómago solo de imaginar que algunos de esos chicos, que tímidamente se esforzaban en el tubo o se enorgullecían por su flexibilidad al adoptar una posición en loto, podían ser los crueles victimarios de un par de ancianos indefensos.

—¿Y por qué querría hacer eso Coyote? —le preguntó a Saúl, confundida.

—Nadie regala el dinero por nada —dijo doña Rosa, quien había escuchado durante los últimos minutos bajo el dintel de la cocina, con un plato de quesadillas en la mano. Los dos se sorprendieron con su intervención.

—No sé, espero que me lo diga cuando lo encuentre, antes de cortarle la garganta —respondió él, con repentina fiereza.

—No hables así —reconvino su madre—. No enfrente de ella —añadió, lanzando una mirada al nicho desde el que los contemplaba una muñeca rubia convertida en Virgen María.

—Hazme un favor. Habla con el Halcón, yo no puedo moverme por el barrio —suplicó él, ahora en un tono que lo rejuvenecía varios años y exhibía al adolescente que apenas había dejado atrás—. Búscalo, él fue íntimo de Coyote antes de repudiarlo. Quizá sepa en qué anda metido o dónde podemos hablar con él.

—Y yo por qué querría involucrarme en esto. Yo solo quería saber por qué ustedes habían dejado de venir al SAPO —protestó ella.

Semanas después, cuando repasó una y otra vez la secuencia de hechos que la condujo a la desgracia, consideró que esa frase había sido la última cosa sensata que pronunciara antes de tirarse al abismo. De haber actuado con cordura en ese momento, estaría en Los Ángeles organizando una fiesta de Halloween de ligeros y antifaces, en lugar de ser objeto de una cacería de brujas real y andar metida en los agujeros en los que había tenido que refugiarse.

Se despidió de Saúl con un abrazo largo. Separado de sus secuaces y sentado en el sofá floreado y forrado de plástico en el que probablemente había crecido, le pareció que solo era un chico guapo y asustado pese a sus sangrientas resoluciones sobre Coyote. Se preguntó si volvería a verlo vivo y lo dejó, sorprendida de la intensidad de sus propias emociones.

5. Geneve, un Sicilia para un bocado de cardenal

Luca Page rellenó la copa de Geneve, la becaria con la que había estado saliendo desde hacía algunos meses. Saliendo era un decir, pensó Page, porque desde el maldito Clinton había pocos pecados más penados que acostarse con una becaria. Eso los había obligado a verse a escondidas y a encontrarse en el hotel al que llegaban por separado a las afueras de la ciudad.

Pero esa era la última noche que se verían y creyó que podía correr el riesgo. Ella partiría al día siguiente a la isla hawaiana de donde había salido. Se estaba gastando una pequeña fortuna en el Gentry, uno de los restaurantes más caros de la ciudad, pero estaba contento. El poderoso Spencer había aprobado su plan e incluso el nombre clave que él propuso: Nibelungos. Algo con la marca de Wagner no podía salir mal, se había dicho Page para darse ánimos.

Su jefe le había pedido que hablara con el célebre Albert Fitzgerald. El pelirrojo dirigía la Triple A, una agencia de investigaciones de actividades antiestadounidenses, la cual en realidad no era agencia ni nada que existiese en el organigrama del gobierno federal. Se trataba de una unidad clandestina del más alto nivel, creada al inicio de la administración de Thompson para investigar y conducir operaciones en contra de lo que el expresidente y sus colaboradores consideraban perjudicial para Estados Unidos. El coronel Fitzgerald, niño mimado del Pentágono y exenlace de las fuerzas armadas y la CIA, había sido elegido para dirigirla. Tras el retorno de los demócratas al poder, la unidad fue mantenida fuera del radar del Congreso y financiada con los gruesos fondos clandestinos que recibía Spencer.

En realidad, el equipo de Fitzgerald no pasaba de una docena de asesores, expertos en operaciones encubiertas y espionaje cibernético, pero en la práctica mantenía estrecho contacto con responsables operativos de las agencias de seguridad que, llevados por su ideología y las generosas transferencias, ponían a su disposición hombres y recursos. Parte de la responsabilidad de esta unidad era mantener al día la red de funcionarios intermedios leales a las causas patrióticas; es decir, a la agenda de Spencer.

La operación en Los Ángeles no había representado ningún problema. La Triple A había utilizado operadores de confianza de Fitzgerald, quien había iniciado su carrera en California. Armas y dinero fluyeron a las pandillas y estas habían realizado justo lo que él, Luca Page, había diseñado varios domingos atrás en un insomnio especialmente lúcido.

Las siguientes etapas de su plan serían más complicadas, pero contaba con el apoyo de Spencer, quien se mostraba exultante por la respuesta del comité de reelección ante

la polvareda que habían levantado los crímenes de Los Ángeles. Por lo pronto se sentía con el ánimo de festejar por todo lo alto. Además se dijo que, una vez que echase a andar la tercera fase de su plan, no podría regresar a un restaurante al menos durante un par de semanas. Resultaría irónico que su propia idea terminase destrozándole las tripas.

Mientras observaba la figura contundente de Geneve en su camino al baño decidió pedir otro Vega Sicilia; con lo que se ahorraría en esas dos semanas de abstinencia culinaria bien podía permitírselo.

6. Un Coyote en el Gato Azul

No fue necesario buscar al Halcón para encontrar a Coyote. Penélope se había reído de la obsesión infantil de todos estos personajes que, como los equipos de fútbol, se atribuían nombres de animales depredadores. Ganas de intimidar al rival, supuso. Gary le ahorró la búsqueda del Halcón; en otras circunstancias le habría encantado conocer a alguien merecedor de ese mote, pero tenía prisa. Si podía hacer algo para detener lo que estaba sucediendo, convenía intentarlo antes de que murieran más personas. Creía que podía convencer a Joaquín de levantar la sentencia de muerte en contra de Saúl y, por otro lado, hacer ver a Pancho lo absurdo de atraer la atención de la prensa metiéndose en vecindarios de gente rica.

Aunque más escéptico sobre las posibilidades que tenía Penélope de remediar la situación, Gary le dijo por dónde comenzar. A él tampoco le interesaba que la policía merodeara por el barrio y se metiera en sus asuntos por la estupidez de pandilleros que, si bien eran sus clientes y distribuidores, tendían a descolocarse de vez en cuando. Y, sin embargo, él también reconoció que en esta ocasión la locura de los jóvenes obedecía a algo que no tenía pies ni cabeza.

El traficante le pasó los datos de un bar, el Gato Azul, donde Coyote se dejaba caer una o dos veces por semana, en ocasiones incluso más. Penélope nunca había oído hablar del sitio; se encontraba en el este de Los Ángeles, en una zona aún más tórrida, si cabe, que la comarca que rodeaba al SAPO.

Días más tarde, cuando se asomó al antro, confirmó sus temores. A primera vista, el lugar era la imagen misma de algo que ha vivido tiempos mejores, aunque una mirada más atenta mostraba que el Gato Azul nunca había pasado por tiempos mejores. Era oscuro, sucio y cutre, atributos que no parecían improvisados, sino marcas de nacimiento.

Cuando finalmente se atrevió a entrar, se acodó en la barra, pidió una cerveza y resistió la mirada de una docena de hombres sorprendidos por la presencia de una mujer que no era una de las prostitutas habituales. En la mesa más numerosa llegaron a la conclusión de que se trataba de una *trophy wife* de los suburbios ricos, tratando de saciar a escondidas su alcoholismo. Los decepcionó que tan solo pidiera una cerveza y saliera diez minutos más tarde.

Penélope se había asustado. No era el primer tugurio sórdido en el que había estado, pero nunca había ido sola. Incluso durante los meses que incursionó en las pistas del *table dance*, siempre lo hizo en establecimientos de lujo en los que las bailarinas contaban con seguridad.

Al día siguiente se vio con Saúl en el otro extremo de Los Ángeles, su parte

luminosa, un lugar en el que los tatuajes son tan numerosos como en el barrio, salvo que acá los diseños poseen derechos de autor. Se encontraron en un café a tal grado infestado de macetas que a ella le dio la impresión de haberse citado en un invernadero. La tupida maleza que ocultaba la vista de las mesas y un menú de bebidas que no se molestaba en indicar el precio lo hacían un sitio ideal. La posibilidad de que un miembro de la RR11 pasara por allí era la misma que encontrarse a la reina de Inglaterra bailando en el Sambódromo de Río de Janeiro, pensó Penélope.

Saúl le dijo que se estaba quedando en Newport Beach, en un bungalow que le había prestado una exnovia, hija de un millonario. Una vez más, ella se sorprendió de los insospechados misterios que había detrás de estas vidas.

—No puedes regresar a ese bar, es una estupidez —la reprendió, confirmándole a Penélope lo que ya sabía. Aunque bastó que él lo dijera para que se transformara en un desafío impostergable.

—Regresaré mañana al Gato Azul; es un tugurio, pero no hay ningún peligro, perdedores y jubilados de la vida —dijo ella, quitándole importancia.

—No estoy seguro, los que no tienen nada que perder van a todas. No te quitaron la vista de encima, ¿cierto?

—Latinos alcoholizados y, sin ofensas, todos miden diez centímetros menos.

—No son ellos los que me preocupan, o no solo ellos. Entiéndeme, yo soy el más interesado en que todo esto se aclare, me urge regresar al barrio; yo mismo te pedí que buscaras al Halcón para ver si sabía algo de lo que tramaba Coyote. Pero de eso a meterte sola y atada de manos en su guarida hay mucha diferencia; eso es suicida. ¿Qué vas a hacer cuando el tipo aparezca?

—No lo sé, emborracharlo. No tienes por qué saberlo, pero heredé el hígado escandinavo de mi padre. Era anormal; de joven vivió de las ganancias de las apuestas en bares y cantinas, tumbaba a todos. Y yo, desde que tenía dieciséis años, he visto caer y hacer desfiguros a cuanto galán ha tratado de marearme para meterse entre mis piernas.

—No sabemos nada de Coyote. Igual resulta un maricón que te parte la cara en cuanto se dé cuenta de que quieres sonsacarle algo. Además, ¿con qué pretexto te vas a acercar? Nadie se va a creer que estás allí por error o porque ibas pasando, y menos si vuelven a verte.

—Ya lo pensé. Diré que colaboro en la escritura de guiones para series de televisión y estoy ambientando un capítulo sobre pandillas. Me mandaron a mí porque soy la que habla español. Sé que suena absurdo, pero me tomarán por una imbécil ingenua. Eso ayudará a mis propósitos.

—Estás loca. Eso solo pega en una serie de televisión, no en el este de Los Ángeles. Una rubia como tú en un bar de latinos jodidos es absurdo y peligroso también para ellos. Yo o cualquiera de los míos que te viera entrar en el Gato Azul pensaría «aquí va a haber bronca».

—Te preocupas de más. Tenme confianza; después de todo me metí entre ustedes, que no son precisamente damas de la caridad. Y porque me metí es que me preocupa que tu gente y la de Pancho quieran ponerse la etiqueta de asesinos de ancianos y niñas. Hay algo muy raro en todo esto y pretendo averiguar qué es o al menos intentarlo. Tú

deberías apoyarme en esto. ¿Te la vas a pasar huyendo?

La pregunta tomó por sorpresa a Saúl, que balbuceó algunas explicaciones, pero no parecía tener muy claro qué iba a ser de él. Siempre había sido así, su mirada de bisturí y su claridad para tasar situaciones o personas eran opacas para consigo mismo.

Ese mismo día, Penélope volvió al bar, y esta vez para quedarse toda la velada. Para su desgracia, Coyote no parecía ser un bebedor de horarios establecidos. Tras hacer guardia durante tres horas frente a un coctel margarita religiosamente renovado por el barman, supuso que ese día no se aparecería por el lugar. Las siguientes cuatro noches repitió la rutina en la barra del Gato Azul, rechazando todo tipo de invitaciones de los galanes que consideraban un desafío personal que una mujer permaneciera sola en un bar.

Para empeorar la situación, ella había conseguido, cortesía de Gary, una foto borrosa de Coyote y, como su fenotipo coincidía con la mitad de los parroquianos, estaba obligada a intercambiar largas miradas con todo recién llegado. En la primera noche recibió media docena de tragos no solicitados y un par de ofertas de aquellos que creyeron que se trataba de una trabajadora de la noche. Con todo, nadie hizo algo más que eso. A fuerza de pedir margaritas había entablado una relación de gestos amigables pero significativa con José, el cantinero, un hombre callado al que los clientes trataban con respeto.

No obstante, unas noches más tarde, pudo identificar al Coyote sin asomo de duda en el momento que cruzó la puerta. Parecía un hombre a quien la vida había mimado; su rostro era la expresión misma de la autocomplacencia. Un cuerpo pesado y alto, y una sonrisa presuntuosa en unos labios despectivos proyectaban algo desagradable y al mismo tiempo peligroso. Alguien con quien no conviene cruzarse en el camino. Y eso fue justamente lo que ella hizo. Dejó sus ojos colgados en los de él un instante más de lo prudente. Coyote fue directamente a sentarse en un banco al lado suyo.

De cerca se acentuaba la sensación de peligro que emanaba de su cuerpo. Todo en él era categórico: movimientos enérgicos y voluntariosos, un aroma perturbador, mezcla de habano y un perfume embriagante, una gruesa esclava de oro recién pulida que sacudía al menor pretexto. El valor del fino casimir italiano superaba en al menos un dígito el atuendo del resto de los clientes del bar de mala muerte en el que se encontraban. La deferencia con que lo trató el barman y el saludo respetuoso de otros comensales explicaban, pensó ella, que el hombre siguiese yendo a un establecimiento muy por debajo de lo que podía permitirse. O quizá fuese el dueño del lugar. En cualquier caso, pensó Penélope, estaba claro que ella se encontraba en un territorio hostil en el cual su probable adversario era amo y señor. Algo que el hombre hizo evidente al abordarla.

—Si hubiera sabido de mi buena fortuna, hoy habría comprado un boleto de lotería —dijo tan pronto se instaló a su lado, al tiempo que le hacía una señal perentoria con dos dedos al barman. Instantes más tarde aparecieron dos margaritas frente a ellos.

—¿Perdón?

—No esperaba ver una flor tan bella en este jardín —dijo en tono zalamero.

—Tampoco es que haya muchas flores en el predio —respondió ella, dirigiendo la mirada a las mesas. La asistencia era mayormente masculina salvo por un par de

mujeres pasadas de copas y kilos que se reían escandalosamente al fondo del lugar.

—No se necesitan más. Contigo basta —dijo en un susurro con sus labios casi femeninos inclinados sobre el oído de ella.

Un escalofrío corrió por la espalda de Penélope al roce del aliento masculino sobre su nuca. Instintivamente tomó distancia de él, con el pretexto de alcanzar la bebida recién servida.

—Me llamo Ricardo, pero todos me dicen Coyote, mi reina —dijo, extendiendo la mano formalmente.

—Soy Penélope, pero nadie me dice mi reina.

—Una chica ruda..., me gusta. Pero no encajas en el lugar —añadió reflexivo, recorriéndola con la mirada sin disimulo—. ¿Qué te trae por aquí? —ahora su tono era vagamente amenazante.

—Te burlarás si te lo digo.

—Contigo podría reírme hasta que se me caiga la quijada.

—Estoy haciendo un guion para una serie sobre pandilleros en los barrios latinos. Tengo un amigo que produce programas para Netflix.

—¿Y tú qué sabes sobre barrios latinos? —preguntó, despectivo.

—No mucho, pero tengo algunos meses trabajando en el SAPO, un centro comunitario en Compton. —Durante las muchas horas de espera, Penélope había evaluado los pros y los contras de revelar su identidad. Al final se inclinó por hacerlo, la daría un tono de credibilidad a su relato y, por lo demás, era muy probable que Coyote estuviera al tanto de la existencia del centro comunitario y de su directora o que lo descubriera fácilmente si se lo proponía.

—¿Tú eres Xena?

—¿Quién?

—Escuché de una rubia que tenía comiendo de su mano a los raterillos del barrio. Le pusieron Xena, un personaje de un programa de televisión. Tú deberías saberlo si andas metida en eso de las series. ¿Y de qué va tu historia?

—Sobre un joven que crece entre la violencia y logra salir de ella. Trabaja varios años como barman en un lugar como este, se entera de algunos secretos y eso le permite salir adelante. He venido a eso, a empaparme del ambiente para describirlo mejor. —A ella le resultó una explicación impecable y convincente, pero no tenía la menor idea de lo que el tipo pensaría.

—No jodas. ¿Alguien te habló de mí?

—¿Cómo?, ¿trabajaste de barman aquí?

—Trabajé varios años, aunque no de barman. Luego compré el changarro. —Hizo un gesto amplio con el brazo derecho, pasando una orgullosa mirada por el lugar, como Jehová en el séptimo día presumiendo su creación.

—¿No te lo estás inventando solo para ligarme?

—Aquí José lo puede confirmar —dijo y señaló al hombre que limpiaba la barra—. Si te contara..., yo podría ser el personaje de tu serie.

—Pues cuéntame.

No obstante, el tipo dejó de hablar, súbitamente receloso. Penélope entendió que debía hacer algo más para animarlo. Siempre había creído que lo mejor de ella venía en

pares: los ojos, los muslos, los senos. Hasta ahora, él no había separado la vista de sus ojos, así que decidió mostrar un poco más de los otros dos pares. La minifalda se había levantado un poco más de lo necesario, sentada como estaba en un banquillo alto. Miró distraída el ambiente del bar, como si hiciera observaciones de campo para su trabajo. Eso le dio oportunidad al otro de inspeccionar su cuerpo. Al parecer eso terminó por decidirlo. El tipo asumió que eso que veía estaría a su disposición con solo esforzarse un poco más.

El hombre relató, con voz engolada, que había sido cadenero del Gato Azul en sus mejores épocas. Hizo favores entre los jefes de los barrios y en su momento supo ser útil a los políticos de la ciudad, que en periodos de campaña recalaban por el bar durante sus visitas en busca del voto latino. Terminó convirtiéndose en hombre de confianza de las mafias políticas en 1992, durante los disturbios provocados por el arresto de Rodney King.

—¿Ayudaste a apaciguar el barrio? —La historia no era el fuerte de Penélope, aunque creía haber leído que los hispanos no se habían quedado atrás de los afroamericanos en las violentas protestas que incendiaron la ciudad como respuesta al abuso policiaco contra las minorías.

—¿Apaciguar? —Se rio él con burla—. La ciudad estaba gobernada por demócratas, pero en contra suya había gente de mucho dinero y poder interesada en que los chicanos se lo pusieran difícil a las autoridades. Claro, luego hubo que apaciguar cuando las cosas comenzaron a salirse de control. Allí me di cuenta de que lo mío era mover los hilos de los de arriba y de los de abajo. Es un arte, ¿sabes? —Las reiteradas margaritas habían comenzado a hacer su efecto; habían ordenado tres cada uno y él no tenía manera de saber que para ella eran poco más que limonadas. Los ojos le brillaban de excitación, su voz había subido de tono.

—¿Y lo sigues haciendo? —Ella no pudo evitar pasar saliva, la conversación no podría estar saliendo mejor.

Pese a encontrarse achispado, la pregunta disparó en él alguna alarma. La miró inquisitivamente y ella prefirió desviar la vista hacia las mesas, como si súbitamente el tema le hubiese cansado y buscara algún motivo para no aburrirse. Al parecer, la estrategia dio resultado, porque la desconfianza del hombre desapareció al instante; no deseaba perder la ventaja que había tomado en su ofensiva de seducción. Seguía interesado en impresionarla.

—No tienes idea de lo que puedo mover en el barrio. —Al terminar la frase depositó su mano en el muslo desnudo de ella. En su ecuación mental en materia de cortejo, juzgaba haber hecho los méritos suficientes para justificar el gesto. Ella conocía la rutina. Él mantendría la mano en posición estática por unos segundos hasta asegurarse de que no hubiese una reacción contraria y luego extendería los dedos para comenzar una caricia suave y distraída, como si fuesen una pareja de toda la vida; un minuto más tarde, la caricia treparía por el muslo.

—No, no tengo ninguna idea, llevo varios años en el SAPO y nunca había oído hablar de ti —dijo ella, como si el tema hubiera dejado de interesarle. En realidad, había trabajado solo quince meses en el centro comunitario, pero supuso que él no llevaría la cuenta.

—Te cagarías en los calzones si supieras lo que ahora estoy moviendo —presumió él, aunque lo que movió fue la mano unos centímetros en dirección al vértice de la falda.

—No hay nada que pueda hacerme cagar en los calzones, mucho menos lo que tú estés haciendo —respondió ella con desprecio, esperando no haberse excedido. Al decirlo entrecruzó las piernas y con el pretexto de enderezarse las alejó de su mano.

Él resintió el tono y el gesto; calló por unos instantes. Luego, como si fuera el fruto de una reflexión, le dijo que podrían seguir conversando con una cena de por medio en otro lugar. Ella pensó que en eso sí coincidía con Coyote, la cocina de José necesitaría volver a nacer para hacerse digerible. Todavía traía atravesadas las alitas de pollo que había picoteado las últimas noches. Aceptó la invitación, pero le dijo que primero tenía que pasar a los sanitarios. En el baño grabó un audiomensaje para Saúl; estaba entusiasmada con el éxito de la misión y no resistió la tentación de informárselo. Con suerte, esa misma noche sabrían quién o qué estaba detrás de Coyote y qué pretendían con la violencia desatada.

No alcanzó a ver la respuesta de Saúl. «Por ningún motivo te quedas a solas con él. Termina la conversación y pide un Uber para que te espere a la puerta del Gato Azul».

Penélope regresó a la barra, él retiró del respaldo de la silla la chamarra de piel de ella, se la colocó galantemente sobre los hombros y salieron del lugar. Condujo por unos minutos sobre la avenida 45, entre edificios y almacenes que esperaban algún día ponerse de moda entre los hípsters y mientras tanto languidecían en el semiabandono.

Durante el trayecto, el hombre le preguntó sobre su pasado; súbitamente parecía haber tomado conciencia de que hasta entonces solamente él había hablado. Ella advirtió que las luces de neón de los comercios a lo largo del camino se hacían menos frecuentes. Pensó que quizá no había sido tan buena idea aceptar su invitación. Atrás, en el bar, todo parecía inofensivo. Si bien él era dueño del tugurio, después de cuatro días de frecuentarlo el sitio había adquirido una familiaridad tranquilizadora. Allá adentro, la conversación con Coyote había fluido por caminos muchas veces recorridos en el pasado, a la vera de una barra y una copa en las manos. La presencia de una docena de comensales, así fueran unos truhanes, convertía al lugar, mal que bien, en un espacio público. Pero ahora, a solas en su auto, se sentía cada vez más vulnerable al paso de calles que desconocía, cada vez más oscuras. Hizo un registro mental de la ubicación de la manija de la puerta del auto, en caso de que tuviese que salir abruptamente, y pensó que debía hacer algo con su celular para hacerle ver a su acompañante que no se encontraban solos del todo. Era una costumbre que ella y sus amigas seguían cuando se encontraban en un taxi a horas inusuales o en sitios desacostumbrados: llamar por teléfono a algún conocido y con cualquier pretexto describir con quien se encontraban. Decidió que eso pondría en riesgo lo que había ganado con Coyote. Sin embargo, extrajo el celular de su bolsa para mantenerlo en la mano; solo entonces observó el aprehensivo mensaje de Saúl.

Inquieta, decidió al menos encarar a su acompañante. Estaba a punto de preguntar por el restaurante cuando él dio un giro al volante y se internó entre dos grandes bodegas, al parecer desiertas. Detuvo el auto detrás de una de ellas. En ese momento comenzó a rezar para que apareciera un *valet parking*, abriera la puerta y los condujera a un lugar de moda insospechado, en una bodega remodelada con gusto exquisito.

En lugar de eso escuchó el sonido que emite al abrirse una navaja de muelle e inmediatamente después sintió el dolor súbito que produjo su cabeza al rebotar contra el vidrio de la ventanilla del auto. El hombre la había golpeado en la mandíbula con el puño cerrado. Ella no tuvo tiempo de concentrarse en el dolor que se extendió sobre la quijada, porque inmediatamente sintió que la punta de la navaja se enterraba unos milímetros en su cuello. Estiró la cabeza lo más que pudo, tratando de alejarse de la hoja de metal; él se inclinó sobre el cuerpo de ella para sostener la presión. La otra mano sacó la fotografía que ella había utilizado para identificarlo y había guardado en la chamarra de piel. Solo entonces recordó que la había dejado colgada en el asiento cuando fue al baño para llamar a Saúl. No tuvo tiempo de reprocharse por el descuido. Él se la estampó en los ojos y con la mano abierta la golpeó en la nariz. Luego comenzó a interrogarla.

—¿Quién eres, puta? ¿Para quién trabajas? —preguntó enfurecido, fuera de sí.

—Para nadie, estoy haciendo un guion, es todo —respondió ella a duras penas. Respuesta equivocada. Coyote estrelló el puño contra el rostro de la mujer y siguió haciéndolo cada vez con más furia, como si la vista de la sangre le impidiera contenerse. Penélope pensó que, si no se cansaba, continuaría hasta matarla.

—¿Quién te dio mi foto pendeja? —preguntó en español, aunque siguió golpeándola como si ya no le importara la respuesta.

—Tus jefes, ellos me enviaron —dijo ella, tratando de aferrarse a cualquier cosa que le hiciera parar.

—Yo no tengo jefes —reaccionó molesto. Pero la respuesta de ella funcionó, los golpes cesaron. Ahora parecía confundido—. ¿Qué quieren? —agregó tras unos instantes.

—No tengo idea. Saber si te ibas de boca, mantenerte vigilado, qué se yo.

—¿Quién te envió? ¿Steve? No, fue el hijo de puta de Peter, ¿cierto?

—Peter —dijo ella en un murmullo, como si se resistiera a reconocerlo. Él la miró inquisitivamente. Y luego decidió creerle.

—Puto negro, nunca me dio buena espina.

—Tampoco tú a él, por lo visto. El puto negro no parece quererte mucho —dijo envalentonada, alejando con enfado la mano con la navaja que aún punzaba sobre su garganta.

Él respondió con otro duro golpe, ahora sobre su sien.

—Estúpida. Peter es blanco. —Ahora su voz no delataba furia, sino una frialdad despiadada.

—No dije que lo conociera —protestó, pero ya había perdido la batalla. Su voz ahora traspiraba más temor que indignación.

—Tu juego se acabó, mierda. Te voy a enterrar esta navaja en el coño a menos que empieces a cantar de una vez por todas.

—Solo quería saber qué estaba pasando con la RR11 y Los Hondos —comenzó ella a decirle, aunque él la interrumpió.

—Tú lo pediste —dijo con una sonrisa. Ahora parecía más interesado en cumplir su amenaza que en escuchar respuestas. Lo confirmó la mirada de codicia que dirigió a su vientre.

Coyote giró completamente para tomar impulso con el brazo que sostenía la navaja. Ella intentó levantar las rodillas, pero él presionó sus muslos con el brazo que tenía libre y lo impidió. El tipo la superaba por veinte o treinta kilos. Cerró los ojos para no ver sus asquerosos labios mientras penetrara la cuchilla. La secuencia se detuvo cuando ambos percibieron el sonido que hizo la puerta del conductor al abrirse; ella observó la mueca de sorpresa de Coyote mientras una cuerda fina cercenaba su garganta. El rostro de Saúl surgió detrás de la cabeza del atacante. Su amigo siguió jalando hasta arrastrar a su presa fuera del auto sin aflojar la presión. Cuando consiguió tenderlo sobre el pavimento, tomó una barra corta de su cintura y golpeó con violencia una a una las rodillas del hombre; con lo que le quedaba de cuerdas vocales, este apenas pudo proferir una queja gutural.

—Vete al carro, está a la vuelta. Voy a interrogarlo, espérame allí. —A ella le sorprendió su voz calmada y contenida, como si estuvieran dividiéndose las tareas de comprar boletos de cine en la taquilla y conseguir palomitas de la dulcería. Costaba trabajo creer que la voz procedía de un joven de veintiún años, claramente un veterano en estas lides.

—Pregúntale de Steve y de Peter —dijo ella, aunque sus palabras brotaron tan distorsionadas que no supo si le había entendido; tenía algo roto dentro de la boca.

No tenía modo de saber cuánto tiempo Saúl tardó en regresar. En algún momento cerró los ojos, tratando de escapar del recuerdo de lo que acababa de suceder; tampoco quería imaginar la escena que en ese instante se desarrollaba a la vuelta de la esquina. Se sumergió en un trance inducido por el dolor, ahora insoportable, de los golpes recibidos. Todo parecía suceder en el interior de su cráneo: la sien izquierda palpitaba con fuerza y amenazaba con estallar, su lengua lamía frenética lo que parecía una fisura en una muela aflojada por los puñetazos recibidos, la punzada que subía por el puente de la nariz explotaba en el lugar donde, según Tania, debía salirle el tercer ojo si persistía en sus clases de yoga. La sensación predominante era la de un doloroso aturdimiento.

El retorno de Saúl la sacó del trance. Sus manos manchadas de sangre le recordaron lo que había estado haciendo los últimos minutos.

—¿Cómo estás, te rompió algo? —preguntó él, mientras su mirada la recorría con aprehensión—. Habrá que poner hielo en esa nariz, no se ve muy bien —añadió, mientras encendía el motor.

—Gracias, me salvaste, ¿cómo supiste? —Iba a decir algo más, pero las preguntas se le atropellaban en la boca. Tampoco ayudaba el corte en la lengua, que ahora había adquirido la proporción de una papa.

—¿Cómo crees que te iba a dejar sola?

—¿Celoso? —preguntó ella y se arrepintió apenas lo hizo. Nunca había podido evitarlo, coquetear cuando no sabía qué otra cosa hacer. Por lo general era un terreno conocido que le permitía mantenerse en control. Aunque esta vez ella misma se dio cuenta de que en ese momento era un recurso absurdo. Pero ¿qué otra cosa tocaba? ¿Preguntar si lo había asesinado?

—¡Penélope! El tipo es un matón. Yo no te iba a dejar sola, los vine siguiendo desde que salieron del Gato Azul. No podía creer que te hubieras atrevido a subirte a un auto

a solas con él a medianoche. Con gente así no puedes jugar a las falditas y a los escotes. —Lanzó una mirada de reproche en dirección a su pecho. Solo entonces percibió ella que un pezón se asomaba por la hendidura de la blusa desgarrada, como si no quisiera perder detalle de la conversación. Cerró como pudo la chamarra, aunque el movimiento provocó una punzada insoportable en la mano izquierda. Temió habérsela roto al intentar detener los golpes de Coyote.

—¿Quiénes son Steve y Peter? ¿Te dijo algo? —preguntó ella finalmente.

—Apenas pude sacarle algo en claro, pero cantó. Parece que Steve hace trabajos para los políticos en las campañas electorales y se apoya en Coyote. Aunque no me pareció que tuviera que ver con lo que estamos buscando. Me lo soltó inmediatamente, cuando todavía creía que podía salir vivo de esta —dijo Saúl, bajando los ojos.

—¿Y el tal Peter? —inquirió ella, tratando de ignorar la última frase de su compañero.

—Ese parece ser de otro nivel. Coyote se resistió hasta lo último antes de mencionarlo; parece que le tenía pavor.

—¿Le tenía? ¿Está...?

—Por favor, Penélope. El cabrón no iba a parar hasta quebrarnos después de lo que le hice para quitártelo de encima. Además, ya estaba más muerto que vivo cuando comencé a interrogarlo.

—¿Y qué dijo de Peter? —Hizo la pregunta mientras trataba de no pensar en los labios carnosos que nunca más volverían a fruncirse en una despreciable sonrisa.

—Es el jefe en California de una oficina de la que nunca había oído hablar. Triple A o algo así, no entendí bien.

—¿Te dio algún apellido?

—No alcanzó a decírmelo o no lo sabía. Solo dijo que le dicen Manchado y que es un animal. Eso es todo lo que pude sacarle.

—Quizá Gary sepa de quién se trata. Vamos al SAPO, de allí le hablamos.

—¿Estás loca? Tú no puedes regresar al barrio. Revisé la cartera del tipo, traía tres identificaciones distintas, aunque las tarjetas de crédito están a nombre de una de ellas: Ricardo Moreno.

Ella lo miró confundida. Él insistió.

—No te das cuenta. Mañana encontrarán el cuerpo de Coyote; aunque le vacié los bolsillos, no tardarán en identificarlo. Todos los que estaban en el bar saben que te fuiste con él. Haz la ecuación.

—Podría decir que me despedí de él en la acera y nunca más lo vi.

—Quizá un policía honrado pueda creerte, al menos por un rato, el problema son los otros. Tipos como Coyote siempre están en negocios con esos cerdos, dudo que sigan el «debido proceso» contigo. Y su amigo no murió precisamente atropellado, ¿no crees?

Penélope tragó saliva e imaginó el espectáculo que ofrecería el cuerpo desmadejado de Coyote a la luz del día.

—Y eso por no hablar del puto Manchado —continuó Saúl—, supongo que preferirá interrogarte con un método parecido al que usaba Coyote cuando llegué.

Ahora no solo tragó saliva; un estremecimiento le recorrió el espinazo hasta estallar

en el bulto que se había formado a un costado de su cabeza. Terminó aceptando la invitación que Saúl le hizo para quedarse en el departamento donde se había refugiado él mismo durante su exilio momentáneo para escapar a la cacería desatada por Joaquín.

Condujeron otra hora en silencio, hasta el otro extremo de Los Ángeles. El lugar le pareció perfecto: un bungaló anexo a una imponente residencia, con entrada independiente en una calle sembrada de mansiones.

Saúl la atendió con delicadeza; si era un veterano en materia de repartir golpes, parecía serlo también en el arte de hacerlos soportables. Compresas de hielo para las heridas, ibuprofeno para el dolor, café con brandy para relajar los nervios. Le preparó una tina caliente, le dejó una bata a la mano y se retiró respetuosamente para que ella se lavara por sí misma. Suspendida en el agua, Penélope hizo lo posible por relajarse, pero no había posición que le acomodase; todo le dolía. Hizo un inventario de sus heridas: le costaba trabajo abrir y cerrar la mano izquierda y se preguntó si tendría la muñeca rota; el hielo sobre la sien había entumecido la zona, que aun así palpitaba dolorosamente como si el corazón se hubiera desplazado a la cabeza; su lengua había hecho su propio recuento dentro de la boca y el saldo era poco favorable: había perdido un pedazo de muela, un diente estaba flojo y percibía una rajadura en la encía por donde aún ordeñaba el cobrizo sabor de la sangre. El resto era menos grave, pero igualmente doloroso. La piel sobre el pómulo le ardía por un golpe y asumió que en los próximos días exhibiría ese y otros moretones. El jabón con el que intentó lavarse agudizó la irritación del cuello, lo que le hizo pensar que la navaja de Coyote había alcanzado a cercenar la piel.

Con todo, pensó en que había salido bien librada, considerando el estado en el que había quedado la garganta de Coyote o, peor aún, lo que habría sucedido si Saúl no hubiese llegado a tiempo. Volvió a recordar la navaja que intentó abrirse camino entre sus piernas y asumió que había escapado por nada a una muerte horrorosa. Por unos instantes debió reconocer que el sistema de intuiciones que hasta entonces habían velado por su seguridad no había servido en esa ocasión. Fue una revelación incómoda, significaba que el blindaje con el que había caminado por la vida resultaba en realidad un espejismo. Una y otra vez había confiado en sus sensaciones para decidir cuándo y en qué momentos había que detenerse, y nunca le habían fallado. Hasta ahora.

Tendría que ir con más cuidado. Saúl tenía razón, el peligro no había desaparecido. Coyote formaba parte de algo poderoso y siniestro que ellos acababan de desafiar, algo que no se quedaría cruzado de brazos frente a lo sucedido. Si había hecho un inventario de sus heridas tendría que hacerlo también de sus posibilidades; un mapa de riesgos que le ayudase a descifrar el camino por seguir.

Sin embargo, el agua tibia comenzó a enfriarse y la bolsa de hielo sobre su quijada a entibiarse. Los analgésicos hacían su tarea, sumiéndola en una vaga somnolencia tan bienvenida como paralizante. Tendría que dejar el balance para otro momento. Intentó vestirse como pudo; la blusa, rota y manchada de sangre, era inservible. Se envolvió en una toalla y llamó a Saúl; el otro tocó a la puerta del baño, la entreabrió y estiró el brazo para entregarle una camiseta y unos pants, adivinando el propósito de la llamada.

Al salir del cuarto de baño, Saúl la esperaba con una manta; la envolvió en ella y la recostó en la cama que él había utilizado esos días; ella lo retuvo, tomándolo de una

muñeca. Sintió que necesitaba algo que alejara la imagen de la sonrisa lasciva de Coyote en el proceso de encajarle una navaja en el vientre. No deseaba quedarse sola; durante el traslado en el auto, al cerrar los ojos la había acosado el estremecimiento insoportable de una cuchillada abriéndose paso por sus entrañas. Temía que la pesadilla regresara tan pronto se vencieran sus párpados. El calor de la cobija y el cuerpo de Saúl cancelaron esa horrible sensación; poco a poco pudo relajarse hasta entrar en una somnolencia liberadora.

En algún momento, él cambió la posición y al girar hacia a ella depositó la mano en su pierna. Penélope advirtió, con ironía, que era el mismo sitio en la que había posado la suya Coyote. Recordó la sangre de su victimario en los dedos de Saúl y pensó, con espanto, que una parte de Coyote seguía allí, sobre su pierna. Estuvo a punto de retirarle el brazo, pero se contuvo porque entendió que el gesto sería malinterpretado. Prefirió concentrarse en los latidos del corazón de su amigo y eso le regresó la calma. Unos instantes más tarde volvió a hacerse consciente de los dedos de Saúl y se preguntó si él también seguiría la vieja rutina y comenzaría a acariciarla. La idea no le desagradó del todo, aunque tampoco deseaba alterar la tranquilidad del balsámico abrazo. Pasaron los minutos y su mano, contra lo que ella temía, no trepó hasta su entrepierna. Creyó percibir la agitación en la respiración del hombre, pero se mantuvo inmóvil. De pronto, él retiró la mano, suspiró largamente y se relajó como si se dispusiera a dormir. Ella hizo lo mismo. Antes de perderse en la neblina del sueño, se dijo, una vez más, que los códigos de honor de esos asesinos eran una cosa misteriosa.

7. Comité de reelección I. Llámalos por su nombre

*Solo voy a decir una cosa sobre Los Ángeles,
pero en mayúsculas: SE LOS DIJE.*

Dan Thompson

El exprocurador pidió la palabra para exponer un reporte sobre la situación en Los Ángeles. Se encontraban en un salón del rancho del expresidente, en el sur de Florida, en la reunión semanal del comité interno de campaña de Dan Thompson. Por lo general solían celebrarla en Washington, mucho más accesible desde otros puntos del país y donde algunos habían conservado algún despacho, fuera por su confianza en regresar a la Casa Blanca o por las tareas de cabildeo a las que ahora se dedicaban. Pero en las ocasiones en que el expresidente deseaba asistir, todos acudían a Miami.

Aunque hasta ahora fungía como una agrupación de amigos, operaba con los rituales heredados de las sesiones de gabinete. La mitad de los presentes habían formado parte del gobierno anterior; la otra mitad eran millonarios y líderes de organizaciones de derecha amigos de su causa.

Tim Murphy, a quien a sus espaldas llamaban Morsa, y no tanto por su apellido como por su bigote tupido e indomable, hablaba con evidente placer al oírse. Por lo general se mantenía en silencio en las largas sesiones cargadas de valoraciones políticas durante las cuales el exprocurador parecía perderse. Pero, tratándose de temas policiacos, ahora se sentía en su elemento.

—Las autoridades encontraron a dos víctimas más en una residencia de Beverly Hills: un matrimonio en sus cuarenta, con la garganta cercenada. Se trata del propietario de una joyería de Rodeo Drive y su esposa; no tenían hijos. Las paredes de la residencia fueron pintarrajeadas con grafitis de elaborados diseños que hacen pensar en las bandas latinas, aunque aún están siendo revisadas por los expertos de la policía para determinar una procedencia más precisa.

—Algo vi en las redes sociales y en la prensa del oeste —dijo con cautela Spencer—, se está convirtiendo en un escándalo.

—No es para menos —asintió Murphy—. Con la muerte de los Young, llegamos en diez días a diecisiete víctimas, todas ellas de origen anglosajón y residentes en zonas de altos ingresos, presumiblemente a manos de criminales de los barrios populares de Los Ángeles —dijo.

—¡Hispanos!, llámalos por su nombre, Murphy —interrumpió Thompson, impaciente.

—Por lo general, esas bandas delincuenciales desarrollan marcas de identidad muy acentuadas para diferenciarse unas de otras —dijo Winston, quien había sido el jefe de gabinete. Poseía un engolado acento bostoniano y era el verdadero rival de Spencer en

el liderazgo del comité de reelección, que carecía de un organigrama formal—. ¿Tenemos algo sobre los casos anteriores? ¿Corresponden todos a una sola organización?

—Todavía no es concluyente el análisis, pero todo indica que están involucradas más pandillas; dos o tres al menos —respondió el exprocurador, quien había colocado buena parte del personal que aún se mantenía en los aparatos de seguridad.

—Es extraño —volvió a la carga Winston—, no recuerdo ninguna otra ocasión en que este tipo de organizaciones salieran de su gueto de una manera tan descarada.

—Probablemente experimentan una saturación en su territorio, lo cual les obliga a expandir su radio de acción. Al menos esa es nuestra hipótesis inicial —respondió Murphy.

Una descripción más propia de un programa de National Geographic sobre manadas de lobos que sobre conducta criminal, pensó Page, acodado al lado de su jefe, Spencer. Hasta ahora, el plan parecía funcionar a las mil maravillas.

—No sé de qué se sorprenden. Yo venía anunciando algo como esto desde hace tiempo —dijo Thompson, sin levantar la vista de la pantalla de su teléfono—. Simple y sencillamente resulta que son demasiados hispanos.

—¿Hay algo en común entre los diecisiete asesinados? ¿Algo que los relacione con la comunidad latina? No sé, que el joyero haya tenido un cliente resentido entre ellos, que los ancianos asesinados hubiesen discutido con su jardinero. Cualquier cosa que los hubiera hecho víctimas de una cruzada vengativa —inquirió Spencer.

Page miró con respeto al exconsejero de seguridad nacional. No solo era una pregunta inteligente, además la había hecho con una auténtica expresión de curiosidad, como si no hubiese aprobado personalmente el operativo para activar a la RR11 y Los Hondos, aun cuando no supiera los detalles o el nombre de las bandas.

—Ninguna relación entre las víctimas, salvo que viven en la misma ciudad que estos salvajes —respondió el exprocurador, alzando la mirada a las pantallas de la sala de juntas que mostraban un mapa metropolitano con las once marcas rojas en donde habían tenido lugar los ataques.

Algo más iba a decir cuando dos o tres celulares emitieron una alerta. Spencer, como todos los presentes, miró el suyo.

En California están arrepentidos de su descuido. Ahora se darán cuenta de que han estado durmiendo con el enemigo. Los mexicanos malos están matando mujeres y ancianos.

Dan Thompson

El expresidente alzó la vista, sonriente y ufano. Varios inclinaron la cabeza en su dirección, asintiendo, y más de uno habría deseado mostrarle un pulgar hacia arriba. Page bendijo el momento en que Twitter restableció la cuenta de Thompson. El exmandatario, sin saberlo, sería el mejor aliado de sus planes.

—Hay que hablarle de esto al público. Difundirlo entre nuestros amigos en la prensa y en la televisión —dijo Thompson, sintiéndose una vez más al mando del equipo. Le molestaban los aires de autoridad que se daban, pero entendía que los necesitaba—. Hay que insistir en que todas las víctimas eran blancos y ciudadanos ejemplares. Que no se quede todo esto en un asunto de California.

—No hay manera en que esto se reduzca a lo local —dijo el exprocurador—. Mis

contactos me dicen que la policía está a punto de organizar algunas redadas en los barrios bravos. Eso va a escalar. Si no me equivoco, pronto estará metido el FBI, por el tema de las pandillas.

—Sí, pero nosotros tenemos que asegurarnos de que el escándalo trascienda como un asunto étnico y no simplemente como algo de policías y sicarios. Hay que imponer la narrativa que nos conviene. Esto puede ser importante. ¡Étnico! —concluyó Winston, ralentizando las sílabas de esta última palabra.

—Étnico, no sé, está claro que es una mierda latina, por donde se le vea. Y hay que llamar a las cosas por su nombre. Y pueden citarme, si quieren —dijo Thompson, levantándose y poniendo fin a la reunión.

Spencer y Page caminaron hasta el estacionamiento para visitas y, aunque se trataba de un recorrido de menos de cien metros, los dos sudaban copiosamente al llegar al auto del exconsejero de seguridad. Page no entendía por qué el chofer no acercaba el coche para recogerlos, aunque agradecía la oportunidad de hablar a solas y en un lugar abierto con su jefe; el enorme guardaespaldas que invariablemente acompañaba al chofer siempre lo había mirado con un desprecio que le provocaba la sensación de encontrarse en falta.

—Salió muy bien, ¿no? —festejó Page, ante el silencio de su jefe. Este solía callar cuando algo lo contrariaba y, cuando eso sucedía, era preferible no estar cerca. Pero le urgía conocer las primeras impresiones de Spencer sobre el desarrollo de su plan.

—Solo falta que nosotros lo organicemos y el puto de Winston se lleve el mérito de atribuirse la idea y sacarle provecho político.

—Bueno, es solo el arranque. El primer día no convenía abrir la boca. Si nos convertimos en impulsores de la idea, alguien podría acabar atando cabos. Mejor que sean ellos los que traten de venderlo.

—Quizá, pero tampoco me hace gracia que Winston se apunte la medalla. Si por él fuera, en el regreso a la Casa Blanca yo no estaría incluido.

—No te preocupes, siguen dos operaciones más. En la próxima reunión podemos tomar la iniciativa, era importante que ellos dieran el primer paso en esa dirección. En los siguientes podemos ir por delante; solo nosotros sabemos hasta dónde va a llegar esto.

—Espero que no te equivoques. Imagínate correr el riesgo solo para hacerle el caldo gordo a este cabrón. Y a propósito de riesgos, me inquieta lo del FBI —dijo Spencer, a punto de llegar al auto, donde el gigante lo esperaba con la puerta abierta.

—Tarde o temprano iban a intervenir. Pero no te preocupes. Fitzgerald tiene mucha experiencia en estas cosas, sabrá borrar todos los eslabones para que nada lo relacione con nosotros.

Page se interrumpió. Sabía que, para el propio Spencer, él era el único eslabón que lo vinculaba con la operación Nibelungos. Si las cosas se complicaban, sufriría un paro cardíaco súbito o se desnucaría en un descenso de esquí. Luego pensó que, en tal caso, el verdugo podría ser el siniestro esbirro de Spencer.

—Solo asegúrate de que limpien todo rastro y de silenciar cualquier cosa que haya tenido relación con el asunto. ¿De acuerdo?

—Ese es el plan, el pelirrojo está en eso. No dejaremos atrás ninguna evidencia

incómoda, no te preocupes —dijo Page de la forma más categórica, pero en voz baja, ante la proximidad del guardaespaldas que lo examinaba sin recato.

8. Estamos jodidos

Si no fuera tan negro, ella juraría que Gary había palidecido cuando le habló de Peter, el misterioso jefe de Coyote. El traficante accedió a verla en un Starbucks del centro de Los Ángeles, en pleno distrito financiero. Un lugar improbable para una pareja como la que hacían. Los dos se esforzaron para fusionarse con el ambiente y fracasaron. La misión era imposible de cualquier manera: él no podía ocultar los tatuajes llamativos y la cabellera cruzada por abultadas rastas; ella seguía vestida con los pantalones y la chamarra de piel que había llevado al bar dos noches atrás, aunque Saúl le había conseguido una camiseta limpia y una peluca ala de cuervo que a duras penas podía contener su cabellera rubia. Lejos de hacerla invisible, la combinación atrajo las miradas de los abogados y agentes financieros que abarrotaban el lugar. Las cejas rubias y el atuendo de Gatúbela en ella encajaban con el lugar como un vampiro en un pícnic. Su metro ochenta y cuatro, encaramado en unas botas con tacones, tampoco colaboraba en su esfuerzo por pasar inadvertida.

No solo la vestimenta de tránsfugas de la noche desentonaba con el lugar, también su comportamiento. Él había llegado con diez minutos de retraso y cuando ella intentó incorporarse de la silla para saludarlo, él volvió a sentarla de un empujón.

—¿Qué sucedió con Coyote? —dijo en voz baja, apretando las mandíbulas. Penélope cayó en cuenta de que era la primera vez que veía a Gary sin su icónica cara de póker. Estaba furioso.

—¿Qué sucedió de qué? —respondió, intentando ganar tiempo. Había monitoreado la prensa y los teledisarios locales, pero nada se había filtrado sobre un cadáver en las bodegas de la calle M y mucho menos la noticia de la muerte de un tal Ricardo Moreno.

—Lo vieron salir con una rubia alta del bar al que te dirigí. Desde entonces lo están buscando. Hay rumores de que ya no está entre los vivos. Y ahora veo que ya no eres rubia y coleccionas moretones. Así que vuelvo a preguntarte: ¿qué sucedió con Coyote? —dijo mientras la sujetaba de una muñeca con fuerza. Ella había hecho todo lo posible para disimular con maquillaje los golpes recibidos dos días antes, pero supuso que alguien tan acostumbrado a propinarlos también sabía detectarlos.

—Me lastimas —protestó, intentando zafarse; eso solo acentuó el dolor de la muñeca, aún inflamada por los golpes de Coyote. La mayoría de sus heridas no estaban a la vista, pero eso no atenuaba el dolor que le producían. Gary ya no parecía un estratega y hombre de negocios atento a su mercado, como ella lo había visto hasta entonces, sino el proxeneta que había sido antes, ahora en la tarea de castigar a una de sus mujeres. En ese momento agradeció que no se encontraran en un callejón solitario —. Nos están viendo todos, suéltame —se quejó.

Él miró a su alrededor, retiró la mano y se recompuso. Ella observó los dedos marcados sobre su piel.

—Lo que sea que estuviera haciendo Coyote, él no era más que un peón. Detrás suyo vendrán alfiles, caballos, torres y arrasarán con todos —dijo, conteniendo aún su cólera.

—No creí que te gustara el ajedrez —otra frase absurda, pensó ella apenas terminó de decirla. La furia que cruzó el rostro de Gary habría disparado una bofetada de no haber sido porque varios de los clientes parecían fascinados con el espectáculo que ofrecían.

—Deja de hacerte pendeja —dijo en voz baja—. ¿No te das cuenta del lío en que te metiste? ¿El lío en que me metiste?

—¿Y a ti por qué? Tú no tienes vela en este entierro.

—Tres cachetadas y estarás diciendo quién te sopló sobre el Gato Azul. Y eso me convertiría en carne para gusanos, igual que a ti.

Gary estaba asustado, asumió ella, y eso lo hacía peligroso. Recordó su insistencia en que se vieran a solas, en una playa de Malibú al caer la noche. Saúl lo había desaconsejado y sugirió lo del Starbucks. Se preguntó si el hijo de Rosa le había salvado la vida una vez más. Por alguna razón, la idea no fue un alivio. Eso significaba que el tipo que tenía sentado enfrente era una amenaza mortal. Nerviosa, estiró la mano sana y se llevó distraída una galleta a la boca; la muela quebrada por la bofetada de Coyote protestó acremente. Ella suspendió la mordida y se tragó el pedazo completo. La pausa obligada la ayudó a elaborar una respuesta.

—No tienes nada que temer, Gary; estoy escondida, no me encontrarán. Y, aun si lo hicieran, lo del bar podría haberlo averiguado en cualquier lado; fue Saúl quien me dijo que Coyote era el responsable de lo que estaba pasando. En todo caso se irán en contra de él. —Pensó que su explicación no resultaba muy leal para con su amigo, pero decidió que en ese momento lo más urgente era salir de una pieza de la cita en la que se encontraba y en lo posible evitar que el *dealer* se convirtiera en su enemigo.

—¿Qué sucedió con Coyote? ¿Está muerto? —preguntó, por primera vez sin enojo y más bien intrigado. Ella asintió con un movimiento de la cabeza—. ¿Averiguaste algo? —continuó—, ahora casi meloso.

—Estaba trabajando para un tal Peter, le dicen Manchado. No sé más.

Gary entrecerró los párpados, concentrado, como si un reflejo lo hubiera encandilado. Ella lo observó con curiosidad. Casi podía ver cómo su cerebro revisaba cada una de las fichas del extenso *kardex* que había acumulado en cuarenta años de vida en la calle. Finalmente parpadeó y abrió los ojos. Algo había encontrado.

—Mala cosa —dijo, meneando la cabeza—. Estás jodida. Estamos jodidos.

—¿Por qué? ¿Quién es? ¿De qué se trata?

—Alguien que no existe —respondió él, ensimismado.

—¿Cómo que no existe? ¿Y eso que significa?

—Significa que tienes que desaparecer, esfumarte, romper tus tarjetas, olvidarte de todos los que te conocen, inventarte otra vida, hacerte cirugía en el rostro, tirar tu teléfono. O mejor aún, tirarte del piso 18 de este edificio.

—Pero ¿quién es? ¿Para quién trabaja? ¿No estás exagerando?

—No sé para quién trabaja. Solo sé lo que me dijo el pastor Slater, líder de una

congregación importante en Watts, muy buscado por los políticos que quieren el voto de los negros. Algún tiempo estuvo muy cerca del senador Ferriz, nuestro Obama californiano; un tipo carismático y radical que hacía campañas para prohibir la venta de armas automáticas. Las asociaciones de rifles y municiones lo odiaban, como podrás imaginarte. Un día, su hija adolescente apareció ahogada en la piscina de su casa; una semana más tarde, la esposa se colgó en la cochera. El senador se eclipsó; un año después no se presentó a su reelección. Hoy da clases en una universidad de medio pelo y cuida de sus dos hijos varones.

—¿Y?

—El pastor me dijo que, dos días antes de la muerte de la hija, esperaba en la antesala de la oficina del senador cuando de repente se abrió la puerta y salió un tipo pálido, con una mancha oscura encima del ojo. Detrás de él, Ferriz, muy enojado, le gritó «Peter» y trató de detenerlo; le dijo que no iba a ceder ante ningún chantaje o amenaza, así viniese del mismísimo Olimpo. El ministro se quedó tan impresionado que les preguntó a las secretarías quién era el personaje, pero solo le pudieron decir que su jefe lo llamaba Manchado.

—¿Crees que es el mismo?

—¿Cuántos Manchados conoces que puedan repartir dinero y armas automáticas para asesinar ancianos o para ahogar hijas en la piscina de un senador?

—Okey. Supongamos que sea él. Me escondo dos o tres semanas y luego vemos qué pasa.

—No has entendido nada. Te sacarán del hoyo donde te metas y te retorcerán el culo hasta que cantes lo que sabes. No correré ese riesgo —concluyó amenazante.

—No te atrevas, hay mucha gente aquí —dijo ella, echándose hacia atrás, tratando de tomar distancia.

—Me caes bien, Penélope, incluso de morena. Tienes pelotas y sabes usarlas. Pero no me dejarás otra opción si vuelves a aparecer por acá. —Luego hizo una pausa. Una vez más, ella observó sus ojos tensarse, concentrados en algo que rumiaba en su interior—. Te voy a dar un boleto de salida. Por lo pronto no te muevas de aquí. Dentro de unas dos horas alguien tocará el claxon en la calle y te dejará un auto con el motor encendido. Nada llamativo, aunque en buenas condiciones. Abajo del asiento pondré un sobre para que aguantes algunos meses huyendo. No vuelvas a usar tu teléfono o una tarjeta a tu nombre, no te subas a un avión, olvídate de amigos y familiares y no los vuelvas a buscar, no te metas a lugares que tengan cámaras públicas, usa sombrero o gorra en los próximos meses y olvídate de que alguna vez fuiste rubia. Viaja en el auto y quédate en moteles baratos pagando en efectivo. Vete a vivir a un pueblo en Luisiana o Nueva Inglaterra y consíguete un novio granjero. Entiérrate tres o cuatro años.

—Pero... —quiso protestar y se interrumpió. Asintió con la cabeza, lenta y reflexivamente, aunque más como un reflejo de la contundencia implacable de la filípica del otro y todavía sin captar del todo las implicaciones de lo que acababa de escuchar. Tras una larga pausa, en la que cada cual se encerró en sus preocupaciones, miró alrededor e imaginó que podría ser lo último que viera de Los Ángeles. Se dijo que debía asimilar el entorno y llevárselo consigo. Luego cayó en cuenta de que lo que estaba viendo era un puto ambiente diseñado, igual al que vería en Luisiana o Nueva

Inglaterra, o en el jodido lugar al que la llevara el auto de Gary.

—Si te vuelvo a ver, si me entero de que andas por aquí, yo mismo me adelantaré a Manchado. ¿Me entendiste? Eres un riesgo para mí mientras respires. Toma ese auto, evita las autopistas, pero toma la ruta que te saque lo más rápido de California y no te detengas. —Extendió la mano y exigió que le entregara su teléfono. Se había quedado sin batería desde la noche que saliera del Gato Azul y, aunque inutilizable por el momento, en un acto reflejo lo había puesto sobre la mesa.

—Dámelo —exigió al notar su vacilación—. Pronto estarán rastreándolo. Podemos enviarlo a otro lado y eso te dará algunas horas de ventaja.

Solo entonces, al entregar su teléfono, se dio cuenta de cuán radical resultaba el plan de Gary. Su teléfono era su archivo, sus redes, su vida. Tuvo un ataque de pudor al recordar las fotos frente al espejo que se había tomado unos días antes, aunque había optado por no subirlas a su Instagram. Ahora estarían a disposición de Gary si este abría sus archivos. Contuvo un asomo de rubor al recordar las imágenes, pero pensó que hablaba con un proxeneta y que había cosas más importantes en juego.

Volvió a repasar lo que el *dealer* acababa de plantearle y comenzó a hacerse una idea de lo que significaba. Se dijo que, antes de tomar una decisión tan radical, debería hablarlo con Saúl al menos. Y si fuera el caso, no podía desaparecer sin más; tendría que avisar al SAPO de su ausencia indefinida, hacer un último contacto con su madre, quien vivía recluida en una clínica en Minnesota y a la que no veía desde hacía tres años.

No obstante, concluyó que el traficante tenía razón; si habían hecho eso con un senador —y ahora creía recordar vagamente las noticias de ese caso—, a ella y a los que la rodeaban podían despedazarlos. Si se quedaba, quizá pusiera en riesgo a los que trabajaban con ella. Concluyó que ya encontraría la manera de avisarle a los suyos. Con todo, pensó que nada podría hacer por los geranios de su terraza, que morirían irremediablemente. La imagen de las macetas inermes e inútiles la sumió en una insoportable y repentina tristeza.

Gary se puso de pie y ella entendió que no volvería a verlo; experimentó el súbito impulso de abrazarlo para decir adiós a todo lo que dejaba atrás, pero le bastó cruzar una última mirada para entender que, para él, ella era una amenaza, un peligro que debía ser borrado cuanto antes. Sus ojos eran ya los de un depredador que tiene a la vista un obstáculo indeseable. Penélope giró la cabeza para disimular su emoción; cuando volvió a verlo, su espalda se perdía por la puerta de entrada.

9. *On the road I*, lo peor es el estreñimiento

En los primeros mil kilómetros de trayecto en el Honda Civic que Gary le dio, Penélope descubrió, además de un sobre con siete mil dólares, dos cosas sobre la vida en carretera. Primero, que resulta muy complicado conducir largas distancias por caminos secundarios; se vio obligada a hacer largos rodeos para eludir las casetas de autopista y evitar el riesgo de ser captada por alguna cámara. Y segundo, que las largas horas al volante y la comida de las cafeterías del camino son una mezcla que produce estreñimiento, además de acidez por el infecto café recalentado de los comederos a pie de carretera.

No fue lo único que descubrió: sin tu celular o tu computadora, y sin posibilidad de recuperarlos, dejas de ser quien eras. Ni siquiera tenía la *laptop* que usaba en su oficina; con ella al menos podría haber recuperado su cuenta de correo. Tampoco conocía de memoria el teléfono de algún amigo o un familiar; quizá fuera lo mejor, así no caería en la tentación de buscar a alguno de ellos en un momento de debilidad. Y aunque hubiera recordado la contraseña, pensó que tampoco convenía abrir su correo electrónico. Por la misma razón decidió olvidarse de su Gmail; no volvió a abrirlo. ¿Paranoica? Quizá, aunque no podía quitarse de la cabeza la imagen de la hija de un senador flotando sobre la piscina.

En los primeros días pasaba largas horas imaginando alguna manera de comunicarse con los suyos sin ponerlos en riesgo y sin delatar su posición, como usar un teléfono público para llamar al SAPO o pretextar alguna razón para pedirle a un extraño un celular y llamar a su madre. Pero desechaba una idea tras otra, temerosa de que fueran ciertas las advertencias de Gary. Si algo de lo que él decía era verdad, los teléfonos de sus amigos y familiares estarían intervenidos; todos sus esfuerzos para pasar inadvertida habrían fracasado. Peor aún, quizá podría exponerlos a algún peligro o, al menos, a un asfixiante escrutinio. Una vez que hiciera un primer contacto, el círculo sobre ellos se estrecharía en espera de la siguiente llamada. Aunque debió admitir que su madre no extrañaría su ausencia. Apenas intercambiaban alguna llamada navideña o de cumpleaños, con más embarazo y prisa por cumplir el trámite que entusiasmo. Desde la adolescencia había tomado distancia de su severo padre, ministro calvinista, y nunca le había perdonado a su madre que tomara partido por su esposo y en contra de la hija, incluso después de quedar viuda. Así que, si habían intervenido el celular de la señora Hunt, en Minnesota, podía anticipar que el operador encargado de esa misión sufriría mortales sesiones de aburrimiento.

De cualquier manera, las tareas de la carretera comenzaron a reclamar toda la

atención de Penélope. Orientarse en el mapa y encontrar rutas favorables fue, con mucho, la más exigente. Para su fortuna, el Honda tenía un GPS. Tardó en dominarlo a golpe de extravíos por caminos de terracería, pero poco a poco encontró la manera de viajar consistentemente en dirección al este, aun cuando en ocasiones el trazado de la ruta la desviara cientos de kilómetros al norte o al sur. No le importaba, mientras estuviera en esos desiertos interminables y cruzase pueblos de nombres desconocidos, su anonimato la hacía sentirse invulnerable, a pesar de que durmiese en pocilgas despreciadas incluso por los camioneros. En un hotel de mala muerte cerca de Flagstaff, Arizona, aprendió que no debía exagerar.

Había llegado, entumecida y ojerosa tras once horas de conducir por el desierto, a un hotel fétido que llevaba por nombre Oasis. Su cansancio era tal que tan pronto entró en la habitación se tumbó sobre la cama y, aún vestida, se quedó dormida. Dos o tres horas después, la despertó un intenso dolor en las lumbares, producto, supuso, de los colchones gelatinosos en los que había estado durmiendo. Se acostó en el piso, a un lado de la cama, e intentó algunos estiramientos de espalda sobre la superficie dura. Nunca había oído una rata muerta, pero el aroma que desprendía el viejo tapete no le evocó otra cosa; quiso renunciar y regresar al lecho, pero decidió hacer al menos alguna genuflexión aguantando lo más posible la respiración. Eso la salvó. Antes de incorporarse oyó el ruido de la cerradura. Recostó la cabeza de nuevo en el piso y desde abajo de la cama observó que la puerta se entreabría y varias piernas se detenían en el umbral. «No es este cuarto», escuchó una voz en español y luego los pasos al alejarse. Con la luz del pasillo no habían visto la mochila tirada en una silla que se encontraba atrás de la puerta y dieron por desocupada la habitación. Se puso de pie y caminó sin hacer ruido hasta la ventana cerrada y a través de las cortinas advirtió que hacían lo mismo en la habitación contigua y luego en la siguiente. Para su suerte, el hotel tenía forma de escuadra y los demás cuartos continuaban al doblar la esquina; dejó de escuchar a los asaltantes. Tomó su bolsa de viaje y salió tan sigilosamente como pudo, caminó al auto, subió a él y arrancó a toda velocidad. Condujo a 130 kilómetros por hora durante diez minutos hasta que un bache casi la saca del camino.

Redujo la velocidad y no se detuvo sino hasta que aparecieron los primeros rayos de sol. Se estacionó afuera de una farmacia, se recostó sobre el volante y se quedó dormida. Al día siguiente se tranquilizó, diciéndose que la voz adolescente que había escuchado de uno de los asaltantes la noche anterior mostraba que se trataba de meros atracadores, probablemente coludidos con el empleado de cutis grasiento que le había visto el trasero con codicia; creía recordar, incluso, que cuando extrajo los cuarenta dólares para pagar la noche, él se había incorporado del asiento con la esperanza de ver el fondo del bolso.

Tan pronto comenzó a dominar las rutinas de la carretera, sus preocupaciones sobre lo que había dejado atrás volvieron a acosarla. Se torturaba por no haberle avisado a Saúl de su partida. Luego se tranquilizaba pensando que seguramente su amigo buscaría a Gary y este de alguna manera se lo haría saber, aun cuando omitiera los detalles. Recordaba las muchas tareas pendientes que había dejado en el SAPO; el llenado de un formulario, el arribo de una mesa de billar que todos esperaban con impaciencia, una cita para aconsejar a Josefa, embarazada a los catorce años. Luego se

consolaba pensando en que ya no tendría que ocuparse de la declaración de IRS, que había procrastinado durante todo el mes. Hoy daría un brazo para que esa aún fuera su principal preocupación. ¿Cómo era posible que la vida diera un vuelco de tal magnitud? Pensaba en sus macetas de geranios y se preguntaba si alcanzarían a resistir una semana sin agua, como si de alguna forma eso pudiese salvarlas de la extinción.

Se dijo que ya ni siquiera era Penélope. Conservaba su licencia de conducir para el caso extremo de que alguna patrulla la pidiese, pero tomaba todas las precauciones para no ofrecer motivo a una detención. Con todo, la vista de algún patrullero le provocaba taquicardia. En los hoteles se registraba con diversos nombres; Susan Brown, el más frecuente. Sin embargo, no lograba identificarse con la imagen que el espejo le devolvía. Se había teñido el pelo de negro y tras una semana de dieta de camionero advertía en el rostro los kilos ganados. En el pasado, los que deseaban halagarla solían mencionar un cierto parecido con Charlize Theron. Nunca se lo había tomado muy en serio, pero ahora comenzaba a ver el reflejo de la actriz, aunque más bien en el papel de la prostituta Aileen Wuornos, en la película *Monster*.

Al paso de los días, su estado de ánimo poco a poco fue desvinculándose de Los Ángeles para sumergirse en las rutinas del camino. No muy diferentes a la del náufrago en una isla solitaria que, tras un primer momento en el que maldice su suerte y recuerda con nostalgia su hogar perdido, tiene que dar paso a las tareas absorbentes que exige la supervivencia. En su caso, cargar gasolina, diseñar la ruta para el día, comprar algunas vituallas y escoger un motel para descansar. Tal sería su rutina diaria durante las dos semanas que, calculó, le llevaría llegar a Luisiana.

Gary había mencionado Nueva Inglaterra o Luisiana como sitios para esconderse, quizá pensando en la lejanía, y probablemente había sido lo primero que le había saltado a la cabeza, pero ella lo tomó como un derrotero. Prefería el calor al frío y lo de Luisiana la hizo pensar en pantanos inescrutables en los que nunca la encontrarían.

En más de una ocasión, la gente la miró con curiosidad, no exenta de reproches. Una mujer viajando sola era una temeridad y para algunos una provocación. Tampoco le ayudaba el tatuaje del ave fénix que descendía del hombro al antebrazo. Sobre todo, cuando tenían tiempo de examinarla a placer en una cafetería o en una banca de jardín mientras devoraba un sándwich. Los hombres solían verla con la codicia morbosa que inspira un platillo exótico en un menú demasiado monótono. Las mujeres la revisaban haciéndose ascuas y enviando señales vagamente hostiles. Para su suerte, ninguna persona la abordó durante estas paradas obligatorias; en parte porque ella las hacía lo más cortas posible, pero también porque la intensidad con la que devoraba los alimentos, la actitud taciturna y ensimismada, y un aspecto desaliñado y ajado proyectaban algo inquietante, amenazante incluso. Con todo, en un par de ocasiones varios tipos intercambiaron comentarios mientras la miraban descaradamente, envalentonándose unos a otros. En ambas, ella decidió acortar su almuerzo y salir pitando en el auto.

Ni siquiera el cambio en los paisajes que la rodeaban alteraba la sensación de un *continuum* que la adormecía y le ahorra toda reflexión sobre el futuro más allá de un lugar para pernoctar. Había hecho un inventario de lo que necesitaba para vivir en eterna fuga y concluyó que todo lo podía encontrar en las tiendas de autoservicio y

farmacias anexas a las estaciones en las que repostaba combustible y comida. En algún momento calculó que el ritmo con el que gastaba el dinero de Gary alcanzaría para extender el periplo cuatro o cinco meses más. Comenzó a sentirse en una burbuja que la aislaba de todos los demonios pasados y futuros, salvo los que surgieran en el camino mismo, y esos le parecían cada vez más manejables.

Al término de la primera semana había logrado construirse un hábitat aislado del resto del mundo, sin conexión con nada de lo que había dejado atrás. Había rehuido las noticias nacionales por temor a que le hicieran pensar en las implicaciones de lo que le había dicho Gary. Si sus temores eran fundados, Saúl también podría ser asesinado. A ratos la atormentaba pensar que el SAPO y los que allí trabajaban corrían el riesgo de sufrir alguna represalia. En algún momento llegó a convencerse de que tenía el deber moral de alertarlos; advertir a doña Rosa, a Puff y a Paff, incluso a sus amigas del *table* que seguramente seguían yendo a dar alguna clase. El propio Pancho, de Los Hondos, no sabía en lo que se había metido.

¿Qué pensarían todos ellos de su abrupta desaparición? ¿Creerían que había claudicado ante las dificultades o que se había aburrido y optado por abandonarlos repentinamente? Se resistía a creerlo. Todos sabían de su pasión por lo que estaba haciendo, pero también pensó que con el paso de los días tendrían que buscar alguna explicación a su ausencia y hacer algo al respecto. Henry tendría que elegir un reemplazo, al menos temporal. Conociendo sus inclinaciones, supuso que «pezones duros» sería su primera candidata. Por su parte, quería pensar que Puff y Paff quizá acudirían a los hospitales y más adelante a la policía para informar de su desaparición.

Más tarde concluyó que Gary trataría de impedir que su ausencia se convirtiera en un incidente oficial. No le convenía atraer la atención sobre Penélope. Ella supuso que lo más probable es que hubiera difundido algún rumor. Era un hombre al que no le faltaría inspiración para dar con el tipo de tragedia que destruye una vida: internación en alguna clínica contra adicciones tras una sobredosis, quizá la muerte repentina de una madre o, peor aún, la muerte por enfermedad terminal de un hijo en Minnesota que nadie conocía. Y ella sabía que estas o cualquier otra versión parecida sería aceptada incluso por los que la querían. Ese tipo de incidentes eran la materia prima que alimentaba el *curriculum vitae* de todos los que pasaban por el barrio.

Algunos días podía ensimismarse en el camino y abandonar el recuerdo de lo que dejaba atrás. Otras veces le resultaba imposible; algún letrero disparaba su memoria o la imagen del menú de un restaurante despertaba una nostalgia inesperada. Pero eran las noticias sobre la violencia en Los Ángeles lo que más podía angustiarla. En un par de ocasiones no había podido evitar escuchar en alguna cafetería noticias o a comentaristas que hablaban de las pandillas y la indignación que provocaba el salvajismo de las bandas latinas.

Solo la música delataba su paso por la geografía. Quien quiera que hubiera sido el dueño del Honda decidió borrar los *playlists* o cualquier otro archivo musical. Los primeros días maldijo a las estaciones de radio locales por su deplorable oferta. Música country, predicadores con letanías interminables sobre el amor de Jesús, corridos mexicanos y muy ocasionalmente alguna programación de blues y góspel. En Texas mejoró la música country, pero los *preachers* se hicieron más insoportables. Con todo,

sintonizar la radio y descubrir una transmisión que valiera la pena se convirtió en la principal distracción más allá de las rutinas mecánicas que imponía el viaje por carretera. Se encariñaba con un locutor de voz sensual durante algunos cientos de kilómetros hasta que perdía su sintonía, ahogado por los gritos de un vendedor de coches.

Sin embargo, incluso la música basura y la cháchara de los vendedores de placeres celestiales o terrenales la ayudaron a aislarse del mundo real y olvidarse de cualquier cosa que no fuera la interminable línea amarilla de esas carreteras. A ratos sentía que podía haber conducido de esa manera por el resto de sus días. Los tuits de Dan Thompson se lo impidieron.

10. Yo me encargo del negro

El negro sabía vivir, se dijo Saúl, mientras pasaba la mirada por el departamento de lujo de Gary, en el sexto piso de un glamuroso edificio en Downtown. Guardó las herramientas empleadas para abrir la puerta, se quitó la gorra de repartidor de Pretzy Pizzas y recorrió las habitaciones para asegurarse de que se encontraba vacío. No podía encender luz alguna, pero la iluminación de los edificios vecinos entraba a raudales por los enormes ventanales sin cortinas. Buscó una salida de emergencia por si era necesario huir precipitadamente y respiró aliviado cuando advirtió que la vivienda tenía una puerta que conectaba por la cocina con un pasillo de elevadores de servicio. Le sorprendió que esta puerta trasera no tuviese echada ninguna llave, aunque tenía un pasador operable desde adentro. El exceso de confianza del traficante obedecía quizá a la seguridad que ofrecía el propio edificio. Había fingido una entrega de comida a domicilio solo para tener acceso a la recepción; tras entregar la pizza a un conserje distraído, al salir a la calle pudo pegar un pedazo de cinta de plástico a la puerta exterior. Luego tuvo que esperar 45 minutos a que el recepcionista abandonara su puesto por unos instantes, probablemente para ir al baño, y colarse rápidamente hasta los ascensores.

Saúl revisó algunos cajones y el reverso de los cuadros de la pared; no encontró nada interesante. Tampoco le extrañó. Cualquier cosa útil para sus propósitos no estaba en algún mueble, sino en el cerebro de Gary. Se sentó en un sofá y decidió esperar las horas que fueran necesarias. El traficante tendría que responder por la desaparición de Penélope. Se habían separado siete días antes cuando ella acudió a la cita con el traficante y desde entonces no la había vuelto a ver. Tampoco Gary había regresado al barrio, aunque sabía de buena fuente que seguía haciendo trasiegos en otros distritos.

Había repasado todos los escenarios y concluyó que no había uno bueno, pero algunos podían ser terribles. Hoy le arrancaría al negro la verdad a cualquier costo. Solo esperaba que Penélope siguiera viva y que Gary supiera qué había sido de ella. Se llevó la mano a la cintura para tener la comfortable sensación que le ofrecía la presencia de su Beretta M9 y la navaja del bolsillo.

No había sido fácil descubrir el lujoso oasis en el que Gary se refugiaba los fines de semana en el centro financiero de la ciudad. Pero, en materia de secretos, el barrio siempre termina siendo un pueblo chico. Durante casi un año, el traficante había sido amante de Amanda, una hermosa sinaloense con la que había terminado en condiciones tormentosas, según Cristina, una amiga de Saúl. Cristina no tuvo dificultades para sonsacar a Amanda la ubicación de su exnido de amor. Ahora solo esperaba que esa noche recalara en algún momento en su departamento, aunque no podía descartar que

tuviere más de un lugar para quedarse.

Poco después de las tres de la mañana oyó voces en el pasillo e, inmediatamente después, el sonido de la chapa al abrirse. Saúl entendió que no podría hacer nada si el tipo venía acompañado, al parecer de varias personas. Corrió hacia la cocina y vaciló entre la puerta de escape y la puerta de la alacena. Maldiciéndose por su imprudencia, optó por la segunda.

Los sonidos que llegaban de la sala le hicieron pensar que se trataba de un grupo de tres o cuatro hombres y que no estaban allí para una visita de cortesía. La voz de Gary se impuso a la de sus acompañantes. No era difícil, el hombre podría haber reclamado el papel de barítono en cualquier coro de góspel.

—No guardo dinero ni drogas aquí. Pero si eso es lo que buscan, puedo conseguirlo —dijo el involuntario anfitrión—. Saúl admiró el aplomo del traficante de drogas. Su tono era una mezcla de indignación y desprecio. Dos golpes secos, al parecer procedentes del cráneo del interrogado, le hicieron pensar que ese aplomo sería efímero.

Repentinamente se encendió la luz de la cocina y un hombre echó un vistazo rápido. Supuso que, como él unas horas antes, quería asegurarse de que el departamento estuviera vacío. Se imaginó que los tipos habían abordado a Gary al llegar a su casa y, estaba claro, ellos no habían tenido necesidad de disfrazarse de repartidores de comida para llegar a la sexta planta. Temió que el hombre revisara la alacena y echó mano de su navaja. Con un poco de suerte podía sorprenderlo, despacharlo en silencio y correr a la puerta de servicio antes de que acudieran sus compañeros. Por fortuna, el visitante se dio por satisfecho con la revisión, aunque eso no asegurara que más tarde lo examinaran meticulosamente. Por ahora, los intrusos estaban más preocupados en interrogar al propietario.

—No nos interesa tu porquería —dijo una voz atiplada, casi de adolescente— y tú lo sabes. Así que seamos profesionales y ahorrémonos tiempo y dolores innecesarios.

Saúl escuchó otro golpe seco y ahora sí un lastimoso quejido de parte de Gary. Probablemente lo habían tomado por sorpresa. El Farinelli, o como se llamara el *castrati* de la película que Penélope les había proyectado en el SAPO, no parecía interesarse en mantener un mínimo de congruencia entre sus palabras y sus acciones. Estaba claro que habría dolor sin importar cómo transcurriera la conversación.

—Penélope Hunt —continuó la voz chillona—. La viste en el Starbucks del edificio Alpha Gama el 12 de abril. La dejaste a las 15:32. Las cámaras muestran que dos horas y once minutos más tarde ella salió para tomar un auto Honda Civic blanco que dejó un negro con gorra a quien no hemos podido identificar, pero con toda la pinta de ser alguno de tus distribuidores. Queremos que nos digas a dónde fue, las placas del auto y saber si sigues en contacto con ella. De tu respuesta depende que sigas gozando de este bonito departamento.

Sus palabras fueron seguidas de otro golpe y un quejido gutural de parte de Gary. El hombre usaba la culata de su pistola o algo parecido a manera de signo de exclamación para terminar sus frases.

La secuencia se hizo rutinaria. El de la voz seguía preguntando y el interrogado respondía con un quejido al golpe del otro, pero nada más salía de su garganta.

Saúl respiró aliviado. A juzgar por lo que alcanzaba a oír, Penélope seguía viva, o al menos no había muerto a manos de Gary. Por el contrario, todo indicaba que la había ayudado. Se alegró de saber que ella conducía un Honda Civic; hasta donde recordaba, era el carro más popular en Estados Unidos: cientos de miles, quizá más de un millón, muchos de ellos blancos, rodaban por las calles. Mentalmente agradeció al traficante por su precaución.

—Aflójalo un rato, voy a tomar algo —dijo el de la voz pituda, que parecía ser el jefe. Temeroso, Saúl se pegó al fondo de la alacena, aunque alcanzó a observar en el reflejo del espejo del refrigerador a un hombre extremadamente pálido y calvo, con una extraña mancha alrededor del ojo izquierdo. Peter Manchado, supuso. Le sorprendió percatarse de que, contra lo que sugería la atiplada voz, se trataba de alguien bien entrado en sus cincuenta.

Peter se acercó al refrigerador, presionó el dispensador de hielos y escuchó el cascabeleo de los cubitos al caer en el vaso. Luego regresó al salón principal para llenar el vaso con alguna bebida. Saúl recordó haber visto en la sala una barra con botellas de licor. Por alguna razón se imaginó que el hombre bebería vodka, como si su palidez no aceptara ningún otro color en el cuerpo. Luego pensó en que debería salir de allí, aprovechando que aún seguían entretenidos con el pobre Gary. No obstante, algo lo retuvo unos instantes más. Después de todo, él también había venido a preguntar lo mismo: ¿dónde estaba Penélope? Ahora sabía que el *dealer* la había ayudado a escapar, la pregunta era ¿adónde?

Aguzó el oído para tratar de captar algo de lo que Gary decía, pero lo que escuchó le quitaron las ganas de seguir allí. Los sonidos animales que el hombre emitía entre jadeos resultaban ininteligibles y cada vez más apagados. Entendió que no se iba a enterar de algo más ni podía hacer algo por la vida de Gary; en cambio, sí que podía hacer algo por la suya. Salió lo más sigilosamente que pudo de la alacena y caminó a la puerta trasera, la abrió y salió al pasillo; al cerrarla, los goznes emitieron un breve chirrido. Maldijo por lo bajo y se precipitó a las escaleras del pasillo, confiando en que el ruido no hubiese sido percibido por los esbirros. Se equivocaba.

Peter detuvo con un gesto a sus hombres para exigir silencio. Ladeó la cabeza como un perro intrigado y, seguido por uno de sus ayudantes, con las armas en mano, se encaminó a la cocina. Observó el pasador de la puerta corrido y la alacena entreabierta. Se introdujo en ella, aspiró un par de veces, concentrado, y dictaminó: «Un grasiento».

—¿Vamos por él? —preguntó el otro.

—No, ya debe estar llegando a la calle. Más tarde le pides al administrador que te muestre los videos del *lobby*. Doy por descontado que es el de la RR11 que no hemos podido encontrar. Ahora hay que limpiar la basura que tenemos en la sala, ese ya nos dijo todo lo que sabe.

—Y no es que supiera mucho. Salvo que viaja con siete mil dólares y puede estar en cualquier camino secundario o encerrada en un hoyo, porque no ha aparecido en las cámaras de vigilancia de las calles.

—Nadie es capaz de esfumarse, no de nosotros. Tenía la esperanza de que el negro nos hubiera hecho el favor deshaciéndose de la rubia —dijo Peter—, pero se puso en riesgo ayudándola. No coincide con lo que sabemos de él; un tipo duro. Penélope ni

siquiera era de las mujeres que él tenía en la calle. Un *dealer* negro y un pandillero hispano, que sacrificarían a su hermana para protegerse, decidieron meterse en problemas con tal de ayudarla. Algo no tiene sentido con esta mujer y eso me saca de quicio.

Precavido, el esbirro hizo un movimiento afirmativo en silencio. Nadie en su sano juicio querría ponerse en el camino de Manchado cuando algo lo irritaba. El jefe sacó una navaja de muelle del bolsillo. Observó el filo y sentenció: «Yo me encargo del negro».

11. *On the road II:* ¿queremos otro Álamo?

¿Y si esto sucede en California, donde los aman, qué nos harán en el resto de América si siguen empoderándose? ¿Queremos otro Álamo? Detengámoslo ahora. Solo un muro grande y bonito puede salvarnos.
Dan Thompson

El expresidente había reaccionado a los sucesos de Los Ángeles muy poco después de que ella abandonara la ciudad, pero Penélope no se enteró de los tuits de Thompson sino hasta una semana más tarde, cuando llegaron a los programas de las radios regionales. A pesar de su intención de evitar los noticieros, Penélope se topó con los mensajes cuando el escándalo inundó todos los espacios de la radio. Incluso en los programas de diván psicológico no se oía otra cosa que las pullas del exmandatario convirtiendo en causa nacional las incursiones de los pandilleros de la Mara Salvatrucha en contra de ciudadanos ejemplares, blancos y solventes.

Incapaz de resistir la tentación, zapeó la televisión un par de noches y observó que algunos líderes de la comunidad latina explicaban el fenómeno, asegurando que los posibles responsables eran de segunda o tercera generación, que no habían tenido aún la oportunidad de integrarse al sueño americano. No obstante, eran voces en solitario; casi todo lo que escuchó la hizo pensar en que la opinión pública estaba indignada y la derecha se estaba dando un festín con el asunto.

Pero también se dijo que una cosa era explotar una circunstancia a su favor y otra haberla fabricado. La posibilidad de que alguien hubiese desatado la violencia en Los Ángeles de manera deliberada le parecía absurda, aunque no inconcebible, ahora que sabía lo que sabía. Nunca había dado crédito a las teorías conspirativas sobre la destrucción de las Torres de Nueva York o casos similares. Como muchos de sus amigos, ella estaba convencida de que el 9/11 había fortalecido la figura del presidente Bush y este simplemente lo había aprovechado, incluso para inventarse una guerra contra Irak. Prefería pensar que, en menor escala, ahora podía estar sucediendo lo mismo: el expresidente y los suyos se habían montado sobre una noticia que favorecía sus intereses políticos y confirmaba lo que pensaban de los hispanos.

Sin otra cosa que hacer que conducir durante horas a velocidades muy por debajo del límite, su cerebro ahora ya no podía escapar a lo que estaba sucediendo. En lugar de ayudarla, la radio se había convertido en la peor de las consejeras. Pero apagarla la condenaba a torturarse con toda suerte de conjeturas angustiantes.

Para calmarse decidió atenerse a lo que sabía. La posibilidad de que esto fuera una

conspiración residía en el testimonio de un pandillero y de un traficante, ninguno de los cuales habría sido un testigo confiable en una sesión de la corte. En el peor de los casos, todo podría haber sido una exageración de Gary para sacarla del SAPO, aprovechando las disputas internas en la banda de la RR11. Se preguntó si habría alguna otra razón para que el traficante hubiera querido expulsarla de Los Ángeles. Quizá había descendido el nivel de consumo de drogas en la zona gracias a las actividades del centro comunitario. Ningún *dealer* se desprende de siete mil dólares sin una razón de por medio, y Gary menos que nadie. Este pensamiento la hizo sentirse ridícula: se había sometido, por su propia voluntad, a una pesadilla que podría ser ficticia, como el japonés que siguió veinte años escondido en Filipinas convencido de que seguía en pie la Segunda Guerra Mundial. ¿Había sido engañada por Gary? Por un momento le dieron ganas de dar vuelta atrás, regresar a Los Ángeles y recomenzar sus tareas en el SAPO como si nada hubiera pasado.

Pero luego recordaba lo que sí había pasado: una absurda e inexplicable ola de crímenes de parte de las pandillas y la muerte de Coyote, un individuo peligroso, en la que ella había intervenido, y eso no era imaginario.

Durante algunos días deambuló entre el escepticismo y la paranoia. A ratos se sentía víctima de un engaño burdo y a ratos estaba convencida de que había un asesino en cada auto que se empeñaba en rebasarla. La noticia sobre Peggy eliminó todas sus dudas.

12. Peggy. Por su boca muere...

Peggy revisa una vez más los elaborados bucles de su apretada cabellera. Cada vez le resulta más engorrosa la larga rutina a la que la somete su madre para lograr un lejano parecido a la foto de Shirley Temple pegada en el espejo del baño. Pero no hay opción, es sábado por la mañana, día de visita a la casa de ancianos The Green Tower, y sus bucles son la condición que exige su abuela para entregarle la ansiada recompensa: dos Tonys de chocolate, única golosina que su madre le permite consumir a la rolliza niña durante la semana. Ruth revisa los zapatos de charol de su hija y, apreciativa, humedece un kleenex con su saliva y quita una brizna de polvo de la punta del calzado. Entiende que la única posibilidad de vencer a su hermano por el aprecio de la anciana, y recibir en herencia la casa desvencijada que la especulación ha convertido en millonaria, reside en profundizar la devoción de la abuela por la nieta.

Una hora más tarde, ambas le sonríen al cuerpo esquelético que sustrae a la muerte unas últimas semanas de vida. La octogenaria apenas puede articular palabra, pero el rictus en la boca logra parodiar una sonrisa para festejar los devaneos de la cabeza de Peggy cuando esta sacude su cabellera con gesto triunfal. La vieja asiente y le dirige una señal al enfermero, quien extrae dos pastelitos del cajón de una mesita de noche lateral. La niña toma con avidez los pequeños paquetes y solicita con la mirada el permiso de la madre. Ruth le dice que puede comerlos y le pide que la espere en la pequeña terraza del jardín que baña de luz la habitación. Desea tener un momento a solas con la anciana para explicarle la necesidad de inscribir a su hija en una escuela privada en la que puedan canalizar sus extraordinarios talentos. La niña se sienta en una banca y le da la espalda a la ventana tras la cual cuchichea su madre al oído de la anciana. Abre con impaciencia el primero de los dos paquetes, extrae el pastelito y desaparece la mitad tras los dientes manchados de chocolate. Mastica en éxtasis, la mirada perdida en la fronda de los árboles. Veinte minutos más tarde la encontrará su madre en la misma banca, doblada sobre su cintura, con espuma en la boca, los ojos abiertos en pánico y el corazón detenido.

13. Cookas y Tonys

*Hispanos. Son como el Muro: feo, pequeño y no hace el trabajo
que dicen que hace.*

Dan Thompson

—¿Una liga de cocineros mexicanos asesinos? ¿Estás loco? —dijo Fitzgerald. La expresión de incredulidad del pelirrojo fue para Page una recompensa; el mandamás de la unidad de investigación de actividades antiestadounidenses era conocido por su flema indestructible.

—Es un mal menor, piénsalo. Bien manejado, sería decisivo en la campaña electoral, ¿quién va a querer votar por un demócrata defensor de mojados asesinos?

Se encontraban en un estacionamiento de una pequeña franja comercial llamada Plaza América. El desodorante del auto rentado en Avis era insoportable, pero ambos preferían hablar con las ventanillas cerradas.

—Ya lo de los pastelitos puede ser excesivo. ¿Cuántos niños tienen que morir? Imagínate que resulten envenenados los nietos de un senador, los hijos de un general, la niña de los ojos de algún multimillonario que sea un donante estratégico del partido... —Lo dijo parpadeando varias veces con sus duros ojos azules carentes de pestañas, como si estuviera disparando una cámara fotográfica.

—Tranquilo, esos no comen Tonys del 7-Eleven. Incluso si sucediera, mal día, pero eso terminaría por generalizar el pánico. Barreríamos hasta en el Congreso. Piensa en lo que conseguiríamos si regresamos a la Casa Blanca y ahora con el control total del Legislativo. Son bajas colaterales mínimas, aceptables considerando lo que está en juego; ni más ni menos que el orden mundial —dijo Page. Estaba exagerando, pensó, aunque el director de la Triple A era un fanático, alguien que aprecia las tesis redondas y absolutas.

—No solo es un tema de bajas colaterales —objetó Fitzgerald, apretando los puños sobre el volante, como si el auto estuviese a punto de precipitarse en el abismo—. Los putos mexicanos están metidos en todas las cocinas del país. En cuanto se corra la voz de que están envenenando a los clientes, se vaciarán las mesas de los restaurantes; no quiero ni pensar en el descalabro económico que eso significa.

—Irrelevante. Sería solo por unos días. Basta que los dueños pongan letreros del tipo «aquí no se emplean latinos» para que la gente regrese.

—¿Y a quién van a emplear, entonces?

Page no había esperado esa objeción de parte de Fitzgerald, tendría que haberlo supuesto. El tipo era un estratega, pero también un experto en logística. Ninguna variable de la ecuación escaparía de su pizarra.

—No lo sé. Negros, asiáticos, los chicos que ahora trabajan en los McDonald's; de algún lado saldrán. Lo importante es que la opinión pública se vuelque a favor del candidato que quiere construir un muro infranqueable en la frontera. Y ese candidato es el nuestro.

—Salvo que alguien averigüe de donde salió la idea y entonces perdamos todo —protestó el pelirrojo.

—Es que, si no hacemos nada, vamos a perder todo. ¿No te das cuenta? Thompson no va a ganar con banderitas de *Make America Great Again*. Eso ya sucedió; en la primera ganamos y en la segunda perdimos. Ahora solo el miedo en estado puro puede garantizarnos una victoria aplastante. Necesitamos un enemigo que les quite el sueño a los votantes y qué mejor que la amenaza sobre la cual el presidente nos ha estado advirtiéndolo. Los hechos le darán la razón. Ni siquiera en Nueva York o San Francisco los amantes de hispanos van a querer que un mexicano les limpie la mesa.

—¿Quiénes más saben de esto? —dijo Fitzgerald tras una pausa. Page respiró con alivio. Asumió que el funcionario ya había comprado la idea.

—Yo, Spencer y tú. Solo los tres tenemos la película completa. Los operadores solo conocerán la porción en la que participen e incluso esos pueden desaparecer una vez que cumplan su misión, de eso sabes tú más que yo.

—Has visto muchas películas. Esos no son daños colaterales. Un agente confiable es un activo irremplazable, y más si ya está infiltrado en las filas del enemigo.

Page sonrió; le gustaba este tipo. Bueno, eso era un decir. En realidad le disgustaba, sin embargo resultaba fácil hacer negocios con su simplismo. Para él, el enemigo eran los sindicatos, las ONG de los barrios, los activistas políticos que trabajan a favor de las minorías. Page no tenía algo personal en contra de los mexicanos, y mucho menos en contra de Eréndira, su prodigiosa cocinera oaxaqueña, y tampoco contra Marta, su ocasional amante venezolana. Pero pensó que Fitzgerald no tenía por qué saberlo. La ventaja de los fanáticos es su daltonismo ideológico; son enemigos de todas las variantes de cafés, negros, amarillos y rojos; cualquier cosa que no sea blanco lechoso y de preferencia sin pecas.

—No tienes por qué preocuparte del dinero. Spencer maneja fondos en efectivo de las aportaciones de partidarios que no pasan por libros contables. Los venenos tendrás que ponerlos tú.

—Pan comido, te sorprendería lo que puedo conseguir. Además, no se trata de nada sofisticado; tendríamos que utilizar algo que estuviera al alcance de un cocinero mexicano o de su amigo laboratorista, algo relativamente comercial. —Ahora Fitzgerald sonaba entusiasmado.

Page no se sorprendió. La unidad que el otro dirigía existía en los márgenes de la ley; solo le respondía a Spencer, pero la mayoría de las veces ni siquiera este deseaba ser informado al detalle de las actividades, para no terminar algún día juramentado ante un comité del Congreso. Eso le permitía a la oficina de asuntos antiestadounidenses flotar entre dependencias del Pentágono y del Ejecutivo sin rendir cuentas a nadie y al margen de quien gobernara la Casa Blanca.

En lo que intentó pasar como un acto de camaradería, Fitzgerald alargó el brazo y compartió el contenido de una bolsita de estraza de la cual había estado comiendo.

Page metió la mano en ella luego de una ligera indecisión; acababa de ver una burbuja de saliva seca en la comisura de los labios del otro, pero no deseaba contrariar su inesperada complicidad. Era lo más cercano a un gesto amistoso que le hubiera visto en los once años que tenía de conocerlo. Además, le dio curiosidad conocer el contenido de la bolsa; Fitzgerald era célebre por sobrevivir el día a base de barras de proteína y pastillas de misteriosos nutrientes.

Page vaciló sobre la posibilidad de comentarle la cuarta etapa de su plan, algo que ni siquiera conocía Spencer, aunque terminó desechando la idea. Hablarle de una ejecución terrorista contra miembros de patrullas fronterizas del Servicio de Ciudadanía e Inmigración de Estados Unidos, a manos de la mafia de traficantes de braceros, podría enemistarlo con todo el proyecto. Para Fitzgerald, los de la *migra* eran héroes, soldados en la línea de batalla; ejecutar y degollar a una docena de ellos para favorecer su proyecto escapaba a su noción de sacrificio. Una cosa era eliminar civiles y otra descabezar a los que el pelirrojo consideraba combatientes por la libertad y un bastión contra las hordas bárbaras del sur.

Page se despidió con una inclinación de cabeza y deseó que el otro no le extendiera la mano. No lo hizo. Bajó del auto y abrió el puño para examinar lo que había sacado de la bolsa de estraza: pepitas saladas de calabaza que solo le había visto comer a su cocinera mexicana. Las tiró sobre el pavimento del *parking* y se limpió la mano en el pantalón.

14. Lo que suceda en Las Vegas, se queda en Las Vegas... para siempre

El pelo rubio caía sobre los hombros de la mujer igual que el de Penélope, la estatura era la misma y quiso pensar que el tono rosa de los pezones podía ser también el de ella. Si no se fijaba en los dientes chuecos y en los ojos pardos de la prostituta que montaba vigorosa su pene, Pancho podía imaginarse que le hacía el amor a la coordinadora del SAPO. Le había costado 500 dólares y una larga búsqueda en la web conseguir a una mujer como la que deseaba, o al menos lo más próximo a lo que deseaba. Y eso que se encontraba en Las Vegas, supuesto paraíso de la prostitución de lujo.

El líder de la banda de Los Hondos había preferido tomar distancia de Los Ángeles durante algunos días. Las cosas se habían puesto demasiado calientes. Lo había anticipado desde el momento en que aceptó el trato de Coyote; sabía que era peligroso y que exigiría adoptar un perfil bajo por un tiempo. Pero no podía rechazar la comisión que había recibido, 250000 dólares exigían correr cualquier riesgo. Además, siempre había querido conocer Las Vegas; pasaría algunos días en juerga con la rubia y, si se portaba bien, se la llevaría a Miami; todo indicaba que tenía vocación para la fiesta. Soñaba con tomar un crucero, en una suite de lujo, y bañarse en un jacuzzi con una mujer que despertase la envidia de los carcamanes millonarios que lo rodearían. Ella pareció escuchar sus pensamientos porque estiró la espalda y proyectó los senos hacia arriba con orgullo. Él apreció el gesto; eran grandes y, sin mucha iluminación, parecían naturales.

La vida por fin le había sonreído. El pensamiento duró tres segundos; escuchó dos zumbidos y ella cayó sobre su pecho escupiendo sangre. Detrás de la mujer surgieron varios hombres armados con pistolas con silenciador. Pancho entendió que no se trataba de una *vendetta* entre pandilleros; a los que ahora veía eran demasiado profesionales, vestían de traje y portaban armas de última generación. De cualquier manera, repasó mentalmente el dinero que traía en la bolsa deportiva que había colocado debajo de la cama, un argumento para buscar una negociación *in extremis*. Su esperanza desapareció cuando las pistolas se abrieron para hacer hueco a un rostro pálido que lo examinó detenidamente. Nunca lo había conocido, pero el pandillero entendió que estaba frente a Peter Manchado.

Antes de que la oscuridad apagara su cerebro se dijo que al menos había alcanzado a conocer Las Vegas y a hacer el amor con Penélope, o casi. Murió con las luces de neón del Strip encerradas detrás de sus párpados.

15. El arte del profesional

*Con todo lo que está pasando está claro que hoy más que nunca
necesitamos un muro grande, infranqueable. Si el Congreso no lo aprueba, juro que yo mismo voy a construirlo. ¿Quién
me acompaña?*

Dan Thompson

A Fitzgerald, el plan de Page le pareció menos ingenioso y original cuando se dio cuenta de que el Pentágono y sus asociados ya lo habían anticipado hacía algunos años. Tras la destrucción de las Torres de Nueva York, las agencias de seguridad habían realizado corridas con escenarios de todas las versiones posibles de ataques terroristas, desde virus epidémicos hasta boicots cibernéticos, pasando por distintos tipos de envenenamiento deliberado de aguas y alimentos. Un programa de computadora contemplaba la mortandad que provocaría una larga lista de artículos de consumo masivo, entre ellos galletas y pastelillos industriales. Incluso había un coeficiente para determinar la letalidad por cada mil unidades de Tonys envenenados en escenarios con distintas densidades demográficas. Fitzgerald mismo hizo las corridas, ensayando algunas variables. Finalmente eligió la región y las cantidades precisas para la distribución del producto.

La planta de Milwaukee resultó perfecta. La mayor parte de los obreros eran latinos, al igual que los repartidores. Habría pocas dificultades para intervenir un lote de varias cajas de pastelillos, el problema residía en encontrar la manera de alterarlos sin que pareciera la obra de un desequilibrado. El terror es más efectivo cuanto más dirigido parezca; no tenía ningún caso sentar a un Juan López con un tornillo suelto en el banquillo de los acusados. En tal caso no sería muy distinto del adolescente psicópata que súbitamente comienza a disparar a maestros y alumnos en el aula de una escuela. No, el ataque contra la población blanca tenía que ser percibido como algo que provenía del resentimiento de los hispanos en su conjunto, algo que desencadenara la noción de una amenaza de origen étnico entre el resto de la población.

600 cajas, con un total de 12000 pastelillos, fueron sustituidas en las bodegas de Panpan, el gigante de la industria alimentaria, y colocadas en la plataforma de salida de una ruta destinada a uno de los distritos de mayor ingreso económico del norte de Chicago. Fitzgerald sabía que las víctimas apenas pasarían de una docena; tan pronto se identificara a los Tonys como responsables del envenenamiento, la distribución sería detenida y los inventarios de las tiendas confiscados. La corrida de computadora para esa cantidad de pastelillos distribuidos en Glencoe y Deerfield, en el norte de Chicago, arrojaba un coeficiente de 14.8 muertes. No se equivocó: murieron catorce y la decimoquinta víctima quedó en un coma indefinido.

16. Una tal Penélope

El crimen contra los niños es un acto terrorista. Juro que los culpables pagarán por esto, aunque tenga que ir a sacarlos del hoyo inmundo en que se escondan.

Dan Thompson

El auto alquilado esta vez era una Toyota RAV4, pero el lugar del encuentro era el mismo, un estacionamiento en el pequeño centro comercial poco frecuentado y llamado pomposamente Plaza América. Page encontró a Fitzgerald más tenso e impaciente que en ocasiones anteriores. Se preguntó si su molestia obedecía al origen extranjero de la marca del auto. Estar al volante de un vehículo japonés armado en México seguramente rompía uno de los cánones del estricto funcionario; algún miembro de su equipo estaba en camino de recibir una severa reprimenda.

—Mi jefe quiere acelerar la tercera etapa del plan. Lo de Chicago está caminando aún mejor de lo que habíamos pensado. Lo que sigue es el golpe de muerte —dijo Page tan pronto subió al auto.

—Ha sido de muerte desde el primer día en Los Ángeles —respondió Fitzgerald, irritado—, no debemos olvidar el sacrificio de los ancianos, de los hombres y las mujeres de bien que han caído. Sin saberlo, han sido héroes en beneficio de una causa mayor.

—Desde luego —respondió Page en tono de contrición—. Pediremos a los senadores de confianza que exijan honores y se indemnice a los deudos. —Se dijo que tenía que ser más cauteloso con un cómplice tan doctrinario. Pulsar los botones de un fanático era una tarea sencilla, a condición de no tocar una zona sensible, en tal caso todo podía arruinarse—. Pero necesitamos que los cocineros hagan su parte dentro de tres o cuatro días. Será el *timing* perfecto. Lo de los pastelillos va por buen camino. Spencer me dijo que el FBI ya maneja como primera línea de investigación al jefe de turno de la ruta de distribución en Chicago, un tal Ramírez. ¿Cómo lo conseguiste?

—Le hicimos creer que nuestro lote era parte de un inventario no declarado por un capataz de la fábrica y que le urgía colocarlo, con el pretexto de que la fecha de caducidad estaba pronta a vencerse. Lo tomó como un favor de colega. Repartió los envenenados sin darse cuenta. Escogimos bien al tipo, Luis Ramírez; aunque es líder entre su gente, vivía solo y es algo retraído. Hemos atiborrado la cochera de su casa con los pastelillos originales y algunos ejemplares de *Raza de Bronce*, un panfleto bélico que comenzamos a publicar hace ya dos años para detectar a los hispanos radicales. En cualquier momento, la policía entrará a su casa y lo encontrará muerto por su propia mano de un disparo en la sien.

—Tendremos que hacer mucho *lobbying* para que el envenenamiento de niños no parezca obra de un loco, lo importante es que sea identificado como parte de un grupo que puede volver a atacar en cualquier momento —dijo Page. Había quedado

impresionado por la descripción puntual y eficaz de Fitzgerald, pero no deseaba darle la satisfacción de un triunfo.

—Despreocúpate. Hace una semana intervenimos los correos electrónicos de él y otros activistas, algunos reales y otros inventados. A lo largo del día irán apareciendo mensajes intercambiados entre ellos, con fechas anteriores, en los que se dan ánimo para cumplir su misión. En cualquier momento empezarán las redadas para detenerlos.

—Me das miedo —dijo Page, en tono admirativo. Le entusiasmaba enterarse de lo que ofrecían las nuevas tecnologías cuando la necesidad política lo exigía.

—Y no es nada comparado con lo que estamos organizando con lo de los cocineros.

—Antes de entrar a eso, ¿cómo vas con aquello de borrar el rastro de los que intervinieron en Los Ángeles? —preguntó Page, recordando las preocupaciones de su jefe.

—A punto de completarse, nada de qué preocuparse. Nuestro hombre en California es mortalmente eficaz —respondió y celebró su ironía con un rictus que pasó por sonrisa—. Hay un cabecilla suelto de la RR11, un rebelde que no quiso participar, pero su propia gente lo va a eliminar.

—Es demasiado riesgoso dejar un cabo suelto a manos de una pandilla ¿no crees? —objetó Page, preocupado.

—La mejor operación es aquella que transcurre por vías naturales. Las intervenciones deben ser mínimas, simples toques maestros para que el proceso se desenvuelva por sí mismo. —Fitzgerald ahora parecía transportado, doctoral e inspirado.

—Yo le tengo más fe a los profesionales, y tú tienes a los mejores —dijo Page, que en otras circunstancias habría tomado a mal las sentencias filosóficas de Fitzgerald, pero ahora entendía que era su cuello lo que estaba en juego.

—Ya eliminamos al líder de Los Hondos, un tal Pancho, y a varios de su equipo. Por allí no hay más riesgos. Le daré un par de días más a los de la RR11 para que se depuren entre ellos, luego entraremos a limpiar lo que haya quedado en pie.

—¿Con eso se cerrarían todos los cabos sueltos de Los Ángeles? Hoy tenemos reunión con el comité, no quiero que Spencer se lleve una sorpresa en el reporte que hará Murphy.

—Bueno —respondió Fitzgerald, reticente—, murió en circunstancias extrañas el operador de campo que movió los recursos destinados a las pandillas, un tal Moreno, apodado Coyote. Bazofia, pero no me gusta su muerte. Aunque pudo haber sido simplemente voracidad de alguien que vio pasar tanto dinero por sus manos. Estamos examinando y limpiando.

—¿Alguna pista de quién lo mató?

—Aún no está claro, son tipos que siempre andan en negocios sucios que no tienen que ver con asuntos oficiales. Al parecer hay una mujer involucrada. —Revisó el pequeño *block* que tenía entre las piernas—. Una tal Penélope Hunt, que dirige el centro comunitario en Compton. Pero ya está en eso el equipo de limpieza y lo resolverá mucho antes de que el FBI sepa siquiera de su existencia. No te preocupes. No tendrás ninguna sorpresa en la reunión de la tarde. El comité estará encantado, ya lo verás.

17. *On the road III.*

Come frutas y verduras

Hazte un favor. Si conoces a un ilegal en tu vecindario, denúncialo antes de que los crímenes y el español desplomen el valor de tu propiedad en el mercado.

Dan Thompson

Primero lo escuchó en un programa de radio en Arkansas. Un comentarista de voz chillona leía los *trending topics* del momento en las redes sociales. Algunos cibernautas hablaban de niños intoxicados en Chicago luego de consumir golosinas. Parecía un simple rumor, alimentado por las exageraciones y la desinformación propias de las redes sociales. Giró la perilla del aparato de sonido en busca de algún noticiero más formal y, cuando lo encontró, no escuchó mención alguna sobre el asunto. Poco después, el programa de noticias de PBS hacía referencia al suceso, pero anticipaba que, pese a que el hecho se había hecho viral en las redes sociales, ninguna fuente oficial había confirmado el dato. Una hora más tarde, otros noticieros empezaron a divulgar a cuentagotas los primeros reportes de los hospitales de la zona. Se hablaba de cinco niños muertos y una docena más severamente intoxicados.

Por la noche, en un hotel de la carretera 32 a las afueras de Ashdown, Arkansas, sintonizó la televisión. Por lo general no la encendía, prefería sumergirse en la lectura de alguna de las novelitas baratas que solía encontrar en la administración de los hoteles por los que pasaba. Y, en las pocas ocasiones en que la veía, prefería sintonizar, cuando las había, viejas películas en blanco y negro. Esta vez buscó directamente las noticias y Fox no la defraudó. No se hablaba de otra cosa. Los presentadores afirmaron que la cifra de defunciones confirmadas había aumentado a nueve, pero se daba por sentado que seguiría aumentando por la gravedad en la que se encontraban otras víctimas. Un funcionario del Departamento de Salud informó que las autoridades manejaban varias hipótesis sobre la causa de los siniestros y que las primeras autopsias sugerían algún tipo de intoxicación, aun cuando todavía no se tenía claridad sobre las circunstancias concretas que la habían desencadenado. Solicitaban calma para evitar el pánico o la saturación de los hospitales. Exhortaban a cuidarse y no ingerir alimentos en riesgo de descomposición.

En CNN pudo observar el trabajo de una reportera de una estación local que logró entrevistar a los parientes de seis de las víctimas en dos hospitales distintos. Si no fuera porque el dolor que proyectaban resultaba evidentemente genuino, uno habría pensado que cumplían con el reparto perfecto, modelos que no habrían defraudado al productor más exigente. Todos eran blancos, aparentemente ricos, especímenes con la guapura que solo puede proceder de varias generaciones de ancestros bien alimentados y desposados con la más bella de la escuela.

Detuvo sus pensamientos y se recriminó por lo descarnado de su reflexión. Después

de todo, se trataba de padres en duelo, destrozados por una tragedia absurda e inesperada, incapaces aún de asimilar la magnitud de su desdicha. Pero, tras varios meses de trabajar entre los desventurados de tiempo completo y muchos años de moverse en los márgenes de la sociedad, se había acostumbrado al hecho de que los dioses por lo general acostumbran descargar sus malos humores en los más desheredados de sus hijos. Contemplar en rápida sucesión varios casos en los que la tragedia había flagelado a los que solían estar por encima de estos infortunios había sacado a flote su escepticismo.

Cuando la radio comenzó a hablar de niños intoxicados por una organización terrorista de trabajadores latinos, en el decimoprimer día de su peregrinaje, pensó que llovía sobre mojado sobre el prestigio de la raza de bronce, pero asumió que no era sino una horrible coincidencia.

Según las noticias, un capataz de Milwaukee responsable de la distribución de pastelillos industriales, un tal Ramírez, había formado una célula radical e introducido algún veneno para intoxicar a pobladores del suburbio más rico de Chicago. Una docena había muerto, la mayoría niños, todos ellos blancos. Ramírez se había suicidado antes de que la policía llegara a su casa. Los panfletos encontrados confirmaban su resentimiento en contra de la sociedad estadounidense y los mensajes que había postado en sus redes sociales los días anteriores daban cuenta de la misión de escarmiento contra los blancos a la que se había comprometido. De acuerdo con el reporte de la policía, Ramírez formaba parte de una comunidad clandestina y radical extendida por todo Estados Unidos y vinculada por panfletos, blogs y redes que alimentaban el rencor en contra de los blancos y urgían a tomar acciones radicales.

Ahora ni las estaciones de música quedaron inmunes. La programación normal fue interrumpida para ofrecer reportes de último minuto sobre el suceso y para divulgar los consabidos tuits del expresidente, ahora frenéticos; los programas religiosos hablaban del odio entre las razas, todo mundo parecía tener una opinión, la mayoría encaminadas a atizar el fuego, pocas a matizarlo. La paranoia por la amenaza del «terrorismo hispano» se multiplicó en la radio. Se difundían sin cesar testimonios de viejas anécdotas sobre el abuso de algún trabajador mexicano; se propagaban relatos de blancos discriminados por no hablar español en el sur de Texas o en San Diego. Se suscitaron varios ataques de supremacistas blancos en contra de víctimas solitarias. Un estudiante recién llegado de Guatemala fue asesinado a golpes en un dormitorio de la Universidad de Notre Dame. El miedo y la animadversión habían ganado la batalla. Incluso cadenas y programas moderados se hacían eco de la ola de sentimientos antiinmigratorios.

Penélope quedó angustiada con todo lo que escuchó. Lo de Chicago era la más inoportuna de las tragedias luego de lo que había pasado en Los Ángeles. Descartaba que ambos incidentes estuvieran relacionados. Incluso si lo de Los Ángeles había sido producto de una maquinación, no había razón para concluir que lo de Chicago también lo fuera. Los noticieros hablaban de una investigación conducida por el FBI, al tratarse de un incidente calificado como terrorista. Algo que estaba muy por encima de personajes como Coyote, Gary, Saúl o ella misma, como había sido el caso con los pandilleros.

Durante algunos días disminuyó el ritmo de la marcha para pasar horas frente a la pantalla en la habitación, con los programas de la noche y de las primeras horas de la mañana. Fue entonces cuando escuchó a Mason y su vida dio otro vuelco dramático.

18. Comité de reelección II.

Hispanos, you are fired

Hispanos, you are fired.
Dan Thompson

En efecto, el candidato estaba encantado. No es que se mostrara feliz, más bien Page lo encontró en un estado febril, hiperactivo, arrebatado y arrebatador. Por lo general, Thompson no asistía a las reuniones semanales del comité de precampaña, pero desde que comenzó el escándalo de los latinos prefería no perderse una.

El exprocurador intentó dar cuenta de las investigaciones de Los Ángeles y de Chicago, pero Thompson apenas lo dejó hablar. Le bastó enterarse de que las pandillas estaban siendo aniquiladas y que se encontraba bajo estrecha vigilancia todo el que hubiese tenido alguna conexión con el terrorista de Milwaukee. Los detalles le importaron muy poco. Lo que más le interesaba era confirmar la violencia brutal y despiadada desencadenada por los hispanos. Pasaba del enojo a la exaltación con ideas de todo tipo para forzar la construcción del muro, endurecer la legislación contra los ilegales y erradicar el español de una vez por todas de los programas públicos. Los presentes simplemente asentían en silencio, conscientes de que ya no estaban en la Casa Blanca, aunque Thompson hablase como si sus ideas fueran a convertirse en iniciativas presidenciales al día siguiente.

—¿Saben cómo amanecieron hoy mis niveles de aprobación? —preguntó a todos y a nadie. Los demás lo miraron en espera de la respuesta, aunque más de uno no pudo impedir que su rostro delatara impaciencia.

—58 por ciento y creciendo —intervino Winston, como si también ese fuera su mérito.

—La más alta desde que dejamos la oficina —aseguró Thompson. Page habría querido precisar que era la más alta en la historia política personal antes y durante su periodo presidencial, pero si los otros no se atrevían a corregir al exmandatario, mucho menos podía hacerlo él, que técnicamente no formaba parte del comité. Se le toleraba porque lo llevaba Spencer, pero nunca tomaba la palabra a menos que se le preguntase algo puntual.

—Lo que el presidente quiere decir es que por primera vez la gran mayoría de los ciudadanos coincide con lo que él ha tratado de hacernos ver; han despertado y se han dado cuenta de que nuestra porosidad ante los inmigrantes ha alcanzado un límite, hemos sido demasiado laxos —precisó Winston.

—Exacto —dijo Thompson—. Eso es lo que digo. Ha llegado la hora de hacer algo radical, algo que dentro de cincuenta años se recuerde como el momento en que Estados Unidos volvió a ser blanco y no esta enchilada tóxica en la que nos hemos convertido. —Se detuvo para oír el eco de sus palabras e inmediatamente bajó la vista

para teclear en su teléfono. Le había gustado su frase.

—Enchilada tóxica, muy buena expresión, señor presidente. Describe con exactitud lo que está pasando, habría que aprovecharla —dijo Spencer en tono zalamero y, dirigiéndose al resto del grupo—, también hay que aprovechar la débil respuesta de Nelson. No se anima a criticarlos; después de haber abogado por ellos, hay que asegurarnos de agrandarle la factura política. Insistir en todos los foros y redes sociales en que son las políticas de los demócratas, y en particular las del gobierno de Nelson, lo que ha provocado esta amenaza contra el pueblo estadounidense.

La mayoría de los asistentes afirmó en silencio y Thompson alzó el pulgar en señal de aprobación. Spencer decidió que ese era el mejor momento para terminar la reunión y, con la venia del líder, así lo hizo, después de insistirles a todos que estuvieran atentos a las investigaciones de los incidentes de Los Ángeles y de Chicago, y que tuvieran a su oficina permanentemente informada para utilizar los datos de la mejor manera posible. Por el momento, dijo, era la primera, la segunda y la tercera prioridad del comité.

Antes de salir, todos pudieron ver en sus pantallas el tuit.

Nuestra tolerancia con los inmigrantes ha alcanzado un límite. América debe hacer algo para salir de la enchilada tóxica en la que nos hemos convertido.

Dan Thompson

Como de costumbre, Page acompañó a su jefe a su automóvil al salir de la reunión. Y, como otras veces, este lo invitó a caminar en dirección al auto.

—El presidente tiene prisa —dijo el exconsejero de seguridad, esta vez eufórico—, niveles de aprobación de 58 por ciento le agradan, pero no bastan. Tenemos que subirlo a más de 66 por ciento, con dos tercios sentirá que la campaña se convertirá en un largo recorrido de aclamación.

—Para alcanzar esa cifra necesitaríamos que incluso la población hispana abrace la agenda del presidente. Eso está más complicado.

—Lo harán si manejas bien lo de los cocineros. Nadie quiere morir envenenado comiendo una hamburguesa en McDonald's, y eso incluye a los Sánchez y a los Martínez.

—Todo está listo, comienza mañana. Te sugiero comer el *lunch* directamente de un *tupperware* los próximos días.

—Un precio muy bajo para cambiar la historia de este país, ¿no te parece? —concluyó Spencer. Luego, ambos consultaron su teléfono al escuchar su alerta. Sonrieron cuando constataron que el expresidente les había dado la razón.

Dentro de 50 años verán esta hora como el momento en que USA tomó la decisión de convertirse de nuevo en un país blanco.

Dan Thompson

19. Come frutas y verduras II

Las alitas de pollo de Vipers habían conquistado a Washington. Una salsa con perejil, una vajilla que emula el vidrio de Murano, la música clásica atronadora y los precios prohibitivos convirtieron al Vipers en el restaurante de moda entre los hípsters de la capital. El jueves por la noche, una larga fila de comensales aspira a conseguir una de las treinta mesas del abarrotado restaurante. Un total de 415 personas consumirán el platillo estrella esa noche; 190 requerirán un lavado de estómago en alguno de los hospitales de los alrededores; 46 lo habrán conseguido demasiado tarde. El veneno estaba en la salsa con perejil.

Para entonces, en los medios ya se especulaba sobre la causa de la epidemia de intoxicaciones provocada por el sushi de Ragun, la principal cadena de reparto a domicilio de comida oriental en Nueva York. Algunos aseguraban que se trataba del pescado en posible estado de descomposición; otros apostaban por alguna de las condimentadas salsas, y más de uno alegó que los palillos de madera procedían de los bosques contaminados de India. Tras dieciocho fallecimientos, la prensa comenzó a hablar del asesino del sushi y un diario de extrema derecha publicó que se trataba de un ataque procedente de Corea del Norte.

Toda especulación terminó cuando apareció en la *dark web* un manifiesto en español y en inglés de parte de una organización autodenominada Cookas, o Liga Latina de Cocineros Asesinos, que reivindicaba su derecho a vengar la explotación y las interminables humillaciones sufridas por los hispanos por parte de la población blanca. Advertía que la omnipresencia de los mexicanos en las cocinas de los restaurantes de todo el país, sin importar el nivel económico y social, aseguraba que podían infligir un castigo implacable al país que los usaba y, al mismo tiempo, los denigraba. Exigía que mejoraran las condiciones laborales de meseros y cocineros, y pedía que se suspendiera la persecución que el gobierno había desatado en contra de los ilegales. Al final de su manifiesto, Cookas hacía un homenaje a Ramírez, el obrero capataz a quien acreditaba el envenenamiento de dulces y pastelillos industriales en una fábrica de Milwaukee.

20. *On the road IV.*

Penelope goes to Washington

*Que me perdonen Pancho, Lupita y José,
pero desde que los despedí ceno sin el miedo de que esas enchiladas
sean la última comida de mi vida.*

Dan Thompson

Penélope no supo qué la había sacudido con más fuerza, si el tuit que había posteado el expresidente la noche anterior, y que ese día los comentaristas de los programas de radio festejaban unánimemente, o el letrero improvisado que se encontró en la puerta de la cafetería donde se detuvo para desayunar. «En este restaurante no tenemos empleados mexicanos», afirmaba Joe, el dueño del establecimiento. Estuvo a punto de seguir su camino. Sin embargo, supuso que algo parecido se encontraría en el siguiente tugurio. Los pequeños pueblos de Arkansas no eran precisamente un oasis de tolerancia.

Encontró todas las mesas ocupadas y se dirigió a una de las periqueras de la barra. Se sentó al lado de una pareja de piel morena de mediana edad que parecía aguardar su desayuno. Pidió huevos, tostadas y el café recalentado al que había terminado por acostumbrarse. En Los Ángeles solía ordenar un *macchiato* con leche de almendras y estevia para endulzarlo, pero aquí le habrían tirado la jarra encima si se hubiera atrevido a sugerirlo.

Cinco minutos más tarde, una rubita enclenque empujó el plato para ponerlo bajo sus narices. Su vecino lo observó y le hizo una seña a la mesera.

—Magui, pedí lo mismo que ella hace quince minutos —se quejó acremente el hombre en perfecto inglés.

—Están muy ocupados en la cocina —respondió ella en un susurro, sin mirarlo a los ojos.

—Ya vi el letrero que está afuera; supongo que despidieron a Mario —dijo con desprecio, meneando la cabeza—, pero eso no significa que la emprendan en contra de los que venimos todos los días y que a ella le sirvan primero. —Penélope intentó empujar su plato para ofrecerlo, aunque él atajó el movimiento—. Gracias, señorita, no es su culpa.

Ella iba a insistir, pero observó que varias personas los miraban y prefirió quedarse callada; lo último que le interesaba era llamar la atención. Comenzó a comer ávidamente, con ganas de pagar la cuenta y abandonar el lugar. Algo le decía que la historia no iba a terminar allí.

—Joe —insistió el vecino, dirigiéndose ahora a un hombre rubicundo y fornido que en ese momento salía de la cocina—, hace veinte minutos pedí unos huevos fritos, los mismos de siempre. ¿Qué pasa?

—Pasa que no quiero alimentar a ti y a los tuyos, con todo lo que nos están haciendo —respondió el patrón.

—No sé lo que otros estén haciendo, pero yo llevo doce años viviendo aquí, vendiéndote las medicinas que necesita tu hermana.

—Y nunca se ha aliviado. Ahora me pregunto si nos has estado robando.

—No jodas, Joe. Tenemos dos años jugando en el mismo equipo de boliche, ¿qué te pasa?

—Las cosas están calientes, Raúl —dijo el otro tras una larga pausa, en voz más baja y en tono conciliador—. Ayer estuve en el bar y un par quería romper vitrinas de algunos comercios. Será mejor que te vayas, en este momento eres malo para el negocio. No lo tomes como algo personal.

El dueño se dio media vuelta y se metió a la cocina. El otro quiso seguirlo, pero quien parecía su esposa lo contuvo. «Déjalo, ya vámonos», dijo ella en español.

Penélope salió poco después, indignada aunque sin decir palabra. Habría querido discutir con el tal Joe y hacerle ver su mezquindad cobarde para con quien había sido su amigo, pero terminó dominando su preocupación. Si algo parecido estaba sucediendo en el resto del país, las cosas podían tornarse peligrosas para todos los hispanos. Pensó en el SAPO y en la comunidad que lo rodeaba, los muchos amigos que había conocido, y se preguntó cuántos de ellos estarían en riesgo. Y esta vez no porque pudieran ser agredidos por una siniestra oficina de gobierno, sino por sus propios vecinos.

Una vez en la carretera, prosiguió en dirección a Luisiana sin un derrotero específico. Estaba más concentrada en la radio que en el GPS. Giraba la perilla en busca de alguna estación que ofreciera algo más de información que la sarta de sandeces que vomitaban los comentaristas locales. Desesperada, se detuvo en un hotel del camino tras asegurarse de que contaba con televisión por cable. Una vez en la habitación, brincó de un canal a otro hasta hacerse una idea de lo que estaba pasando. Lo que acababa de presenciar en Joe's era una tibia representación de la ola de odio que sacudía al país. Se reportaba una media docena de linchamientos de mexicanos y al menos un caso en el que un grupo de inmigrantes había respondido y matado a golpes a uno de sus agresores. En varios pueblos de Texas, negocios de latinos habían sido saqueados, muchos padres habían preferido no enviar a sus hijos a la escuela y las minorías hacían compras de pánico, presumiblemente para atrincherarse en sus casas.

Vinieron a su mente las imágenes de televisión de la guerra de los Balcanes, en la que vecinos solidarios durante décadas súbitamente se convirtieron en victimarios. Pensó que estaba exagerando y descartó la idea. La comparación era absurda, aquello había sido un genocidio. Instantes más tarde recordó un documental visto tiempo atrás, según el cual la represión contra los judíos había comenzado, justamente, con la destrucción de escaparates y el saqueo de sus tiendas en la Alemania nazi.

La invadió una profunda tristeza. Las entrevistas en la calle que difundía la televisión dejaban en claro que la gente estaba asustada. Incluso en Nueva York y San Francisco, las llamadas ciudades santuario por su solidaridad con los migrantes, los paseantes mostraban desconfianza. ¿Cómo someter a la familia al riesgo de que un cocinero o un mesero militara en Cookas, la nueva organización terrorista?

Incluso el mismo presidente, Ralph Nelson, había dejado de defenderlos, se lamentó

Penélope. Dos días antes había dirigido un mensaje especial a la nación en el que condenó los ataques y aseguró que los responsables serían perseguidos implacablemente. Pero también había exhortado a todos los ciudadanos a reconocer que la gran mayoría de los latinos eran personas trabajadoras y honestas, y en consecuencia se debían evitar represalias absurdas y no favorecer un clima de violencia y odio. Para su desgracia, los tiempos no estaban a favor de discursos apaciguadores. El mensaje del presidente había sido despedazado en las redes sociales y la mayoría de los analistas, al menos los que ella podía escuchar, lo habían hecho trizas. La mayor parte de la opinión pública exigía medidas radicales para proteger a la población blanca que estaba siendo atacada y acciones categóricas y punitivas en contra de los latinos. Frente a esta reacción, Nelson había preferido eclipsarse, o por lo menos Penélope no había sabido nada de él en los últimos días.

Hay quienes se quitan de encima la tensión extrema y la angustia metiéndose a un cine o yendo de compras. Lo de Penélope era dormir. Estaba a punto de sumergirse en el sueño arrullada por la televisión cuando apareció Henry, su expatrón, en un panel de discusión en CNN. Creyó que haría una defensa valiente de la causa de los hispanos, es lo que podía esperarse de un activista que había vivido durante años de la gestión de programas de protección a las minorías, pero solo hizo una referencia tibia a la violencia de las pandillas y la necesidad de un mayor apoyo a la comunidad. Hablaba como un burócrata y dejaba en claro que, contra su costumbre, lo menos que le interesaba era estar ante un micrófono. Penélope se avergonzó de que ese imbécil alguna vez hubiera sido su amante y estuvo a punto de apagar el televisor, no obstante, un impulso morboso la llevó a mantenerse pegada al televisor. Quería ver si Henry se atrevía a hacer otra intervención tan penosa como la anterior.

La presencia de su exjefe la llevó a escuchar al resto de los panelistas. Dos de ellos le parecieron reaccionarios extremistas, en particular uno que bien podría haber portado una capucha del Ku Klux Klan. En teoría, Henry y el otro panelista, un profesor de Georgetown, ofrecían el punto de vista alternativo, pero en realidad solo lo hacía este último. El doctor Phil Mason, según rezaba el crédito que lo acompañaba, se decía experto en temas laborales y de migración, y afirmaba que la acusación en contra de Ramírez era absurda. Aseguró que fuentes confiables que conocían de cerca al capataz estaban en condiciones de demostrar que el hombre era un patriota y un ciudadano ejemplar, y que debía existir alguna confusión por parte de las autoridades.

El resto del panel desestimó el argumento afirmando que, sin pruebas que demostraran lo contrario, la defensa que hacía Mason del capataz era insostenible. Muchas personas llevaban vidas secretas, a veces incluso para su círculo más íntimo. «¿Cuántos asesinos en serie han resultado una sorpresa, incluso para sus familias?», apostilló uno de los comentaristas. No en esta ocasión, insistió Mason y, conciliador, afirmó que ni siquiera negaba la versión de que se tratara de un atentado político de parte de algún hispano resentido, solo que ese hispano no podía ser Ramírez. Lo dijo con vehemencia, no obstante, los otros panelistas optaron por ignorarlo y se concentraron en el último tuit del expresidente.

Mason volvió a tomar la palabra para insistir en que algo no estaba bien en el reporte de las autoridades; la acusación en contra de Ramírez era un disparate. El resto

de la mesa siguió ignorándolo y Mason no volvió a hablar. Pero, para Penélope, había sido suficiente. La RR11 y Los Hondos habían sido manipulados para provocar el estallido de Los Ángeles, se dijo; quizá lo de Ramírez y los pastelillos envenenados era también una fabricación.

Si eso fuera cierto, se trataba de una conspiración para poner de rodillas a los hispanos y convertirlos, a ojos del resto de los estadounidenses, en una peste abominable. Experimentó un escalofrío cuando cayó en cuenta de que quizá era la única persona en el mundo que tenía elementos para saber que había una conspiración en marcha, si es que lo era. Y si moría, tal vez desaparecería la oportunidad de hacer saber a todos que los hispanos eran inocentes. Pero mantenerse viva enterrada en un hoyo solo para salvarse produciría el mismo efecto. Se dijo que tendría que tomar un respiro de su larga fuga y dejar un testimonio de todo lo que sabía, lo más pronto posible. Luego vería a quién y cómo lo entregaba, lo más importante era que no se perdiera.

Al día siguiente Penélope detuvo el auto en la primera estación de gasolina y buscó en los estantes de la caja registradora una libreta de papel. «Lo único que tenemos son cuadernos para colorear, los viajeros los piden con la esperanza de entretener a los niños en el coche», dijo la empleada de dientes amarillos, con la autosatisfacción de quien ofrece una idea aguda y perspicaz, solo al alcance de los entendidos. Eligió un libro con la imagen de *La sirenita*; no era la mejor de las presentaciones para el asunto tan sórdido que se traía entre manos, pero era el ejemplar que mayores espacios en blanco ofrecía entre los dibujos.

Se dijo que empezaría esa misma noche, sin embargo, al subir al auto se angustió al pensar en el tiempo que ya había desperdiciado. Decidió no esperar ni un minuto más, quizá sus horas estaban contadas y con ello aumentaba la posibilidad de que su secreto se perdiera para siempre. Buscó una sombra propicia, estacionó el automóvil y se puso a escribir.

Técnicamente estoy muerta. Mi familia y mis amigos asumen que desaparecí para siempre. Y más vale que así sea, si mis enemigos se enteran de que sigo viva, pronto seré cadáver. Necesito sobrevivir al menos lo suficiente para escribir esta historia y dar cuenta de la infamia que se ha cometido. Hasta hace unos días me llamaba Penélope Hunt. Hoy cambio de nombre cada 24 horas. Necesito sobrevivir al menos lo suficiente para escribir esta historia y dar cuenta de la infamia que se ha cometido.

No tengo pruebas para demostrar quién está detrás de todo esto. Los que pueden confirmarlo están muertos o demasiado atemorizados para hablar. Yo misma no me lo creería si lo hubiera escuchado hace un mes. Hoy por la mañana, al despertar, mi mente tuvo el primer reposo desde hace semanas; por unos instantes estuve convencida de que todo no era más que una absurda pesadilla. Pero mis dedos, empeñados siempre en joder a mis buenos propósitos derramando tazas y rompiendo platos, hicieron su acostumbrado papel de abogado del diablo: palparon con avidez la herida en la cabeza, reinstalando de nuevo el recuerdo de Coyote y de los que vienen detrás de él.

Hizo una pausa y releyó lo que había escrito. Se dijo que estaba divagando y tendría que entrar en materia cuanto antes. Retomó la escritura luego de algunas correcciones.

Mi nombre es Penélope Hunt. Hasta hace unas semanas estaba convencida de que lo mío era salvar al mundo. O bueno, al menos el mundo de lo que el maldito Henry denominaba la FEZ, la Federación de los EZ: los Hernández, los González, los Martínez que habitan los barrios bravos de Los Ángeles. Eso era hace dos semanas, ahora creo que en realidad ¡sí puedo salvar al mundo! Bueno, al menos mi mundo. A condición, claro, de que pueda convencer a todo el que lea estas líneas de lo que realmente ha sucedido.

Volvió a parar. ¿Y cómo diablos iba a convencer a todos de que lo que estaba

escribiendo era cierto? En ese momento era una mujer con un pasado turbio que había abandonado su trabajo sin dar explicaciones a nadie; sus amigos y sus fuentes tenían un currículum aún más impresentable. ¿Le creerían más a ella que a cualquiera detrás de la confabulación en contra de los latinos, si es que eso era cierto? Desconsolada, hizo a un lado el cuaderno de dibujos. Esa historia debía escribirse, pero necesitaba pruebas y fuentes confiables. Como las que podía ofrecer un profesor universitario que aseguraba que algo olía mal en la acusación en contra del supuesto terrorista hispano, alguien que tenía acceso a CNN. Alguien como el profesor Phil Mason.

No lo pensó otra vez: introdujo en el GPS el nombre de la Universidad de Georgetown en Washington, esperó con impaciencia a que le mostrara la ruta y emprendió el camino.

21. *On the road V.*

Lo que sucede en la cabina se queda en la cabina

Sugiero a los expendios de armas dejar de vender rifles, municiones y pistolas a cualquier civil que no tenga apellidos americanos. Una precaución para proteger a unos y a otros.

Dan Thompson

El Honda de Penélope nunca llegó a Washington. Apenas un día después de dar la vuelta para ir rumbo al norte, y aún en Arkansas, se cumplió el peor de sus temores: fue detectada por la policía. Acostumbraba a repostar gasolina por la mañana en lugares donde podía desayunar en la cafetería de al lado. Solía sentarse a comer de cara a la puerta y, en lo posible, junto a una ventana desde la cual pudiera vigilar el auto. En la cajuela del vehículo tenía su pequeña maleta y en ella la mayor parte del dinero que aún le quedaba; el resto, unos 50 dólares, siempre lo portaba en el bolso de mano. No siempre conseguía tener a la vista su entrañable Honda, pero en esa ocasión fue eso lo que la salvó.

Tras regresar del baño y ocupar de nuevo su sitio en el *booth* de la cafetería, le hincó el diente con agradecimiento a un cruasán de huevo, un verdadero *delicatessen* en el resabido menú de la carretera. Al levantar el rostro advirtió que un policía rondaba su auto. Lo examinaba con más curiosidad que malicia; quizá las placas de California o el barro acumulado en varias capas arqueológicas despertaban su interés científico. A pesar de tratarse de una marca popular, el *sheriff* conocía a los dueños de la mayoría de los autos estacionados en la estación de servicio a orillas de su pueblo. Se trataba de un camino secundario, transitado por los mismos parroquianos de siempre, y eso no incluía números de California.

Ella decidió no esperar el resultado de sus pesquisas. Salió por una puerta lateral y esperó, sin saber qué hacer, a un costado del estacionamiento. Quizá el hambre le ganase a su espíritu detectivesco y el policía terminara por entrar al restaurante y olvidara el asunto. En tal caso, ella podría aprovechar un descuido, subir al auto y desaparecer de su vista. Pero también podría suceder que el patrullero siguiera intrigado y solicitara información sobre las placas, lo cual alertaría a cualquiera que la estuviera buscando. Preocupada, Penélope observó los alrededores; no era un lugar donde pudiera desaparecer caminando entre callejones, porque allí no los había.

Paralizada y sin salidas, miró a un tipo alto salir del restaurante por la misma puerta lateral que ella había usado. Portaba ropa de mezclilla y chamarra de Uniqlo, algo que no usaría un vecino de los alrededores. Eso despertó una esperanza. Se vio confirmada cuando el hombre emprendió el camino hacia un enorme camión de carga a un costado del estacionamiento. No lo pensó dos veces. Caminó en paralelo a él, tratando de que el edificio la bloqueara de la vista del policía, y lo alcanzó antes de que trepara a su cabina.

—¿Me puedes llevar? —preguntó a cuatro metros de distancia para mantenerse fuera del ángulo de visión del patrullero.

—¿Adónde vas?

—Por ahora, a cualquier sitio al que vayas tú. —Él la revisó de pies a cabeza con picardía. Penélope pensó que debería haber respondido de otra manera.

—Hace mucho que una mujer no me lo decía —añadió él y sonrió. En otra persona habría parecido un comentario salaz o coqueto. El tono que utilizó sugirió lo contrario, una revelación más bien triste.

—Acabo de pelearme con mi novio, un imbécil —explicó ella, haciendo un vago gesto en dirección al restaurante. Él siguió su mirada e hizo una pausa, tratando de ubicar el recuerdo de una pareja discutiendo en la cafetería que él también acababa de dejar.

—Voy al norte, si te sirve, sube.

Penélope rodeó el camión y trepó por el lado opuesto. Tras instalarse en el asiento de copiloto, fingió abrocharse una agujeta para pasar inadvertida. Al salir del estacionamiento pasaron a un lado de su Honda, pero el patrullero, que seguía examinándolo y apuntaba el registro de sus placas, no levantó la vista.

Durante los primeros kilómetros, el hombre no pronunció palabra. Aunque lo examinó apenas de reojo, a Penélope le hizo pensar en una versión desmejorada de Eric Estrada, el guapo motociclista de una serie policiaca que la ocasional nodriza de su infancia solía ver en la televisión. Pensó que estaba siendo generosa, fruto quizá de su agradecimiento por haberla rescatado. Más tarde decidió que la estética de su cabina tenía mejor gusto que sus inclinaciones musicales. Un rock pesado atronaba la cabina, pero al menos no había monitas hawaianas ni lemas patrióticos o machistas pegados al tablero.

—Rafael —dijo él, veinte kilómetros más tarde, ofreciéndole una botella de agua que extrajo de alguna fisura de su puerta. Pese al nombre latino y su piel cobriza, pronunciaba la erre con dificultad, a la manera anglosajona.

—Marion —respondió ella. Él la miró como si leyera la mente y supiese que estaba mintiendo. Ella se preguntó cómo serían las Marion en el mundo de los Rafael. Temió haber conseguido librarse de un peligro solo para meterse en otro. Nadie la había visto subir a ese camión. Se trataba de un tipo malencarado tan alto como ella y más pesado. Pero se dijo que cualquier cosa que se presentara era mejor que ser retenida por un *sheriff* que probablemente la entregaría a sus perseguidores.

Unos kilómetros más tarde se dijo que no tenía caso seguirse torturando; no había tenido opción en la cafetería y la aparición del camionero había sido providencial. Por lo demás, el hombre parecía entregado a lo suyo, como si ella no estuviera presente. Comenzó a relajarse poco a poco, diciéndose a sí misma que no corría peligro. El sujeto era una persona callada, pero no parecía amenazante.

No obstante, luego recordó lo poco que le había servido su intuición en el caso de Coyote. También en aquella ocasión se había convencido de que estaba en control de la situación y de que no corría riesgos. Se dijo que, tan pronto tomara más distancia del patrullero y su pueblo, pretextaría cualquier cosa para descender del camión y buscar otra manera de llegar a Washington.

Por lo pronto se desplazaban a un ritmo implacable en dirección a la capital y eso tenía que ser una buena noticia. Concluyó que había algo tranquilizador en ir montada a dos metros de altura y sentir la poderosa vibración en el trasero de un motor de tantos centímetros cúbicos. En otras condiciones podría incluso haber sido excitante. Súbitamente recordó que no había tenido sexo en varios meses. Se reprendió y se dijo que pensamientos como ese eran justo lo que la había metido en problemas una y otra vez en su vida. Se prometió a sí misma mantenerse en guardia y buscar una salida en cuanto la oportunidad se presentara.

Más tarde pensó que había pocas razones para ser optimista. Si el policía no había reportado su auto, seguramente lo haría cuando transcurriera la mañana sin que nadie lo utilizara. Eso significaba que solo la separaban algunas horas antes de que sus perseguidores la ubicaran en algún lugar de Arkansas. Peor aún, había dejado el dinero, la ropa y cosas de baño en la cajuela. Conservaba apenas un cepillo de dientes y algunos dólares para sobrevivir los próximos días.

Un par de horas después experimentó un hambre atroz; solo había podido darle un bocado al desayuno antes de huir del restaurante. Pero por ningún motivo pediría que se detuviesen. Llevaba un rato fingiendo dormir, para evitar cualquier interrogatorio de parte de Rafael, si es que así se llamaba. Por fortuna no era un tipo curioso. Sintió su mirada un par de veces; una, cuando ella cruzó las piernas, y otra, cuando se quitó la chamarra de piel y quedó a la vista el tatuaje de su brazo. Pero en ningún momento rompió el silencio.

Unas horas más tarde, Rafael paró en una estación de servicio para ir al baño y le preguntó si quería algo. Ella negó con la cabeza. Él tardó mucho más de lo necesario en regresar. A medida que transcurrían los minutos se imaginó lo peor. Él habría advertido que cada que pasaban por una caseta ella se enfundaba la gorra y bajaba la cabeza, y habría deducido que se trataba de una fugitiva; probablemente había llamado a la policía y ahora esperaba el arribo de una patrulla. O quizá se había reunido con otros conductores de camiones y hacían planes para abusar de ella. El lugar parecía poco transitado. Penélope consideró sus opciones; quizá podría alejarse de la carretera y esconderse hasta que oscureciera. El arribo repentino de Rafael la tomó por sorpresa. El olor a comida le provocó una punzada en el estómago. Él estiró el brazo y le ofreció un sándwich.

—Por si te da hambre —dijo.

A ella se le humedecieron los ojos de agradecimiento. Quiso decir algo, pero prefirió darle un mordisco ávido al sándwich. Él afirmó con la cabeza y sonrió como si dijese «lo sabía». Tras dar cuenta del bocadillo, cabeceó durante horas, adormecida por el peso en el estómago y el calor de la cabina, resistiendo hasta donde pudo con tal de no bajar la guardia.

Despertó cuando él tomó su mano. Se dio cuenta de que durante el sueño ella misma había estirado el brazo. Fingió que seguía dormida en espera de que él la soltara. Pero, lejos de hacerlo, él la condujo a su regazo y la depositó sobre su miembro erecto; en algún momento se había desabrochado el pantalón. Asustada, trató de retirarse, él retuvo su muñeca y la obligó a acariciarlo.

—No había un novio en la cafetería, pero sí vi a un policía —dijo él— y no me

parece que seas nueva en esto —añadió como si le quitara importancia al hecho de que la obligara a masturbarlo.

Era un miembro grueso, aunque no parecía largo, o quizá solo era la posición encogida en la que él se encontraba. Ella siguió acariciándolo, aun cuando mantenía la cabeza girada hacia la ventanilla como si nada estuviera pasando. Él se estiró, alejando su cintura del volante, y redujo la velocidad; su respiración se agitó. Su pene creció en la mano que subía y bajaba.

Mientras miraba la carretera, Penélope trató de desvincularse de lo que hacía su brazo. Se sentía tan humillada como sorprendida, no tanto por la actitud de aquel cabrón como por su propia pasividad. Por menos que eso la habría emprendido a golpes en contra de tipos que hubieran querido abusar de ella, aun cuando no tuviese forma de ganar el pleito. Ahora mismo tendría que estarlo golpeando para obligarlo a parar y poder descender del vehículo. Pero, en lugar de eso, aceleró el ritmo para apurarlo a terminar.

Él llevo su brazo hacia la espalda de la mujer y atrajo su cabeza; ella se resistió y dejó de sacudirle el miembro, aun cuando no lo soltó. De manera mecánica colocó su otra mano en la manecilla de la puerta, como si tuviera la intención de saltar fuera del camión antes que acceder a darle una felación. Él dejó de presionar su cabeza y ella reanudó el movimiento de su brazo. Casi en silencio, y con breves sacudidas, eyaculó sobre su mano.

Instantes más tarde, él le pasó unos kleenex que extrajo de su puerta. Ella limpió su mano, tiró los papeles sucios a la carretera, recostó la cabeza en la ventanilla y fingió dormir. En realidad, el corazón le reclamaba a tumbos la necesidad de hacer algo, atrapada entre dos impulsos contrarios. A una parte de ella le urgía salir del camión, lavarse las manos, borrar de su vida al camionero y lo que allí había sucedido, pero, a la otra versión de sí misma, la rabia le apretaba la garganta y le cortaba la respiración con la exigencia de devolver la afrenta, vengar la humillación.

Poco más tarde, Rafael detuvo el camión en un paradero en las cercanías de Staunton, Virginia, para cargar gasolina y comer algo; la invito a la cafetería con un tono desenfadado, como si fueran colegas de viaje, pero ella simplemente negó con la cabeza. Él la miró, indeciso, sin saber si debería dejarla sola en la cabina; se aseguró de tener las llaves del camión en su bolsillo y, encogiéndose de hombros, le dijo que ella se lo perdía. Penélope advirtió el tono resentido del tipo, como si le ofendiera su indiferencia tras concederle el honor de recibir su semen.

Tan pronto como se quedó sola, rebuscó en la guantera. En algún rincón de su cabeza construyó la imagen de una pistola envuelta en un trapo de franela, pero solo encontró facturas de viaje y documentos; tampoco es que le quedara claro qué podría haber hecho con un arma en la mano cuando él regresara. Luego palpó debajo de los asientos y allí tuvo más suerte: encontró un pequeño bate de fierro, similar al que había usado Saúl en contra de Coyote. Lo dejó en su sitio; ni siquiera una barra de hierro compensaría la corpulencia del tipo y tampoco podía descartar que portara alguna pistola consigo mismo. Siguió toqueteando y sintió en sus manos un objeto corto y metálico, que resultó ser una larga navaja de fuelle. Una vez más vino a su mente Coyote y la sacudió un breve estremecimiento. Con todo, abrió la navaja y contempló

fascinada la hoja afilada y brillante. Antes de detenerse a pensarlo, comenzó a rajar la piel del asiento del conductor. La facilidad con la que se abrió la superficie la hizo pensar que se trataba en realidad de alguna imitación. Se sentía bien acuchillar el lugar donde él había estado sentado, no era el mismo brazo, pero sí el mismo movimiento con el que ella había sido humillada. Repentinamente, la sorprendió la pequeña polvareda que se levantó con la última de las estocadas. Examinó el fondo del asiento y descubrió dos paquetes, uno de ellos ahora perforado; el contenido tenía todos los visos de ser cocaína. Se asustó. Entendió por qué Rafael prefería conducir por caminos paralelos a las autopistas; ahora mismo se encontraban en una carretera interestatal, la 11, paralela a la 81, que unía a Washington con el centro del país. Supuso que el par de paquetes, y quizá había más, constituía algún negocio clandestino y adicional al trasiego de muebles que exhibían los letreros a un costado del vehículo. Antes de reflexionarlo, reanudó las cuchilladas hasta destrozar los dos paquetes y asegurarse de que la droga terminara regada por el piso de la camioneta, entre el polvo y el lodo seco de las botas del camionero.

Revisó el entorno y se aseguró de que nadie la hubiese visto. Habían pasado menos de cinco minutos desde la partida de Rafael, que seguramente estaría esperando su comida. Lo más probable era que, al haberse rehusado a acompañarlo, el hombre hubiera ordenado algo para llevar. Regresaría muy pronto, tenía que tomar decisiones. Por fortuna, el camión había quedado estacionado a unos veinte metros de la cafetería. Había caído la noche y donde ella se encontraba la iluminación del lugar era precaria. No lo pensó dos veces, con el mayor sigilo salió del vehículo y se alejó de la gasolinera con paso apresurado.

Esta vez se encontraba a las afueras de una población importante, Staunton, según había leído un poco antes de llegar, todavía a 260 kilómetros de Washington. A un centenar de metros se advertían las primeras casas y las luces de neón de algún pequeño comercio, en una calle que cruzaba la carretera y se internaba en la colina. Hacia allá enderezó sus pasos. Aún no tenía claro qué estrategia seguir, solo sabía que tenía que poner terreno de por medio. Rafael era ya suficientemente siniestro aun antes de saber que transportaba drogas; seguramente se pondría furioso y con ganas de tomar venganza. Tenía apenas 50 dólares en el bolsillo, pero también la tranquilizante sensación que le otorgaba aferrarse al frío metálico de una contundente navaja.

Quince minutos más tarde oyó el potente motor del torton de Rafael que subía la cuesta por la que ella había trepado. El corazón le avisó, antes que el cerebro, de la precariedad de su armamento frente a lo que se le venía encima.

22. Bienvenido al mundo real

Esa noche, Page se permitió abrir una botella de vino francés, aunque la bebiera solo. Había razones para celebrar. El vuelco histórico del que hablaban el expresidente y su consejero de seguridad había salido de su cerebro. Saberse el titiritero que movía esos hilos en el mayor teatro del mundo era una sensación exultante. Lástima que solo estuvieran enteradas dos personas más, pensó; algún día, un historiador descubriría la verdad o quizá él mismo dejaría constancia en sus memorias para que la posteridad pudiera aquilatar en toda su dimensión lo que había conseguido: simple y sencillamente, cambiar la historia.

La idea era seductora, pero debió admitir que la verdad estaba destinada a mantenerse oculta. Tendría que vivir y morir con el secreto de saberse alguien que modificó el destino de su país. Las mentes convencionales y los prejuicios nunca entenderían la trascendencia de su proyecto. Ancianos y niños habían muerto como consecuencia de su estrategia, y eso sería lo único que verían. La hipocresía les impediría reconocer que había sido un precio mínimo comparado con los miles de soldados y civiles que los políticos envían al matadero en sus guerras absurdas.

Ni siquiera podría contar con la admiración de parte de los pocos involucrados. Spencer y Fitzgerald se adjudicarían los méritos, si los hubiere, y le atribuirían todo el peso del fracaso, llegado el momento. Resignado, vació la copa y se sirvió otra. Le habría gustado tener una pareja para comentar en la oscuridad de la noche la magnitud de lo que había logrado, un reducto de confianza y complicidad en el cual pudiera comentar lo sucedido en las reuniones de las altas esferas, la manera en que Thompson y el resto de esos hombres tan poderosos habían seguido puntualmente el guion que él había concebido y anticipado, las múltiples cosas que podrían haber salido mal, pero que su talento había conjurado.

Al reflexionar en lo que pudo salir mal, recordó a la tal Penélope Hunt, el cabo suelto del que había hablado Fitzgerald. Tratando de ponerle nombre y perfil a su preocupación, buscó su nombre en la web, pero fue muy poco lo que apareció. Luego buscó en las redes sociales el centro comunitario que la mujer dirigía y allí pudo observarla a sus anchas. La persona que llevaba la comunicación del SAPO parecía estar obsesionada con Penélope, a la manera en que algunos directores de cine, enamorados de una actriz, se exceden en las tomas de cuerpo y rostro del objeto admirado. Pudo observar imágenes de la rubia desde todos los ángulos posibles: jugando volibol, bailando en la pista, trepada en un tubo riéndose a carcajadas. El clima de California y, al parecer, el escaso aprecio que ella parecía tener por la ropa hicieron el resto. Page quedó impresionado por su belleza. Repasó todas las imágenes que encontró de ella y

luego se masturbó.

O intentó hacerlo. Lo interrumpió la alarma de pantalla de una llamada que no podía ignorar. Era Fitzgerald, aun cuando usara un nombre en código para estos casos. El mensaje constaba apenas de dos palabras: *estoy afuera*.

Esta vez, el director de la Triple A conducía un Ford Mazda. Tan pronto como Page subió al auto, Fitzgerald arrancó y avanzó un par de kilómetros hasta detenerse en la parte trasera de un viejo edificio. Otro lugar sin cámaras públicas, supuso Page.

—Tenemos un problema. Hay un imbécil que dice tener pruebas de que la información que presentamos de Ramírez está equivocada, que el hombre nunca podría haber participado en un complot para envenenar pastelillos. Afirma que, por el contrario, el chicano era un patriota ejemplar.

—¿Y cuál es el problema? Deshazte del imbécil, quítale las pruebas.

—Deshacerse de él no será tan fácil, se trata de un académico más o menos conocido y eliminarlo luego de que torpedeó en televisión nuestra versión provocaría olas, le daría pie a todos los que viven para las teorías conspirativas —se quejó Fitzgerald.

—Desacredítalo, sácale los cadáveres del clóset, reales o fabricados. No sé, en eso tú eres mucho mejor que yo. No deberías estar perdiendo el tiempo conmigo. No entiendo por qué estás aquí —protestó Page e hizo el vago gesto de ver un reloj en la muñeca que hacía tiempo no se ponía.

—Justamente para hundirlo es que te necesito. Tú lo conoces muy bien, fue tu compañero de cuarto cuando estudiaste en Georgetown. Phil Mason.

—Phil..., hace años que no lo veo. Coincidimos cuando éramos estudiantes y luego como profesores de la universidad. Creo que sigue en Georgetown —dijo Page.

—Necesito datos sucios, algo que pueda usar. Enterarme de lo que sabe sobre Ramírez.

—El tipo es un nerd. Escándalos no vas a encontrar.

—Es que no soy yo quien irá a buscarlos, serás tú. Tienes que descubrir qué sabe, ver quién es su fuente, deshacerte de cualquier prueba que pueda tener en sus manos.

—Yo soy estratega, no operador —se defendió Page, alarmado.

—Si llega a saberse que se trata de un proyecto que tú armaste, al juez le dará lo mismo que seas operador o estratega. Tendrás que mojarte para salvar tu cuello. Bienvenido al mundo real —dijo el otro, y Page podría haber jurado que lo estaba disfrutando.

23. *White trash*

Penélope escuchaba el camión, pero aún no lo veía. Había comenzado a descender la empinada cuesta que Rafael aún estaba subiendo, sabía que sus faros la alcanzarían tan pronto como el vehículo llegase a la cima. Le faltaban aún algunos metros para alcanzar las primeras casas, antes de ellas no había lugar alguno para ocultarse. Corrió con desesperación cuesta abajo y sintió que las luces del camión iluminaban las copas de los pocos árboles que tenía enfrente, se introdujo como pudo en el jardín que separaba las dos primeras casas, sin poder saber si su perseguidor había detectado su presencia. Penélope se acuclilló detrás del primer arbusto que encontró, un precario y trasquilado seto que apenas escondía su figura. Se felicitó por el color negro de su chamarra y pensó que, por primera vez en muchos días, podía alegrarse de su tono de pelo oscuro.

Rafael detuvo el vehículo mientras alternaba las luces altas y bajas para examinar la larga calle que se extendía hacia abajo. Supuso que la mujer no podía haber recorrido una distancia mayor en el tiempo que había dejado de verla y se puso a revisar las tres casas a uno y otro lado de la calle. Su pie oprimía el acelerador, haciendo que el motor lanzara rugidos que provocaban punzadas en el plexo solar de Penélope. El hombre extrajo una linterna e iluminó los pequeños setos, tratando de discernir si era natural la opacidad que advertía detrás de los arbustos. Penélope supo que había llegado el momento de correr y giró el torso para ver si la parte trasera del jardín ofrecía una salida. En ese momento, una mujer salió al porche de la casa y por un instante cruzó una mirada con ella. Penélope negó en silencio con la cabeza, a manera de exhorto.

—¿Qué se te perdió por acá? ¿Qué es ese escándalo? —inquirió, dirigiéndose al conductor del camión que atronaba su calle. Tenía una voz metálica y agarrosa, del tipo que por lo general viene acompañada de una botella de licor barato. Penélope bajó la vista al brazo que colgaba de su costado derecho y solo entonces advirtió que su mano sostenía una pistola, apenas disimulada por el pliegue de su vestido de algodón.

—Busco a una tipeja a la que le di un aventón y que me robó cuando cargué gasolina allá atrás. Salió corriendo por acá, solo quiero lo que es mío —respondió Rafael, mientras examinaba la fachada de la casa, preguntándose si la mujer estaría sola.

—¿Qué se llevó?

—¿La has visto o no? —espetó él, impaciente, mientras volvía a proyectar el haz de luz de su linterna sobre el jardín.

—¿Qué se llevó? —repitió la mujer, con voz aún más seca

—Herramienta —dijo él, luego de una vacilación, aunque más concentrado en enfocar el breve reflejo de algo metálico que le parecía advertir detrás del arbusto.

—Vete de mi propiedad, estás traspasando.

—No estoy traspasando nada todavía, pero ahora lo voy a hacer, pinche vieja. — Rafael apagó el motor, bajó del camión blandiendo la barra de fierro, con toda su atención puesta en el arbusto del que no separaba la vista.

Penélope metió la mano en el bolsillo y apretó la navaja, preguntándose si tendría alguna oportunidad frente al camionero y comenzó a incorporarse. Los dos se quedaron congelados cuando la mujer cortó cartucho y le apuntó al hombre. La luz del porche se derrumbaba justo sobre la cabeza de ella, imprimiendo a sus cabellos largos y despeinados un aura fantasmal. Frisaba en los cincuenta años, de rostro magro y fibroso. Incluso Penélope encontró inquietante su figura, a pesar de que al menos por el momento parecía haber tomado partido a su favor. La hostilidad de su actitud, la voz reseca y agresiva, y la familiaridad con la que aferraba la pistola provocaron que Rafael se detuviera y la examinara por primera vez en la noche. Algo amenazante encontró, porque ahora su tono fue más conciliador.

—No es con usted mi bronca, disculpe la intromisión, solo voy por ella —dijo él y dio un paso al frente para reanudar la marcha.

Un disparo al aire volvió a congelar la escena. El silencio abrumador que había dejado el motor del camión recién apagado magnificó el estallido. Rafael se encogió como si hubiese recibido el tiro y una breve mueca de dolor crispó su cara; se repuso cuando miró el brazo de la mujer elevado al cielo y esbozó una sonrisa a medio camino entre el alivio y los nervios. No duró mucho.

—La siguiente va a tu cabeza. No tendré problemas con la policía, van a felicitarme: un puto grasiento en mi jardín, en la oscuridad, con una barra en la mano —dijo la mujer, como si enunciara una sentencia de muerte.

Rafael pareció sopesar su situación. Miró hacia el jardín y se enfureció al ver la cara de Penélope, ahora completamente incorporada. Solo hasta ese momento ella pensó en el valor que alcanzaría en el mercado la cocaína estropeada. Seguramente, Rafael se encontraba en un buen lío y lo demostró conteniendo con dificultad el impulso de ir por ella. Pero el martilleo de la pistola le quitó las ganas. La mujer le apuntaba ahora a los ojos y, al parecer, estaba decidida a cumplir su amenaza. El hombre respiró ruidosamente y luego, resignado, alzó el brazo libre en señal de paz, le lanzó una mirada de odio a Penélope, dio media vuelta, se subió al camión y desapareció camino abajo.

Ninguna de las dos se movió hasta que el sonido del motor se disipó en la distancia. Luego la mujer le dijo a Penélope que se acercara a la luz. La examinó durante unos segundos.

—¿Qué le hiciste? —preguntó, en el mismo tono seco y golpeado que había utilizado con el hombre.

—Le rajé los asientos del camión cuando se bajó a cargar gasolina. El cabrón abusó de mí kilómetros más atrás —respondió ella y mostró en la palma de la mano la navaja cerrada.

—¿Y qué andabas haciendo trepada con él? —objetó y ahora su actitud era más reprensiva que desconfiada.

—Pedí un aventón, vengo de Los Ángeles, huyendo de otros hijos de puta como él —se quejó ella.

La mujer la revisó de pies a cabeza, midiendo sus palabras. Después asintió con la cabeza, resignada, como si supiera de qué hablaba.

—Pasa mientras nos aseguramos de que el cabrón no va a regresar —dijo y se metió a la casa.

A una indicación de la mujer, tomó asiento en la mesa de la cocina. Instantes más tarde bebía un destilado intenso lejanamente emparentado con el bourbon, supuso ella. La enorme garrafa desde la cual le servía la mujer carecía de etiquetas.

—No volverá, te lo aseguro —dijo la vieja—, conozco a los de ese tipo, he bregado con ellos toda la vida.

Penélope asintió y le dio otro trago al brebaje para no decir lo que acababa de cruzar por su mente: *has bregado con ellos toda la vida, y está claro que has perdido*. Si el rostro de una persona después de los cincuenta era fiel reflejo de sus experiencias o su temperamento, estaba claro que la vida de esta mujer había sido atroz. Ni la casa ni su atuendo mejoraban el espectáculo de los áridos surcos que tasajeaban su cara, las comisuras de la boca desplomadas de sus escuálidas mejillas, los dientes amarillos donde aún los había. El vestido de algodón deslavado exhibía manchas de comida que no parecían recientes.

—Gracias —dijo Penélope, sintiéndose mal por las ideas que pasaban por su cabeza. Iba a decir algo más, pero la mujer la interrumpió.

—Alguna vez fui como tú —dijo, como si pudiera escuchar sus pensamientos, mientras se acomodaba un mechón de pelo con la mano.

—De verdad gracias, me salvó la vida.

—No sé si la vida, pero seguramente de una paliza sí, se veía bastante encabronado. ¿Estás segura de que solo fue por unos asientos rajados? —Su expresión era de desconfianza. Penélope volvió a pensar en la pistola y se preguntó dónde la habría dejado. La mirada de la mujer ahora era torva.

—Solo eso, el tipo es un macho violento. Tú lo viste.

—¿Y qué te hizo antes? —inquirió de nuevo, con una avidez morbosa que preocupó a Penélope. Se preguntó si no habría huido de un camionero psicópata para caer en la casa de una vieja psicópata.

—Nada que le pueda comentar a mis sobrinos —dijo al fin, luego de pensárselo. No quería ofrecer detalles que alimentaran al cerebro avieso y hostil de la mujer. Cada vez tenía más ganas de salir huyendo, a pesar del riesgo de toparse con Rafael.

—¿Cómo te llamas?

—Susan —dijo.

Como si fuese un conjuro, la otra distendió el rostro y esbozo una sonrisa. Penélope se preguntó si habría tenido una hermana o una amiga con ese nombre. A partir de ese momento, su anfitriona pareció haber entrado en otro personaje, esta vez el de una loba protectora.

—Yo soy Rosemary. Y disculpa, ni siquiera te he ofrecido algo de comer. Tendrás hambre.

Penélope asintió en silencio, no tanto por tener apetito, sino por no saber qué más decir. Rosemary abrió el refrigerador y examinó el interior con la paciencia con la que una mujer elige zapatos de un enorme repertorio. Decidida por fin, sacó una olla y

caminó a la estufa. Antes de cerrar la puerta de la hielera, Penélope advirtió que salvo por un frasco de catsup y otro de mayonesa el refrigerador parecía vacío. Volvió a preguntarse si la mujer estaba cuerda. Pensó que había sido una mala idea haber aceptado algo para comer.

Sin embargo, a medida que el fuego calentó el contenido de la cacerola, un agradable olor inundó la cocina y el estómago le recordó que no había probado más alimento que el sándwich que Rafael le ofreció en el camino.

Minutos más tarde devoraba la mejor carne con chile que hubiera probado en su vida. O quizá así sabía la comida casera después de dos semanas de menús de cafetería.

Ahora, Rosemary la observaba con la satisfacción de una abuela que se congratula del apetito de su nieta. O el de la bruja que ceba a una niña en el bosque, pensó Penélope.

La mujer le dijo que había llegado diez años antes de una granja de Tennessee, huyendo de un marido violento. No había sido fácil, aseguró, porque una mujer sola como ella, y aquí volvió a acomodarse el pelo, había tenido que parar una y otra vez los avances de los machos de la zona. «No es la primera vez que saco a un hombre del jardín a punta de balazos, no creas, aunque las otras veces por otras razones», concluyó con un gesto de coquetería.

Penélope no estaba segura de si la mujer deliraba. Trató de imaginársela una década antes, maquillada y bien vestida, y ni aun así la historia parecía convincente. Pero prefería la complicidad entre mujeres acosadas que ofrecía esta versión de su anfitriona. Habló de un hijo en el ejército que había muerto en Afganistán años antes y de una pensión precaria que le permitía seguir tirando. Luego guardó silencio, esperando un relato de Penélope en reciprocidad.

Ella pidió permiso para ir al baño y, para su sorpresa, encontró el comedor y la sala que atravesó en perfecto orden, incluso acogedores. Se dijo que era demasiado dura con una mujer que había tenido una vida difícil. La había protegido y acogido con generosidad; la desconfianza inicial que le había mostrado era más que explicable considerando la manera en que habían irrumpido ella y Rafael en el jardín de su casa.

Mientras se lavaba las manos se preguntó qué versión de sí misma le ofrecería. Quizá algo sobre trabajar en un centro comunitario y, desde luego, la existencia de un rufián del que huía, alguien similar al marido que Rosemary había dejado atrás.

Al regresar se detuvo brevemente ante las fotos enmarcadas que se encontraban en una hilera de repisas. El joven soldado el día de alguna graduación; la imagen de una novia, la propia Rosemary, que en efecto podría haber levantado suspiros. Penélope sonrió pensando, una vez más, que había sido injusta. En la siguiente foto tuvo que inclinarse para poder enfocarla; la imagen de un grupo con camisetas y gorras rojas. La examinó más de cerca hasta que alcanzó a distinguir el letrero que ostentaban todas ellas: *Make America Great Again*.

—No tuve suerte —dijo Rosemary desde el rellano de la puerta que conducía a la cocina—, otros alcanzaron a salir en la foto detrás de Thompson cuando vino durante la campaña, y eso que yo fui una de las que más trabajó para hacer lucir el auditorio. Me pasé tres noches haciendo los arreglos con las banderitas. ¿Tú por quién votaste? —concluyó, lanzándole de nuevo una mirada cargada de desconfianza.

—La verdad no me meto mucho en política, ni siquiera fui a votar.

—Sí, ya me parecía que eres muy despistada, mira que subirse a solas con un camionero y encima uno ilegal. ¿Qué no estás enterada de que andan matando a los blancos?

—Escuché algo —dijo Penélope—, pero llevo dos semanas en el camino.

—Pues mientras andabas en tu limbo esto ya cambió. Ahora es una guerra entre ellos y nosotros. Hasta me da gusto que se hayan desenmascarado para que se entienda que son nuestros enemigos. Siempre lo han sido. Mi bisabuelo era de Texas, ¿sabes? —La mujer señaló una bandera confederada encima de la chimenea—. De los que tuvieron que defender el territorio en contra de estos bandoleros.

—Pero hay de todo, ¿no? A mí me ha tocado conocer latinos buenos y latinos malos, igual que los blancos. —Penélope intuía que habría sido mejor no contradecir a la impredecible mujer, pero las palabras habían salido de su boca. Ya le resultaba una cobardía absurda haber dicho que no había votado ni estaba interesada en la política.

—En todos lados hay hijos de puta, pero cada cual tiene que bregar con los suyos. Yo estoy dispuesta a lavar la mierda de mis calzones, pero no tengo por qué lavar la de mis jodidos vecinos, putos grasientos.

Rosemary estaba ahora enfurecida. Peligrosamente enfurecida, pensó Penélope. Enredarse en una discusión con ella podía terminar de fea manera. Volvió a preguntarse dónde habría quedado la maldita pistola.

Penélope tomó asiento de nuevo, meneando la cabeza en un ambiguo tono afirmativo, como si quisiera decirle que entendía su punto de vista, aun cuando no lo compartiera del todo. Cualquier cosa con tal de desmontar la cólera de la impredecible señora. Tenía que salir de allí lo más pronto posible.

—Venga, Rosemary, déjeme contarle mi historia —dijo, retomando el vaso con los restos de aguardiente. Como esperaba, la curiosidad venció a la belicosidad de su anfitriona.

Le dijo que era de un pueblo cercano a Seattle, aunque residía en California desde hacía años; que había ido a Hollywood para probar suerte y había terminado haciendo de modelo en anuncios baratos, y luego trabajando de bailarina en bares de mala muerte; ahora trataba de escapar de un amigo y sus compinches, que le habían prestado dinero con intereses astronómicos y le exigían prostituirse. En esencia, le describió la vida de una de sus colegas del *table dance*.

—Mi mejor amiga está en D.C., me ha invitado a quedarme con ella un tiempo; es jefa de intendencia en un hotel grande y me dará un empleo. Eso me permitirá poner mis cosas en orden, volver a empezar, quizá.

—O volver a empezar el ciclo, mi reina. Los hombres no cambian, lo único que cambia es que una se hace vieja y comienzan a dejarte en paz.

—Tenía que haber llegado a Washington esta noche, mi amiga me espera. ¿Estamos a, qué, dos o tres horas? —dijo Penélope, haciendo caso omiso de las duras palabras de la otra. Solo quería salir de allí.

La mujer la miró sin expresión, como si estuviera decidiendo qué pensar.

—Hoy no hay manera de que llegues a menos que quieras arriesgarte otra vez pidiendo un aventón en la gasolinera. No te lo recomiendo, de noche solo encuentras

cazadores, si sabes a qué me refiero.

—¿Habrá alguna estación donde pueda tomar un autobús?

—Hay una parada a unas dos millas, a un costado de la 11, pero hasta donde sé en la noche los autobuses se la brincan porque la zona está llena de adictos y vagabundos. Levantan pasaje a partir de las cinco de la mañana.

—¿Alguna cafetería abierta toda la noche, donde pueda quedarme mientras?

—Esto no es Hollywood ni Nueva York, princesa. La única que conozco está en la autopista, casi a diez millas. Mira, se ve que no puedes con tu alma; puedes quedarte un rato, tirarte en el sofá y te vas a las cuatro o cuatro y media, yo misma te puedo despertar, hace mucho que no duermo una noche de corrido.

Penélope iba a objetar algo, aunque debió reconocer que el cansancio y la tensión la habían drenado. Tenía urgencia de salir de allí, pero la perspectiva de pasar la noche en la banca de un barrio inhóspito y desconocido no parecía un plan B apetecible.

—Además —añadió la mujer—, tampoco podemos estar seguras de que el mexicano del camión no esté merodeando por allí. Justo ahora estaba pensando en que debí haberle metido un balazo en la cabeza y hacer mi contribución a la causa. Era mi oportunidad; ahora habría un grasiendo menos.

—Gracias, le tomo la palabra —dijo Penélope, tratando de que la otra no volviera a endilgarle otra filípica racista. A ella le había parecido que Rafael más bien tenía orígenes puertorriqueños, pero juzgó que el momento no estaba para sutilezas.

Por fortuna para ella, Rosemary transitó otra vez a su versión más maternal. Le puso en las manos una almohada, una sábana sorprendentemente limpia y una cobija. Mientras ella misma hacía el tendido sobre el sofá, la mujer apagó las otras luces de la casa, cerró las puertas a cal y canto y le trajo un vaso de agua.

Minutos más tarde, Penélope se quedó dormida con la imagen de la bandera confederada estampada en sus pupilas. Debió haber dormido profundamente, porque instantes más tarde la despertó la mujer. «Son las cuatro, si quieres llegar pronto a Washington, deberías irte», le dijo. Esta vez, Rosemary parecía ausente; intercambiaron algunas palabras, salió de la casa y emprendió el camino en dirección a la parada de autobuses.

No llegó a despertar del todo sino hasta que el frío de la madrugada penetró sus *jeans* y entumeció sus piernas. Aceleró el paso para calentarse y antes de una hora llegó a su destino. Contra lo que había dicho la vieja, al lado de la pequeña estación, en realidad apenas un andén, había una cafetería abierta con más movimiento del que podía esperarse a esa hora de la mañana. Había dos o tres mesas ocupadas por comensales que parecían estar rematando la noche más que empezando la jornada. Solo entonces entendió que estaba a doscientos metros de la carretera 11, la vía exenta de peaje a Washington. Se paralizó por un instante pensando que era el tipo de sitios en los que Rafael se detenía, pero no veía su camión por ningún lado. Se dijo que el hombre ya debería encontrarse muy lejos, habían transcurrido seis o siete horas desde su incidente, demasiado tiempo para las prisas de un camionero.

Se embutió la gorra y entró a la cafetería con la cabeza agachada. No advirtió cámaras de seguridad, pero se dijo que ninguna precaución sobraba. Pidió un café y se instaló al lado de una ventana desde la cual podría advertir la llegada de un autobús.

Transcurrieron dos horas sin ningún movimiento, salvo por la entrada y salida de algún cliente. La invadió una profunda tristeza. Le quedaban unos pocos dólares en la bolsa, se sentía cansada, fea y ajada, carecía de un auto en un paisaje todo carretero y no tenía un solo amigo en el mundo. Los que había conocido le pertenecían a Penélope, alguien que ya no era ella. Las únicas dos personas que sabían dónde estaba y cómo se encontraba eran un camionero abusador y una vieja arpía fanática de Thompson.

Se preguntó cómo había llegado a este punto, en qué momento las cosas habían comenzado a descomponerse. ¿Con la aparición de Coyote y la destrucción de su pequeño paraíso? ¿O quizá a los diecinueve años, cuando salió de North Branch para nunca regresar, con el dinero que su papá le dio para que se inscribiera en la Universidad de Minnesota y que ella usó para escapar a California? ¿O tal vez mucho antes, a los siete u ocho años, cuando el predicador Hunt jugaba a mecerla sobre su pierna con un ritmo frenético y respiraciones entrecortadas cuando su madre no estaba presente?

Una pesada sensación de fatiga y desesperanza abatió sus hombros y le hizo polvo el ánimo. Algo en ella estaba roto, le había dicho alguno de sus amantes, y lo confirmaba la imagen que le devolvía el vidrio de la ventana. Los gritos de unos jóvenes la sacaron momentáneamente de sus ensoñaciones. Con las primeras luces del día pudo ver a los adolescentes que acababan de salir de la cafetería, blancos y al parecer prósperos, a juzgar por el Mustang de colección al que se dirigían. Los tres reían mientras señalaban un coche estacionado. Uno de ellos atrajo la atención de los otros sobre una pegatina en el parabrisas del destartado Ford Fiesta. «Vote for Pedro Sánchez», rezaba la calcomanía, probablemente olvidada de una vieja campaña. Uno de los jóvenes sacó un bat de la cajuela del Mustang y otro una larga navaja de la guantera. El primero rompió el parabrisas y la emprendió con los focos delanteros, el segundo pinchó una de las llantas hasta destrozarla. Un hombre salió corriendo del restaurante, gritando con el evidente propósito de detenerlos, probablemente el mismísimo Pedro Sánchez, pensó Penélope. Pero los jóvenes, lejos de parar la agresión o subir a su auto, lo enfrentaron festivos, blandiendo el bat y la navaja. El hispano se paró en seco a cinco metros de ellos y evaluó la situación. Ellos lo conminaron a acercarse. Él simplemente les suplicó que dejaran en paz su auto. Convencidos de que el hombre no haría nada para detenerlos, prosiguieron con su tarea. Quebraron los focos traseros, rompieron los vidrios de la ventana y rajaron las vestiduras de los asientos. Satisfechos, miraron su obra, treparon a su coche entre gritos de guerra jubilosos e hicieron chirriar las llantas al salir a la calle.

El hombre se acercó al coche, dio una vuelta en torno a él, abrió la puerta delantera y se sentó, colocó los dos antebrazos sobre el volante y hundió en ellos la cabeza. Por las sacudidas de su espalda, Penélope entendió que estaba llorando. No pudo mantener la vista en él.

Cuando alzó la mirada, se dio cuenta de que media docena de personas había contemplado la escena sin intervenir. La tristeza que la invadía se transformó en rabia. Se dijo que un mes antes el incidente no habría tenido lugar. Ni los chicos se habrían atrevido ni los testigos lo habrían permitido, y mucho menos Pedro Sánchez, si así se llamaba, se habría quedado paralizado. En el fondo, todos eran víctimas y comparsas, puestos en movimiento por la maquinaria del odio. Pero solo ella conocía la verdadera

causa y quizá era la única en condiciones de denunciarla. Recordó el escrito que había iniciado, la urgencia de recabar las pruebas para ofrecerlas al profesor y la necesidad de encontrar la manera de hacerlas públicas. Penélope se dijo que tenía una misión. Quizá estaba rota desde pequeña, pero ahora la vida le había dado una responsabilidad y, aunque no pudieran saberlo, la suerte de muchos dependía de ella.

Ahora tenía prisa. Como si la vida por fin pusiera algo de su parte, un autobús se detuvo en el andén y descendieron algunos pasajeros. Penélope dejó unas monedas en la mesa, se incorporó y apuró el paso. En su trayecto pasó al lado del auto de Pedro Sánchez y este levantó la vista; ella le sonrió, intentando transmitir un mensaje amable, pero él le devolvió una mirada dura, resentida. Se subió al camión apesadumbrada, asumiendo que el hombre había tomado su gesto como una burla.

Se animó con la vista de Washington cuando descendió del camión tres horas más tarde. Había llegado a la ciudad de donde había surgido todo, a la fuente del mal, el lugar del que salían los planes que tanto odiaba. Preguntó dónde se encontraba la Universidad de Georgetown y hacia allá enfiló sus pasos.

24. La Casa Blanca no te ha hecho mejor persona

Page recorrió los pasillos del edificio de profesores y no pudo impedir un soplo de nostalgia. La sensación se acentuó cuando debió esperar un par de minutos a que su amigo terminara una reunión con tres estudiantes sentados en torno a su escritorio. A través de los vidrios atestiguó la manera reverencial en que ellos asentían a las palabras de su maestro. La más enfática era la única mujer del grupo, por su apariencia, una latina. Page se preguntó si la ola de hostilidad en contra de los hispanos habría alcanzado a la universidad. Tomó nota para preguntárselo a Mason, pero no fue esto lo que dijo cuando por fin entró en su oficina.

—La puertorriqueña bebía tus palabras como si fuesen las tablas de la ley; yo diría que desea algo más que el verbo de su profeta. Creo que cometí un error cuando dejé este paraíso.

—No es puertorriqueña, es californiana y veo que tu paso por la Casa Blanca no te ha hecho mejor persona —respondió Phil con una carcajada. Se dieron un abrazo emotivo.

—No me jodas, entre los profesores la ética es solo una materia que se imparte en los cursos de filosofía. Las mafias que habitan en los campus son envidiadas por cualquier partido político.

—Eres un cabrón. Ya te extrañaba, tendrías que haberte quedado. Aunque, bien mirado, probablemente ya te habrían corrido por andar fornicando con estudiantes. Serías el Harvey Weinstein de la academia a estas alturas.

—Solo por esa ofensa dejaré que pagues la cuenta. Reservé en el Centurion —y, tras una pausa—: Sus cocineros son filipinos.

—Encantado, con la condición de que me sueltes alguna infidencia sobre los planes de Thompson. ¿De verdad va a presentarse?

—No te preocupes, traigo material explosivo. Justo de eso quería hablarte. Vámonos.

El Centurion no solo tenía la ventaja de que sus cocineros eran filipinos. Contaba con un salón de proporciones suficientes como para que los comensales no pudieran escucharse unos a otros. Tenía además una iluminación cálida y atenuada, un ambiente relajado, propicio para confidencias, más de poder que de amor, como correspondía a Washington. Page quería restablecer lo más pronto posible la antigua complicidad de su época estudiantil. Bebieron vino, hablaron de sus profesores y de antiguas novias. A la mitad de la comida, el propio exasesor de seguridad estaba tan cómodo que comenzó a preguntarse si no convendría olvidarse de la ingrata misión que le habían encomendado; se dijo, incluso, que quizá no era demasiado tarde para reanudar su vieja

vida académica. La universidad carecía de las dosis de adrenalina que proporcionaba el roce con el trono, pero tampoco se vivía en riesgo de perder todo por un vaivén de las caprichosas corrientes políticas. Luego pensó que ya había cruzado el punto de retorno, ahora no se trataba de un tema de costo de oportunidad entre un oficio y otro, sino de salvar el propio pellejo.

—Bueno, del campus ya hablamos mucho —dijo Mason, una vez que ordenaron los postres—. Ahora dime exactamente en qué andas, en algún momento pensé que al dejar la Casa Blanca tratarías de regresar a la universidad. Aunque fuese a otra —agregó, tras una incómoda pausa.

Page ignoró la última frase. No tenía ganas de recordar escándalos y calumnias que databan de ocho años antes.

—Sigo con Spencer. Ya sabes, cabildeos y vida cortesana para mantener al día la enorme red de intereses que se tejió en torno a Thompson. Creyeron que su influencia en el partido republicano desaparecería de la noche a la mañana, pero tres años después aún es dominante. Parece natural, pero es resultado de mucho esfuerzo —concluyó Page, orgulloso.

—¿Y qué probabilidad hay de que regresen? —El profesor hizo la pregunta con el tono más neutral posible; ambos sabían que le provocaba repulsión la mera posibilidad.

—En realidad no se fueron del todo. El Senado nunca lo perdieron y el Pentágono y las agencias de seguridad que Spencer controlaba han cambiado de titular, pero los mandos intermedios son más nuestros que de ellos —dijo Page. Habría preferido mantener distancia con los republicanos a ojos de su amigo, pero al final le había ganado la soberbia. Pensó que no era bueno para las complicidades y confidencias que buscaba. Justamente había sido su colaboración con Thompson y su gobierno lo que los había distanciado—. Así que sí, para bien o para mal, creo que regresarán a la Casa Blanca.

—No estoy tan seguro, los demócratas no lo están haciendo mal —se defendió Mason—, aunque es cierto, todo este linchamiento en contra de los latinos daña al presidente; él intentaba hacer algo por ellos, ahora resulta que son el villano número uno —dijo, indignado. A Page, en cambio, solo le resultó extraño escuchar la palabra presidente referida a otro que no fuera Thompson. En la burbuja en la que vivía, solo en las noticias ese término remitía a otro que no fuera él.

—A propósito —dijo Page, asumiendo que había llegado su oportunidad—. Supe que tuviste una tertulia en la televisión sobre el tema. Provocó algunas olas, ¿no?

—No lo sé. El asunto se está moviendo muy rápido. Hay brotes de violencia por todos lados. Y los tuits de tu presidente no están ayudando, precisamente —respondió Mason, acentuando «tu presidente», a manera de reproche.

—Mi presidente es un hijo de puta, todos los sabemos. Pero muchos ciudadanos creen que es el hijo de puta que necesitamos.

—Pues ese hijo de puta está por incendiar este país.

—No fue él quien se puso a envenenar niños. —Page no había ido a antagonizar con su amigo, sin embargo, supuso que provocándole podía también conseguir lo que había ido a buscar. Phil no solía ser imprudente o arrebatado, pero siempre había tenido más convicciones que paciencia. Aunque reflexivo, nunca había sabido gestionar las

relaciones entre su cerebro y su boca, y en ocasiones carecía de filtros. Eso y sus escasas habilidades sociales hacían que con frecuencia dijera barbaridades sin proponérselo y violara los códigos de lo social y políticamente correcto. Page confiaba en que, al provocarlo, terminara por decir todo lo que sabía y pensaba sobre el tema de Ramírez. No se equivocó.

—Tampoco está claro que haya sido una supuesta célula terrorista. Ramírez no es quien dicen que es —dijo el profesor, con el rostro encendido.

—Yo sé que llevas años investigando sobre las condiciones laborales de los hispanos, pero a menos que hayas conocido al tal Ramírez, parece un argumento sacado de los blogs de teorías conspirativas del tipo «nunca fuimos a la Luna» y «mi vecino es marciano».

—Ramírez era un buen hombre —dijo Phil casi para sí mismo.

—¿Según quién? ¿Cómo puedes saberlo? —Page trató de formular la pregunta de manera vaga, mientras estiraba el brazo para alcanzar una aceituna de su tercer martini; percibió en las sienes una súbita pulsión.

—Lo sé —respondió Phil y ahora fue él quien alcanzó un pedazo de pan y se lo metió a la boca como si quisiera dejar de hablar.

—No me digas que llegaste a conocerlo —se aventuró ahora Page, cuando se dio cuenta de que el otro no iba a continuar la frase.

—Supongo que ustedes tienen más información de lo que se ha divulgado. Sigues metido en la grilla, ¿no? —respondió Mason, ahora a la ofensiva.

El exasesor de seguridad guardó silencio mientras miraba fijamente su copa, luego dio un largo suspiro, como si sus siguientes palabras fueran emitidas en contra de su voluntad.

—Por eso estoy aquí. Lo que ahora te voy a decir podría costarme la cárcel, porque lo leí entre los papeles que le pasan a mi jefe, todos ellos clasificados. Temo por ti.

—No seas melodramático. No soy tan importante —dijo Phil, tratando de restarle importancia, pero Page entendió que había llamado su atención. Su amigo solía subirse los lentes a la coronilla cuando se tensionaba, como un relojero al terminar su trabajo. Ahora lo hizo.

—Les estás rompiendo las pelotas con lo que mencionaste en la televisión sobre Ramírez. No van a dejar que lo sigas haciendo.

—¿Qué? No entiendo. ¿Qué quieres decir? —preguntó, ahora sí alarmado.

—No sé. Intentarán desacreditarte, supongo. Quizá algo peor, no tengo los detalles. Han redactado un expediente sobre ti al que alcancé a echarle un ojo; por fortuna no te relacionan conmigo. Eso me ofrece un pequeño margen para intervenir en tu favor.

—¿De quién estás hablando cuando dices que intentarán desacreditarme? ¿Los republicanos?, ¿la policía?, ¿algún grupo de derecha?

—No lo sé. Al escritorio del exconsejero de seguridad llegan reportes de todos ellos —respondió evasivo Page; no quería ofrecer algún dato que le permitiera a su amigo hacer una denuncia pública. Ya corría un riesgo al haber optado por esta vía para congraciarse con él; el pelirrojo se arrancaría los cabellos si se enterara de lo que ahora había revelado.

—No lo entiendo —insistió Phil, meneando la cabeza—, esto no es una dictadura. La

policía debería ser la más interesada en saber realmente qué está pasando. En lugar de querer callarme tendrían que haberme pedido más información.

—Justo es lo que pensé cuando vi la nota sobre ti. Intentaré hablarlo con Spencer, a ver si él puede quitarte del radar. ¿Tienes algún documento, algún dato duro que me permita convencerlo? ¿Algo que demuestre que Ramírez no estaba vinculado con ningún activismo violento? ¿Cualquier cosa que permita descartarlo y los lleve a abrir otras líneas de investigación?

—Tengo lo que comenté en la televisión: pruebas de que él no es quien dicen que es.

—¿Pero según quién? ¿Hay algo tangible que le pueda llevar a mi jefe? ¿Una coartada que no conocemos? ¿Alguien te pasó alguna información? —Page se contuvo. Sonaba como un fiscal en un interrogatorio.

—Una fuente confiable. Los académicos tenemos nuestras propias redes de información —respondió Mason—, eso lo sabes muy bien.

—No te pongas misterioso conmigo, que estoy tratando de ayudarte.

—Le juré a mi amigo que conservaría su anonimato, no quiere aparecer en los medios, pero me dijo que tiene otras pruebas. Conocía personalmente a Ramírez.

—Yo no soy los medios. Si voy a abogar ante Spencer, tengo que llevar argumentos, no suposiciones de un amigo. —Page sintió una vez más la excitación del sabueso y se preguntó si Phil la notaría. Se dijo que, al engañar a su excompañero, en realidad lo estaba protegiendo. Si encontraban la fuente original de la filtración sobre Ramírez, podrían concentrarse en ella, desaparecerla y olvidarse de Phil.

—Déjame ver qué te puedo conseguir. Hablaré con él. Ahora tengo que regresar al campus.

Se despidieron en la puerta. Page vio sus espaldas desaparecer al doblar la esquina y sintió un ramalazo de nostalgia. Recordó las dos o tres ocasiones en las que le había sustraído algo sin que el otro lo supiera: cincuenta dólares, un par de condones, el archivo de un ensayo que, modificado, presentó como propio en una clase que Phil no tomaba. Ahora, como en aquel entonces, experimentó un estremecimiento de culpa ante la generosa ingenuidad de su amigo. Y ahora, como entonces, se felicitó a sí mismo por la facilidad para sacudirse de encima cualquier tipo de arrepentimiento.

25. El Cuarto Poder

Tom Kravis acechaba la oficina de su jefe en espera de que este por fin se quedara solo. Su vecina de escritorio notó la dirección de su mirada e hizo un gesto de impaciencia.

No te lo aconsejo —dijo Coreta, pero Kravis ya estaba de pie, no deseaba desperdiciar la oportunidad. El editor de la sección de nacionales del *Washington Post* despedía en el pasillo al jefe de diseño del diario. Kravis se apresuró para llegar a la puerta del despacho antes de que su jefe pudiera a cerrarla.

—¿Ahora qué, Kravis? —dijo Epson con impaciencia al ver aparecer a su reportero. Kravis no gozaba de la mejor de las reputaciones en la sala de redacción del *Post*. Tres años antes había ingresado al diario tras una efímera fama gracias a la publicación en el *Mississippi Star* de una serie de reportajes sobre un senador vinculado a una red de prostitución. Ahora cubría temas policiacos nacionales y sus notas, cuando tenía suerte, aparecían en la edición en línea, aunque rara vez en la versión que circulaba en papel. El periodista soñaba con volver a la fama por la vía de un reportaje explosivo capaz de sacudir a la élite política de la capital. Pero hasta ahora las dos o tres sugerencias que les había hecho a sus superiores no habían sido bien acogidas.

—Traigo un tema de Pulitzer. No te lo vas a creer.

—Ese es el problema, no me lo voy a creer —respondió el otro, resignado. Pensó que en el siguiente recorte de personal debía asegurarse de incluir a Kravis. Se preguntó cómo había sobrevivido en la nómina hasta ahora. No le gustaba ese reportero rechoncho, de rostro invariablemente sudoroso y hombros plagados de caspa. Había una especie de avidez malsana en todo lo que decía o emprendía; una avidez que terminaba por infundir desconfianza en sus arriesgadas tesis reporteriles. Pero debía reconocer que su prosa era pulcra, el cabrón sabía escribir. Y, por lo demás, era su deber escuchar cualquier idea de sus reporteros, así fuera tan peregrina como las que solía presentar Kravis.

—Escúcheme un momento, jefe. Hablé con un colega de policiacas del *L.A. Times*. Me confirma que no ha habido ninguna detención de algún miembro de las bandas luego de la ola de crímenes, pero están documentadas dieciocho muertes de pandilleros, sea porque sus cuerpos aparecieron o porque fueron asesinados al momento de ser detenidos. Probablemente hay más cadáveres que aún no han sido descubiertos.

—¿Y?

—¡Están siendo ejecutados! Alguien no los quiere vivos.

—Bueno, no descartes que haya purgas entre ellos; lo de meterse a matar blancos fuera de sus barrios debe haber causado disputas, es algo que no habían hecho antes.

—¡Justamente! No lo habían hecho antes —respondió Kravis entusiasmado—. Y ahora alguien no quiere que hablen.

—No exageres. Concedo que la policía de Los Ángeles debe estar bastante cabreada, han sido criticados a escala nacional por su incapacidad para detener el aumento de la violencia. Supongo que no son precisamente escrupulosos con «el debido proceso». En todo caso estaríamos hablando de excesos policiacos. Aunque de eso a una confabulación hay mucha distancia. ¿No te parece?

—Eso pensaba yo también, pero luego escuché el otro día un debate en CNN con un profesor de Georgetown que al parecer conoció a Ramírez, o algo así, y jura que es inocente, que ese hombre nunca pudo haber participado en un atentado terrorista en contra de los niños en Chicago. Era un patriota en toda la línea. —Kravis le echó un vistazo a su libreta—. Un tal Phil Mason dice que algo huele mal en todo este asunto, que la versión oficial no es correcta.

—¿Y presentó alguna prueba?

—No, pero parece haber estado cerca del caso.

—Tan cerca como los vecinos de los asesinos seriales que afirman que nadie podría haber adivinado que había un psicópata al lado. ¿Ese es tu argumento? ¿Un profesor dice que el tal Ramírez le pareció una buena persona? No me jodas, Kravis.

—Supongamos que hay algo extraño en los casos de Los Ángeles y de Chicago, sabemos que el ascenso de la popularidad del expresidente es astronómico, comencemos a sumar dos más dos, tendríamos que pensar que al menos hay un tema para iniciar una investigación en toda la línea, ¿no? Permítame ir a Los Ángeles, Chicago y Milwaukee, tengo algunos contactos que me podrían echar una mano.

—Esto es el *Washington Post*, no el *National Enquire* o tu *Mississippi Star*, Kravis. Aquí sí creemos que el hombre llegó a la Luna y no nos compramos confabulaciones complotistas. Según tú, el candidato anda asesinando niños para mejorar sus *ratings* y todo eso basado en una tertulia de comentaristas desaforados en la televisión. —Ahora Epton se había levantado del asiento y su rostro encendido presagiaba tormentas.

—Pero valdría la pena investigarlo, ¿no? —dijo tímidamente el reportero.

—Si me entero de que mueves un dedo en esa dirección, te pongo de patitas en la calle. El *Post* no se puede permitir ser vinculado con una tesis tan irresponsable. No sé si este es el tipo de periódico en el que debas trabajar, Kravis.

Minutos más tarde, el reportero arrancaba con desconsuelo varias páginas de su libreta, las rompía y las tiraba a la basura.

—¿Así de mal? —dijo Coreta. Normalmente le gustaba molestar a su colega, aunque esta vez lo veía tan abatido que le dio pena. Pero él se lo había buscado. El día anterior le había contado su absurda hipótesis sobre lo que llamó «la conjura contra los hispanos». Podía suponer el rapapolvo que le había endilgado Epton. Había algo raro en Kravis y, con todo, tenía una virtud que lo que dignificaba a sus ojos: era un sabueso incansable a la hora de seguir una pista.

—En el *New York Times* me lo habrían aceptado —respondió él, desanimado.

—No lo creo, Tom, pero olvídate del asunto. Ya encontrarás otro tema para tu Pulitzer —concluyó ella, esperando que el otro no lo tomara como una burla.

26. El teléfono rosa

Penélope miró al hombre a la distancia mientras este recorría el largo pasillo que conducía a su despacho. Phil Mason era la viva imagen del estudiante nerd devenido profesor. Era incapaz de ocultar la torpeza de su cuerpo y su rostro parecía desdibujarse tras los gruesos lentes de carey. Dos veces se agachó a recoger un papel caído del abultado legajo que cargaba en un brazo para ayudarse con dificultad con la mano que sostenía un desvencijado portafolio de piel. Tomó nota de que el hombre no volvió la vista para seguir el cuerpo de una espectacular lolita que se cruzó en su camino.

Cuando Penélope finalmente llegó a la puerta de vidrio de la oficina, por un momento la atenazó la duda: no tenía cita y su edad y atuendo parecían fuera de lugar en ese edificio. Sin embargo, se animó al advertir la expresión inteligente y bondadosa de los ojos del profesor cuando finalmente lo abordó. Su actitud comedida al invitarla a pasar y tomar asiento frente a su mesa lo confirmó: un hombre gentil y educado que exudaba una encantadora actitud a medio camino entre la timidez y la curiosidad.

Ahora que estaba frente a él, Penélope no sabía por dónde empezar. Durante su largo desvío hacia Washington se había imaginado todas las versiones posibles para convencer a Mason de sumarse a su causa, incluso la posibilidad de un amago de coqueteo, pero recordó la desastrosa manera en que el asunto había terminado la última vez que lo intentó, así que decidió contarle todo desde el principio. Si no podía confiar en un hombre con esos transparentes ojos azules, no podría confiar en ninguno. Y, por lo demás, tampoco es que tuviera otra opción. Decidió hacer una crónica completa, sin quedarse nada, o casi nada.

Él apenas la interrumpió en un par de ocasiones para precisar un dato y para ofrecerle un vaso de agua cuando advirtió que la prolongada narración había resecado la voz de su visitante. Ella vaciló al describir la escena cuando Saúl interrogó a Coyote y tampoco pudo evitar que se le quebrara la voz al informarle que desconocía la suerte de su amigo. Se daba cuenta de que estaba confesando su participación en un crimen y que incluso esta conversación podría tener consecuencias legales. Pero, después de dos semanas de vagar y divagar con sus demonios a todo lo ancho del país, sentía la necesidad de compartir con alguien sus reflexiones. A ratos le parecía que la suya era una historia descabellada, que la mitad de sus temores no pasaban de ser meras fantasías. No obstante, al final sintió que algo se había acomodado cuando pudo por fin dar cuenta de lo sucedido.

—Parece una locura, ¿no es cierto? —dijo ella, incapaz de soportar la espera. El largo silencio del profesor volvió a hacerla sentir insegura.

—Hace una semana te habría dicho que sí, ahora no estoy seguro —respondió, cauteloso—. ¿Qué te hizo buscarme?

—Te vi en la televisión. Después de lo que dijiste sobre el trabajador de la fábrica de pasteles, eso de que pudo haber sido incriminado, pensé que podía estar sucediendo algo parecido a lo de Los Ángeles.

—Yo no dije que Ramírez hubiera sido incriminado, solo mencioné que no parecía ser el hombre que describían las autoridades. —Phil pensó que debía ser más prudente; no podía descartar que ella fuera un anzuelo de parte de los que querían hacerlo descarrilar. Quizá este tipo de estratagemas era a lo que Page se refería cuando le pidió extremar precauciones. Con todo, le parecía que había algo genuino en aquella mujer.

—Pero vayamos a los hechos —dijo ella—. En ambos casos estamos hablando de actos sembrados que terminaron desatando el odio contra los hispanos —insistió ella.

—No necesariamente. Podríamos estar hablando de cosas muy distintas. Quizá en Los Ángeles alguien simplemente quería sacudir el tablero en el reacomodo de grupos políticos locales. Lo de Chicago, en cambio, parece más bien el típico caso de una tragedia a la que se quiere sacar ventaja política. No concibo que alguna agencia o un partido político se ponga a matar niños con fines electorales, es absurdo.

—Matar ancianos en California con fines políticos es entendible, pero ¿niños ricos en Chicago te parece inconcebible?

—Lo que estoy diciendo es que armar a las bandas violentas puede haber sido idea de un imbécil, probablemente la operación se les salió de las manos; los echaron a andar y no pudieron controlarlos. Suena absurdo, pero entra en el campo de lo posible. La intoxicación de niños, en cambio, debe tener otra explicación. Prefiero pensar que, enfrentados al hecho, alguien trató de utilizarlo a su favor. Un poco como lo hizo Bush con las Torres de Nueva York: aprovechó lo de Al Qaeda para lanzar su guerrita con Irak. Algo así está haciendo Thompson con sus tuits. —Escuchar en boca de un profesor lo mismo que ella había reflexionado días antes la llenó de satisfacción. Solo que ahora esa conclusión parecía insuficiente.

—Ojalá sea como tú dices. Aunque para el caso es lo mismo. Lo que sucedió en Los Ángeles y Chicago se está manipulando para provocar el odio en contra de los mexicanos y centroamericanos. Algo tenemos que hacer.

—¿Algo tenemos que hacer? —inquirió Mason, repentinamente alarmado.

—No podemos dejar que se salgan con la suya. Además, no tengo mucho que perder, ¿no? Estoy sin dinero, sin tarjetas, sin amigos ni parientes. Y no sé cuánto tiempo tarden en encontrarme.

—Eso si el tal Gary no te engañó. Quizá solo te quería sacar de Los Ángeles.

—¿Y no crees que no lo he pensado? ¿Cómo averiguarlo sin que descubran dónde estoy?

Mason la examinó con atención. Se preguntó de nuevo si no estaría en presencia de una mujer desequilibrada y si su historia, toda o en parte, no era más que producto de una paranoia desahorada. Su aspecto físico, incluso, tenía algo inquietante, aunque supuso que cualquier persona luciría así o peor tras dos semanas en fuga. Su relato se

antojaba absurdo, pero no mucho más de lo que Page le había contado. Su amigo podía ser un cínico, pero no había duda de que conocía las entrañas del poder, formaba parte de él; si le había dicho que había un intento del más alto nivel para acallarlo, la historia de Penélope podría tener sentido.

—Habría que empezar por saber si realmente corres peligro. Déjame googlear algo sobre lo que dices, o tal vez pueda llamar a alguno de tus conocidos para enterarnos de lo que ha pasado con los tuyos, si te ha buscado alguien.

—¿De veras harías eso por mí? —Conmovida, estiró la mano y oprimió brevemente su brazo desnudo. No pudo evitar el gesto ante las oleadas de agradecimiento que la recorrieron, la acogedora sensación de no estar sola por vez primera en muchos días. Tenso y ruborizado, él no supo qué hacer con el contacto. Se quedó mirando el sitio donde los dedos de ella se habían posado.

La turbación del profesor se extendió a Penélope. Phil Mason tenía toda la traza de ser una persona que fornicaba menos de lo necesario, pensó ella. El gesto había sido absolutamente inofensivo y espontáneo, pero estaba claro que a él lo había tomado por sorpresa. O quizá el problema estaba en ella. Su sensualidad extrovertida y el desparpajo de su cuerpo siempre le habían complicado la relación con los hombres. Si bien eso solía facilitarle las cosas, y ella estaba consciente de que era una circunstancia que se había acostumbrado a usar a su favor, por lo general terminaba provocando situaciones equívocas. En más de una ocasión se había acostado con algún ingenuo solo por no destrozarle el corazón, aunque las más de las veces había cortado por lo sano, y a veces de manera grosera, lo que pudo haber sido una amistad. Se prometió que esta vez haría lo imposible para evitar que surgiera alguna confusión. Su nuevo aliado no era un hombre desagradable, pero sabía que nunca podría existir algo entre ellos. Sus hormonas solían favorecer a los tipos oscuros, enigmáticos y fracturados. Y ciertamente Mason era todo lo contrario.

—No tengo mi celular para sacar los teléfonos que importan, pero creo que puedo recordar la calle de doña Rosa, la mamá de Saúl. Había una ferretería a dos cuadras de su casa, la encontraré en Google Earth. Si podemos hablar con Saúl, sabremos todo. Y el número del SAPO podrás encontrarlo en internet.

—Hagamos eso, llamaré y pediré hablar contigo diciendo que soy un amigo que no te ha visto en años —dijo él, deseoso de hacer algo. Le parecía importante confirmar que alguna parte de lo que decía la mujer era real.

Mason giró la *laptop* que tenía en su escritorio y la acercó a Penélope. Ella trabajó en el teclado durante algunos minutos, mientras él repasaba en silencio su historia. En varias ocasiones observó a la joven, ahora con mayor detenimiento, aprovechando que la atención de ella se concentraba en la pantalla. La encontró intimidantemente guapa y alta, al menos un palmo más que él. Pero había algo extraño en ella, quizá el tinte negro apresurado que no terminaba de encajar con una mujer tan naturalmente rubia, y bastaba verle las cejas casi albinas para confirmarlo. No obstante, la desazón que Penélope le despertaba no le producía incomodidad ni le causaba el temor que podía llegar a inspirarle una mujer hermosa. Más bien le provocaba una especie de urgencia por protegerla y contener la anomalía que emanaba de ella, una anomalía en la que le apetecía involucrarse él mismo y perderse.

—Aquí está —dijo ella, mientras escribía en un papel dos números telefónicos—, el de la casa de Saúl y el del SAPO.

—Perfecto, ahora mismo llamamos —respondió, sacando su celular del bolsillo.

—¿Estás loco? No puedes marcar de tu teléfono. Tenemos que asumir que los números del SAPO y el de doña Rosa están intervenidos. No sabes las vueltas que le he dado al asunto y todo lo que se le puede ocurrir a una en dos semanas encerrada con sus preocupaciones.

El asintió, pensativo. Se miraron en silencio, como dos miembros de un equipo que delibera en un concurso de televisión.

—Un teléfono público, hay varios aquí en el campus —dijo él, por fin.

—El campus de Georgetown, de donde salió el profesor que los fue a cuestionar en televisión —dijo ella, negando con la cabeza.

—Espera —respondió él mientras revisaba su agenda, luego sonrió—. Está por llegar a su asesoría de tesis Matilde, una estudiante que vino de UCLA hace apenas dos meses. Lo más probable es que su teléfono tenga el código de California. Eso no levantará sospechas.

—Esa es buena, profesor —sonrió ella, y él quedó asombrado por la manera en que se iluminó su rostro y, para efectos prácticos, el ambiente. No había manera de no sentirse tocado por la felicidad instantánea que inundó el lugar.

Siguieron comentando lo que podrían esperar de las llamadas y ella lo instruyó sobre la mejor manera de presentarse para no despertar sospechas, incluso si los teléfonos estuviesen intervenidos.

Fueron interrumpidos por los apagados toquitos en la puerta de parte de Matilde. Penélope examinó a la chica y, por la mirada arrobada que ella le dirigió a Mason, le quedó claro que a la joven no le importaría cederle el teléfono a su maestro, y probablemente mucho más. Aunque Mason no le provocara ningún entusiasmo, era evidente que a Matilde sí; pensó que tendría que revalorar al profecito. La estudiante era una morena de ojos castaños claros, disimulados por unos lentes también de aros gruesos. Las gafas parecían ser un requisito de identidad por estos rumbos.

Mason le pidió a Penélope que la esperara unos minutos en la recepción, mientras atendía a su alumna. Esta apenas ahora pareció percatarse de la presencia de la alta mujer que se incorporó para saludarla. Incluso sin conocerla, Penélope pudo advertir el gesto de preocupación que cruzó el rostro de Matilde. Seguramente pensó que la visitante no pertenecía a la universidad, lo cual solo podía significar que se trataba de una relación personal del profesor. Matilde tomó asiento, un tanto abatida.

Penélope cerró la puerta por fuera, sonriendo con ironía e impregnada aún del perfume de la estudiante, sorpresivamente llamativo considerando el sencillo vestido verde oscuro que portaba. Si llegaba a conocerla, tendría que decirle que no había nada que temer de su parte. El profesor era el tipo de hombre que no entraba en sus usos y costumbres.

Minutos más tarde, cuando concluyó la sesión de asesoría de tesis, se abrió la puerta. Ahora fue a Matilde a quien el profesor le pidió que esperara en la antesala; una expresión confusa cruzaba el rostro de la joven. Penélope entró en la oficina y cerró la puerta, consciente de que eso solo aumentaría la consternación de la chica. Cuando

tomó asiento, Mason ya estaba marcando el teclado de un celular rosa con funda de falsos diamantes. Una vez más, Penélope pensó que había una disonancia en la estudiante: una facha tan nerd y, no obstante, con un teléfono con lentejuelas que podría pertenecer a alguna de sus amigas del *table dance*.

—En efecto, su número es de California —dijo satisfecho el profesor mientras terminaba de marcar y se llevaba el aparato al oído.

En el SAPO le respondió Puff, pero Mason pudo sacar muy poco de ella. Pegada a la bocina, Penélope le indicó a señas que pidiera hablar con el encargado. Tras una larga pausa acudió Tania. Dijo que no sabían qué había sido de Penélope y que, si él daba con ella, por favor le pidiera un domicilio a donde enviar las cajas en las que habían guardado sus cosas.

—No parece que esa mujer te quiera mucho —dijo él al terminar la llamada.

—Es una zorra que quiere quedarse con mi puesto, yo misma la llevé a dar clases de yoga. Y ve tú a saber cómo habrá quedado mi reputación con la versión que seguramente Gary hizo correr sobre mi desaparición.

—Espero que en la casa de tu amigo Saúl tengamos mejor suerte.

Al parecer, doña Rosa no se encontraba, porque el teléfono repicó durante un largo rato en las repetidas ocasiones que lo intentaron. Cuando finalmente alguien acudió a la llamada, escucharon la voz de un chico. Siguiendo el consejo de Penélope, Mason pidió hablar con Saúl, pretendiendo con eufemismos ser un comprador de marihuana.

El joven fue parco y respondió a la defensiva, aunque no colgó, pensando que quizá había un negocio para él en la llamada del gringo despistado. Mason insistió en que necesitaban la variedad «palillos chinos», que solo Saúl manejaba, y le pidió que le hiciera llegar el mensaje. Extrañado, aunque acostumbrado a los oscuros negocios de su pariente, el chico le pidió un teléfono para devolverle la llamada en caso de que pudiera hablar con su tío. Mason le dictó un correo electrónico que había registrado para entrar anónimamente en sitios porno y que solo utilizaba en la computadora vieja que un alumno le había pedido guardar y nunca más pasó a recoger.

El profesor colgó, decepcionado, pero Penélope le aseguró que la estrategia funcionaría, aunque se burló sin hostilidad de su actuación como comprador de marihuana. Le dijo que el sobrino de Saúl era un adolescente avisado que entendería que no había ningún tipo de marihuana denominada palillos chinos y que tarde o temprano pasaría el mensaje.

Al ver que no podían avanzar más por el momento, le pidieron a Matilde que entrara al despacho. Ella tomó su aparato de manos del profesor y preguntó una y otra vez si podía hacer algo más; resultaba obvio que la chica no deseaba marcharse. Mason agradeció el favor y la acompañó a la puerta.

—¿Es buena estudiante? —inquirió Penélope, quien seguía pensando en su colorido celular y en el llamativo perfume.

—Excelente. Está haciendo su tesis doctoral sobre las influencias anarquistas en el sindicalismo en Detroit durante los años treinta —respondió él, entusiasmado.

Ella pensó que si los gustos de Matilde eran los mismos que los de sus amigas del tubo, quizá el cerebro de alguna de ellas también podría estar a la altura de una tesis doctoral, si las circunstancias hubieran sido otras. Aunque sabía la respuesta; Doña

Carmen, la dueña del hotelito en el que se quedó durante meses cuando llegó a Los Ángeles, era la persona más inteligente con la que se había topado en la vida, alguien capaz de confundir con sus argucias al afectado inspector del ayuntamiento o de obtener tres hipotecas sobre su edificio haciendo creer al gerente del banco que se había salido con la suya. Carmen no había cursado más que la primaria. Con todo, se preguntó si en ella misma habría existido la sustancia para una vida académica en caso de que la oportunidad se le hubiera presentado. Desechó la idea de inmediato. Tenía que reconocer que a lo largo de sus años escolares, que terminaron en la adolescencia, pasó más tiempo subida en las motos de los chicos que la cortejaban que en las aulas.

—¿Dónde te estás quedando? —preguntó él. La tarde había comenzado a caer, los pasillos se habían vaciado y ellos parecían encontrarse en el único cubículo todavía iluminado en esa ala del edificio.

Ella no supo qué contestar. Las últimas horas solo se había ocupado de pensar en cómo llegar a la Universidad de Georgetown. No tenía idea de lo que seguiría después de conseguirlo.

—No sé, en algún motel, supongo.

—¿Un motel? Esto no es Texas, ¿sabes? No hay una ciudad más vigilada en el mundo que Washington, será difícil mantenerte por debajo del radar. —A él le gustó cómo se escuchó su frase, parecía la de alguien entendido en temas de seguridad.

Penélope hizo un gesto de desesperanza. Quizá había sido un error haber ido. Por lo que comenzaba a barruntar, Washington era la guarida del lobo. Por un momento se planteó si no debía haberse mantenido fiel a la estrategia dictada por Gary y reinventarse una vida en algún pueblo perdido. Por el contrario, ahora se estaba metiendo ella misma en la madriguera de su enemigo, quienquiera que este fuera.

—Puedes quedarte esta noche en mi departamento, mañana veremos qué hacer —dijo él, tratando de animarla. El silencio de ella lo hizo dudar y Mason temió que su invitación pudiera haber sido mal interpretada. —Dormirías en el estudio, no te preocupes —añadió.

—Eres muy generoso —respondió agradecida.

Mason vivía en un agradable conjunto no muy distante de la universidad. Su departamento era el de alguien que goza de una próspera posición, aunque los interiores resultaban poco menos que monacales; confirmaban la primera impresión que el hombre le había causado a Penélope. El mobiliario era apenas el indispensable, a excepción de los libreros atiborrados y repartidos por todas las habitaciones; la escasa decoración en las paredes delataba la ausencia de cualquier tipo de acompañante. Por lo visto, Phil había dejado de ser un alumno para convertirse en un profesor mediante el simple expediente de trasladar su dormitorio estudiantil a un departamento de tres mil dólares de renta. El repartidor de comida vietnamita arribó al mismo tiempo que ellos con el pedido que habían hecho desde el teléfono al salir de la universidad, una logística que su anfitrión seguramente había perfeccionado cada noche. Ella supuso que el departamento contaba con una asistente de limpieza, porque todo se veía impecable, aunque él batalló para encontrar un plato adicional para ella. Parecía perdido en la cocina, acostumbrado a usar los mismos cubiertos y el mismo plato que reposaba sobre el escurridor. Conseguir sábanas y una almohada extra exigió un frenético abrir y cerrar

de puertas, entre excusas y confusas explicaciones de parte de él.

Se sentía conmovida por las torpes atenciones que su anfitrión le dispensaba. El hombre le despertaba un sentimiento de ternura casi maternal. Resultaba un alivio estar en compañía de alguien que no la trataba como un botín o, peor aún, como una víctima para depredar. Por lo pronto bendijo poder dormir en un hogar por vez primera en muchas noches, aunque no fuera el suyo.

27. Saúl y la bella falsa

Saúl se puso a escribir el correo tan pronto recibió la llamada de Gustavo. Sentía que iba a explotar de impaciencia tras casi tres semanas sin otra cosa que hacer que ver la televisión y vivir de comida entregada a domicilio gracias a la tarjeta de crédito de su amiga. Había adoptado los odiados hábitos de sofá de alguno de sus despreciados tíos ya jubilados, solo que cuarenta años antes de tiempo. Lucy, por su parte, estaba encantada. Entendía que él estaba huyendo de algo o alguien, y la excitaba estar vinculada con algo vagamente peligroso; parecía fascinada con la idea de tener encerrado a su guapo latino en el lujoso bungalow que usaban sus padres en sus escasas visitas a Los Ángeles. Para fortuna de Saúl, que la encontraba irritante a ratos, ella había estado fuera de la ciudad la mayor parte del tiempo, supervisando los negocios de la familia en Sacramento.

Lucy era una bella falsa. Impresionante a primera vista, pero de una hermosura inconsistente al paso de las horas. El tipo de mujer, cavilaba Saúl, que perdía su encanto tan pronto como hacías el amor con ella. Su boca resultaba demasiado grande y su voz un tanto estridente. El suyo era el típico cuerpo que lucía mejor vestido: senos turgentes prematuramente caídos, caderas voluptuosamente anchas, aunque rematadas por un culo más bien plano, piernas firmes, pero aquejadas de hoyitos que anticipaban una inevitable celulitis.

Se reprendió a sí mismo al darse cuenta de su ingratitud para quien le había dado cobijo. Pero había algo indigno en la manera en que ella lo trataba, con su bondad condescendiente, como si estuviera haciendo la buena acción del día o la locura transgresora al reunirse con el buen salvaje que la convertía en una mujer interesante. Se relacionaba con él a partir de todos los clichés que suponía tener a un latino de fuego a su disposición y solo para ella.

Sin embargo, Saúl tenía que reconocer que era mejor estar en esa jaula de oro que correr el riesgo de encontrarse con Peter Manchado y sus esbirros. Su sobrino le había dicho que Gary nunca más había aparecido por el barrio. No le sorprendía, luego de lo que había sido testigo en su departamento la noche en que se topó con ellos; con todo, había abrigado la esperanza de que de una manera u otra hubiera sobrevivido a la golpiza. En su fuero interno sabía que el *dealer* era ya un criadero de gusanos en algún lugar del desierto de California. Era un alivio, al menos, confirmar que Penélope estaba viva, a juzgar por lo que le había dicho Gustavo.

Con el correo electrónico que ahora tenía en las manos, le entraron prisas por hacer contacto de inmediato con Penélope, averiguar dónde estaba y en qué condiciones se encontraba. La mención de los palillos chinos solo podía provenir de ella. No obstante,

tenía que ser cauteloso. Podía estar viva, aunque no necesariamente libre. Quizá había sido aprehendida y ahora la utilizaban para localizarlo a él. Tras reflexionarlo mucho, decidió escribir un mensaje lo más escueto posible: apuntó en un papel su propio número de teléfono, correspondiente a un celular desechable que su sobrino le había conseguido, y a continuación una hora, las tres de la tarde del día siguiente. Le pidió al chico que lo enviara al correo electrónico que Penélope les había ofrecido y que lo hiciera desde una oficina de internet abierta al público. De esa manera podía mantener apagado el teléfono y activarlo hasta el momento en que se encontrara en algún lugar seguro. Eso lo obligaría a abandonar su madriguera por un rato, pero creyó que valdría la pena. Lucy podría sacarlo del fraccionamiento metido en la cajuela y llevarlo a un sitio que careciera de vigilancia. En el peor de los casos, si no era la voz de Penélope, colgaría de inmediato y se alejaría del lugar antes de que pudiera ser rastreado. Confiaba incluso en que sería capaz de detectar si ella estaba actuando bajo coerción. Repasó su estrategia por un buen rato y juzgó que no entrañaba riesgos.

Una vez que Gustavo se marchó con el encargo, pasó la velada de mejor humor. Si su amiga estaba a salvo, significaba que también ella había encontrado un refugio confiable. Con un poco de suerte podría alcanzarla para mantenerse escondidos juntos. Se imaginó distintos escenarios, algunos con finales dramáticos. Por más que quisiera pensar en el extranjero, en una isla alejada en la que nadie los conociera, sabía que carecía de los medios y las relaciones para conseguir identidades falsas que les permitieran salir del país. Y tras lo que había visto en el departamento de Gary, le quedaba claro que no podrían escapar indefinidamente de esos hombres. Así que se decidió por un final épico, pero antecedido por un apasionado encierro y una emotiva fuga. Él se aseguraría de que los últimos días de Penélope valieran la pena; una versión romantizada de Bonnie y Clyde.

El sonido de la cerradura interrumpió sus ensoñaciones y le hizo temer que el mensaje recién enviado hubiera delatado su ubicación. Luego recordó que Lucy tenía su propia llave. Por primera vez desde que empezó su encierro, no le irritó la voz atiplada de su amiga. Ella interpretó el gesto de alivio que leyó en su rostro como una bienvenida amorosa y lo recompensó con un beso húmedo y apasionado. Él detectó la mezcla de menta y ajo de la comida griega por la que ella tenía predilección. Hicieron el amor con una intensidad que no habían compartido en las sesiones anteriores: él la poseyó con violencia, llevado por la frustración de entrar a un cuerpo que no era el que deseaba; ella tomó por arrebató amoroso el ímpetu con el que la poseyó.

28. Un problema de cien fuegos

La venganza de Moctezuma nos ha alcanzado, ya no se necesita ir a México para intoxicarse, los latinos la han traído a nuestras casas.

Dan Thompson

Cuando ingresó al estacionamiento del centro comercial, se dijo que tendría que pedirle a Fitzgerald que se encontraran en otro lugar. Había algo deprimente en este sitio y los autos alquilados por 39 dólares por parte de su colega no hacían nada para mejorar su ánimo. Se sentía el personaje de una mala película de espías. Un escenario que no estaba a su altura; la altura de un hombre que venía de una reunión con el expresidente, de un estratega que estaba cambiando la historia.

Luego pensó en la meticulosidad del pelirrojo y supuso que se trataría de alguno de los pocos lugares de la capital que no estaban rigurosamente vigilados. Fitzgerald ni siquiera confiaría en un sistema de video que él mismo controlara. Una traición, tarde o temprano, podría convertir las imágenes en evidencia. Con toda probabilidad, este pequeño lunar en el área metropolitana había sido deliberadamente marginado para que fuese opaco y sirviera a este tipo de propósitos (reuniones clandestinas), o quizá a otros aún peores. No pudo impedir un breve estremecimiento al pensar que este sería un lugar idóneo para eliminarlo a él mismo, si así lo decidían. Desechó el pensamiento y se estacionó al lado de un solitario sedán de General Motors, en el extremo desierto del estacionamiento que había utilizado en otras ocasiones el jefe de la Triple A. Descendió de su auto, caminó unos pasos y abrió la puerta del otro coche. Involuntariamente, experimentó una sensación de alivio al confirmar que Fitzgerald se encontraba al volante y no un esbirro. Con todo, al introducirse en el auto miró de reojo al asiento trasero para confirmar que se encontraban solos. Eso lo tranquilizó, aunque no por mucho tiempo.

—¿Otra urgencia? La operación ya ha terminado y los resultados son espectaculares, políticamente ha superado incluso lo que habíamos planeado. Se supone que tú ya solo estabas limpiando el rastro. A Spencer no le gustan estas reuniones, no conviene que alguien vinculado al presidente se relacione con la Triple A, con todo respeto.

—Justamente estoy limpiando los rastros, pero tú tampoco ayudas. Hace dos días que te reuniste con Mason y aún no me has dado nada. No he podido encontrar quién le pasó la información que soltó en la televisión, no sabemos qué más podría tener o qué otro canal podría usar para darla a conocer. Es la única fisura que traemos.

—¿Y con Los Ángeles qué ha pasado? —argumentó Page para ganar tiempo. Sabía que tendría que haber buscado a Mason para presionarlo, pero no se había decidido a reanudar la ingrata tarea de traicionarlo.

—Bueno, es cierto, esa es otra fisura. Aunque ahora se ha juntado con la tuya y ya es una sola.

—¿Qué? No te entiendo.

—Desde el teléfono de una tal Matilde Cienfuegos han llamado con insistencia al SAPO y a casa de la madre de Saúl, el líder de la RR11 que anda escondido. La transcripción de las llamadas deja en claro que hablan en algún tipo de código.

—¿Y? ¿Qué tiene de extraño una latina hablando a un centro comunitario del barrio y a la casa de una mexicana a siete cuadras de ese centro...? —Page daba por descontado que Fitzgerald se guardaba lo mejor de la información, como quien presenta una a una las cartas de un póker devastador.

—Matilde Cienfuegos es alumna de Mason aquí en Washington. Además, la voz que hemos captado es la de un hombre que, nada extraño, coincide con la que tenemos grabada en la intervención del profesor en el programa de CNN. Es evidente que Mason usó el teléfono de la muchacha.

Page maldijo a su amigo. El profesor estaba más involucrado de lo que había creído y se lo había ocultado. Probablemente, Phil arañaba apenas la superficie, pero a ojos de Fitzgerald, poco menos que paranoico en lo que concernía a sus oscuras operaciones, representaba una amenaza de muerte. Pese a sus advertencias, su ingenuo amigo se estaba metiendo en una boca de lobo y, una vez dentro, incluso a él le resultaría imposible protegerlo.

—Podría simplemente estar tirando anzuelos para saber lo que pasó en Los Ángeles —objetó.

—Él ya sabe lo que pasó en Los Ángeles —sentenció Fitzgerald.

—No lo creo, no veo cómo.

—Penélope Hunt se lo dijo.

—¿Hunt? ¿Qué tiene que ver Hunt con Mason?

—Desde hace días lo tenemos bajo vigilancia. Ayer entró la mujer al despacho de tu profesor, pasó la tarde con él y anoche durmió en su departamento. Se pusieron en contacto con Saúl, el de la RR11, con una dirección de correo electrónico que le pasaron a su sobrino. Él respondió con un número de teléfono al que habrán de llamarle mañana.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Estos no tienen idea, y parece que tú tampoco, de lo que podemos enterarnos una vez que concentramos la vigilancia cibernética en un objetivo.

—Phil, imbécil —dijo Page, casi para sí mismo.

—No solo imbécil, suicida —dijo el otro—. Aunque un imbécil muy conveniente. Nos entregará a domicilio a los dos últimos cabos sueltos de Los Ángeles. Por desgracia todavía estamos en las mismas con lo de Milwaukee, no podemos limpiar hasta que no sepamos el daño real. Esa es tu tarea. Pero, como dije, no pareces estar avanzando mucho.

—Lo asusté un poco y me ofrecí a ayudarlo. Pensé que me llamaría para buscar consejo o protección, aún no lo ha hecho.

—Pues parece que no lo asustaste lo suficiente. Más bien se ve muy envalentonado.

—Lo buscaré de nuevo.

—Espérate, él te buscará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Te lo garantizo.

29. Ojalá sean postizas

La aparición de la mujer era una putada, se dijo Matilde. Le resultaba inconcebible que el profesor Mason cediera ante unas tetas que ojalá fueran postizas. A lo largo de las últimas sesiones se había convencido de que, más allá de una relación de profesor y alumna, habían llegado a una intimidad tejida en la confianza, la admiración y la manera profunda y solidaria en la que habían compartido comentarios de lecturas, de obras de teatro y reflexiones sobre la vida. Matilde daba por sentado que había encontrado en Phil a su alma gemela, a pesar de los veinte años de diferencia que los separaban. Había nacido un Matilde y Mason, un M&M, un nosotros que más temprano que tarde él asumiría, a pesar de las reticencias que mostraba debido a la condición maestro-alumna que por el momento existía.

Pero ahora ya no estaba tan segura. Se había sentido excluida del ambiente de complicidad y secrecía que exudaba el despacho del que la habían sacado. Le irritaba ver a su profesor, siempre tan seguro en el terreno de las ideas, vagamente intimidado ante la presencia de la mujer, una turbación que nunca le había visto, como si no supiera cómo desenvolverse frente a ella.

Trató de sacudirse esos pensamientos. Podría tratarse de alguna pariente lejana metida en un problema, eso explicaría el nerviosismo de él. Había algo desaliñado en el aspecto de ella, como el de alguien que se encuentra en apuros o que salió de casa de manera apresurada y vestida sin concierto ni combinación. Para su desgracia, eso no parecía hacer mella en su presencia. La mujer era demasiado guapa para que ella se quedara tranquila.

Lamentó haberles pasado su viejo teléfono, el rosa que parecía de adolescente, pero todavía no se acostumbraba al que había obtenido unos días antes, ya con un número de Washington y que apenas había utilizado. Se preguntó para qué diablos lo habrían necesitado. Obvio, para llamar a alguien o dejar un mensaje sin posibilidad de ser identificados, ¿pero a quién y por qué? ¿Al esposo de ella? ¿Estaría Phil metido en una historia de infidelidad matrimonial?

Sumida en sus reflexiones, tras titubear unos instantes metió la mano al bolso y extrajo el teléfono. Consultó los números marcados y se extrañó de que ambos correspondieran a California. Llamó al primero y preguntó si era la tintorería; se excusó diciendo que el número lo tenía guardado en la memoria de su aparato por alguna razón. Le respondieron que hablaba al SAPO, la maldijeron y le colgaron. En el segundo fueron menos groseros. Respondió una señora con acento latino y le informó que allí era una casa particular. Matilde se disculpó y se despidió.

Las llamadas la dejaron aún más confusa. Buscó en internet la palabra SAPO asociada

con la ciudad de Los Ángeles y, tras abrir varias páginas absurdas, encontró la del centro comunitario. Bajo la etiqueta de «nosotros» observó la imagen sonriente del equipo que trabaja en él. Al frente de ellos destacaba la mujer que un rato antes había visitado a Phil.

Eso la tranquilizó. Si ella estaba relacionada con el trabajo comunitario en ambientes hispanos, significaba que podía ser una fuente de información típica a la que recurría el profesor o sus ayudantes en su trabajo de campo. Quizá la mujer había venido a pedir ayuda para su centro, ahora que el gobierno había cerrado los fondos para cualquier cosa que se relacionase con los hispanos.

Su tranquilidad duró apenas unos instantes. Se hizo trizas cuando recordó la ansiedad con la que le arrebataron su celular o la tensión que flotaba en el ambiente de la oficina. Una vez más se preguntó por qué se tomarían la molestia de llamar desde un teléfono anónimo. Además, había algo extraño en ella; para empezar, resultaba evidente que era una rubia natural y no una morena mal simulada, como se había presentado esa tarde. Sin saber qué pensar, comenzó a revisar todo lo que pudo encontrar sobre el SAPO y, ahora sabía, su misteriosa directora. Las numerosas fotos que vio de ella en la página de Facebook del centro la dejaron aún más consternada.

30. Los 120 segundos más breves de su vida

En la oscuridad de la cajuela del auto de Lucy, el joven repasó lo que tenía que hacer. 1. Asegurarse de que Penélope estuviera bien y se encontraba en libertad. 2. Averiguar una forma segura de alcanzarla donde estuviera. 3. Alertarla de que Manchado y sus esbirros querían matarla, y de que ya habían eliminado a Gary, a Pancho y a otros lugartenientes de las dos pandillas. Eso la abrumaría, pero juzgó que era mejor que supiera el peligro que corría y extremara precauciones. Pensó en las frases que diría y la manera en que impediría que ella extendiera la conversación. La llamada no podía pasar de 120 segundos para no poner en riesgo la ubicación de ninguno de ellos. Trató de recordar dónde había oído que las llamadas telefónicas eran imposibles de rastrear si duraban menos de dos minutos; confiaba en que el dato fuera de buena fuente y no una mera leyenda urbana de las que circulan entre las bandas.

Salió del auto en el instante en que ella apagó la radio y detuvo la marcha, la señal convenida para alertarle de que habían llegado al sitio seleccionado y no había testigos en los alrededores. Lo cegó el sol incandescente y tardó unos segundos en orientarse. Se encontraba a dos pasos del callejón elegido. Según recordaba, era un sitio idóneo: lo apartaba de la mirada de cualquier caminante y al fondo, tras una barda, se comunicaba a un patio en el que convergían varios edificios de departamentos populares. Una posibilidad de fuga si las cosas se ponían difíciles.

Confiaba en que se tratara de una precaución extrema. Le había pedido a Lucy que lo dejase y retornara en cuatro minutos, tras los cuales él volvería a meterse en la cajuela. La chica se había mostrado intrigada y excitada con la misión; se había vestido de negro, gorra y lentes de sol incluidos, un atuendo que a su parecer era el más propicio para una aventura en un barrio tan peligroso. Saúl sabía que le rompería el corazón cuando llegase el momento de esfumarse, pero también que su berrinche duraría un instante, lo que tardara en dejarse atrapar por el siguiente capricho. Además, desaparecer de su vida para siempre sería lo más conveniente para ella misma; los sicarios no se detendrían por una niña rica en su afán de eliminar el rastro de todos los involucrados.

Una vez en el callejón, consultó el reloj y encendió el teléfono treinta segundos antes de las tres de la tarde. La señal se activó y su pecho comenzó a dar tumbos como si también el corazón quisiera llevar la cuenta. Se preguntó si la agitación del pulso se debía al riesgo que corría con la activación del celular o a la excitación que le provocaba hablar con Penélope. Cuando la pantalla mostró la hora exacta y siguió corriendo sin recibir ninguna llamada, experimentó un arrebato de pánico. Los dos minutos estaban en marcha y él no sabía qué hacer; por alguna razón había considerado que la

conversación arrancarían a partir de las tres horas en punto. Habían transcurrido 12 segundos cuando por fin vibró el aparato y un número de teléfono del área de Los Ángeles apareció en la pantalla.

—Hola, ¿Saúl?

—Hola, sí soy yo. Y tú, ¿estás bien?

—Estoy bien, aunque un poco zarandeada, han sido dos semanas de pesadilla. —La voz de ella se quebró. Él iba a preguntar dónde había estado, qué había hecho todos esos días y a qué se refería con lo de la pesadilla, pero se dio cuenta de que la conversación no estaba fluyendo de acuerdo al guion previsto.

—Mataron a Gary, a Pancho y a varios de los chavos. Y el puto Peter te anda buscando. Tienes que seguir escondida. —La interrumpió. Esperó su respuesta, pero no la hubo. Solo un quejido difícil de interpretar—. Escucha, tengo que salir de aquí, sería mejor alcanzarte, juntos podemos pensar cómo desaparecer. Dime a dónde voy.

—Washington —respondió ella, tras una pausa.

—No digas más —la interrumpió de nuevo—. En 48 horas exactas me comunicaré al teléfono del que me estás llamando. Para entonces habré llegado.

—Saúl.

—¿Sí? —dijo mientras miraba la pantalla; la llamada había tomado un minuto con cincuenta y ocho segundos.

—Solo quería decirte que...

—Sí —dijo él, colgó y apagó el teléfono.

Respiró profundamente y trató de calmarse. Instantes más tarde escuchó el auto de Lucy. Salió de la sombra, se aseguró de que nadie lo miraba y se introdujo en la cajuela.

31. Ha llegado la hora de llamar a Page

—Colgó —dijo ella, mirando frustrada la pantalla del celular de Matilde.

—Hizo bien —comentó Mason, quien aún tenía la cabeza pegada a la de ella, tratando de escuchar a Saúl—. Supongo que teme ser localizado, ignora que estamos llamando de un teléfono seguro.

—¿Escuchaste? Mataron a Gary, a Pancho y a otros —dijo ella, y debió sentarse para no perder el equilibrio. Apabullada, se dijo que Gary y Pancho habían encontrado la muerte violenta que habían estado buscando desde que eran niños, pero eso no la hacía menos atroz. Le parecía que, a su manera, habían sido almas fuertes, supervivientes natos que supieron sobresalir y dirigir a otros en un medio hostil en el que casi todos terminan por sucumbir. Y, pese a ello, ahora algo que los superaba había barrido con ellos.

—Tenías razón en todo —dijo él, más para sus oídos que para los de ella. Y eso significaba que Page no había exagerado; él mismo estaba en peligro, lo estaban ambos.

Penélope iba a replicar, pero advirtió que Matilde los observaba por la ventana que comunicaba al corredor. La joven se percató de que habían terminado de hablar por teléfono y con un gesto inquirió si podía ingresar por fin a la oficina. El profesor la había llamado esa mañana para citarla de nuevo; ella se había cambiado de vestido y optado por el traje negro que usaba para ir a los conciertos y las obras de teatro, y se había untado el perfume caro que le había regalado un pretendiente. Se le desplomó el entusiasmo cuando, al arribar a la cita de las 2:45, el profesor le pidió de nuevo el celular con una retahíla de disculpas y la sacó de su oficina segundos más tarde.

Cuando Mason le regresó el teléfono a Matilde, se disculpó de nuevo por su extraño comportamiento. Pretextó la emergencia de una vieja amiga, quien intentaba rescatar a su hermano de una empresa de desintoxicación angelina que resultó fraudulenta y lo tenía prácticamente secuestrado; habían necesitado un teléfono de California para que no detectaran que las llamadas procedían del este del país, donde vivía la familia del chico. Matilde asintió sin decir palabra, aunque sabía que toda la explicación era falsa. Había investigado lo suficiente sobre el SAPO para saber que no era una clínica de rehabilitación de drogas, además de que la mujer que tenía enfrente no era hermana de alguien, sino la directora del centro. El profesor le dijo que dentro de dos días necesitaría el teléfono de nuevo para recibir una llamada y le aseguró que sería la última vez que se lo pediría.

Tan pronto como se despidió de la pareja, Matilde consultó su aparato para ver a cuál número habían llamado. Le extrañó ver uno distinto a los dos anteriores, aunque también de California. Sin vacilar, oprimió la tecla, pero la bocina le devolvió el tono de

desconexión. No se dio cuenta de la pareja que la observaba en el pasillo, a unos pocos metros de la oficina del profesor.

Tampoco la advirtieron Penélope y Mason, mientras se trasladaban en el auto de él en dirección a su departamento. Viajaban en silencio, sopesando ambos la información recibida. Por primera vez se permitió asumir que la tesis complotista de Penélope podría no estar del todo errada. En dos semanas, el panorama político había cambiado radicalmente, como solo lo habían conseguido los ataques de Pearl Harbor en 1941 o a las Torres de Nueva York en 2011. Ahora, las agresiones de las pandillas de Los Ángeles y la intoxicación de niños y comensales de restaurantes habían provocado un vuelco radical en la opinión pública. Esa mañana, el Congreso había aprobado una partida adicional para la construcción del muro en la frontera sur, algo que Thompson había pedido infructuosamente durante varios años. Desde hacía algunos días se había desatado una campaña de redadas masivas para deportar a miles de ilegales. Aunque muchas de estas detenciones violaban leyes de distinta índole, muy pocas voces se habían levantado para impedir las medidas arbitrarias. Los círculos antilatinos festinaban la segregación étnica, mientras que los moderados volteaban la vista en otra dirección. Los voceros de las minorías parecían haber desaparecido o simplemente los medios de comunicación los habían sacado del aire. En las redes sociales se habían eclipsado ante el arrasador alud de odio y resentimiento que el asesinato de niños había provocado.

Mason se preguntó cuántos más sospecharían que todo esto remitía a un atentado provocado con fines políticos. Pocos o quizá nadie, solo ellos tenían la información que podía conectar los incidentes de Los Angeles con los de Chicago. La noche anterior había buscado en la web opiniones que coincidieran con esa tesis, pero solo las había encontrado en blogs que solían dedicarse al avistamiento de ovnis o a documentar la conspiración mundial de los judíos.

Concluyó que Penélope y él se encontraban solos en ese asunto. Miró a la chica, quien viajaba en silencio, con la vista clavada en algún punto entre la fronda de los árboles por la que se colaban los últimos rayos de sol. Phil supuso que, con la muerte de sus amigos, los pensamientos de ella serían aún más fúnebres que los suyos. La posición de su cuerpo, hundido y desmadejado en el asiento, era la expresión misma del desaliento. Mason debió reconocer que la situación los desbordaba. Decidió hablarle de Luca Page y de la posibilidad de que pudiera ayudarlos alguno de los altos políticos para los que trabajaba.

—¿Y ese amigo tuyo podría hacer alguna diferencia? —dijo, incrédula, Penélope, que lo había escuchado en silencio mientras él describía la trayectoria de su colega y su reciente visita.

—Bueno, es el brazo derecho de Spencer, el consejero de seguridad del expresidente Thompson, hasta hace poco uno de los hombres más poderosos de este país. Al menos podría protegernos de alguna manera. Si conseguimos convencer a Page de que hay una conspiración, él podría ayudarnos a conseguir la evidencia.

—Por lo que me acabas de describir, tu amigo más bien parece un oportunista. Trabaja para ellos, para los que están sacando ventajitas con todo esto, ¿no?

—Es cierto que el sacrificio y la generosidad no son su fuerte, pero en el fondo tiene

más corazón de lo que él mismo cree. En todo caso, con tal de ser el héroe de la película, podría arriesgar todo si cree que está en condiciones de ganar.

—Y si llegamos a convencerlo, ¿no terminará en la lista de los que Peter Manchado anda buscando?

—Claro que no. Spencer come de su mano, por lo que él me ha dicho. Tiene los recursos para poner la evidencia en un comité del Senado o para asegurarse de que lo ventile la televisión en el noticiero de la noche.

—¿Y si son ellos los que pusieron en movimiento todo esto? Digo, son los que más ganan con lo que está sucediendo, ¿no?

—No seas ingenua, Penélope —respondió molesto, mientras salía del *freeway* para adentrarse en la calle que conducía a su vecindario—. Hay muchos halcones en ese grupo, pero ninguno de ellos se prestaría a esta barbaridad. Incluso hay un par de ellos a los que respeto y, a pesar de las diferencias, considero de una moralidad intachable.

Ella guardó silencio, irritada por el tono pontificador que había utilizado el profesor, como si hablase con una niña pequeña. Descendieron del auto, caminaron hasta la puerta y él la abrió, también sin decir palabra. Su irritación se convirtió en desesperación en el instante en que se introdujo a la casa.

La sala estaba convertida en un vertedero, con la borra de los sillones desperdigada por el suelo, entre vidrios rotos de la mesa de centro y de un espejo cuyo marco vacío colgaba en la pared. El comedor y la cocina no mejoraban el espectáculo: habían vaciado las alacenas y los cajones en el piso. Quienes hurgaron en el departamento no pretendieron esconder sus intenciones. Las entrañas del colchón de la recámara competían con las de los sillones de la sala; inexplicablemente, porciones del relleno se encontraban en la bañera.

Desencajado, Mason profirió un grito de furia, caminó al estudio y observó el cajón de su pequeño escritorio, volcado sobre el piso entre docenas de libros, algunos de ellos abiertos o destripados. Levantó el cajón y se congeló al verlo vacío.

—No está mi pasaporte —dijo, desolado, y, tras una pausa—, tampoco la laptop que usamos para recibir el mensaje de Saúl. —Aunque no fue eso lo que en realidad pensó. Por alguna razón, se avergonzó de los archivos de pornografía y las ligas a sitios eróticos que los sabuesos descubrirían en la computadora.

Penélope se acercó a él, abrumada por la culpa, y le pasó la mano por la espalda. El hombre temblaba, aunque no lo conocía lo suficiente para saber si lo hacía por miedo o por cólera. Ella creyó, con pesar, que había sido su encuentro con el profesor lo que había provocado este terrible ataque. Si no lo hubiese buscado, la vida de él habría transcurrido por aburridos derroteros en los que lo más inquietante sería el acoso de Matilde.

—Es hora de llamar a Page —sentenció él, aún temblando.

32. Seguramente son naturales

—Me acaba de llamar Mason —dijo Page, en el teléfono que solo usaba para comunicarse con Fitzgerald.

—Por supuesto que te llamó —se rio el otro.

—¿Qué hicieron? ¿No lo tocaron, verdad? Por la voz es evidente que está aterrorizado.

—Por desgracia no encontramos nada en su computadora sobre sus fuentes en Milwaukee. De todas maneras, no esperábamos descubrir gran cosa, siempre carga en su mochila su *laptop* de trabajo. Simplemente queríamos asegurarnos de que te buscara.

—Estaba histérico.

—Mejor. Estará listo para a decirte lo que sabe. Tienes que enterarte hoy, necesitamos cerrar todas estas filtraciones —dijo Fitzgerald.

—Cuando sepamos de dónde le llegó la información a Mason, supongo que podríamos dejarlo en paz —sugirió.

—Piensa en lo que estás diciendo, tú eres el estratega.

—Penélope.

—Exacto, con lo que le dijo la chica, el profesor ya debe de haber sumado dos más dos.

Page guardó silencio. Le incomodaba entregarle a Fitzgerald a su amigo. Hasta hace una semana tenía desaparecido a su excompañero, no había pensado en él durante años, pero en los últimos días se había sorprendido recordando sus épocas de estudiante, sus conversaciones con Mason, las novias de la universidad. Resultaba más difícil asumir las bajas cuando la víctima formaba parte de la propia biografía y no un nombre impersonal de California o Chicago.

—Otra cosa. Hablaron con Saúl, viene para Washington. Quedaron en llamarse el jueves a las tres de la tarde, cuando él ya esté por aquí. Podremos tomarlos juntos. Para entonces ya tendrías que haberle exprimido a Mason todo lo que sabe. Te queda un día y medio.

—No te preocupes, llegarán a mi casa en cualquier momento. Te llamo en cuanto sepa algo.

Penélope lo decepcionó a primera vista, la encontró más deslucida que la imagen que había visto en Facebook. El pelo negro tampoco le hacía justicia.

Por su parte, a ella el hombre le pareció un tiburón afilado, brillante y mortal. La seguridad en sus movimientos, sus expresiones categóricas, la forma descarada en que la examinó de pies a cabeza terminaron por intimidarla. El tipo no le daba ninguna confianza, transpiraba autosatisfacción, soberbia. En una palabra, le pareció que era un

mamón. Eso sí, un mamón guapo. Una impresión que fue arraigando a medida que transcurrieron las primeras horas. La nariz afilada, los ojos escrutadores y una sonrisa amigable le hicieron pensar en un Humphrey Bogart joven. Aunque un Bogart en edición *new age*, no parecía fumar, tenía la dentadura impecable y el tono muscular que delata cierta regularidad en el gimnasio que Bogart habría abominado. Y, no obstante, allí estaba, la misma actitud de suficiencia, un tanto despectiva, la amabilidad falsa que escondía algo turbio, el traje impecable, la testosterona a flor de piel, aunque en una versión sofisticada.

El departamento de Page convertía al de Mason, en comparación, en una vivienda de interés social. El minimalismo elegante, de superficies duras y brillantes desprovistas de algo que retuviera la vista, le recordó esas revistas de decoración de casas en las que costaba trabajo imaginarse a alguien viviendo en ellas. Temió por la inmaculada alfombra blanca en la que se sumergieron sus botas, por las que nunca había pasado un trazo o un cepillo. Fue la primera impresión que compartieron; también él bajó la vista a las botas que horadaban el fino tapete, pero su cara no delató gesto de aprehensión alguno. A su manera, era un caballero, concluyó ella.

Mason agradeció su generosidad para recibirlos tan intempestivamente y confió en que no lo estuviera metiendo en algún riesgo. Page le recordó que no por dejarse de ver habían dejado de ser hermanos, desechó sus temores y le aseguró que trabajaba para el hombre al que le habían reportado todas las agencias de seguridad de Estados Unidos y en las que aún tenían los contactos adecuados. Estaban en las manos idóneas para el tipo de problemas que enfrentaban. Pero para ayudarles era necesario que le expusieran con todo detalle lo que había sucedido.

Comenzó Penélope. Para entonces, los tres se habían instalado en la sala de enormes sillones y cojines minúsculos. Ella pidió un whisky y, aunque a Page se le antojó la cerveza que le ofreció a Mason, terminó por servirse también un Chivas; le pareció que proyectaría una imagen de debilidad que fuese la mujer quien tomara la bebida más fuerte. Instantes más tarde, cuando debió rellenar los vasos, dudó de que hubiese sido buena idea. Ella los apuraba como si fuesen jugo de manzana.

Conocía de antemano la historia que relató Penélope gracias a Fitzgerald, pero encontró deliciosos los detalles o, más exactamente, la manera en que ella narraba los detalles. Los giros del lenguaje, la manera en que se encendían sus ojos cuando se entusiasmaba, la sonrisa con hoyuelos que despertaba simpatía, aun cuando estuviese hablando de golpes y persecuciones, la inexplicable manera en que levantaba la ceja izquierda al final de cada frase. Como los globos aerostáticos, era mucho más atractiva cuando se ponía en movimiento.

Ella fue perdiendo la desconfianza que le inspiraba el personaje a medida que se adentraba en el relato. O quizá solo era la relajante calidez que proporcionaban el alcohol, la luz tenue y los vastos sillones. Contar su tragedia por segunda vez en pocos días, enunciar sus temores y especular sobre teorías conspirativas con tipos mucho más informados que ella y que no la tildaban de loca la hacía sentirse menos demencial. Resultó gratificante que el tal Page asintiera a sus hipótesis una y otra vez, aun cuando solo fuese con la cabeza. Se dijo que quizá no era una mala persona, a pesar de la primera impresión.

A Mason, en cambio, el alcohol no le había provocado consuelo o relajación alguna. Se mostraba tan preocupado ahora, pese a las tres cervezas consumidas, como en el momento en que había llegado. En los años de conocerlo, Page nunca lo había visto así. Y, bien pensado, no podía ser de otra manera. La vida que llevaba su amigo hacía que su mayor fuente de entusiasmo procediese de ver publicado su nombre en una revista académica, su mayor preocupación consistía en no olvidar, por distracción, pagar a tiempo su tarjeta de crédito. Ver su departamento violado y sus muebles tasajeados seguramente había trastocado su mundo. Page podía observar que, pese a seguir las palabras de Penélope con atención, su entrecejo endurecido ponía en claro que los demonios de la angustia estaban haciendo puré su cerebro.

Al terminar Penélope su relato, Page supuso que sería el turno de Mason. El detalle con el que ella había descrito paso a paso los incidentes que la habían llevado hasta allá, con el tono confidencial y de complicidad que había utilizado, favorecía que su amigo hablase por fin de las fuentes que habían puesto al descubierto la inocencia del capataz Ramírez. Algo que pudiera llevarlo a quitarse de encima a Fitzgerald.

Pero Mason estaba abatido, ensimismado, atenazado por sus temores. Page intentó un par de veces que hablara de sus contactos en Chicago o Milwaukee; él solo respondió con preguntas. ¿Cuándo podría volver a su casa?, ¿consideraban que era posible ir a dar clases al día siguiente?, ¿debería esconderse por algún tiempo? Ni siquiera esperaba una respuesta de parte de los otros dos. Saltaba de una preocupación a otra, sin respiro.

Page intentó tranquilizarlo asegurándole que si lo hubieran querido lastimar ya lo habrían hecho. Le dijo que no podían meterse impunemente con un profesor de Georgetown. El vandalismo que habían desplegado por su paso en el departamento daba cuenta de su deseo de hacerlo pasar por un saqueo propio de ladrones en busca de dinero, joyas o aparatos, en caso de que él quisiera reportarlo a la policía. Eso significaba que estaban guardando las formas.

Sus palabras parecieron calmarlo. Pero tampoco eso favoreció la causa de Page. Mason sintió de golpe el desgaste por la tensión de la jornada, las cervezas ingeridas, la necesidad de dejar de pensar en el hoyo en que se había metido. Preguntó dónde podía tirarse a dormir. Page le señaló el *couch* del estudio y fue por algunas sábanas. El asesor de seguridad consideró que debería disuadirlo, hacerlo hablar y aprovechar incluso el cansancio de su amigo para que bajara sus defensas y revelara la información que Fitzgerald y él necesitaban. No obstante, aunque no se lo confesara a sí mismo, quedarse a solas con Penélope le resultaba una perspectiva aún más atractiva.

Mientras los dos hombres preparaban el lecho para el profesor, Penélope se sirvió el tercer whisky de la noche. A diferencia de Mason, no parecía estar cerca de solicitar un pijama de parte del anfitrión. Por el contrario, su propio relato la había animado y estaba urgida por conocer la reacción de Page.

Antes de regresar a la sala, él pasó por su baño y observó las dos batas que colgaban del perchero. Se decidió por la japonesa, una pieza corta de seda fina. La depositó a un lado de ella y se sirvió también un Chivas.

—Por si la necesitas más tarde —dijo él, pero ella apenas pareció notarlo.

Finalmente, tomó asiento en el sofá de tres piezas que ella ocupaba. La bata quedó extendida sobre el asiento y el respaldo, en medio de ellos, como un chaperón instalado

por una madre celosa.

—Y ahora dime, ¿tú qué sabes? No creo que algo tan cabrón como lo que se está haciendo haya sucedido sin que se entere el tipo más poderoso de este país hasta hace muy poco, ¿no? —dijo Penélope, con algo de sorna.

Él encontró demasiado duro e inquisitivo su tono. Se suponía que era el anfitrión generoso que los había acogido, el amigo que, pese a ser infinitamente más importante que ellos, se había dignado a ayudar a dos desesperados. Habría preferido a alguien dispuesta a ponerse la diminuta bata y, por qué no, a una refugiada deseosa de agradecer la buena voluntad de su benefactor. En lugar de eso, la ingrata había utilizado su propia descripción de Spencer para echárselo en cara. Quizá le sentaba mal el alcohol y era de las que se ponían agresivas y violentas con la bebida.

—Ya no estamos en el gobierno, aunque, es cierto, te sorprendería la cantidad de agencias que operan en nuestro Leviatán y sus laberintos —dijo y se paró en seco. Habría sido un buen arranque en un debate académico, pero juzgó que una ecuación euclidiana tendría más posibilidades de ser entendida por su visita—. El golpe en contra del departamento de Phil puede venir de muchos lados: el Pentágono, la CIA, la NSA, organizaciones de ultraderecha bien financiadas, un directivo loco en el FBI, algún organismo paraestatal. Lo que se te ocurra.

—Tu gente debe estar feliz por todos estos escándalos, allí es donde tendríamos que empezar a buscar...

—¿Tu gente? ¿A qué te refieres con eso?

—Los que quieren traer de regreso a Thompson, los tuits de este, su popularidad por las nubes. ¿No es eso lo que dicen en las películas? El primer sospechoso es el más beneficiado por el crimen.

—A ver. Hay muchos beneficiados con la reelección de Thompson. Por razones económicas o ideológicas —contestó mientras pensaba que otra vez estaba sociologizando de más su explicación—, por fanatismo, si tú quieres. Pero eso no quiere decir que los temores que tienen tú y Phil sean incorrectos. Después de escucharte, y de lo que él me dijo hace unos días, es evidente que aquí hay algo extraño. Aunque no necesariamente por las razones que ustedes dan por sentado.

Page pensó que iba por buen camino. Ahora ella lo escuchaba con atención. En realidad, Penélope no confiaba del todo en el amigo del profesor; le quedaba claro que el hombre la deseaba, a juzgar por el modo pretendidamente disimulado en que la examinaba. La atención que le dedicaba no significaba que tomase en serio su relato y mucho menos sus opiniones. En su larga experiencia, las dos cosas rara vez iban aparejadas. La sacaba de quicio cómo le hablaba, como si estuviera impartiendo una clase a alumnos con problemas de aprendizaje. Podía no tener los estudios para argumentar hipótesis y escenarios sobre el poder, como lo hacía él, pero ella y sus amigos habían padecido en carne propia la manera en que ese poder había cambiado su mundo. Eso, al menos, obligaría al cabrón que tenía enfrente a hablarle de otra manera.

—Y según tú, ¿qué es entonces? —dijo, con el tono más escéptico que pudo.

—Como dije, algo raro está sucediendo —retomó él, irritado por la interrupción—. Conociendo desde adentro cómo se mueven los hilos más oscuros, se me ocurre lo

siguiente: alguien con mucho poder juzgó que ocho años de demócratas era demasiado y asumió que la mejor manera de impedirlo era mostrar que los grandes enemigos de Estados Unidos eran los enemigos del expresidente. Demasiado riesgoso montarse una guerrita con China, así que los hispanos estaban más a la mano. Lo de Los Ángeles, Chicago y los restaurantes es una operación compleja, pero pan comido para cualquiera de las instituciones de las que te he hablado. Y no deja de ser impresionante, en dos semanas cambiaron la historia de este país —concluyó, aunque consideró que la referencia al pan comido no había sido la más oportuna, considerando los envenenamientos; al parecer, ella no la advirtió.

—Jodieron a este país —corrigió ella—. Lo dices como si hubieran logrado una hazaña que habíamos de festejarles.

Page pensó en que, en efecto, era una hazaña por la cual sus autores debían ser festejados. Pero, ironías aparte, asumió que lo había traicionado el entusiasmo. Su argumento era perfecto, la mejor mentira es aquella que se construye con la verdad, aunque tenía que modificar el tono. La mujer que tenía enfrente podía no entender qué significaba Leviatán o las siglas de las agencias de seguridad, pero no tenía un pelo de tonta.

—Jodieron a este país, tienes razón, pero lo importante es que no terminen jodiéndolos a ustedes dos. Debemos encontrar una salida —aceptó él, conciliador.

—¿Y qué se te ocurre?

—Se me ocurren varias cosas. Tenemos que encontrar una manera de salvarlos, sobre todo a ti; lo de Phil se arregla como sea, es un profesor universitario y lo que le hicieron parece un exceso. En el peor de los casos, se toma un par de semanas de vacaciones en el extranjero mientras esto se arregla y santo remedio, pero, por lo que me dices, tú sí estás en peligro de muerte. —Hizo una pausa y luego, con voz quebrada, añadió—: No puedo permitir que te pase algo.

Penélope quedó conmovida por su última frase. Quizá era una mera actuación para ablandarla, pero, si ese era el caso, debía reconocer que el tipo era un buen actor: ojos humedecidos, rostro distendido y una tímida sonrisa apenas sugerida.

—Entonces asegúremonos de que no me pase nada —respondió ella con un tono meloso del que se arrepintió de inmediato. Ahí estaba, otra vez, insinuándose a su pesar. No podía evitar reaccionar cada vez que estos hombres guapos y poderosos le concedían su atención. Ponían en movimiento en ella gestos y actitudes destinados a estirar el instante, a profundizarlo, a convertir en cariño lo que quizá no era más que una adulación o una caricia. De la misma manera que acudía entusiasmada al llamado de su padre para subir a su pierna, con la esperanza de que esa vez no la mirase con ojos severos tras recuperarse de la respiración agitada y sí, en cambio, la llevase a ver la colección de sellos de correos que atesoraba, como lo había hecho un venturoso domingo tras un sermón muy festejado por sus feligreses.

—Confía en mí —dijo él, aunque, por lo que sabía de los planes de Fitzgerald, ahora fue incapaz de sostenerle la mirada—. Pero no podré hacer nada útil sino hasta que regrese del baño. Tú puedes pasar al que está en el cuarto de visitas, que nunca ha recibido una visita. Te quedarás en él, al fondo del pasillo. —Señaló con la cabeza—. Llévate la bata si deseas algo más cómodo. Ahora regreso. ¿Quieres escuchar música?,

¿qué te gusta?

—Lo que sea, me da lo mismo.

Page revisó su acervo de vinilos y escogió el álbum *Wagner sin palabras*; localizó el segmento de *La valquiria*. Ella alcanzó a oír los primeros acordes de lo que, supuso, se trataba de la Guerra de las Galaxias.

Penélope agradeció la posibilidad de despojarse de la ropa que no se había quitado en los últimos dos días. La noche anterior había dormido con un pijama de rayas de Phil que le hizo soñar en prisiones, sin embargo, al abandonar con premura la casa del profesor, solo había recogido la desgastada mochila en la que guardaba una muda de ropa y un par de camisetas usadas. Sintió el placer en sus dedos al recorrer la seda. Se dio un duchazo rápido, sin mojarse el pelo, y se envolvió en la bata negra. Le gustó la imagen que le devolvió el espejo, aunque la bata apenas le llegaba a la mitad de los muslos. O quizá por ello: eran la mejor herencia de sus años en el tubo. Sus pechos le parecieron demasiado grandes y libres en la precaria tela, pero, a diferencia de otras mujeres, la ropa escasa nunca le había provocado inseguridad. Todo lo contrario.

Él la esperaba con una bebida en la mano y no pudo evitar, o no quiso ocultar, una sonrisa de satisfacción al verla con su nuevo atuendo. El espectáculo de la mujer camino al sofá resultaba imponente, con sus largas piernas y los senos agitados. Pensó que, en cualquier otra noche, una escena similar habría sido el preámbulo de una sesión de sexo tórrido y apasionado, aunque ahora no estaba seguro de nada. Tenía que proponerle maneras verosímiles para ayudarlos a salir del enorme aprieto en el que se encontraban ella y su amigo, aunque sabía que, al margen de lo que él pudiera hacer, a ellos no les quedaban más de 48 horas de vida.

33. Comité de reelección III. Spencer tiene miedo

Había pensado en pasar buena parte de la mañana con Phil y Penélope, con la esperanza de que su amigo por fin se decidiera a hablar de sus contactos en Chicago. Sin embargo, una llamada de su jefe, apenas al despertar, lo obligó a salir corriendo de su departamento. A Spencer no podía decirle que tenía en su casa a dos personas que poseían alguna evidencia de la operación Nibelungos. El poderoso exfuncionario, un halcón implacable en materia de estrategias, era en realidad un hombre muy temeroso en todo lo que concernía a su seguridad personal. Saber que había dos cabos sueltos en Washington, y uno más en camino, lo habría aterrorizado.

—Nos citaron a las 10:30, el presidente llegó anoche a una cena y está en la ciudad —dijo Spencer, todavía con su atuendo deportivo al recibirlo en una mesa de jardín en el patio de su casa—, al parecer hay nuevas revelaciones sobre los eventos.

—¿De los Nibelungos? —Para su desgracia, no había podido conseguir que Fitzgerald y Spencer, los otros dos miembros del proyecto, adoptaran el nombre clave que él había propuesto.

—Murphy parecía alarmado. Solicitó una reunión extraordinaria para enterar al presidente de las novedades que le pasó su fuente en el FBI, creo que un subdirector. Pero me temo lo peor. ¿Alguna idea de qué podría tratarse? ¿Fitzgerald no se ha enterado de algo?

—Nada que yo sepa —dijo Page, aunque tragó frío. Quizá el FBI había encontrado antes que ellos la fuente que había alimentado a Mason. O, peor aún, quizá estaban enterados de que la directora del SAPO había llegado a Washington cargada de teorías conspirativas. Debió haber dejado que Fitzgerald le sacara a Mason la información a golpes desde el primer día; para entonces ya habrían controlado la fuga. Quizá aún podría hacerlo.

—Busca a Fitzgerald de todas maneras. A ver qué puede averiguar, tiene contactos en todos lados. Nos vemos cinco minutos antes de la reunión, será en la suite del hotel de Thompson.

Pudo ver al pelirrojo media hora más tarde, en el parque. Fitzgerald le pidió su teléfono, lo colocó junto al suyo en una banca y tomaron asiento justo en la banca de enfrente. Page pensó que eran como dos parejas: ellos manteniendo un metro de distancia entre sí, los teléfonos al otro lado del sendero; dos aparatos acomodados simétricamente a unos centímetros uno del otro. Se preguntó qué podría estar conversando su teléfono con el del director de la Triple A. Por un segundo temió que el celular del jefe de espías estuviera trepanando el cerebro del suyo y ordeñando sus

secretos.

—Qué bueno que me llamaste, me urgía verte —comenzó Fitzgerald—. Oye, traes muy mala cara. ¿Qué tuviste que hacer para consolar a tu nueva amiga?

—No te llamé por gusto, me lo pidió el jefe y seré muy breve. Murphy convocó a una reunión a las 10:30 de la mañana para presentar a Thompson nueva información sobre la crisis de los hispanos. Spencer está nervioso, teme que hayan encontrado algún rastro del paso de tu gente. ¿Sabes algo?

—Nada, si me hubieras puesto sobre aviso, podría haber indagado con los contactos que tengo en el buró —respondió.

—¿Qué podrá ser? Imagínate el peor escenario, ¿cuál es el punto más débil de toda la operación? Si hubiese una falla en la cadena, ¿cuál dirías que es?

—Lo de Los Ángeles imposible. Solo quedan Penélope y Saúl, el pandillero, y eso quedará sofocado para siempre a partir de mañana. No han hablado con nadie más, salvo tu profesor. Quizá Saúl, el pandillero, haya compartido lo que sabe con alguien, pero carece de credibilidad. De cualquier manera, lo interrogaremos para asegurarnos.

—¿Lo de Chicago?

—Eso debería preguntártelo a ti. Rastreamos todos los contactos que Mason ha tenido con personas de Milwaukee y Chicago, y no encontramos nada.

—¿De dónde lo sacó entonces? Digo, lo que declaró en televisión es cierto, ¿no?

—Tampoco entre los cercanos a Ramírez hemos localizado alguna filtración. A todos los que lo conocían les ha extrañado que hubiera resultado un terrorista, pero nadie ha puesto en duda nuestra versión. Escogimos muy bien al personaje: el capataz era un hombre solitario, tenía muchos conocidos, aunque pocos o ningún amigo. Lo cual nos regresa a tu hombre. ¿De dónde diablos sacó la información?

—Espero no tener que enterarme dentro de un rato, frente al presidente —concluyó Page.

—Algo más. ¿Mason te ha mencionado a Matilde Cienfuegos?

—No. ¿Quién es?

—La estudiante a la que le pidieron el teléfono para llamar a Los Ángeles, ¿recuerdas? —Ahora el tono de Fitzgerald era impaciente.

—Ah sí, la californiana.

El director de la Triple A extrajo un celular del bolsillo de su saco —Page se preguntó cuántos más traería; le pareció una infidelidad a la pareja de aparatos que reposaba en la banca de enfrente—, tecleó algo en la pantalla y le mostró la foto de la joven latina que había visto beber las palabras de Mason el día que fue a visitarlo.

—Es una alumna muy cercana al profesor, como te había dicho. Podría estar involucrada, aunque no sabemos hasta dónde. Trata de averiguarlo.

—¿Otro cabo suelto? —ironizó el asesor de seguridad.

—Nada que no resuelva una limpieza profunda.

El tono frío de Fitzgerald le provocó un ramalazo de inquietud. La limpieza en cuestión involucraba a los que en ese momento se encontraban en su casa. Tuvo una incómoda sensación de proximidad. Se tranquilizó al pensar que, sin embargo, era él y no Fitzgerald el que estaría con el expresidente unos minutos más tarde. Eso debería significar algo en ese país. Si había que eliminar a alguno del círculo más alto, tendría

que ser el pelirrojo y no él.

Spencer lo esperaba, con dos de sus esbirros, en una camioneta estacionada frente al hotel. Los dos descendieron cuando el subió.

—Nada, ninguna idea de lo que podría tratar el informe; asegura que todo está bajo control.

—No sé si eso es malo o peor —respondió Spencer, con un tono que Page interpretó como una suerte de amenaza. Su jefe abrió la puerta del auto y salió. Él lo siguió, pensando en que su cobardía podría convertirse en un peligro. Y, llegado el caso, ¿quién podría encargarse de Spencer?

34. La chica número 42

Quiso pensar que era la luz del sol que inundaba el baño, luego tuvo que aceptar que las dos semanas de fuga habían pasado factura: cutis desgastado, arrugas en la comisura de los ojos, un par de kilos más en la cintura. O quizá ya los traía desde antes y no se había dado el tiempo de tomar nota. Desde unos meses atrás había prestado poca atención a su arreglo o a la dieta; la estamina que le producía dirigir el SAPO había bastado para asumir que una ducha y una blusa ajustada eran suficientes para hacerla atractiva. La ausencia de una relación romántica y la disponibilidad de algún amigo al que recurría de vez en vez para desahogar los antojos del cuerpo la habían alejado del cortejo y de los usos y costumbres de la seducción.

Pero ahí estaba, dándose media vuelta para observar la silueta, levantándose los pechos para preguntarse si aún eran autosustentables, alejándose del espejo para precisar la distancia que hacía imperceptible el pliegue del entrecejo. Y, si tenía que seguir siendo morena, se dijo, le urgía un tinte decente.

La noche anterior, la conversación con Page había terminado en un tono confesional con el que ambos hablaron brevemente de su pasado. Penélope podría no entender la mitad de los títulos de los libros que había visto en su habitación, aunque en materia de ritos de apareamiento se consideraba una experta. Ambos habían hablado de sus relaciones pasadas, como dos hombres de negocios que al conocerse y a manera de carta de presentación informal hacen referencia a su trayectoria profesional antes de firmar un contrato. ¿Pero estaban haciendo eso? ¿Preámbulos para enredarse?

En algún momento pareció, incluso, que no necesitarían ningún tipo de cortejo. Enfundada en la bata japonesa, se había recostado sobre el descansabrazo del sillón, con las piernas semientocadas, girada hacia él. La mirada de su anfitrión la hizo darse cuenta de que algo vital había quedado expuesto y estuvo a punto de recomponer la posición, no obstante, se contuvo un par de segundos, tras lo cual se incorporó en el asiento y cerró la bata. «Sí, soy rubia», dijo, con una carcajada que interrumpió cuando notó que él desvió la mirada. Ella no supo si su turbación obedecía al hecho de haber sido sorprendido o si simplemente le había parecido de mal gusto su comentario.

En otras condiciones quizá ella habría tomado la iniciativa. Nunca había sido tímida o avara para darle gusto a sus deseos. Y, sin embargo, conocía bien la especie a la que pertenecía un macho como Page. Alguien para quien incluso el sexo está sujeto a las leyes del poder y la dominación. Decidió que, si en todo lo demás se encontraba contra la pared y en desventaja frente a su anfitrión, al menos mantendría el poder de gestionar el uso de su cuerpo.

A pesar de estas resoluciones, se había tocado durante la ducha pensando en Page,

buscando algún apaciguamiento a la desazón con la que se había acostado. Se dijo que debería tomar distancia de un hombre que la intrigaba, pero que también le provocaba tantos recelos. Se preguntó en qué punto retomarían la relación ahora que era de día y sin whiskies de por medio. Salió de la habitación esperando encontrárselo.

Lo que encontró fue un café a medio consumir y una nota sobre la barra de la cocina. «Salí a una reunión temprano. Siéntanse en su casa, regreso pronto. Por ningún motivo salgan a la calle». Penélope tomó la taza, la calentó en el microondas y le dio un sorbo. Examinó el contenido con curiosidad, no tenía parecido alguno con lo que había estado bebiendo en las cafeterías de la carretera. Encontró una leche de arroz a un lado de la cafetera y una bolsa con granos de café orgánico de Sumatra. Dejó la taza en el lavadero.

El profesor seguía sin salir de su habitación. Se preguntó si debería ver cómo se encontraba. El espectáculo de su departamento tasajeado parecía haberlo metido en algún tipo de trance depresivo. Decidió esperar un rato más y hacer mientras tanto un inventario de lo que podría convertirse en un desayuno para ambos. Luego se paseó por la estancia. La encontró immaculada pese a los vasos y restos de sándwiches que habían dejado la noche anterior. Todo indicaba que, además de madrugador, Page era un fanático de la limpieza. En la estantería de la sala encontró una enorme colección de discos, casi todos ellos de música clásica, ópera y jazz. Solo pudo reconocer a dos trompetistas negros: Wynton Marsalis y Louis Armstrong.

Se acercó a la recámara principal y observó la misma ascética pulcritud. Su cama tendida habría pasado el examen del sargento más exigente. Quizá el hombre había sido un *marine* o, de plano, el sargento exigente. Pero tampoco le hizo sentido. Podía intuir que su anfitrión tenía vocación para la fiesta y sus goces. Lo confirmó el contenido de uno de los cajones de su buró: una buena dotación de geles y preservativos. Constató con gusto que los tenía en todas las modalidades y presentaciones. Decididamente, la estética minimalista que desplegaba en la recámara no la trasladaba al lecho. En el buró de la cama se apilaba media docena de libros y en el cajoncito encontró píldoras para dormir, un antifaz y tapones para los oídos. Disimulada en el fondo del cajón, encontró una libreta de apuntes. No era precisamente un diario, pero abundaban reflexiones, algunas incluso sobre sensaciones y estados de ánimo. Penélope se sintió incómoda hurgando en esa intimidad, pero era irresistible; le ofrecía una perspectiva inesperada del Page que hasta ahora había conocido: categórico, seguro de sí mismo y siempre enfundado en su papel de tipo cínico y controlado. Tras leer algunos párrafos, avanzó las páginas y se detuvo en lo que parecía un poema. Pensó que se trataba de la transcripción de un extracto que le habría gustado y buscó al final de la página la firma del autor, pero no la había. Hojas adelante descubrió otros poemas, algunos con tachones y enmiendas, y supuso que en realidad eran suyos. Penélope nunca había sido una gran lectora, más allá de algunos *bestsellers*, y su experiencia con la poesía se reducía a las rimas aprendidas en la escuela. Aunque lo que leyó le resultó indescifrable por rebuscado, quedó impresionada. La imagen que ella tenía de alguien que leía o escribía poesía no encajaba en lo más mínimo con la idea que se había hecho de Page.

Sin embargo, en la última página encontró algo que volvió a reconciliarla con la

imagen del hijo de puta que había construido. Escrita con letra menuda, casi como si quisiera pasar inadvertida, había una larga nómina. Nombres de mujeres ordenados cronológicamente del 1 al 41, cada cual con una fecha adjunta. La última entrada rezaba «Geneve, septiembre de 2022». El poeta era también un macho presuntuoso, al menos para sí mismo. Jugó con la idea de sorprenderlo añadiendo su propio nombre al final y convertirse en una falsa conquista 42, pero se contuvo. Estaba claro que el hombre era mujeriego, aunque tampoco era una cifra enfermiza. La nota de Geneve remitía a seis meses atrás. Ella misma nunca se había atrevido a hacer su propia cuenta; pensó que tampoco sería modesta. Cerró la libreta con sensaciones encontradas. Que escribiera poesía resultaba un rasgo romántico aunque inaprensible para ella; se sentía más cómoda, o al menos familiarizada, con el macho de la última página. Que Page fuera un conquistador incrementaba su atractivo; los tipos calavera siempre habían constituido un desafío y una fuente de excitación.

Festejó no advertir rastro alguno de mujer, ni un cepillo de dientes adicional en el baño. En el botiquín solo descubrió aspirinas, alkaeseltzeres y poco más, lo cual hacía pensar que los cuarenta años que aparentaba los llevaba sin achaque alguno. Las alacenas del baño, en cambio, rebosaban de cremas, sueros faciales, líquidos para el pelo, perfumes de caballero y bronceadores.

Le llamó la atención una pequeña mesa de trabajo dentro del dormitorio. A pesar de contar con un estudio, parecía que a Page le gustaba tener a la mano un lugar donde trabajar por la noche. Había mencionado que buena parte de su trabajo consistía en leer reportes y resumirlos, hacer borradores de estrategias y ocasionalmente discursos para el expresidente sobre temas de seguridad nacional. Eso la llevó a pensar para quién trabajaba. El hombre era un activo del enemigo, alguien cercano a las fuerzas que la perseguían, las que habían desatado el odio en contra de los suyos, o al menos de aquellos a los que ella quería.

Pese a la amistad que parecía unirlo a Mason, un académico decididamente a favor de los hispanos, se dijo que tendría que ser más cauta. El profesor parecía confiar en él, pero concluyó que no podía creer ciegamente en alguien que dedicaba sus días y, por lo visto sus noches, a fortalecer lo que ella consideraba el imperio del mal. Muy pocos escrúpulos tendría un hombre que hacía discursos para Thompson, así fuera el hombre que había tenido en mente al tocarse esa mañana.

35. Comité de reelección IV.

MAWA Y PUTO

La revolución blanca ha comenzado.
Dan Thompson

—Tenemos un problema —dijo el exprocurador Murphy—, bueno, dos.

Nervioso, Page miró a Spencer, quien mantenía el rostro impassible, aunque hacía girar el tapón de su Montblanc con fruición.

—No arruines la semana, hoy están prohibidas las malas noticias —respondió Thompson, jovial. Ese día, Fox News había difundido el más reciente sondeo de popularidad del expresidente: 71 por ciento, el más alto de cualquier político en muchos años.

—Nada que no podamos resolver, señor presidente. El primero es la epidemia de milicias que brotan en todo el país, a partir de una convocatoria que circula en redes. Han formado una organización nacional que se autodenominan MAWA, siglas de Make America White Again. Se alimentan de grupos de supremacistas blancos que existían aislados, algunos apenas de membrete. Pero en los últimos días su reclutamiento ha crecido de forma exponencial y ahora se han asociado, y comparten manuales y guías de acción para defenderse de la invasión latina.

—¿Y cuál es el problema? —interrumpió impaciente Thompson—. Make America White Again no está nada mal. Podrían ser mis soldados de campo.

—El problema es que les ha surgido un brazo armado, aún más radical y clandestino, al que llaman PUTO, apócope de *Push Them Out*. Milicias violentas con una agenda de trabajo que parece la versión moderna del Ku Klux Klan.

—Mientras sea una simple agenda de trabajo, no pasan de ser balandronadas —descartó Spencer.

—Ya dejó de ser una balandronada. Esta madrugada sacaron del aire veintidós estaciones de radio en español, en una acción concertada en ocho estados. Irrumpieron en los lugares de transmisión, destruyeron los equipos, golpearon a los empleados. Hay un muerto, un locutor de San Antonio, y tres operadores en condiciones graves en distintos hospitales.

—Violaron la ley, es un problema policiaco. Pues que las autoridades aprehendan a los que mataron al locutor. Y no le demos más vueltas al asunto. Es natural que la gente esté molesta con los morenos después de todo lo que han hecho —dijo Thompson.

—Para mañana tienen planeada otra operación: hacer lo mismo con los despachos de abogados que defienden a inmigrantes ilegales. Aunque el FBI los ha infiltrado, apenas tiene una vaga idea de lo que piensan hacer. Un informante dijo que, además de destruir los archivos, piensan darles un escarmiento a los litigantes para que se lo piensen dos veces antes de ayudar a un «mojado».

—Eso no me gusta, señor presidente —intervino Winston, el único al que Thompson toleraba que le llevase la contra—. Meterse con medios de comunicación y con abogados puede provocar efectos contraproducentes. No nos conviene que las empresas de radio del país quieran solidarizarse con sus colegas atacados y en el tema de abogados puede ser aún peor, las barras profesionales son muy poderosas. Convertir a los latinos en víctimas puede desinflar la tendencia al alza que ahora traemos.

—Habría que hablar con esos chicos, hacerles ver que somos aliados y que hay otras maneras para sacar a los hispanos de este país —dijo Thompson y, tras una pausa, añadió—: ¿Saben qué? Yo mismo debería hablar con su líder, una conversación de amigos resolvería el asunto en cinco minutos.

—No creo que nos convenga eso, señor. Puede filtrarse esa información —insistió Winston.

—¿Y? Yo hablo con mucha gente.

—Es que podría haber riesgos legales para usted mismo —intervino el exprocurador—. PUTO podría terminar siendo clasificada como una organización criminal.

—Déjenoslo a nosotros, señor presidente. Podemos encontrar una figura que se acerque a ellos sin que nos exponga —ofreció Spencer—. Les haremos saber, sin que quede registro, que estamos agradecidos por su buena voluntad y sugeriremos otras maneras en que podrían ayudarnos sin necesidad de incurrir en una ilegalidad. Y, por cierto, Murphy, ¿hay alguien con quien se pueda hablar? ¿Un líder?

—No está claro, pero me parece que habría que empezar por la cúpula de MAWA.

—Los de Make America White Again —tradujo Spencer, en beneficio de Thompson, que solía perder detalles—. ¿Cuál es la relación entre MAWA y PUTO?

—MAWA es la organización política, la que recauda fondos y presiona a senadores y representantes en el Capitolio y en los estados para endurecer la legislación sobre temas latinos y de migración. Hay un comité colegiado de seis miembros, aunque creemos que dos de ellos son los responsables de organizar a PUTO, una especie de brazo armado clandestino. Yo empezaría por esos dos, son los más radicales: un tipo en Texas y otro en Georgia.

—Bien, pero con cuidado. Son verdaderos patriotas, aunque se hayan excedido en la forma —dijo Thompson y dio por zanjado el tema—. ¿Cuál es el otro «no problema»? —añadió ufano, entrecomillando con los dedos.

—Un reportero, cómo no —respondió Murphy. Los demás asintieron con un gesto de resignación—. Mis fuentes me advierten que un tal Tom Kravis ha tratado de venderle a sus editores del *Washington Post* una extraña teoría conspirativa.

—¿Basada en qué? —apremió Spencer.

—Están muertos la mayoría de los pandilleros que participaron en los crímenes de Los Ángeles; afirma que los han ido cazando uno a uno, sin que existiera la oportunidad de ser detenidos e interrogados. Luego, el suicidio de Ramírez, el asesino confeso de los pastelillos, también se convierte en un callejón sin salida. Y, por último, Cookas, la organización de cocineros clandestina nunca más volvió a aparecer luego de su manifiesto en redes sociales, con lo cual algunos se preguntan si realmente existe. En conclusión, afirma Kravis, no hay un solo detenido que pueda ser interrogado por los atentados que han sacudido al país.

—¿Y esa es toda su evidencia? —dijo Spencer, con una sonrisa irónica que Page encontró preocupantemente parecida al alivio.

—Kravis no tiene nada ni lo tendrá, simplemente está disparando hipótesis al aire, aprovechando las circunstancias —asintió Murphy—, pero son el tipo de especulaciones irresponsables que en las redes sociales terminan convertidas en tema de culto entre los conspiracionistas profesionales.

—¿Y sus editores del *Post* qué han dicho? ¿Le dieron luz verde? —preguntó Page. Los demás lo miraron con un poco de curiosidad. Se encontraba en calidad de asesor principal de Spencer, no siempre estaba presente en las reuniones a las que asistía el expresidente y, cuando lo hacía, nunca participaba. Él se preguntó si el excesivo interés que había mostrado generaría alguna sospecha, pero los demás miraron de nuevo al exprocurador. Al parecer les interesaba más la respuesta que el emisor de la pregunta.

—No le autorizaron el viaje a Los Ángeles y a Chicago; le dijeron que, si quería la aprobación de un reportaje, tenía que traer algo más que conjeturas.

—Bien. Entonces no veo por qué podría ser un problema.

—Siempre hay el riesgo de que encuentre algo que al ser manipulado lleve a los editores a darle el beneficio de la duda. O que no lo autoricen y él decida filtrar sus especulaciones en algún blog más o menos popular. Y vienen tiempos electorales, en esa pradera toda paja puede iniciar un incendio.

—¿Y qué sugieres? —dijo Winston.

—Justo quise comentarlo aquí para saber si alguien tiene el mejor contacto con ese diario. Habría que asegurar que una especulación tan irresponsable no se abra camino. Una cosa es que salga en un blog de escándalos y otra en el *Washington Post*.

—Yo no me llevo bien con Bezos —dijo el expresidente.

—No creo que se necesite llegar a ese nivel —intervino Spencer—. Yo puedo acercarme a uno de los editores en jefe, ya lo he hecho en otras ocasiones, y sondear cómo andan las cosas. Hacerle ver nuestra preocupación de que alguien vinculado al *Post* publique dentro o fuera de él una cosa tan dañina y poco profesional.

—Haz eso. No hay que permitir que algo enturbie la situación ahora que por fin los ciudadanos se han dado cuenta de que este país no necesita a los hispanos —concluyó Thompson.

Los demás asintieron, aun cuando varios de ellos imploraron, sin decirlo, que esa conclusión no se convirtiese en un tuit en las próximas horas. Cinco minutos más tarde confirmaron que sus plegarias no habían tenido éxito.

36. El Cuarto Poder a escena

Make America White Again, sin violencia ni violaciones a la ley, pero sin pausa ni respiro. Estamos ante una gran cruzada patriótica.

Dan Thompson

Cuando el profesor finalmente salió de su cuarto, a Penélope le quedó claro que el confinamiento al que se había entregado no había sido invertido en un sueño reparador. Las ojeras y el semblante macilento mostraban que Mason seguía preocupado por el saqueo de su departamento y el peligro que corrían. Le ofreció una taza de café y le propuso un desayuno con huevos y tostadas. El otro apenas respondió, sumido en un sillón de la sala. A Penélope le enterneció el espectáculo; su nuevo amigo seguramente era un erudito en muchas áreas, pero en temas escabrosos de la vida parecía un recién llegado.

Se acercó a él, se sentó en el descansabrazos del sillón donde se encontraba y le acomodó un mechón de pelo despeinado.

—Ánimo, todo terminará por aclararse —dijo, aunque ella misma no tenía la menor idea de cómo podría suceder tal cosa. Él la miró con desaliento. Podía ser un ingenuo en guerras de la calle, pero la expresión de su cara mostraba que tampoco era un imbécil—. Mañana llega Saúl, aunque es joven, es un tipo al que no se le atora nada. Con él y con Page ya se nos ocurrirá algo —insistió ella.

Lo había dicho por decir, como una fórmula para animar al otro, pero al hacerlo ella misma se envalentonó. Dos días antes había estado sola contra el mundo, ahora se trataba de un cuarteto, un verdadero ejército comparado al desamparo en el que había recorrido medio país. Y eso por no hablar de la elegancia del sitio en el que se encontraba, un notable ascenso considerando las pocilgas que había frecuentado durante su travesía. Al menos en eso su situación estaba progresando, lo que también debería significar algo. Y para confirmarlo regresó su atención a la finísima bata de seda con la que había saltado de la cama. Se percató de la abertura lateral hasta las caderas que mostraba sus piernas cruzadas y la atacó una sensación de pudor. La noche anterior no le había importado mostrar a Page más que eso, pero ahora lo encontró fuera de sitio en medio de la caricia más bien maternal que le había prodigado al profesor.

Le dijo que le haría el desayuno en un minuto y se dirigió a su cuarto para ponerse los *jeans* y la camiseta de la jornada anterior.

—Cuéntame algo más de tu amigo —dijo Penélope, media hora más tarde, tras el frugal desayuno que había permitido la alacena del anfitrión—. No se parecen en nada, tú eres un alma de dios. —La expresión no resultó del agrado del profesor, que reaccionó frunciendo el ceño—. Quiero decir, una persona decente, mientras que él..., él me hace pensar en un tiburón.

—No es fácil describir a Luca —se animó Mason tras una pausa, mientras veía girar

la taza de café lentamente entre sus manos—. Era el más brillante de nuestra generación, demasiado brillante para su propio beneficio. Las cosas se le daban fácil, menciones de honor, primeros lugares, becas. No tenía que exigirse demasiado y quizá por ello tampoco lograba más que un éxito moderado, confortable. Los reconocimientos siempre parecían estar por debajo de su verdadero potencial. La tesis trascendental que las editoriales peleaban por publicar nunca era de él; tampoco el ensayo que se hacía célebre entre colegas de otras universidades; las posiciones de mayor prestigio en Georgetown se entregaban a otros profesores jóvenes, menos brillantes, quizá, pero con investigaciones más prometedoras. Todos esperábamos la obra que pondría a Luca en el escenario nacional, pero nunca llegó porque en el fondo no lo intentó. Me parece que terminó paralizado por las altas expectativas que se habían creado o nunca construyó los hábitos y la disciplina necesaria para hacer algo trascendental. En algún momento terminó por bastarle la admiración de sus alumnos o el embeleso de amigos y colegas ante alguna perorata particularmente lúcida en una sobremesa.

—¿Y eso lo endureció?, ¿lo amargó? Digo, hay algo cerrado en él, como si los demás en el fondo no le importaran.

—¿Todo eso lo desprendes de una velada? —dijo Mason, y ella no supo si lo preguntaba con admiración o a manera de reproche.

—Bueno, conversamos durante varias horas, pero es cierto que es, sobre todo, una sensación. Aunque habla muy bien, me deja la impresión de ser alguien que solo piensa en sí mismo.

—Hace tiempo que no lo veía, pero en todo caso no era así. Déjame decirte un par de cosas de Luca. En el último semestre de nuestro doctorado teníamos un compañero que simple y sencillamente no tenía el nivel para graduarse. Por más que se esforzaba, los profesores le rechazaban los ensayos necesarios para conseguir los créditos académicos. Era el hijo de unos granjeros de Kansas a quienes les habían embargado sus tierras para cumplir el sueño de tener un doctor en ciencias sociales en la familia. Una noche vino a nuestro dormitorio y nos suplicó que lo ayudáramos. La verdad, ni siquiera era un amigo cercano. Pero algo despertó en Luca que se lo tomó a pecho. Terminó escribiendo en las noches los *papers* que el otro necesitaba y siguió haciéndolo hasta que consiguió graduarlo. Lo curioso es que nunca lo vi hacer ese esfuerzo para sus propios deberes. Irónicamente, uno de los ensayos escritos por Luca era tan bueno que el asesor de tesis del chico consiguió publicarlo en una de las mejores revistas académicas del país. Obviamente con el nombre del otro. Yo me indigné, pero a él pareció divertirle todo el asunto.

—¿Y cuánto de buen corazón y cuánto de vanidad puede haber en todo eso? Lo describes como si fuera un indolente, un valemadrasta. Pero a mí me dio la impresión de estar muy enfocado, de ser muy intenso.

—Es todo eso. Y también es cierto que hay algo de kamikaze en él, no diría que autodestructivo, pero hay momentos en los que Luca parecía inclinado a boicotear su gran oportunidad. En una ocasión se rumoraba que podría ser designado como titular de la cátedra Sebastián Vernon, una de las más cotizadas en Georgetown, y escogió justo ese momento para cometer una estupidez. Teníamos un colega encaprichado en llevar a

la cama a una estudiante que rechazaba todos sus intentos; para desgracia de la chica, el tipo quedó a cargo de su examen de final de curso. Sabíamos que se trataba de un hijo de puta que se aseguraría de hacerla reprobar sin importar lo que ella se esforzara. Luca se las arregló para llevárselo a un bar dos noches antes, embriagarlo y sonsacarle los temas con los que planeaba atormentar a la estudiante. Dedicó el día siguiente a preparar con ella las respuestas del examen escrito. La joven aprobó, por supuesto, pero el profesor intuyó lo que había pasado y, aunque no hizo una denuncia formal, informó a la dirección del comportamiento de Page y atribuyó su motivación a la relación que seguramente sostenía con ella.

—¿Y la tenía?

—Espero que no, era mi novia en ese momento —se rio Mason, por primera vez en el día.

—Pero entonces ¿cómo terminó metido con esa punta de reaccionarios?

—Es complicado, vanidad quizá. Tras varios años de estabilidad, confortable pero anodina, asumió que no tenía madera para mayores aspiraciones. Luca había hecho su tesis de doctorado sobre el descontento de los sectores obreros en Pittsburgh y Cleveland, y años después una revista de poca monta le pidió un pequeño ensayo al respecto. Terminó haciendo un refrito sobre el desencanto de estos obreros con el Partido Demócrata y con una modernización que les había pasado por encima. Para su sorpresa, la publicación llamó la atención de un amigo de Spencer. Este quiso conocer a Luca y lo demás es historia. La argumentación de Page ofrecía una pátina intelectual que resultaba muy atractiva para los asesores de Thompson. Pronto los tenía bebiendo sus palabras. Senadores y millonarios de derecha comenzaron a verlo como fuente de referencia. Resultó irresistible para el propio Luca, que ni siquiera era simpatizante republicano. Spencer lo contrató de tiempo completo y la adicción al poder supongo que hizo el resto. La verdad no sé en qué momento terminó por abrazar las ideas de la derecha o si lo ha hecho del todo. En todo caso, me parece que no quiere fallarles a los únicos que, en su opinión, han sabido apreciar su talento.

—Y aquí estamos —dijo ella, resignada—. ¿En verdad confías en él?

—Confío en el Luca Page que conocí. Está allí, pese a todo. —Mason dejó la taza en la mesa y se puso de pie, sacudió la cabeza y cambió súbitamente de tema—. ¿Tú crees que Matilde esté en algún riesgo?

—No lo sé. La verdad no lo había pensado —dijo ella y, tras una pausa, agregó—. Pero no lo creo, fueron llamadas muy breves.

—Ojalá. Me daría mucha pena que se viera envuelta en un lío por nosotros.

—No te preocupes, estará bien. Recuerda que mañana nos llamará Saúl a su teléfono, después de eso ya no la molestaremos.

—Tengo que buscarla entonces para que nos traiga su celular —dijo él, y Penélope percibió en su voz, por primera vez en el día, algo que sugería una forma de entusiasmo.

—¿Crees que sea peligroso que la llame a su teléfono para que venga? ¿Lo necesitamos mañana antes de las tres, verdad?

—Sí. No podemos perder la llamada de Saúl, es la única vía que tenemos para conectar con él. Búscala de una vez para que ella se organice con tiempo para pasar por acá.

—Le escribiré un correo desde la computadora de Page del estudio —asintió Mason y rebuscó en su ropa hasta encontrar su propio celular para extraer los datos de su alumna, solo entonces se percató de que el teléfono vibraba con insistencia. Intercambió con Penélope una mirada interrogativa y, antes de esperar una respuesta, contestó la llamada.

—¿Diga?

—¿Profesor Mason? Soy Tom Kravis, reportero del *Washington Post*, lo he estado buscando desde ayer. Me decidí a llamarle porque en la oficina de la universidad no estaban seguros de si usted pasaría por allá. Me dicen que no acudió a su primera cita de la mañana.

—Sí, tuve un contratiempo... —La expresión de alarma en el rostro de Mason hizo que Penélope acercara el oído a la bocina del teléfono.

—Me encantaría conversar con usted; tuve la oportunidad de mirar su participación en el programa de CNN hace unos días. Puedo ir a donde usted me diga y prometo no quitarle mucho tiempo.

Mason tapó el micro del teléfono con la mano y miró a Penélope, expectante, alarmado. Ella sacudió afirmativamente la cabeza, con vehemencia.

—Podríamos vernos alguno de estos días —respondió, tentativo.

—¿No le importaría que fuera hoy? Puedo ir a su casa si le parece bien.

—No..., no estoy allí —dijo Mason a la defensiva—. Estoy en el departamento de una amiga. Se encuentra enferma y vine a cuidarla.

—Salvo que sea Covid —dijo Kravis, riéndose—, puedo pasar por allá y platicar en cualquier pausa que tenga por la convalecencia de su amiga. Puedo esperar sin molestar, donde usted me diga.

Penélope atenazó el brazo de Mason mientras le urgía, en silencio, a aceptar la visita del reportero. Tras una larga pausa, el profesor le dijo que lo recibiría y le dio las instrucciones para llegar al departamento en donde estaba. Kravis festejó la ubicación y aseguró hallarse en un café en un barrio vecino. Le dijo que podía estar allí en diez minutos, le dio las gracias y colgó antes de que Mason pudiera objetar algo.

—¿Y ahora?

—Nada. Le decimos todo lo que está pasando. Esto es un golpe de suerte, ¿no lo ves? La posibilidad de que alguien investigue a fondo y no pueda ser tocado. No creo que a un reportero del *Washington Post* le destruyan su departamento para asustarlo, ¿no?

—No lo sé. Hasta ayer creía que a un profesor de Georgetown tampoco.

—Además, lo único que puede desmontar lo que está pasando es la exhibición de que todo esto no es más que una conspiración desde arriba. Mostraremos que los latinos no asesinaron a niños ni clientes de restaurantes.

—Todavía no estoy seguro de que eso sea lo que está pasando. Mucho menos de que se pueda demostrar algo. Debimos haberlo consultado con Page, él tiene más experiencia con la prensa. Además, esta es su casa, no la nuestra.

Penélope hizo una pausa. Su amigo ya se había arrepentido.

—Tenemos que hacer algo, Phil. Mientras hablamos, miles de personas están siendo despedidas de su trabajo, niños buleados en sus escuelas, muchachos golpeados. Pronto

habrá más latinos muertos que el número de blancos a los que supuestamente asesinaron. Ni tú ni yo pedimos esto, pero por alguna razón nos tocó. Si hay alguna probabilidad de que podamos detenerlo, por pequeña que sea, tenemos la obligación de intentarlo. Quizá somos las únicas personas que han podido atar cabos, ni modo que nos callemos solo para salvar el pellejo y permitir que se construya esta putada contra millones de personas.

—Si nos desaparecen, también se habrá esfumado toda evidencia de lo que sucedió, si es que sucedió como dices.

—Y si nos encerramos y nos quedamos callados, es lo mismo que si nos hubieran desaparecido. Además, la mejor protección que podemos tener es hacernos visibles y que les cueste trabajo tocarnos. Y las cosas están mejorando: un asesor poderoso del mismísimo Thompson, ahora un reportero del *Washington Post*, un profesor universitario, no está mal, ¿no? Mañana llega Saúl, él podrá confirmar que había un plan que venía de arriba y promovía los asesinatos de parte de las bandas.

—Supongo... —dijo él en voz baja.

—Y falta añadir la fuente que te pasó el dato sobre Ramírez. Esa persona debe tener pruebas de que él es inocente, habría que mostrarlas, ¿no?

—No sé exactamente qué tiene —respondió Phil—. Nunca debí hablar en público; fui al programa a argumentar contra la ola de odio desatada contra los hispanos, como un experto que ha estudiado el aporte que los inmigrantes han hecho a la economía y terminé diciendo algo que me había comentado un amigo que conoció bien a Ramírez; estaba convencido de su inocencia y de que su culpabilidad había sido fabricada. Pero no le pedí pruebas, fue una llamada por teléfono. Lo recordé durante el debate en televisión y lo dije sin saber en lo que me estaba metiendo.

—Tienes que buscarlo. Ver si tiene algo para demostrar lo que dice, podría ser la clave para desenmascarar todo este tinglado.

—No lo sé, no puedo hacerle eso, lo expondría. En cierta manera lo traicioné porque nunca me autorizó a hacer público su comentario. Un día antes de conocerte intenté llamarlo para disculparme, aunque no me tomó la llamada. Debe haber visto mis declaraciones y está molesto.

—Las cosas ya han ido demasiado lejos para detenernos por cortesías. Hay muchas vidas en juego. Si tu amigo, o quien sea que te lo haya dicho, tiene algo que aportar, tendríamos que llegar al fondo.

El timbre de la puerta los hizo brincar por la sorpresa. Penélope corrió a la cocina para ver en la pantalla del intercomunicador la imagen del portón externo. Un hombre regordete se movía con impaciencia, como si le urgiera ir al baño. Dijo llamarse Kravis y ella accionó el botón de apertura. Dos minutos más tarde entró al departamento de Page.

37. ¿Qué quiere Wotan?

La advertencia de Fitzgerald llegó apenas a tiempo. Se encontraba a veinte metros de su departamento cuando recibió la llamada que lo paró en seco. Alcanzó a ver al reportero empujar la puerta externa e ingresar al edificio. El director de la Triple A lo había puesto sobre aviso de la llegada del periodista, gracias a la intervención que mantenían sobre el teléfono de Mason. Con un poco de suerte, le dijo, Kravis no se enteraría de que se trataba de la casa de un exasesor de la Casa Blanca; eso podría levantar sospechas terribles.

A Page le pareció que ya era una tragedia que un reportero se encontrara en su casa para entrevistar a dos personas que Fitzgerald estaba a punto de «limpiar», como él decía. ¿Cómo diablos sucedió que una operación perfectamente planeada, que él estaba destinado a ver desde lejos, se hubiera instalado en su cocina? Nunca debió haber aceptado la encomienda de acercarse a Mason y mucho menos involucrarse con Penélope. El recuerdo de la mujer y su bata entreabierta le provocó, de nuevo, una vaga sensación lastimosa, la irritación que provoca intuir una oportunidad perdida.

Lo peor era que ni él ni Fitzgerald estaban allí adentro para saber qué tanto le revelarían al reportero. Revisó la transcripción enviada por el pelirrojo a su teléfono de la llamada interceptada a Mason; Phil le había dicho que se encontraba de visita para cuidar de una amiga enferma. Eso significaba que su amigo no deseaba ventilar su nombre. Solo esperaba que se mantuviese firme en ese deseo durante la visita del reportero. Cualquier mención al tal Kravis sobre un alto exfuncionario, ahora involucrado en la precampaña electoral, tendría el mismo efecto que una gota de sangre en medio de un cardumen de pirañas.

Page esperó en una banca de un pequeño jardincillo, a cuarenta metros de la entrada de su edificio. Se sentía ridículo espiando la puerta de su propia casa. Pero nada le parecía más urgente que interrogar a sus amigos sobre el contenido de la charla tan pronto saliera el reportero. Se preguntó si algún agente de Fitzgerald estaría también acechando su edificio y de paso vigilándolo a él. Seguramente. El jefe de la Triple A le había dicho que ahora era más importante silenciar a Penélope y a Mason que seguir especulando con las fuentes secretas que callaba este último. Quien dijera tener pruebas de que Ramírez era inocente no había vuelto a abrir la boca y, en cambio, la presencia del reportero hacía muy peligroso que estuvieran vivos.

Lo que seguiría no sería amable. Según Fitzgerald, nadie sabía que Kravis había acudido a esa cita. No tendrían más remedio que eliminar al reportero. Provocaría suspicacias y constituía un riesgo meterse con la prensa, pero también los periodistas podían tener accidentes. Cualquier cosa antes de que el *Washington Post* publicara en un

mismo texto la versión de Penélope y de Mason y la relación que tenían con un exasesor de la Casa Blanca.

Absorto como estaba, Page apenas percibió el ligero vaivén de la banca de madera cuando alguien tomó asiento a su lado. Al girar la cabeza encontró a un hombre extremadamente pálido con una mancha sobre el ojo izquierdo. Durante algunos segundos no supo a qué atenerse. La calle se encontraba solitaria. Iba a decir algo, aunque prefirió mantenerse callado. Había algo atemorizante en la piel cadavérica del hombre, en su larga nariz, tan delgada que parecía ser transparente y, sobre todo, en el oscuro color café en torno al ojo, como si fuera un falso tuerto.

—¿Conoces a Kravis? —dijo con voz atiplada el extraño visitante.

—¿Y tú quién eres? —respondió, alejándose casi imperceptiblemente de él.

—Me envía Wotan.

Page sonrió, en parte por nerviosismo y en parte por la ironía. Al menos había otro en todo este entuerto que entendía de qué iba el nombre en código de la operación Nibelungos. Wotan, el dios supremo del Valhala. En la nomenclatura de Manchado, porque no tenía dudas de que fuera él, Wotan seguramente era Fitzgerald.

—¿Qué quiere Wotan?

—¿Conoces a Kravis? —repitió la pregunta.

—No, nunca he hablado con él.

—¿Y te reconocería él si te ve?

—Seguro. Cualquier reportero que cubre fuentes políticas en Washington sabe quién soy.

—Bien. Entonces te diré qué quiere Wotan.

38. El Cuarto Poder sale de escena

*En Minnesota ya comprobaron que no es lo mismo la
inmigración de escandinavos que la ola de centroamericanos que conducen taxis que huelen horrible.*
Dan Thompson

Le contaron a Kravis todo lo que sabían, excepto la identidad del amigo que juraba conocer a Ramírez y todo lo que tenía que ver con Page. Penélope ni siquiera fingió estar enferma. Sin que le importara repetirlo por tercera vez en dos días, describió con pelos y señales cómo y por qué había llegado hasta Washington. Penélope le aseguró que Saúl llegaría al día siguiente y podría confirmar su testimonio.

Al finalizar su relato estaba entusiasmada. Veía la posibilidad de mostrar al mundo la infamia que solo conocían ellos, parar de una vez por todas el linchamiento en contra de los hispanos y, de paso, recuperar de alguna manera la vida que había llevado. Le hizo prometer al reportero que no se acobardaría y exhibiría todo lo que ella le había relatado. Penélope tomó nota de alertar a Saúl para que este le dijera al periodista que la muerte de Coyote había sido en defensa propia al tratar de salvarla. Por fin, todo parecía acomodarse.

Kravis tampoco escondió su entusiasmo, había ido a recoger el testimonio del profesor, en lo que al parecer no pasaba de ser una especulación, y se había encontrado con el tesoro de una conspiración en toda la línea, al menos en lo que respecta a los incidentes de Los Ángeles, y si eso había sido una maquinación montada desde arriba, como lo aseguraba Penélope, había razones para pensar que las otras dos tragedias habían sido también orquestadas. Tendría que ir a Los Ángeles, desempolvar el pasado del tal Coyote, investigar en qué andaba metido, confirmar la existencia de Peter, posible miembro o exmiembro de una agencia de seguridad, y relatar la cacería que se había desatado en contra de los pandilleros utilizados en la operación. Un trabajo arduo pero fascinante. Si lo conseguía, era material para un Pulitzer, el caso que había estado esperando toda la vida.

Si bien es cierto que la mujer resultaba un tanto excéntrica, tenía la ventaja de ser muy guapa. Algo nada despreciable a la hora de ilustrar un reportaje. Lo más importante es que había en ella algo natural y genuino, ninguna impostación, una vehemencia que en boca de otros inspiraría desconfianza, pero en la de ella simplemente provocaba el deseo de ayudarla. Quizá la camiseta que ahora vestía podría resultar demasiado modesta para efectos de la credibilidad necesaria en estos casos, una blusa elegante lo resolvería, juzgó. Y, por lo demás, cualquier exotismo de Penélope quedaba más que compensado por la presencia de un profesor de Georgetown con toda la pinta de ser un profesor de Georgetown. Una combinación perfecta para atraer la

atención del lector.

Satisfecho, les aseguró que su relato coincidía con sus sospechas y que, una vez confirmadas, con las pistas que le habían proporcionado, el *Washington Post*, sus jefes, no se negarían a publicar una nota que se convertiría en la más explosiva desde Watergate. «Mil gracias, tengo todo lo que necesito en mi Justiciera», les dijo, cerró su libreta negra y la guardó en su mochila. En eso era un reportero de la vieja escuela; salvo cuando necesitaba un testimonio final, prefería sus notas a cualquier grabación, además, su experiencia le decía que la mayoría de los informantes solía guardarse cosas frente a una grabadora. Y ahora no había sido la excepción, la mujer no parecía haberse quedado con nada. No así el profesor, pero su presencia asintiendo a lo que ella decía había sido más importante que sus palabras.

El entusiasmo de él empataba con la exaltación de ella. Sin pensárselo, Penélope se puso de pie y le dio un abrazo, un acoplamiento más bien incómodo porque él no alcanzó a incorporarse del sillón individual en el que se había sumido.

A Mason, en cambio, todo el asunto lo dejó más preocupado de lo que ya se encontraba. Temía por su amigo, cuyo nombre tarde o temprano se haría público, temía por Matilde y temía por él. Le entró prisa por desembarazarse del periodista; Penélope le había dicho que habían recurrido al teléfono de una estudiante para llamar a Los Ángeles y Kravis insistió en conocer su nombre. «La autenticidad de una nota periodística está en los detalles», les dijo para justificar la necesidad de revelar la identidad de la propietaria del celular. Pero eso no convenció a Mason; no quería exponer a la chica, y a las claras se notaba que Kravis era un reportero que utilizaría a su madre con tal de aumentar el dramatismo de un reportaje. Al parecer, este leyó su mente, porque el periodista escudriñó la sala como si súbitamente hubiese recordado algo.

—El señor de la foto, ¿es el dueño del departamento? —preguntó, mirando al otro extremo de la habitación, a una pequeña mesa desde donde una imagen de Page los miraba enfundado en un uniforme de los Yanquis con un bat al hombro—, porque supongo que no es de usted, considerando que viene desde California. —«Y los millones de dólares que esto vale», pensó aunque no lo dijo.

Los otros dos siguieron su mirada y Penélope recorrió la distancia hasta el marco depositado en la mesita; se acercó y tomó en sus manos la imagen para quitarla de la vista del reportero.

—Era un novio, un banquero que vive en Nueva York y apenas usa este sitio —dijo ella con un tono vago—, me acordé y se lo pedí prestado. Pero se ve horrible con esa gorra, no le hace justicia —concluyó y lo puso boca abajo, simulando un pretendido arranque de frivolidad.

—Ahora tiene que irse. Nadie debe enterarse de que hemos hablado con la prensa. No tenemos ninguna otra información para compartirle, al menos hasta mañana cuando llegue Saúl, si es que eso sucede —dijo Mason—. Además, tenemos que decírselo al chico y asegurarnos de que esté de acuerdo en hablar con usted.

—Desde luego, entiendo. Les suplico que me permitan entrevistarle tan pronto se pueda. Estaré atento a su llamada. Mientras, comenzaré a investigar algo sobre los esbirros de los que me han hablado. Se sorprenderán de las fuentes que un buen

reportero tiene en las agencias de seguridad supuestamente más herméticas —dijo, ufano.

Tan pronto salió del departamento, todavía en el elevador, el reportero le tecleó a Coreta un WhatsApp. *Bingo, historia explosiva con lo de los latinos, Pulitzer en camino, jaja.* Salió del elevador y envió el mensaje. Antes de empujar la puerta exterior le envió otro al mismo destinatario: *Checa si Luca Page, el que trabaja con Spencer, vive en Ontario 23, por favor.*

Salió a la acera sin haber decidido su siguiente paso. Quería, en efecto, comenzar la indagación de los personajes involucrados, pero también le habría gustado acechar el sitio para ver si en efecto era Page quien vivía allí. La historia se ponía cada vez mejor. Luego juzgó que la espera podía ser de muchas horas y perdería un tiempo valioso; apenas era el mediodía y el asesor de seguridad quizá llegase hasta la noche. En todo caso, tenía que quitarse de la puerta de entrada. Había dado unos pocos pasos cuando una voz al otro lado de la calle lo llamó por su nombre. Detrás de una camioneta y enfundado en una gorra, que no era de los Yanquis, reconoció a Luca Page, quien le hacía señas para que se aproximara. Sin pensarlo, cruzó la calle con una sonrisa en la boca; súbitamente todo lo relacionado con este caso comenzaba a facilitarse. Oyó el arranque de un coche un instante antes de sentir el golpe. Cayó sobre la acera y pensó con alivio que había salido bien librado; sentía un entumecimiento ensordecedor, pero ningún dolor. Un hombre se sentó sobre su torso, acercó su cara como si quisiese darle respiración de boca a boca, lo envolvió con la amplia gabardina que el tipo llevaba puesta y le estrelló el cráneo brutalmente contra el pavimento, le abrió los dedos de la mano aferrados al teléfono y se lo quitó. Luego le arrancó del hombro la mochila y se la escondió debajo del brazo, dentro de la gabardina. Antes de estallar, las neuronas del cerebro de Kravis articularon un último pensamiento: nunca obtendría un Pulitzer.

El hombre de la gabardina se puso de pie y pidió ayuda a gritos, luego sacó un teléfono del bolsillo y llamó al 911. Mientras tanto, el conductor responsable del atropellamiento, una mujer cercana a los cuarenta con atuendo de oficinista, bajó del vehículo en aparente estado de *shock*, gritando entre lamentos que el hombre había salido de la nada. Más tarde, ella diría que se había detenido en segunda fila para responder una llamada urgente de su teléfono y al reiniciar la marcha nunca advirtió a su víctima, que había cruzado la calle súbitamente y en un lugar prohibido.

Page se quedó ensimismado, incapaz de despegar la vista de la escena, hasta que un hombre pasó a sus espaldas, rozándolo y urgiéndolo a que se moviera. Tras unos segundos, caminó en dirección a la esquina con la cabeza gacha. Peter le había asegurado que su posición detrás de una vagoneta estacionada se encontraba en un punto ciego para las cámaras de seguridad, tanto públicas como las pertenecientes a los edificios de departamentos que se encontraban en esa cuadra. Al llegar a la esquina, un coche conducido por un desconocido lo recogió. Se quitó la chamarra gris y la gorra azul que le habían proporcionado y las dejó en el asiento trasero; el auto lo llevó a un estacionamiento subterráneo en donde lo esperaba un tipo en una motocicleta que lo condujo a la plaza comercial en la que solía reunirse con Fitzgerald.

—¿Es tu primero?

—¿Qué quieres decir?

—El reportero, ¿es el primero en tu cuenta personal?

—No entiendo qué dices, tu gente me presionó para que llamara su atención, ni siquiera sabía lo que iba a suceder.

—Nunca me has dicho quién concibió Nibelungos —dijo el otro en tono reflexivo—. Tan solo me llamó Spencer para decirme que te ayudara a poner en marcha lo que me ibas a proponer. Tuve que consultar la maldita palabreja para enterarme que tenía que ver con una cosa de Robert Wagner. Así que asumo que todo el asunto fue cosa tuya, muy propio de ustedes.

—¿Nosotros? —respondió Page, sin ninguna gana de aclararle al otro que estaba confundiendo al marido de Natalie Wood con Richard, el músico alemán.

—Los intelectuales. Creen que porque le ponen un terminajo culto y lo envuelven en teorías no se ensucian las manos con la mierda que nos piden que se haga.

—Hay razones de Estado.

—Exacto, lo que estoy diciendo, «las razones de Estado» —dijo Fitzgerald, impostando la voz—. Pero no importa cómo lo quieras ver, hoy habría cincuenta personas vivas si no se te hubiera ocurrido lo que se te ocurrió, incluyendo a Peggy, de Chicago, y otro montón de niños. Eres tan responsable como si tú mismo hubieses puesto veneno en el pastel y se lo hubieses metido en la boca. Y ese reportero estaría afuera del capitolio buscando chismes de algún senador y no camino a la morgue porque se le atravesó el ilustre profesor Luca Page.

—¿Y a qué viene todo esto?

—Viene a que dejes de poner esa jeta cada que te subes a este auto, como si yo fuese la mierda pegada en la suela del zapato a la que hay que resignarse cada vez que se sale a caminar al parque.

—Bájale. Estamos haciendo algo muy importante para este país, aunque para eso tengamos que hacer cosas que no nos gustan; tú las tuyas y yo las mías. El problema es cuando además yo tengo que hacer las tuyas, como hoy. Si se entera Spencer de que alguien que tiene contacto con el presidente estuvo presente en una ejecución en las calles de Washington por orden tuya, ¿sabes cuánto tiempo mantendrías tu trabajo? —«O tu vida», pensó Page, pero se contuvo.

—Si hubieras hecho mejor tus tareas, como dices, no habrías tenido que participar en las mías. Además, las haces muy mal. Me dijeron que te quedaste paralizado y casi lo echas a perder, que tuvieron que gritarte para que reaccionaras y salieras del lugar. Pusiste todo en riesgo.

Page recordó el trance por el que había pasado un rato antes: las piernas convulsionadas del reportero, los líquidos derramados del cráneo roto que formaron una pequeña estrella de mar sobre el pavimento. Pero, contra lo que pensaba Fitzgerald, no se había paralizado por el pánico sino por la perplejidad. Nunca había visto morir a un hombre, mucho menos a un hombre asesinado. Alguien, además, que probablemente llevaba en la retina la imagen de su rostro enfundado en una gorra azul y en las neuronas el nombre de Luca Page porque, era evidente, lo había reconocido y eso habría sido su último pensamiento cuando el auto lo embistió. Recordó una vez más la oscura fascinación que le provocó la vista de la sustancia incolora que salió de la cabeza de Kravis y lo atormentó la idea de que alguna de esas células ahora expuestas

encerrara su nombre, recién proferido, y estuviera a punto disolverse como una pompa de jabón.

—¿Qué sigue? —dijo a medio camino entre la impaciencia y la fatiga. Se había cansado de la discusión con Fitzgerald, solo quería que el asunto terminara de una vez por todas.

—Piérdete un rato mientras las autoridades restablecen la circulación. Alguien en la policía local nos ayudará para que el trámite en la calle sea lo más expedito posible. Una ambulancia ya retiró el cadáver. Luego quiero que te metas a tu casa y no vuelvas a salir en todo el día. No nos podemos dar el lujo de que tus visitantes anden circulando por el barrio. Enciérrense a cal y canto. Convéncelos de que cuando el dichoso Saúl se reporte, vaya a tu casa inmediatamente. De esa manera los tendremos a todos juntos y podremos por fin dejar todo esto atrás.

Page pensó en que, por primera vez desde que se subió al coche, Fitzgerald y él habían coincidido en algo. No fue una sensación agradable; entendía que necesitaba al jefe de la Triple A para hacer posible su plan, pero no pasaba de ser un instrumento burdo y brutal, y no alguien con quien quisiera compartir sentimientos o sensaciones comunes, mucho menos hacer equipo para asesinar a los dos que estaban en su casa.

Caminó un rato, tratando de desprenderse de la imagen de su amigo y de Penélope. Se esforzaba por recuperar las buenas sensaciones que siempre le había dejado la satisfacción de un trabajo bien realizado. Lo habían contratado para facilitar el regreso de su grupo político al poder y estaba cumpliendo su encomienda. Por doloroso que resultara, se dijo que a la postre sería bueno para Estados Unidos. En el fondo, un acto patriótico. Pero aquella palabra lo hizo pensar de nuevo en Fitzgerald.

39. Feromonas en la cocina

Evitemos que nuestras hermosas ciudades se conviertan en un gueto. Paremos la migración, fuera los ilegales.
Dan Thompson

Aun sin conocerlo, Penélope se daba cuenta de que una parte de él no estaba presente. Page entraba y salía de la conversación, y cuando se iba, tardaba en regresar. Ojos desenfocados, gestos de asentimiento vagos y distraídos, el movimiento suspendido al llevarse a la boca una taza de café que luego depositaba sobre la mesa sin haberlo probado. Ella supuso que la reunión a la que había acudido tan temprano en la mañana, al parecer de urgencia, debió haber sido algo grave, terrible quizá. No obstante, en un par de ocasiones regresó la mirada voraz que él le había dirigido la noche anterior.

Ella misma se había sorprendido de la manera acuciosa en la que se había acicalado, sabiendo que su anfitrión regresaría un poco más tarde. Se había metido en el baño de él y tomado un poco de champú y tratamientos para el cabello. Las cremas humectantes y sueros faciales que Page utilizaba parecían ser caros y sofisticados, y tenían la ventaja de carecer de aromas que pudieran delatarla. No se había maquillado, pero quedó satisfecha tras el largo baño de tina y las mascarillas para rostro y cabello que pudo aplicarse. Era un deleite destinar un rato al cuerpo y su limpieza después del abandono al que lo condenó durante tantos días. Volvió a teñirse el pelo de negro para fijar el color y al final terminó gustándole la imagen que le devolvió el espejo. Se estaba acostumbrando poco a poco a ser morena. Si bien el cabello oscuro le confería un gesto más grave, pensó que también la hacía parecer distante, elegante. Asumió que, como rubia natural, inevitablemente proyectaba una versión más sensual. No estaba mal, para variar, que por una vez en la vida los demás no la vieran como la imagen misma de la carnalidad.

Tenía que reconocer que Page parecía estar tan interesado en su conversación como en su cuerpo. Al pasar las horas él comenzó a relajarse, ayudado por un par de tragos; como si en algún momento hubiese decidido cerrar una cortina a todo lo que no fuese ella. Ahora hablaban como si hubiese algo que compartieran de tiempo atrás, intimidades que no necesitaban explicitarse y flotaban a su alrededor como si fueran viejos amantes. A pesar de que conversaban en la barra de la cocina, sentados uno frente al otro, ella sentía que el susurro de su voz llegaba en alientos cálidos que la envolvían. Penélope no necesitó seguir la mirada del hombre para saber que sus pezones se habían endurecido inadvertidamente y se transparentaban en la delgada camiseta. Sin embargo, él reaccionó con una ternura que la sorprendió. Page movió el brazo y con el dorso de la mano acarició su mejilla, viéndola a los ojos. Ella lo dejó hacer unos instantes y luego se incorporó, dio media vuelta y rellenó su taza de la

cafetera.

—¿Cómo es Dan Thompson de cerca? ¿De veras es el matón imbécil que parece ser?

—No sabría ni cómo comenzar a responder esa pregunta.

—Conmigo no tienes que posar —lo reconvinó ella en tono cariñoso, reinstalando la intimidación que había roto al darle la espalda—, prometo no decírselo al *Washington Post*. Penélope casi se muerde la lengua al mencionar al periódico. Sabía que tenían que contarle a Luca sobre la visita de Kravis, algo que seguramente no le gustaría; quizá había sido una imprudencia hacerlo en su casa sin su consentimiento. Prefirió esperar a Mason para decírselo juntos.

—No es por eso. El tema es más complejo. Thompson es una fuerza de la naturaleza, impone, arrastra, pasa por encima de todo.

—Un buleador.

—No lo sé, hay otra cosa. Es una fuerza de la naturaleza también en otro sentido; su voluntad se desencadena al margen de la voluntad de los otros, de las circunstancias o de cualquier consideración moral, política o incluso económica. Él está convencido de que su éxito como empresario y ahora político hace legítimos sus deseos y valida sus recetas para el país. Honestamente cree en ellas. Las trampas, mentiras y argucias no solo le parecen correctas, sino admirables e ingeniosas para sacar adelante su agenda.

—A mí me parece más bien un niño malcriado y berrinchudo, dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ganar.

—Entiendo lo que dices. Al principio yo también lo creía así, pero ahora no sé. Es un creyente de la tesis de la evolución del más fuerte. El principio darwiniano de la selección y mejoramiento de la especie —dijo él y notó su tono académico—; eso de que a todos nos conviene que los más aptos sean los que sobrevivan y tengan hijos —añadió, ahora moviendo las manos y con un tono pedagógico.

—Oye, no soy tan ignorante, no me tienes que explicar lo de Darwin, también fui a la escuela —protestó ella, divertida, falsamente ofendida.

—Disculpa, no pretendía, es que a veces le sale a uno lo pedante.

—No te preocupes, estoy al tanto, Darwin es ese al que le cayó la manzana de un árbol, ¿no?

—No, ese es...

—Ey, era broma, relájate, míster PhD.

Los dos se rieron y él pensó que le gustaría quedarse con esa mujer, aun sabiendo lo absurdo de su deseo. Tarde o temprano, ella se enteraría de que él era el responsable de eso que la había convertido en una víctima desesperada y había provocado la muerte de sus amigos. Luego se corrigió mentalmente: para ella no habría un tarde o temprano. De acuerdo con los planes de Fitzgerald, que también tenían que ser los suyos, ella estaría muerta dentro de unas pocas horas. Contempló una vez más sus pechos, los pezones ahora distendidos, y se resistió a la idea de que ese cuerpo cálido y de piel dorada, hecho para ser gozado, terminase convertido en materia inanimada. Se preguntó si habría oportunidad de hacerle el amor ahora mismo, antes de que fuese demasiado tarde. Recordaba el tormento que le había provocado en otras ocasiones haber perdido la oportunidad de añadir a su lista a una mujer hermosa. Se dijo que en los siguientes días prefería ser acosado por la nostalgia de una posesión perdida que

arriesgarse a poner los planes en riesgo.

Penélope lo miraba ahora con más curiosidad que otra cosa. Percibía algo oscuro en las cavilaciones del otro, sin poder precisar la causa. Le quedaba claro el deseo apenas contenido del hombre que tenía enfrente, el cuerpo ávido, la mirada codiciosa, pero también advertía una extraña resistencia, como si fuera sacudido por emociones encontradas. Se preguntó si Page tendría una mujer a la que le debía algún tipo de fidelidad, luego desechó la idea. Podría jurar que no era el tipo de persona que permitía que la lealtad se interpusiese a sus deseos más apremiantes. La clase de hombre que, para su desgracia, le resultaba irresistible.

Ahora fue ella la que extendió la mano y lo tomó por la hebilla del cinturón para atraerlo y pegarse a su cuerpo. Aproximaron sus rostros y examinaron mutuamente sus pupilas sin que sus labios se tocaran, aunque el aliento del otro llenara sus sentidos. Sonrieron sin otro motivo que la inminencia del gozo en el que estaban a punto de sumergirse.

—Ya regresaste —dijo Mason desde el marco de la puerta del estudio, sin saber bien a bien qué interrumpía, pues solo alcanzaba a ver las espaldas de Page y un fragmento de la cabeza de Penélope.

Se separaron con presteza, ella más bien sorprendida por lo repentino de la aparición, Page por un súbito ataque de incomodidad.

Él pensó que a ojos de su amigo pasaba por ser un mujeriego irresponsable, pero esta vez no quería que interpretara su relación con Penélope como una conquista frívola, como si quisiese cuidar la reputación de la mujer. Volvió a pensar en cuán absurdo resultaba todo.

—Hace un buen rato que llegué, creíamos que estabas dormido. Penélope me dijo que habías pasado una mala noche —dijo Page, justificándose.

—¿Y qué ha sucedido?, ¿pudiste enterarte de algo?, ¿de qué fue tu reunión, algo relacionado con esto? —preguntó haciendo un gesto en dirección a Penélope.

—Sí. El FBI tiene las manos llenas con la ola de violencia que se ha desatado. Incluso el comité de reelección cree que las cosas han ido demasiado lejos. Urge demostrar que los hispanos no fueron responsables.

—Es justo lo que hemos tratado de explicarte —dijo Penélope.

—Pero no es tan sencillo. Necesitamos reunir la evidencia que yo pueda mostrarles a nuestros contactos en el Senado y a las agencias de seguridad.

—Yo no estaría tan segura de que quieran hacer algo. ¿Cuántos hispanos hay en todos esos lugares: en el Senado, en las agencias de seguridad?

—Por Dios, los republicanos son antes que nada estadounidenses, no una sarta de nazis. Lo que necesito son pruebas. Si las tuviera, las autoridades se pondrían a buscar a los verdaderos responsables y todo el circo en contra de los hispanos se vendría abajo.

—Yo creo que sería más efectivo desenmascarar todo esto en los medios de comunicación y mostrarlo al mundo. A lo mejor no son nazis, pero tu presidente y algunos que lo acompañan no son precisamente Nelson Mandela —insistió ella.

—Justamente de eso queríamos hablarte. Ya hay un reportero dispuesto a ventilar la confabulación —terció Mason, consciente de que su amigo no aplaudiría la entrevista con el reportero del *Washington Post* y mucho menos que se hubiera realizado en su casa.

Page pensó que aquí tendría que poner cara de sorpresa, aunque lo único que pudo pensar fue en la cabeza rota de Kravis sobre el pavimento. Los otros dos interpretaron su expresión sombría como un gesto de preocupación.

—Él nos buscó, estuvo aquí hace rato, quiere publicar todo. Está convencido de que esto será el escándalo periodístico más grande en muchos años. —Penélope sonaba entusiasmada.

A pesar de saber que esa posibilidad residía en una morgue, un escalofrío recorrió el cuerpo de Page. Se imaginó una foto de él mismo y de Fitzgerald en las páginas de la prensa mundial. No obstante, se repuso, mostró incomodidad y pidió detalles de la conversación. Ella se los ofreció gustosa.

—Y no te preocupes, nos aseguramos de que tu identidad estuviera al margen. Penélope le dijo que esta casa era de un antiguo novio —dijo Mason y le señaló la foto boca abajo sobre la mesita de la sala.

—Bien. Esos reporteros son un poco paranoicos, quién sabe qué hubiera especulado de haberse enterado.

—Además, esa foto te favorece muy poco —agregó ella, categórica.

—Gracias, supongo —dijo él con una sonrisa.

—Estoy buscando a mi fuente para ver si puede entrevistarse con el reportero —añadió Mason.

—Yo también necesito saber de tu fuente, demostrar que lo de Chicago es un infundio. Dame algo que pueda enseñarle a Spencer. —Hizo un gesto en dirección a Penélope y agregó—: Mi jefe. Es urgente que las autoridades se pongan a buscar a los verdaderos culpables y, sobre todo, que garanticen la protección de ustedes dos.

—Y de Saúl—dijo ella.

—Y de Saúl. Por cierto, ¿cuándo llega? Hay que asegurarnos de que se venga para acá cuanto antes. En tanto no podamos neutralizar todo esto, ninguno de ustedes debe andar en la calle. Phil, ¿cuándo puedes conseguir algo de tu informante? Eso es lo más urgente.

—Voy a insistir ahora mismo —respondió. Extrajo su teléfono del bolsillo y se encerró en el estudio.

De nuevo a solas, Page y Penélope intercambiaron una mirada de complicidad. Ella se preguntó si retomarían el abrazo donde lo habían dejado, pero concluyó que era absurdo estar pensando en arrumacos en medio de lo que estaban viviendo.

—¿Tienes hambre? —Cuando él afirmó con un gesto, añadió—: Te enseñaré a preparar mi famoso gazpacho. Encontré una lata italiana de tomates a punto de caducar. Es lo único decente que puede hacerse con lo que tienes en la despensa y el refri. Había champaña, latas de caviar y almejas, vodka, unas trufas echadas a perder, pero no tienes leche, huevos; vamos, ¡comida!

Pasaron la siguiente media hora conversando y riéndose al menor pretexto, excitándose con cada roce involuntario, una explosión de hormonas que ella asoció con su adolescencia, cuando el sexo era aún algo oscuro y misterioso, una dimensión fascinante y peligrosa a la espera de que la devorara.

40. Aquí solo hay un adulto

Ver a esos dos juntos le había dejado una irritación malsana. ¿Cómo era posible que a unas horas de conocerse ya estuvieran camelándose y ocultando a duras penas las ganas que tenían de saltar encima del otro? No entendía esa laxitud para dejarse llevar por los apremios del cuerpo, como si el país no estuviera al borde del colapso y su departamento no hubiese sido saqueado, como si se encontraran de visita de placer y no en un refugio desesperado al que habían ido para salvar sus vidas. No le extrañaba en el caso de Luca, quien desde sus tiempos de estudiante se había caracterizado por preferir una noche de juerga con alguna compañera que estudiar para un examen decisivo al día siguiente. Sin embargo, el cabrón siempre se las había arreglado para librar las exigencias académicas e incluso brillar en las clases en las que su verbo y su carisma le permitían impresionar a un profesor.

Pero le sorprendía la liviandad de Penélope, quien, a juzgar por su relato y la desaparición de sus amigos, se encontraba en peligro de muerte. Y, no obstante, la había oído reír una y otra vez durante la conversación que sostenía con su amigo en la cocina. No podían ser celos, se dijo; la mujer simple y sencillamente no estaba a su alcance, y no solo porque fuera demasiado alta. Pero eso no quitaba que resultara doloroso saber que le estaban vedados los senos grandes de Penélope que su amigo acariciaría o que nunca sería el destinatario de la carcajada sensual y cómplice que escuchaba ahora mismo. Desde muy joven había aprendido que cierto tipo de mujeres no pertenecían a su liga, aunque, bien mirado, se preguntó cuál sería su liga, si es que estaba en alguna. Hacia buen rato que no tenía una compañera, ni siquiera para salidas ocasionales.

Se dijo que tenía que dejar de rumiar sandeces. Alguien debía actuar como adulto responsable y ciertamente no serían los dos que se encontraban en el festín de hormonas de allí afuera. Había que definir un plan de acción. Examinó las opciones y concluyó que, aunque infantil y desproporcionada, la reacción de Penélope frente a la oportunidad que ofrecía el reportero del *Washington Post* no estaba desencaminada. Era la mejor opción, si no es que la única. En tal caso, tenía tareas por delante; había que conseguir las pruebas para demostrar que la violencia de las bandas de Los Ángeles había sido resultado de una instrumentación y que el envenenamiento de niños en Chicago no era obra de un capataz latino, o al menos no de Ramírez. Para lo primero había que esperar la llegada de Saúl y recabar nombres de personas y la cronología de los hechos, para que Kravis y sus colegas hicieran investigación de campo, grabación de testimonios, indagación de los involucrados, comenzando por el tal Coyote o por Manchado.

Lo de Chicago, en cambio, era una pelota que estaba en su cancha y eso no lo hacía feliz. Debía hablar con su amigo y convencerlo de que saliera del anonimato. Lo conocía lo suficiente para saber que su comentario sobre la inocencia de Ramírez no era una balandronada, pero desconocía las pruebas que lo sustentaban. Su colega tendría evidencia, de eso no tenía duda; ahora había llegado el momento de que la abriera al público. Tendría que presionarlo, aunque no imaginaba cómo diablos conseguiría tal cosa. En la comunidad en que él se movía resultaba inconcebible la mera posibilidad de que el Doctor Cien, como era universalmente conocido, fuese alguien susceptible de ser presionado, mucho menos amedrentado. El hombre estaría consternado por la terrible escalada de violencia que se había desatado en contra de la población latina y con suerte eso lo empujaría a dar un paso al frente.

Le habría gustado tratar el asunto personalmente con él, pero sería imposible desplazarse a Chicago, atrapados como estaban. Si lo que Page decía era cierto, y el saqueo de su departamento parecía confirmarlo, estaban condenados él y Penélope a mantenerse enclaustrados hasta que esto se resolviera. Tendría que ser por teléfono, pero entendía que el suyo probablemente estuviera intervenido, como decía Penélope. Por un momento pensó en pedírselo a Page, aunque sabía que su amigo se negaría; un exasesor de la Casa Blanca no podía involucrarse con un contacto sobre el cual autoridades y prensa se volcarían como lobos en celo.

Tal vez podría hacer la llamada del celular de Matilde, una vez más. Ella no estaría en el radar de la policía y ni atraería la atención. Rebuscó en su lista de contactos y apareció la foto sonriente de ella; antes de oprimir la tecla de llamado, abrió la imagen y contempló su cuerpo enfundado en un vestido blanco sacudido por el viento del mar que se encontraba a sus espaldas. Una cálida onda de agradecimiento se extendió por su pecho al recordar la disposición incondicional que ella mostraba para todo lo que él pedía. Volvió a preguntarse si habría un riesgo para la joven, pero desechó la idea. Además, le urgía hablar de otros temas que no tuvieran relación con la pesadilla en la que se encontraba. Comentar sobre cursos y bibliografías, chismes del campus, preocupaciones de la tesis, cualquier cosa que lo relacionase con la vida que lo esperaba allá afuera y le permitiese recordar que esto no era más que un paréntesis pasajero.

41. ¿Qué es eso de los nibelungos?

Sabemos que hay estadounidenses leales de origen hispano. Disculpen las molestias, hay que separar la paja del trigo. Les pedí a mis colegas del Senado que emitan un decreto para entrevistar a todo latino. Los buenos recibirán un sello que pueden usar sobre la ropa.

Dan Thompson

Page observó el tuit del expresidente y se lo mostró a Penélope. Ella le enseñó el dedo anular en desaprobación. Se encontraban aún en la barra de la cocina, terminando de preparar el gazpacho y una ensalada de atún con la mayonesa y las latas de granos de maíz que habían encontrado en la alacena. Durante la última media hora, ella había tratado de mantenerse en el lado opuesto de la barra, menos por temor al deseo de su anfitrión que al suyo. No quería acabar en otra escena de arrumacos en la cocina; en cualquier momento aparecería de nuevo el profesor, seguramente el más decente de los tres, y no deseaba pasar a sus ojos como una mujer irresponsable. Prefería que lo que fuera a suceder entre Page y ella transcurriera de manera más discreta; quizá por la noche, cuando todos se hubieran retirado.

—Al rato les van a pedir a los hispanos que traigan una cruz en la solapa, como los judíos en la Alemania de Hitler —dijo finalmente, haciendo un gesto en dirección al teléfono de Page.

—Tampoco es para tanto. No voy a negar que el candidato es algo arrebatado y le falta tacto para decir las cosas. Pero todo esto al final puede ser favorable para los propios latinos —respondió él, tanteando el terreno.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser útil que sean buleados por todo el país? Díselo a los que han estado linchando en Texas, en Georgia y no sé en cuántos lugares más.

—A ver —dijo él, en tono doctoral—. Hay millones de inmigrantes que ya se han asentado, se han integrado y forman parte de la nación. Ellos son los más afectados por las oleadas que llegan del sur, sin educación, sin conocimiento de las leyes, las costumbres, y ya no digamos el idioma. Se integran en guetos en los que domina el desempleo, las drogas y la violencia. La imagen que proyectan los ilegales perjudica a los que llegaron antes y han hecho todo el esfuerzo de hacerse estadounidenses. Muchos de ellos en realidad así lo piensan, aunque no se atreven a reconocerlo. ¿Cuántos latinos hay entre las patrullas fronterizas? La mayoría. ¿Sabes cuántos votaron por Thompson?

—No me jodas, Luca, es gente que viene huyendo de la miseria, como antes los irlandeses o los italianos. Cerrar la puerta a los hispanos no es muy estadounidense que digamos. —Ella pensó que esa tarde no necesitaría contener el deseo de pegarse a Page. Súbitamente se le habían quitado las ganas de acercársele.

—Exacto. Y antes de ellos, los ingleses y los alemanes. Justamente, dejaron de venir y por eso pudieron integrarse. Mira el viacrucis que ha sido en el caso de los afroamericanos; al margen de lo inadmisibile que resulta la esclavitud, ¿qué habría

pasado si todavía siguieran llegando? Seguramente, en algún momento la sociedad habría pedido cerrarles las fronteras, como también habría sucedido si irlandeses e italianos aún estuvieran viniendo. Todo lo que está pasando es una desgracia, pero ayudará a matizar la entrada de nuevas olas latinoamericanas y ello permitirá que se consoliden las que ya llegaron. —Page hizo una pausa y se preguntó si su explicación estaba resultando demasiado académica, o quizá eran sus argumentos los que no la convencían. Le gustaba el mohín de su cara, aunque resultaba obvio que era de disgusto —. Es como el café con leche; si se te pasa la leche, hay que ponerle más café y viceversa, pero si nunca dejas de gotearle leche, la mezcla se va a desequilibrar. Los hispanos, como antes los italianos, los afros o los irlandeses, han hecho grandes aportes a lo que hoy es Estados Unidos, su mestizaje, su cultura plural. Necesitamos un periodo de contención para asimilar a los que ya han llegado. Y, por lo demás, seguirán creciendo más que el resto de la población si siguen cogiendo con esa fogosidad — concluyó, tratando de quitar solemnidad a la conversación y regresar al ambiente de intimidad que había desaparecido. Pensó que allí había una idea que podía prosperar; seguramente el comité de campaña vería con buenos ojos esta idea: una ayuda para revestir de humanismo la aversión del candidato a los inmigrantes. Se dijo que tendría que enviarle una nota esa misma tarde a Spencer.

Penélope guardó silencio. Ya no le estaba gustando tanto el galán. Inteligente como el carajo, aunque sin corazón. Creyó que tenía la batalla perdida; nunca le ganaría a alguien que se dedicaba a hacer discursos para vivir, pero eso no la detuvo.

—Recibimos a la gente porque necesita ser acogida y está desesperada, busca tener una oportunidad, no porque al país le convenga o no. En la escuela nos hacían sentir orgullosos de formar parte de Estados Unidos porque era la tierra de las oportunidades para todos, de la libertad y de los brazos abiertos. Ahora resulta que vamos a ser cadeneros como en el antro: tú sí, tú no; tú estás bonito, vas para adentro; tú no traes ropa a la moda, vas para afuera.

Ahora la indignación había enrojecido la cara de Penélope. Page maldijo el momento en que se le ocurrió abrir la boca. Sin embargo, intentó un último argumento.

—Lo que dices es cierto, pero hay un momento en que lo cuantitativo barre con lo cualitativo. —Hizo una pausa y pensó, de nuevo, en que su frase resultaría incomprensible para ella. Resultaba frustrante; se dijo que, para sostener un intercambio de ideas, los interlocutores necesitan un corpus compartido, lo cual en este caso resultaba imposible. Para efectos prácticos, hablaban dos idiomas distintos. No obstante, aunque fuera por el placer de escucharse, soltó lo que tenía que decirle, le gustara a ella o no—. Al ritmo que vamos, en unos veinticinco años, quizá menos, los blancos serán una minoría en este país. Algunos teóricos hablan de un genocidio silencioso en contra de la raza blanca, producto de la invasión de hispanos y otras etnias. Muchos consideran que traerá como consecuencia no solo la declinación de una raza, sino también el fin de la cultura estadounidense como la conocemos; será barrida por un mosaico de culturas de gueto y étnicas incapaces de mezclarse.

—Sé de lo que me estás hablando, la teoría del francés ese, el que habla del «gran reemplazo», ¿no?

—¿Has oído hablar de Renaud Camus? —se sorprendió Page.

—¿Así se llama el cabrón? Claro que oí hablar de él; durante una semana me tuve que zampar horas y horas de tertulias y debates en la radio y en la televisión. Me cansé de escuchar la teoría esa del ataque de las hordas del sur y la necesidad que tiene la «gente bien» de detener a como dé lugar esa invasión. Y no creas que la soltaban lunáticos con sombrero tejano y una escopeta entre las piernas. Más bien eran especialistas y académicos como tú. Eso sí, todos blanquitos y seguramente bien servidos por jardineros y *baby-sitters* de Oaxaca que no ganan ni el salario mínimo. —El tono y el rostro de Penélope habían vuelto a encenderse.

—Lo importante es cómo conseguimos que los latinos que ya forman parte de la sociedad estén más integrados, menos marginados —respondió él, aunque con menos énfasis, buscando una salida. Prefería terminar cuanto antes esa conversación.

—Pues metiéndole más ganas a integrarlos; si vieras las broncas que teníamos para conseguir dinero para el SAPO. Los barrios bravos les valen un pepino a las autoridades, las escuelas son terribles, no hay oportunidades. Conocí a pandilleros inteligentes que habrían triunfado en cualquier escenario si hubieran tenido otra salida. Pero no la tienen. No se trata de cerrar las fronteras, sino de esforzarnos más para que toda esa gente pueda crecer y tener una oportunidad. Ahora conocerás a Saúl, un líder nato, inteligente y orgulloso. Ya lo verás. —Penélope se interrumpió. Pensó que seguramente no sucedería eso, que Page rechazaría al pandillero por su apariencia, su manera de hablar, su falta de estudios. Sería incapaz de captar los extraordinarios talentos que ella percibía en su amigo. Concluyó que la conversación carecía de sentido; para entenderse, dos personas debían compartir un mínimo de valores morales y estaba claro que los de Page estaban más cerca de los de Thompson, aunque los envolviera con más elegancia.

—En eso estamos de acuerdo —respondió Page en tono condescendiente, preguntándose si debería estar celoso del tal Saúl—, hay que darles una oportunidad a los que se encuentran acá. —Estaba a punto de añadir algo más, pero lo interrumpió la vibración del teléfono que tenía en el bolsillo del pantalón.

—¿Pues cuántos celulares tienes? —dijo ella, mirando el otro aparato, el que reposaba en la mesa, entre ellos.

—Ese es el personal —respondió él, siguiendo su mirada—. Este es el de la oficina; ya sabes, temas de seguridad nacional —añadió, lo extrajo del bolsillo y observó la pantalla—. Debo tomar esta llamada.

—Hazlo, yo voy a ver cómo está el profesor. No lo conozco bien, pero me parece que está algo deprimido.

Page asintió y decidió encerrarse en su recámara. Los gritos de Fitzgerald le hicieron pensar que esta llamada no iba a ser rutinaria. Bueno, ninguna con el director de la Triple A lo era. El pelirrojo estaba alterado, o tan alterado como pudiera estar un hombre tan contenido; hablaba más rápido y con un tono ligeramente más agudo que lo usual. Le dijo que Kravis había enviado un mensaje a una colega del periódico para verificar si Ontario 23 era el domicilio de Page. O por lo menos eso es lo que entendió el propio Page, porque el otro hablaba entre alegorías y códigos, esforzándose por hacer ininteligible la conversación a un oído indiscreto. El analista comprendió la alarma del agente. Tratándose del último mensaje enviado por su colega antes de

morir, la reportera recibiría la encomienda como una misión impostergable, incluso si se tragaba la versión de que la muerte había sido un accidente. El asunto se estaba tornando en una pesadilla; cada que intentaban hacer un control de daños terminaban metidos en un problema mayor. Antes de continuar, decidió meterse al baño. Hablar de esas cosas por teléfono era inusual en Fitzgerald, desconfiado por naturaleza.

Por su parte, y sin que él lo advirtiese, Penélope había caminado en dirección al estudio en el que se encontraba Mason, pero en el camino decidió pasar antes al medio baño que se encontraba sobre el pasillo. Por el vano de la ventilación escuchó una puerta cerrarse y luego la voz de Page, ligeramente distorsionada por los ductos que, supuso, conectaban ambos baños.

—¿Y? ¿Qué vamos a hacer con la colega de Kravis? —preguntó Page.

—Sin nombres.

—Okey. ¿Cómo vas a remover ese nuevo obstáculo para Nibe-lungos?

—Estoy en ello. Solo te hablé para decirte que por ningún motivo aceptes una llamada o una visita del *Post* sobre la empresa que estamos construyendo. Estoy a unas horas de arreglar todos los pendientes. Convierte tu casa en un oasis aislado, sin conexión con el mundo, digo, para que estés totalmente concentrado y sin distracciones.

—Y lo de los Cervecedores, ¿ya sabemos algo? —Page estuvo a punto de preguntar por la filtración de Milwaukee, pero recordó a tiempo el apodo del viejo equipo de beisbol de la ciudad. Si lograban borrar todo lo relacionado con el reportero y con los que se encontraban en su casa, solo quedaría pendiente cerrar la fuente que argumentaba la inocencia de Ramírez, el capataz de la fábrica de pasteles.

Fitzgerald guardó silencio un momento, sin estar seguro de entender la pregunta del otro; lo malo de tratar con aficionados es que todos se creían expertos por haber visto algunas películas de espionaje.

—Estamos cerrando esa línea. Ya no necesitamos que nos ayudes con eso.

—Okey. ¿Algo más?

—No apagues este teléfono.

La llamada dejó más que preocupado a Page. Se acercó al lavabo y se echó agua en la cara. Ya no quería pensar más en Penélope, en reporteros del *Washington Post* o incluso en su amigo Mason. Habría querido encerrarse en su recámara y dedicarse a escribir un memorándum para Spencer y Thompson sobre la necesidad de los equilibrios étnicos en el crisol americano o sobre la oportunidad que ofrecía la crisis para repensar el aporte de las subculturas a la gran cultura nacional. Page ahora solo quería que Fitzgerald y su siniestra gente eliminaran el problema sin que él tuviera que enterarse de más detalles.

Extrajo de su portafolio la *laptop* y se subió a la cama. Tecleó un título: «Ha llegado el momento de oscilar». Luego se lo pensó dos veces y decidió anticipar por WhatsApp algunas frases a Spencer. Quería ser de nuevo un asesor y olvidarse por el momento de la mierda en la que se había metido.

Cuando Penélope percibió que la llamada había terminado, salió del baño procurando no hacer ruido. La conversación, aunque fuera solo la parte de Luca, la había dejado perpleja. Apenas un rato antes ella le había informado de la inesperada

visita de Kravis y luego no se habían separado. Y sin embargo, a juzgar por lo que acababa de oír, Luca estaba al tanto de la visita del reportero. Algo no encajaba. Esperó unos instantes de pie, en el pasillo, con el deseo de encararlo y resolver su confusión, pero él no reapareció. Luego pensó que tampoco estaba preparada para decirle que lo había escuchado a sus espaldas. La conversación podía terminar mal para ella y para Phil.

Incómoda, caminó al estudio en el que se encontraba el profesor, entró a la habitación y cerró la puerta detrás de ella. Repentinamente sintió que, de nuevo, eran solo ellos dos contra el mundo.

—¿Qué es eso de los nibelungos? —le preguntó al profesor, quien revisaba tuits en la pantalla de su teléfono. La palabra le resultaba ajena, aunque tenía la impresión de haberla escuchado recientemente en algún otro lugar.

—Los nibelungos... —repitió Mason, un tanto extrañado—. Si no recuerdo mal, vienen de la mitología germana o escandinava. Son una raza inferior, enanos del inframundo dedicados a trabajar. Wagner los popularizó en las óperas de las valquirias, en las que su líder se rebela contra los dioses. Pero se me olvidan los detalles, no soy muy aficionado. Luca es el que sabe de eso, le encanta la ópera. ¿Y a qué viene la pregunta?

—Nada, se lo oí a Luca, justamente. Oye, ¿y cómo es que ustedes siguen siendo amigos? Tú te has dedicado a estudiar cosas a favor de los hispanos, mientras que él sirve a una punta de reaccionarios racistas, y comienzo a pensar que él también lo es. No lo entiendo.

—El asunto no es de buenos y malos. Yo no soy activista a favor de los chicanos, soy un historiador social que documenta el alcance, a veces positivo a veces negativo, de la inmigración en las zonas industriales. Y Luca es una mente que sirve a la administración pública, ayuda a hacer más racionales las decisiones del gobierno. Las circunstancias hicieron que fuera invitado al gabinete de Thompson. ¿Te parece que eso es malo? No sé, igual es útil que personas como Luca asesoren a estos fanáticos para que al menos maten sus puntos de vista. ¿No lo crees?

—Supongo. Pero de donde yo vengo las manzanas son manzanas y las peras son peras —respondió ella por decir algo. Sabía que eso no era cierto; de donde ella venía había tipos inclasificables, como Saúl y Pancho. Eso le hizo pensar en su amigo y la impresión que provocarían sus tatuajes de chico duro, su pinta de pandillero. Solo esperaba que el profesor y el reportero supieran aquilatarlo más allá de su apariencia. No sería fácil que Luca lo hiciera; ahora que había escuchado sus argumentos y veía las superficies pulidas y los libreros repletos de libros y discos de música clásica, cayó en cuenta de que Saúl encajaría en este sitio como un grafiti en Buckingham.

—Tienes que ver esto —dijo Mason, aunque simplemente se lo leyó—: «Un poco de café en la leche es bueno, demasiado destruye la bebida. Es hora de decidir cuántos latinos son demasiado», Dan Thompson.

—Mierda, se lo acabo de oír a Luca.

42. Un minuto de 40 segundos

Coreta miraba incrédula el asiento vacío de Kravis, a tres metros del suyo. La vista del cojín sucio y roído que usaba a manera de riñonera y que el reportero se negaba a cambiar, pese a los exhortos del gerente de piso, hacía absurda la idea de que su excéntrico ocupante hubiera desaparecido. Pero Epson había sido categórico en la breve reunión que había sostenido en su despacho con los reporteros de la sección. El editor había recibido el informe de la policía minutos después de que un sargento se percatara de la credencial del *Washington Post* que la víctima portaba en la cartera. Antes de hacer oficial el deceso, el propio Epson había llamado a un funcionario de la policía de alto rango para confirmar la noticia. Este le devolvió la llamada poco más tarde: el cuerpo aún no había sido identificado oficialmente, un medio hermano que Kravis tenía en la capital iba en camino a la morgue; no obstante, el capitán había accedido a enviarle una foto del rostro de la víctima como un favor personal.

Epson les había informado que el reporte policiaco provisional era categórico: se trataba de un infortunado accidente. Al parecer Kravis, de manera distraída, había intentado cruzar la calle, saliendo intempestivamente entre los carros estacionados y desde un lugar prohibido. Sin embargo —dijo el editor en jefe—, la autopsia de rigor podría darles más detalles sobre las circunstancias concretas de su muerte. La breve reunión había terminado con un incómodo momento, muy a tono con las extravagancias del propio Kravis: Sara, la redactora de sociales, pidió un momento para elevar una oración por el alma de su compañero. Pero Epson, un ateo recalcitrante, juzgó que ni Kravis ni nadie desacralizaría su pequeño reducto y contrapropuso un minuto de silencio en recuerdo del colega. Sara murmuró que no era lo mismo, aunque no le quedó más remedio que aceptarlo. Sin despegar la vista del reloj de pared, Epson vigiló las manecillas con el celo de un inspector de trenes y a los 40 segundos juzgó que había sido suficiente. El resto de los asistentes agradecieron ser liberados por fin y estar en condiciones de salir a difundir la mala noticia entre el resto de la sala de redacción.

No fue el caso de Coreta. Recordó el mensaje que había recibido de Kravis horas antes y al que apenas había prestado atención. Ahora se dio cuenta de que en realidad eran dos. *Bingo, historia explosiva con lo de los hispanos, Pulitzer en camino, jaja*, había sido enviado a las 12:53, seguido de otro: *Checa si Luca Page, el que trabaja con Spencer, vive en Ontario 23, por favor*. Los dos mensajes eran Kravis en estado puro; el primero, la típica jactancia del reportero, siempre a punto de descubrir la mina de diamantes y siempre, también, cantando victoria antes de conseguirlo. Pero el segundo era asimismo un fiel reflejo del otro rostro de su colega: su indeclinable vocación de sabueso en persecución de una pista. Y, sin embargo, lo que más la conmovió fue la última expresión: «por

favor». La dramática manera en que Kravis la pronunciaba, el gesto desolado con que la acompañaba, era casi una parodia de la desesperación, aunque ella siempre la había encontrado irresistible; una y otra vez terminaba trayéndole el café o la fotocopia solicitada. Con tristeza se dijo que esta vez no podría ayudarlo. Con todo, se preguntó qué tendría que ver Luca Page con lo que su colega andaba investigando. Probablemente nada, considerando las disparatadas hipótesis de su compañero, pero no podía dejar de pensar que ese «por favor» había sido la última palabra pronunciada, así fuera en un WhatsApp.

Primero quiso responderse esa pregunta, consciente de que se trataba de una curiosidad morbosa aunque igualmente punzante. ¿Había sido en efecto su última palabra? ¿Cuánto tiempo había pasado entre el mensaje y el accidente? Decidió, al menos, quitarse esa duda, aunque fuese por razones personales. Llamó a su propio informante de la policía, resultado de sus ocho años de cobertura de la fuente criminal y los muchos favores acumulados. «Estaba esperando tu llamada —le dijo la mujer—, sabía que ustedes eran amigos y yo también lo conocía, incluso hice un par de indagaciones por mi cuenta». La mujer era la responsable de la bitácora que concentra la actividad de las distintas delegaciones policiacas. Le dijo que la llamada al 911 había sido recibida a las 12:59. Las dos lamentaron el terrible accidente y estaban a punto de despedirse cuando Coreta creyó detectar una vaga reticencia para poner fin a la conversación de parte de su fuente.

—¿Algo más? ¿Cualquier cosa que me puedas decir?

—Nada. Solo me extrañó que el reporte señalara explícitamente que entre las cosas encontradas en los bolsillos de Kravis no había ningún celular. Eso es tan inusual hoy día que incluso llamó la atención de quien hizo la anotación.

—Mmm..., tienes razón. Es extraño porque lo traía con él. Unos segundos antes me envió un mensaje.

—Eso lo explicaría; si lo traía en la mano, con el impacto del coche debió salir volando. Supongo que estará todavía por allí tirado y los de la ambulancia no lo vieron.

—O lo metió en su mochila.

—¿Cuál mochila? No traía nada.

—¿Estás segura? Eso todavía es más extraño. Nunca se separaba de su computadora. Su mochila a la espalda era su marca registrada, casi un retrato, parecía una tortuga ninja —dijo Coreta y a ella misma la sorprendió la ternura que la inundó.

—Estoy viendo el reporte..., unas llaves en el bolsillo del pantalón, un *ticket* de tintorería, 43 dólares en billetes y unas monedas. Punto.

Coreta pasó un minuto contemplando el teléfono fijo desde el cual había realizado la llamada, como si el aparato pudiera darle una respuesta a su desazón. Y quizá podía, pensó. Era la vía, al menos, para cumplir la última voluntad de su amigo. No tenía idea de por qué Kravis quería saber si Ontario 23 era el domicilio del asesor del exconsejero de seguridad, pero no tenía ningún problema en averiguarlo. Le llamó a Paul Arenas, del centro de documentación del propio diario. Arenas era un enfermo de la estadística, probablemente el hombre que, a excepción de las agencias secretas, sabía más datos útiles e inútiles de la clase política de la capital. Su fichero era exhaustivo. Dos minutos más tarde había confirmado que, en efecto, como su colega lo había supuesto, allí vivía

Luca Page.

43. El héroe de la película

—Phil, ¿te acuerdas si le dijimos a Luca el nombre del reportero cuando le contamos que había venido alguien del *Washington Post*? —preguntó Penélope. Habían pasado buena parte de la tarde en el estudio que le había sido asignado al profesor. Él, ojeando libros y revistas de los anaqueles; ella, dormitando a ratos, fiel a su costumbre de evadir la ansiedad a golpe de siestas, así fueran ingratas. Había entrado y salido de sueños y sopores que no le dieron descanso, pero que al menos le habían permitido dejar correr las horas. En la recámara de visitas en la que había dormido la noche anterior había una televisión y en varias ocasiones pensó en abandonar a Mason para someterse a una liberadora sesión de zapeo. Sin embargo, por alguna razón no deseaba quedarse sola. No después de sentirse huérfana durante dos semanas, no ahora que, al menos, tenía un compañero que compartía su desgracia.

—No lo sé, supongo. No me acuerdo. ¿Y a qué viene eso?

—Me parece que no se lo dijimos. Lo que sí recuerdo es que él en ningún momento lo preguntó. ¿No se te hace raro?

—Creo que les estás buscando *chichis a las culebras* —dijo Mason en español, recordando una curiosa frase que había retenido de sus entrevistas a los trabajadores chicanos.

—Quién sabe. Tu amigo es el raro. Hace rato lo oí hablando de Kravis con alguien por teléfono. Pero casi estoy segura de que ni tú ni yo mencionamos su nombre.

—Si un reportero del *Washington Post* viene a mi casa, yo también tendría motivos para hacer alguna llamada. Con mayor razón alguien que está metido en la política. No sé, de entrada al menos para saber si en efecto es un periodista. Ahora que lo pienso, el tal Kravis podría haber sido enviado por los que destrozaron mi departamento.

—Quizá tengas razón —consintió Penélope—, pero entonces ¿por qué no nos lo dijo Luca?

—Debe tomarnos por unos candorosos. Y tal vez lo seamos. Nos había pedido no salir de casa y no recibir a nadie. Y a sus espaldas soltamos todo al primero que nos muestra una borrosa credencial de periodista en el monitor del intercomunicador, pudo haber sido cualquier cosa. Después ya no nos la mostró. Así que no tiene nada de raro que lo primero que haya hecho Luca sea llamar a sus contactos para indagar si el tal Kravis trabaja para el periódico. —Y, tras una pausa, añadió—: O pedirle a la administración del edificio que le envíe la imagen de la llegada de Kravis para asegurarse de que en efecto se trata de él. Supongo que por eso no hemos sabido nada de él desde hace rato.

—No sé a ti, pero a mí Kravis me pareció legítimo.

—¿Por qué? ¿Porque te dio una buena vibra? —preguntó, irónico, Mason—. Supongo que por eso ni tú ni yo somos asesores de seguridad nacional, porque vamos por la vida creyendo en lo que nos dicen solo porque se aviene a lo que deseamos, sin tomarnos la molestia de confirmarlo, como hacen los Luca Page de este mundo —agregó, ahora abatido.

—*Touché* —dijo ella y guardó silencio.

Lo que decía Phil era más que razonable, admitió ella. Y, no obstante, se dijo que no estaba equivocada en dos cosas: Kravis era el reportero que decía ser y Luca escondía algo; quizá lo hacía para protegerlos, como sostenía el profesor, o quizá solo para protegerse él mismo o algo peor, como le sugería su propia entraña. Cayó en cuenta de que había tratado de dormirse buena parte de la tarde con el propósito de vencer los impulsos que la acometían de salir corriendo del sitio en el que se había metido.

Cualquier hipótesis se hizo trizas con la siguiente llamada. El celular de Mason reclamó la atención de ambos con insistencia. Una vez más, él observó con angustia un número de teléfono que no reconocía. Como en la ocasión anterior, Penélope lo instó a responder.

Coreta Fleming se identificó y dijo que tenía entendido que su compañero Tom Kravis lo había llamado recientemente para confirmar una pista y deseaba saber si habían concretado alguna entrevista. Le comentó que a ella le encantaría retomar el asunto donde lo hubiera dejado su colega. Mason encontró demasiado vaga la explicación y decidió actuar con más cautela esta vez, recordando la conversación que acababa de sostener con Penélope.

Al advertir sus reticencias, Coreta supuso que no estaban enterados de la noticia. Les pidió que consultasen la página web del *Washington Post*. El diario acababa de subir una pequeña nota para informar sobre el deceso de Kravis. La reportera se excusó de ser ella la portadora de la desgracia, pero el profesor ya no respondió. Cortó la llamada y abrió en su teléfono el sitio oficial del diario. Leyó en voz alta.

Este mediodía, nuestro compañero y amigo Tom Kravis perdió la vida en un accidente de tráfico en la calle Ontario, en el centro de esta ciudad. Al cruzar la calle, un auto lo embistió, según el reporte de las autoridades. El hospital Sinaí, donde arribó la ambulancia con su cuerpo, afirmó que la víctima falleció en el acto, producto de la violencia del impacto. Kravis, originario de San Luis, Missouri, cubría temas policíacos y criminales desde hacía tres años, cuando se incorporó a esta redacción.

La nota continuaba con un obituario provisional y concluía con un breve pésame de parte de la empresa y los colegas del occiso.

—¡Lo mataron al salir de aquí! —dijo Penélope.

—No te precipites —respondió Mason, consternado—, el propio diario dice que fue un accidente.

—¿Ahora quién es el candoroso? ¿Un accidente justo después de decirnos que esto era el escándalo más trascendente desde Watergate?

—No sé. Déjame poner al corriente a Luca, él sabrá mejor.

—Primero hay que llamar a la reportera, ¿cómo dijo que se llama?

—Todo esto es demasiado delicado. No vamos a dar ningún paso sin consultarlo con él. ¿No te das cuenta? Si lo que dices es cierto y lo mataron, en cierta manera es por nuestra culpa. No podemos seguir cometiendo estupideces. —Ahora la actitud de

Mason era de enfado y desesperación.

—De acuerdo. Solo te pido que no le menciones a Luca la llamada de la reportera del *Washington Post*.

—¿Por qué?

—Por favor, te lo suplico. Concédeme eso.

Él la miró intrigado, meneó la cabeza de manera reprobatoria y salió del cuarto para llamar a Page. Este tardó un momento en salir de su recámara.

—Mataron a Kravis —dijo Penélope.

—El *Washington Post* acaba de informar, bueno acabamos de leer, que un auto arrolló a Kravis al salir de aquí, luego de entrevistarnos. Está muerto —acotó Mason.

Page mostró una expresión de sorpresa. Penélope lo examinó detenidamente; ahora no le pareció tan buen actor. Ella juraría que él ya lo sabía, aun cuando intentara disimularlo. Observó a Mason como si pudiera compartirle sus sospechas con la mirada, pero sabía que cuando se lo dijera —porque se lo diría— el profesor defendería a su amigo. Sostendría que si lo sabía y no se los había comunicado seguramente era porque no había querido preocuparlos aún más.

Y en verdad que tenían que estar preocupados. La muerte del reportero había cortado de raíz la tabla de salvación a la que se habían aferrado. Se encontraban otra vez en el punto de partida, sin posibilidades de desenmascarar la confabulación en contra de los hispanos y detener la epidemia de odio racial que incendiaba al país. Peor aún, en lo que a ella concernía, sin posibilidad de neutralizar la sentencia de muerte que pendía sobre su cabeza. Bueno, quedaba Luca Page y la influencia que pudiera tener en las altas esferas, asumiendo que estuviera actuando de buena fe, pero, incluso si así fuera, lo de Kravis revelaba que el asesor del expresidente no había sido capaz de impedir un asesinato en la mismísima puerta de su casa.

Se preguntó si deberían mencionarle al anfitrión la llamada de la reportera. El buen Phil había respetado su petición y no lo había comentado, y ahora ella misma se cuestionaba si ocultárselo era una buena idea. Mason había dejado el celular en la recámara; la mujer seguramente llamaría en cualquier momento, si no es que ya lo había hecho. Tendrían que aferrarse a esa posibilidad y creer que la reportera podía ser un reemplazo de Kravis, la pregunta era si resultaba conveniente hacerlo a espaldas de Luca.

—Por supuesto que lo mataron —dijo Page, para sorpresa de Penélope—. Hijos de puta. No puede ser casualidad.

—Pero ¿quién? —preguntó ella, sintiendo por primera vez en muchas horas que se encontraban, ahora sí, en el mismo bando. Por alguna razón había pensado que la reacción de Luca sería negar la idea de un asesinato y restarle importancia a la muerte de Kravis.

—No lo sé, lo averiguaremos. Yo mismo hablaré con Spencer. Si él mueve sus influencias, todo el sistema de vigilancia, las cámaras de la calle, los sistemas de reconocimiento facial e incluso las conversaciones que se realizaron minutos antes y minutos después de la muerte de Kravis.

—¿Cómo es eso? Nunca lo había oído —intervino Mason.

—Ni lo volverás a oír. El centro de Washington es rastreado cibernéticamente por

satélites de manera permanente para detectar con algoritmos palabras clave, como bomba, ataque, veneno, tóxicos, ya se imaginarán. Enciende alertas que permiten monitorear alguna conversación en particular y detectar a tiempo la posibilidad de un atentado. Y aunque la masa de datos es bestial, la información de las últimas horas siempre es almacenada. Podemos enfocarnos en esta zona de la ciudad y rescatar la llamada de quien fuera que le dio la orden a la conductora para que lo atropellara.

—¿Es una mujer? —preguntó Penélope, extrañada. Solo entonces, Page advirtió que se había ido de bruces en su afán de sonar convincente. Se suponía que ellos acababan de informarle de la muerte de Kravis.

—Sí, debo admitir que me enteré hace un rato. Por el trabajo me envían alertas automáticas de todo lo que puede ser una noticia sensible para la seguridad, y la muerte repentina de un reportero del *Washington Post* lo es, hasta que no se demuestre lo contrario. Quería averiguar un poco más sobre los detalles antes de decírselo; sabía que eso los conmovería. Lo siento.

Penélope pensó que una explicación tan elaborada y técnica tenía que ser cierta, era imposible que se lo hubiera inventado todo. Además, eso explicaría la reacción de sorpresa tan impostada que había atestiguado minutos antes.

—Quizá eso destrabe todo —dijo Mason—. Si Spencer encuentra esa evidencia y la identidad de los que dieron la orden para asesinar a Kravis, el resto de la conspiración quedará expuesta y todas las piezas comenzarán a encajar: Los Ángeles, Ramírez, lo de los cocineros.

—Exacto, pero eso no se lo puedo decir por teléfono. Ya lo llamé y me recibirá ahora mismo. Estaré fuera unos minutos, regreso en cuanto pueda. Prométanme que no saldrán, los asesinos de Kravis deben estar acechando.

—¿Y tú? ¿No corres peligro?

—Ya enviaron un par de autos de escolta a recogerme. —Page se acercó a la ventana y se asomó a la calle—. Ya están allí. Por favor no le abran a nadie, espero traer respuestas. —Sin habérselo propuesto, el exasesor terminó emocionado. Podía ser una puesta en escena, pero una escena que lo convertía en héroe de la película.

—Cuídate —le dijo Penélope, dejándose llevar por la tensión del momento.

Page no respondió, se acercó a la mujer y le dio un beso entre la mejilla y la comisura de los labios, oprimió el brazo de Mason en su camino a la puerta y salió del departamento.

Ellos se aproximaron a la ventana, sin exponerse totalmente a la vista. Segundos más tarde observaron a Page subirse y partir en una de las dos camionetas negras apostadas en la acera.

44. La puerta era blindada

—Es un riesgo que te ausentes más de veinte minutos, tus amigos están fuera de control —dijo Fitzgerald tan pronto tuvo a Page a su lado.

—No saldrán a la calle, están aterrados con lo que le pasó a Kravis. El único riesgo es que la reportera vuelva a llamarles. ¿Quién es ella? ¿Qué les dijo? Por teléfono fuiste demasiado cáustico.

—Coreta Fleming, es la que recibió el mensaje de Kravis sobre tu domicilio antes de que lo atropellaran. Seguramente le comentó su teoría de la conspiración y mencionó al profesor Mason. Supongo que ella decidió comenzar por allí.

—¿Y? ¿Qué le dijo Phil? ¿Habló con Penélope?

—Nada. Solo les informó que Kravis había muerto y que podían verlo en la página web del diario, luego Mason colgó. Ahora la mujer les está llamando cada cinco minutos, pero eso no será problema.

—¿Bloqueaste el teléfono de Phil?

—Sí, aunque sospechará si lo hago por muchas horas. Tenías que haberte metido en su teléfono e introducir los códigos que te dije.

—Demasiado complicado, mejor lo del chip del que me hablaste. ¿Lo has traído?

—Toma —dijo Fitzgerald y le entregó una pequeña cajita de metal—. Solo tienes que retirar el suyo y meter este. Podrá navegar, hacer y recibir llamadas, aunque siempre a través de nuestro filtro. No sospechará nada. Si intenta llamar a Coreta o a algún otro teléfono que consideremos arriesgado, recibirá tono de ocupado o la grabación de que el usuario está fuera de servicio. Eso bastará de aquí a mañana, cuando entre el equipo de limpieza.

—¿Y qué haremos con esa Coreta?

—Nada, pero ella tampoco. No tendrá ninguna prueba después de que Saúl asesine en un arranque de celos al profesor y a Penélope, antes de darse un tiro en la cabeza. Un lamentable crimen pasional. Por eso tenemos que esperar a que el puto pandillero aparezca, aunque eso será mañana.

—¿Y cómo explicar que todo haya sucedido en mi departamento?

—Te estamos haciendo una reserva en el Sofitel del Parque Lafayette, a un lado de la oficina del comité de reelección en Washington; tenías programado un maratón de entrevistas para reclutar asistentes y voluntarios, y no quisiste perder tiempo yendo y viniendo hasta tu casa. Ya tenemos listo el memorándum con la fecha correspondiente.

—Y Mason me pidió el departamento...

—Exacto, desde que lo visitó Penélope, dos días seguidos en su despacho en el campus, no se le volvió a ver por la universidad. Todo indica que el profesor inició una

tórrida relación con una mujer de inquieto pasado que trastocó su vida. Cenaron ustedes dos en el Centurion la otra noche —está documentado—, hacía tiempo que no se veían, pero le tenías cariño. Aprovechando que no estarías en tu casa, él te pidió el departamento por unos días. Quería impresionar a la novia o evitar ser visto por sus vecinos con una excabaretera, eso nunca lo sabremos. Lo que sí sabemos es que el examante, un pandillero de Los Ángeles, siguió a la mujer para rogarle que volviera con él y al no conseguirlo les descerrajó cinco tiros. Con la última bala se quitó la vida —concluyó Fitzgerald, rezumando satisfacción y con el tono de quien merece un aplauso.

—Puede funcionar —concedió Page, a su pesar.

—No solo va a funcionar. Es una belleza. Si Coreta Fleming quiere escribir algo, tendrá que ser una tragedia de amor.

—O nada.

—O nada. Por lo pronto debes regresar antes de que sospechen algo. Solo tienes que aprovechar un descuido de él para cambiar el chip, cenar y pasar la mañana con ellos para evitar que hagan alguna tontería, esperar a que Saúl llame a las tres de la tarde, asegurarte de que acuda de inmediato al departamento y salir de allí. Toma una maleta deportiva contigo; si te ve algún vecino, dirás que hiciste paradas ocasionales para recoger alguna muda o artículos de baño que necesitabas en el hotel. De lo demás nos encargamos nosotros.

—Solo hay un problema. —Page resintió el tono condescendiente del otro, le había hablado como si fuese un crío al que le repiten tres veces lo que debe traer de la tienda — Matilde. Necesitamos el teléfono de la muchacha para recibir la llamada de Saúl, es el único vínculo que tenemos. Vendrá a mi departamento, Phil le pidió que llegara poco antes de las tres.

—Sí, eso es un incordio —dijo el otro, haciendo una mueca de desprecio—. Confiamos en que tú puedas resolverlo. Con el pretexto de no involucrarla y ponerla en riesgo, sácala de la habitación antes de que ellos reciban la llamada de Saúl, así no se enterará de nada. En cuanto estés a solas con ella, dile que fuiste por algo de ropa, que le has prestado el departamento al profesor por unos días y sácala del edificio en cuanto le regresen el teléfono. Mason estará de acuerdo en abreviar la visita para no ponerla en mayor peligro. Si lo manejas bien, será incluso una testigo a favor de nuestra historia. Mejor aún, sal junto con ella del edificio. Ella corroborará que se quedaron solos Mason y Hunt, y que el tal Saúl iba en camino a reunirse con ellos.

—Muchas cosas pueden descomponerse —objetó Page, a quien seguía molestándole la soberbia del otro—. Me parece que la muchacha le trae ganas al profesor, dudo que se limite a entregar el teléfono y desaparecer en cuanto se lo regresen. Querrá saber qué se traen Penélope y Phil, qué están haciendo allí. Por lo que alcancé a ver, es espabilada.

—Peor para ella. En el peor de los casos, si no lo puedes manejar, diremos que la alumna se había enamorado del profesor —y creo que en eso sobrarán testimonios que lo confirmen— y que estaba allí para reclamarle cuando llegó Saúl. Una víctima colateral, una chica en el lugar y el momento equivocados. Pero eso depende de que tú no lo arruines todo.

Una vez más, a Page le pareció que el cabrón lo estaba disfrutando. Podría haber

jurado que preferiría eliminar a Matilde con tal de echárselo en cara cuando todo esto terminara. Observó al conductor, que al parecer los ignoraba en el asiento delantero. No supo qué le resultaba más molesto: darse cuenta de que alguien más estaría enterado de su crimen o que un tipo estuviera presenciando la humillación de la que era víctima por parte del director de la Triple A.

Page bajó de la camioneta unos minutos más tarde, en el mismo sitio en que lo habían recogido. Intentó dar un portazo para mostrarle a Fitzgerald la indignación por el trato recibido, pero el blindaje siete de la camioneta hizo necesaria toda su fuerza para apenas conseguir cerrarla. Alcanzó a percibir la sonrisa de burla del maldito pelirrojo.

45. Una ardilla en el cerebro

Penélope se alejó de la ventana tras ver desaparecer las camionetas negras. Se dijo que había sido injusta en sus apreciaciones sobre Luca Page. El hombre tenía ideas muy raras sobre los ilegales, pero tenía que reconocer que se había involucrado a fondo con tal de ayudarlos. Más aún, representaba la principal esperanza para encontrar una salida. Si convencía a su jefe para que se investigara la muerte de Kravis y confirmaban que este había sido asesinado, el sistema y todos sus recursos, que hasta ahora habían sido utilizados en su contra, trabajarían ahora para demostrar que todo no había sido más que una enorme confabulación.

Su primer impulso fue devolverle la llamada a la reportera del *Washington Post*. El número de su teléfono estaría grabado en el celular de Mason. Luego pensó que no debería precipitarse. Ahora que estaba en marcha una posibilidad real de resolver el problema, no tenía caso poner en riesgo a una persona más. Después de lo que había pasado con Kravis, estaba claro que los demonios que andaban sueltos no se detendrían ante otro periodista. Concluyó que lo mejor sería dejar ese cartucho como un último recurso o utilizarlo cuando ya no hubiese ningún peligro.

Recordó el beso con el que se despidió Page. Un gesto casi adolescente que sugería recovecos escondidos de ternura pese a la cínica imagen que proyectaba. Quizá se trataba de la máscara que estaba obligado a portar para sobrevivir en las altas esferas de la capital. El desafío que eso representaba era irresistible.

Se preguntó qué pasaría tras el escándalo que se desataría cuando se conociese la verdad. ¿Qué seguiría para ella? ¿Regresar al SAPO? ¿Quedarse en Washington para desahogar testimonios en los juicios que seguirían? ¿Se convertiría ella misma en parte de la noticia y los medios la acosarían hasta el cansancio?

Confundida, se dijo que tenía que poner freno a la ardilla de su cerebro, como le decía su padre. Por lo pronto no había otra cosa que hacer más que esperar. Decidió regresar a su cuaderno, documentar todo lo que había pasado, eso facilitaría su testimonio frente a la justicia o los medios cuando llegara el momento.

Se puso en pie para poner alguna música de fondo que los acompañara mientras esperaban el regreso de Page. Mason parecía ensimismado en su teléfono, al parecer revisando noticias. De inmediato volvió a toparse con el disco de Wagner. Perdió la respiración y un vahído transitó por su abdomen cuando recordó el asunto de los nibelungos. La explicación de Page no terminaba por convencerla, la llamada que había escuchado desde el baño aún menos. Pero de nuevo se contuvo. Pronto regresaría y seguramente las novedades que traería despejarían todas las dudas. En unos días él se burlaría de sus temores y entre besos se lo recriminaría.

—Thompson otra vez. Ahora pretende convencernos de que alguna vez leyó un libro —dijo Mason desde el sofá, mirando su celular. Penélope se acercó y él le entregó el aparato.

Los científicos y académicos coinciden, la raza blanca está en peligro de extinción, hay un genocidio en marcha, el «gran reemplazo», a menos que lo impidamos.

Dan Thompson

—Luca —dijo Penélope, apenas audible y consternada. Reflexionó por unos momentos y movió los dedos sobre la pantalla. Mason pensó que estaba repasando los últimos tuits del expresidente, pero súbitamente ella se llevó el teléfono al oído.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó alarmado.

—Llamando al número desde el que te habló la reportera.

—¿Estás loca? —protestó él y se puso de pie para tratar de quitárselo. Penélope también se incorporó y con el brazo libre trató de mantenerse a distancia mientras conectaba la llamada. Desesperado, Phil usó todo su cuerpo para arrebatarse el aparato. Ella consiguió mantenerlo a raya unos instantes más. Luego le devolvió el teléfono, decepcionada. «No está disponible».

Penélope habría querido explicárselo, pero no tenía energía. Quizá el profesor no se merecía ese trato. Ella misma no tenía claro qué la había impulsado a hacer la llamada. Podría haberle dicho que obedecía a una corazonada, aunque desde hacía tiempo sabía que sus corazonadas no eran muy confiables.

46. Ponte el chip

Page no entendía qué podría haber sucedido en su ausencia. Penélope rehuía su mirada, Mason mantenía la cabeza metida en su teléfono revisando tuits y noticias. Se había marchado como el héroe de la película, pero lo estaban recibiendo como un apestado. Había pensado en decirles alguna vaguedad sobre su supuesta reunión con Spencer, no obstante, quería recuperar el ambiente festivo con el que lo habían despedido un rato antes, así que no ahorró detalles del éxito de su misión.

—Se lo dije todo a Spencer. Al principio le pareció una fantasía de mal gusto, aunque, a medida que fui atando los cabos, comenzó a hacerle sentido: los pandilleros eliminados sin ningún detenido, el papel de Coyote y tu fuga, el dudoso testimonio sobre Ramírez, la reputación intachable del profesor Mason y, sobre todo, la muerte de Kravis inmediatamente después de hablar con ustedes. Demasiadas anomalías para ser ignoradas.

—¿Y? ¿Qué va a hacer? ¿Podemos hablar con él? Yo podría explicarle... —dijo ella.

—No es necesario, ya compró la idea y no es ningún tonto. La clave es la muerte de Kravis. Inmediatamente entró en su base de datos y buscó el expediente de Raquel Nicklaus.

—¿Quién es ella? —preguntó Mason.

—La mujer que atropelló a Kravis «por accidente». Para cualquier autoridad, la ficha de Nicklaus mostraría que es una empleada media de una oficina burocrática en Washington, algo relacionado con impuestos. Para Spencer, que mantiene el máximo nivel de acceso gracias a sus amigos, la mujer aparece como una agente en activo, aunque encubierta, que forma parte de una célula vinculada a la NSA.

Page no tenía idea de en dónde trabajaba Nicklaus, pero su explicación le pareció convincente y se dijo que la verdad no andaría muy lejos de lo que estaba inventando. Ni siquiera estaba seguro de que se llamara Raquel, aunque lo del apellido mencionado por Fitzgerald no podría olvidarlo: Jack Nicklaus, el golfista, era uno de sus ídolos.

—¡Lo sabía! Hijos de puta, pobre Kravis.

—¿Y qué sigue? —preguntó Mason.

—Cuando lo dejé, le estaba llamando a Murphy, el exprocurador, un subdirector del FBI come de su mano. Me dijo que tendrán que investigar con toda cautela, porque es imposible saber hasta dónde puede llegar la conspiración. Empezarán rastreando los pasos, las llamadas y las líneas de mando a partir de esta mujer, Nicklaus, Coyote y Manchado, que, por cierto, se apellida Furyk —otro nombre extraído del golf, pero ellos no lo sabrían—. Me aseguró que en algún momento a la policía le interesará recoger los testimonios de ustedes, aunque por el momento lo más importante es que se

mantengan a buen resguardo, hasta que podamos neutralizar a los responsables de la tragedia. Le expliqué que estaban conmigo y que mañana llegaría Saúl, otro de los testigos. Mientras tanto, enviarán una camioneta con varios agentes para garantizar nuestra seguridad. Yo le prometí que nadie saldría de aquí hasta que estemos a salvo.

—No lo puedo creer —dijo Penélope, a medio camino entre el regocijo y la incredulidad—. ¿Se termina la pesadilla? ¿Así nada más?

—Así nada más. Bueno, no soy un especialista, pero asumo que tomará un par de días antes de que las autoridades tengan elementos para hacer alguna detención. —Page estaba ahora en su elemento. No había límite a lo que pudiera decirles. Mucho antes de que cualquier cosa «no» sucediera, Mason, Penélope y Saúl serían nombres en una crónica criminal de una escena de celos con final trágico. Y eso no dependía de él. No había razón para no darles un poco de alivio en sus últimas horas de vida.

La manera en que ella se precipitó a sus brazos y pegó su cuerpo al suyo confirmó su tesis. Si iban a estar encerrados un día más, no tenía objeto que eso se convirtiera en un funeral, bueno, al menos no prematuramente. Y, ¿por qué no?, con un poco de suerte bien podría ser una buena fiesta de despedida.

—Gracias, Luca —dijo ahora Mason, también abrazando a los otros dos. Los tres se mantuvieron enlazados hasta que Page comenzó a sentir que la coreografía resultaba ridícula.

—Bueno, esto merece un brindis, ¿no les parece? —dijo mientras caminaba hacia la barra de bebidas.

—El primero que sea en homenaje a Kravis —dijo Penélope, sintiéndose culpable por la muerte del hombre que los había visitado apenas unas horas antes.

—Asegurémonos de que su desaparición no sea inútil, que al menos ayude a detener esta crisis que le ha caído encima a tantos inocentes —dijo Page, vertiendo una buena dosis de whisky en tres vasos. Penélope estuvo a punto de preguntarle, con ironía, en dónde habían quedado sus tesis de supremacista blanco, pero juzgó que el momento no estaba para hacerla de aguafiestas.

Cuando la batería del teléfono de Mason finalmente se agotó, entró al estudio en el que se estaba quedando para dejar el aparato en recarga. Era el momento que Page había estado esperando; por fortuna, su amigo no había intentado hacer ninguna otra llamada. Si bien el bloqueo a distancia de parte de Fitzgerald habría impedido que hiciera contacto con cualquier persona que los pusiera en riesgo, la línea suspendida podría haber provocado sospechas de él o de Penélope.

Minutos más tarde, Page pretextó que necesitaba un libro, entró al estudio, introdujo el chip en el teléfono de Mason y tomó un volumen del anaquel.

—Toma, te lo debía —le dijo a su amigo, entregándole el ejemplar que traía en la mano.

—¿Qué es eso? ¿Habermas?

—Es tuyo —confirmó Page.

—Biblioteca de Georgetown —leyó Mason el sello en el lomo de la cubierta—, no es mío.

—Lo saqué con tu credencial —respondió Page—. Revisa la fecha, creo que debes trece o catorce años de recargos.

—Cabrón —recriminó sin rencor Mason.

Fue el inicio de una sesión en la que los tres poco a poco se relajaron con ayuda de los copiosos whiskies que Page rellenaba. Mason y Penélope nunca se dieron cuenta de que su anfitrión tiraba el suyo al menor descuido de los otros. Poco a poco, los tres olvidaron que se encontraban en una cena obligada por el refugio improvisado y se rieron y conversaron como si se tratase de una reunión de amigos largamente pospuesta. Flotaba una sensación de alivio y distensión ayudada por el alcohol y la convicción de que un hombre tan poderoso como Spencer había tomado el relevo de la terrible responsabilidad que hasta hace poco caía exclusivamente sobre sus hombros.

Ellos disputaron turnos, quitándose la palabra, para describirle a Penélope la vida promiscua del dormitorio estudiantil que habían compartido. Luca confesó que la orfandad amorosa de Phil había sido tal que a una joven que lo acosaba llegó a decirle que solo serían amantes si aceptaba antes acostarse con su amigo. El profesor aseguró que era una calumnia y, entre risas, Luca tuvo que recordarle el nombre, el perfil de la chica y las circunstancias en las que había sucedido. Phil se desquitó describiendo los tratamientos de pelo que se aplicaba su compañero de cuarto, las mascarillas de aguacate que le obligó a tirar a la basura, más un juego de sábanas, y los tormentos a los que se sometía para hacer brotar algún vello en el pecho lampiño. «Bueno, eran los tiempos de Burt Reynolds», respondió Page en su defensa.

Luego, ella les relató su paso por el *table dance*. Aunque como bailarina solo ejerció ocho meses, había permanecido casi tres años en calidad de activista de los derechos laborales de sus colegas.

—Todo comenzó porque nunca acepté que el perfil del empleo incluyera acostarse con los clientes. Que me pagaran por bailar me parecía la mejor ocupación del mundo. Ahí me di cuenta del verdadero efecto de mi cuerpo sobre los hombres. Hasta entonces siempre había pensado que tenía las piernas demasiado largas, que todo lo tenía desproporcionado. Cuando ves que tres o cuatro tipos han entrado en trance con tus movimientos de cadera y has conectado con la música, te sientes parte de un rito tan viejo como las cavernas, eres una diosa, ¿sabes? Una vestal rodeada de acólitos, iluminada por un reflector en lugar del fuego. Sí, ya sé que muchos son unos pobres diablos, unos perdedores, pero, cuando estás allá arriba, tan solo son sombras y ocasionalmente un rostro cuando te ensartan un billete.

—Yo nunca estuve en uno —dijo el profesor, sin asomo de orgullo y más bien con pesar.

—Yo sí, pero nunca le encontré mucha gracia a pagar para ganarse el derecho a babear como perro en carnicería. Un par de veces fue divertido ir con un grupo de amigos para escoger a una o dos bailarinas y llevárnoslas para seguir la fiesta —intervino Page.

—Eras un puto *scout* —dijo ella.

—¿Perdón?

—Terminamos por hacer una clasificación de los clientes. Los pajeros, los vergonzantes, los *scouts* y los martillo. Otro día les explico.

—¿Y cómo terminaste de líder gremial? —inquirió el profesor.

—Claro. Ese es tu tema, ¿no? —recordó ella con una carcajada—. Bueno, fue poco a

poco. No me gustaba mucho hacer *lap dance* en las mesas, así que prefería pagarle una cuota a Jacinto, el gerente, para compensarle a la casa las comisiones que no recibía. Y por supuesto nunca accedí a irme a la cama con algún cliente. Aunque eso reducía mis ingresos, me permitía pensar que lo mío era un espectáculo, no una putería. Lo curioso es que con eso mis bonos subieron entre los parroquianos; nada es más deseado que tener a la vista algo que no pueden tocar. Ni siquiera era la más guapa, pero me convertí en la reina del lugar. Gracias a eso comencé a exigir mejores condiciones de trabajo; primero para mí misma: ciertos horarios, descansos, etcétera. Y luego intervine para ayudar a alguna compañera en desgracia.

—Oferta y demanda. Creaste tu propia escasez. Escasez de ti misma —dijo Mason y festejó su frase.

—El problema es que Jacinto empezó a recibir ofertas cada vez más tentadoras para que su estrella acudiera a fiestas para caballeros o a cumplir tareas de escort a las que yo me negué. Acabamos de pleito. Pero para entonces ya se había extendido mi fama entre las colegas. Así que, para exigir más libertad de decisión en las tareas con los clientes, organicé un paro de «nalgas caídas». Bueno, así le llamamos.

—No jodas —dijo Page—. Está buenísimo. ¿Ves, pendejo?, y tú estudiando tus aburridas huelgas de obreros, te equivocaste de entrevistados.

—Nalgas caídas es el peor insulto que te pueden endilgar en este negocio. Así que, entre chiste y chiste, nosotras mismas lo adoptamos como lema de resistencia. El patrón se enfureció y trajo a bailarinas de otro congal.

—Esquiroles —precisó Phil.

—Ni tanto, porque hablé con todas ellas y la mayoría jaló con nosotras. Al final logramos imponer muchas de nuestras peticiones.

—Reivindicaciones —dijo el profesor.

—Eso. Aunque yo ya no regresé al tubo. Fundé TITS, una organización dedicada a las artistas de *table dance* en California.

—¿TITS? —festejó Page—. Eres una maravilla, ¿dónde habías estado todos estos años?

—No lo sé —respondió ella—. Pero, ya llegué, ¿no?

Los dos se miraron desafiantes, con impaciencia. Mason pensó, otra vez, que estaba sobrando. Decidió excusarse con algún pretexto, aunque se interrumpió al encenderse la pantalla del celular de Page, colocado en la mesa de centro de la sala.

*Exijo crear un botón oficial para que todo latino legítimo y legal lo use en la solapa y no sea molestado por nadie.
¿Qué les parece?*

Dan Thompson

—Nazi —dijo Mason, mostrando el mensaje a Penélope.

—No si es voluntario y pasajero, solo mientras dura esta crisis. Sería mucho peor que también los mexicanos de tercera generación fueran agredidos por ser confundidos con ilegales, ¿no? —reflexionó Page.

—Sería mucho mejor que nadie fuera agredido. Son seres humanos —se molestó ella.

La pantalla del teléfono de Page, colocado aún sobre la mesa, se encendió súbitamente y los tres bajaron la mirada para leer el mensaje entrante del expresidente.

—A ver cómo vas a responder a eso —dijo Mason. Comenzaba a divertirse el pleito de los otros dos y la manera en que Page perdía puntos en su nueva conquista.

Soy el hombre menos racista del mundo. Evitar la invasión de latinos es la mejor manera de impedir problemas raciales en nuestra hermosa América.

Dan Thompson

—Ajá. Y los buenos esposos te pegan porque te quieren —sentenció ella, sin ocultar su desprecio.

Page guardó silencio. Era una discusión que sabía perdida. Ella sería refractaria a los argumentos sociopolíticos y las necesidades de Estado que obligan a tomar decisiones complejas en aras de un futuro mejor. Las posiciones de Penélope eran emocionales y estaban distorsionadas por el entorno en el que había crecido. Volvió a pensar que todo esto carecía de sentido: cortejarla, hacerse el interesante, justificar su posición. Mañana, sus dos visitantes habrían desaparecido y él estaría tratando de olvidar este día.

Exasperada, Penélope se levantó de la silla y caminó a la estantería de licores en busca de otra bebida. En la repisa más alta observó un tequila, buscó con la mirada la aquiescencia del anfitrión y se puso de puntillas para alcanzar la botella. El hombre observó la silueta de la joven, el trasero empinado y un seno perfectamente delineado, y una vez más se preguntó el sinsentido del universo, capaz de desperdiciar un cuerpo de tal belleza. Después de algunos esfuerzos, ella alcanzó la botella, dio media vuelta y con gesto triunfal sentenció:

—Si voy a dormir con el enemigo, al menos tendré que hacerlo borracha. —Y, tras una pausa, añadió—: Dormir en casa del enemigo, quiero decir. —E hizo una mueca de contrición que Page encontró encantadora. Su muerte no solo significaría la pérdida irreparable de un cuerpo espectacular, también desaparecería para siempre el temperamento apasionado y la vitalidad sensual que la mujer irradiaba.

—Si voy a compartir mis sábanas con el enemigo, tampoco yo lo haré sobrio —respondió él. Ella lo miró con expresión calculadora, como si sopesara hormonas contra objeciones políticas, luego soltó una carcajada corta y tomó tres vasos limpios.

Bebieron mientras la noche se extendía por las calles allá abajo y los hilos enrojecidos proyectados por los coches que se alejaban de la ciudad se hacían menos intensos. Page seguía decidido a beber con toda la precaución posible, consciente del hígado galvanizado de su visita; no quería que le volviera a suceder lo de la noche anterior, cuyo final apenas recordaba. Penélope sería la mujer número 42 que poseyera en su vida y todo hacía suponer que lo sería por una sola vez; quería estar lo más lúcido posible para algo que, estaba seguro, sería memorable.

Como si quisiera confirmarlo, ella se puso de pie para examinar la colección de discos. Extrajo uno de jazz, cuya portada exhibía la figura de una mujer contrastada con el *skyline* de Nueva York, y lo colocó en la bandeja de acetato. Las notas sensuales de Miles Davis inundaron la habitación. Penélope caminó hacia el ventanal y de espaldas a ellos estiró los brazos al techo y comenzó a bailar lentamente. Ellos contemplaron la escena, subyugados por el ritmo de las caderas al suave compás de una trompeta plañidera.

Al terminar la pieza, los tres se quedaron inmóviles. Mason entendió que la escena había dejado de ser para él, o peor aún, que nunca lo había sido; no obstante, no tenía

ganas de abandonarla. Page sonría fascinado por la promesa de los placeres que le esperaban. Ella se mantuvo inmóvil, con la vista perdida en algún punto en el horizonte.

Caminó al baño del pasillo y al salir se asomó a la habitación de Phil y vio el teléfono que reposaba sobre el escritorio, aún enchufado al cable. Decidida, fue por él, buscó la lista de llamadas recibidas y marcó el número que, supuso, correspondía a la colega de Kravis. No sabía exactamente qué le diría, pero sentía que era lo menos que podía hacer por el reportero que había perdido la vida. Se había imaginado a la mujer llamando angustiada una y otra vez a Mason; podía incluso ser su pareja. Le resultaba demasiado ingrato ignorar una llamada relacionada con alguien que quizá había muerto por su culpa. Sabía que no podía entrar en detalles con la reportera, para no ponerla en peligro, pero quería decirle que la muerte de su colega no sería en vano, que algo bueno saldría de ello, que tuviera paciencia y que muy pronto entendería.

—Hola —dijo tímidamente, al escuchar una voz de mujer.

—Hola, ¿quién habla? ¿Es el teléfono del profesor Mason?

—Sí —dijo Penélope dubitativa y con la voz lo más apagada posible. Ahora no tenía claro cómo continuar; había creído que el teléfono de la reportera seguiría incomunicado—. Ya vimos la noticia, lo lamento muchísimo, yo estoy con el profesor y hablamos con Kravis antes de que saliera a la calle donde... —Penélope se detuvo, pensando que sería una imprudencia entrar en más detalles—. Disculpe, ¿usted es?

—Coreta Fleming, compañera de trabajo y mejor amiga de Kravis aquí en el *Washington Post*. Estoy conmocionada con la noticia y me gustaría retomar la investigación de él, es lo menos que puedo hacer. Entiendo que ustedes son los últimos con quienes habló, bueno, cuando salió del periódico me dijo que iba a visitar al doctor Mason.

—Sí. Lo siento mucho. Parecía una buena persona, muy empeñoso.

—Un gran reportero. El mejor homenaje que podemos hacerle es continuar con su trabajo. Como supondrá, me gustaría mucho hablar con el profesor. ¿Con quién tengo el gusto?

—Soy Penélope Hunt, una amiga, los dos hablamos con Kravis. Aunque ahora no podríamos. —Trató de pensar en alguna razón para quitársela de encima. ¿Cómo explicarle que tendrían que esperar hasta que las autoridades terminaran su trabajo?

—Entiendo, deben estar aún sorprendidos por la noticia. ¿Qué le parece que le llame mañana al caer el día para ver si podemos hacer una cita?

Penélope se sintió aliviada por la comprensión de la reportera; había esperado algo parecido a la intensidad compulsiva de Kravis. Pero claro, se trataba de la investigación de él, no de ella. Probablemente, la reportera ni siquiera conocía bien a bien el tema que su compañero estaba trabajando.

—De acuerdo —respondió Penélope y pensó que al día siguiente daría otra excusa para postergar la entrevista. Era importante no perder el contacto, por si acaso al final de todo requería una vía para dar su propia versión.

—Una cosa más —dijo la reportera—. Solo tengo en su agenda lo de la visita al profesor Mason. ¿Hay alguna otra fuente de información que haya mencionado Kravis? Quizá por ahora yo podría ir avanzando en la investigación por otros frentes.

—No, no mencionó nada —respondió Penélope, aunque advirtió el incremento de volumen, la avidez con que la otra había hecho la pregunta. ¿Y por qué le decía Kravis en lugar de Tom, o era así como se llamaban uno al otro en el trabajo?—. Quizá podría echarle un ojo a la Justiciera.

—¿Perdón?

—La Justiciera, así llamó él a la libreta negra donde apuntaba todo. Supongo que allí tendría cualquier cosa que se relacione con el caso.

—¡Claro! La Justiciera. Es una buena idea, se la pediré a la policía, debe estar entre sus cosas.

Concluyeron la llamada prometiendo hablarse al día siguiente. Penélope buscó una pluma y un pedazo de papel, anotó el teléfono de Coreta y se lo metió al bolsillo trasero de sus *jeans*. Confió en que sus amigos no hubieran escuchado nada. Se había alejado de la puerta entreabierta para hablar con la mayor reserva posible. Aun cuando ellos lo reprobarían, sentía que había hecho lo correcto. ¿Por qué entonces percibía esa extraña aprensión en el pecho?

47. Los nibelungos, otra vez

Cuando regrese a la Casa Blanca, habilitaré albergues en donde podamos colocar a todos los hispanos que no usen el botón identificador y aislarlos temporalmente. Son ilegales y están desprotegidos. Será por su propia seguridad.
Dan Thompson

La escena parecía haberse congelado justo donde la había dejado, la silueta de los dos hombres con una mano en la copa descansando sobre su regazo, las melancólicas notas de jazz inundando la habitación, el acre y hogareño olor del ajo y del tomate del gazpacho todavía flotando en el ambiente. No podía saber que, en los pocos minutos que había estado ausente, Page le había enviado un mensaje a Fitzgerald para solicitar que una camioneta se instalara en la acera con el propósito de respaldar la versión de que Spencer los estaba cuidando.

Penélope caminó a la estantería de los vinilos, rebuscó durante unos segundos, extrajo un disco, lo colocó en la tornamesa, desplazó la aguja y la dejó caer con brusquedad. Los estridentes metales de Wagner respondieron a la brusquedad de sus movimientos. Page reconoció un pasaje del oro del Rin.

—¿Qué son los nibelungos, Page? —preguntó ella.

El asesor de seguridad se atragantó con el tequila y debió toser para aclarar la garganta. Siguió tosiendo, como si el líquido hubiese tomado otro curso y se estuviera ahogando. No sabía por dónde encarar la pregunta. ¿Cómo se habría enterado del nombre del proyecto? Ella había pasado todo el día en el departamento durante su ausencia. Trató de recordar si mantenía en casa alguna libreta o una computadora en la cual hubiese dejado algún rastro, pero desechó la idea. Quizá la pregunta era absolutamente inocente, después de todo acababa de colocar en la tornamesa el primer volumen de la obra de Wagner. Evocó la portada del disco, tratando de recordar si incluía la palabra nibelungo. No obstante, también descartó esa posibilidad; tenía muy presente esa imagen y le resultaba evidente que no era allí donde ella la había obtenido. Pero entonces, ¿dónde? No podía seguir tosiendo indefinidamente.

—Puto tequila —respondió por fin, todavía carraspeando—. Perdón, ¿qué me preguntaste?

—Los nibelungos. ¿Qué significa?

La pregunta siguió sin gustarle y menos aún el tono inquisitorio. Definidamente no era una pregunta ingenua.

—Es un chiste interno. Se ha puesto de moda entre la burocracia de Washington —dijo él, tratando de usar el tono más relajado posible—. Eran los trabajadores del inframundo en la obra de Wagner. El gabinete y los senadores están en el Valhalla, el

olimpico de los dioses, mientras que todos los demás empleados del gobierno somos los explotados que hacemos el trabajo duro y sucio, los nibelungos.

Page se felicitó por su salida. Seguía sin tener idea del contexto en el que ella podría haber escuchado la palabra, pero su explicación podía acomodarse casi a cualquier situación. Excepto, claro, que ella, e incluso también Phil, estuvieran al tanto del plan que había diseñado para hacer triunfar a Thompson. Aunque eso era imposible. El nombre en código solo lo conocían Spencer, Fitzgerald, Manchado y él. Miró a Phil para saber si su amigo mostraba un gesto acusador, pero era evidente que Phil observaba la escena con una distraída curiosidad.

Al parecer, la explicación funcionó porque ella, aunque en actitud reflexiva, no mostraba ahora belicosidad de ningún tipo. Phil aprovechó la pausa para despedirse, había concluido que, ya fuera para cortejarse o para pelearse, los otros se bastaban y él seguía sobrando.

Tan pronto se quedaron solos, Page entendió que debía cambiar la atmósfera. Ahora fue él quien se acercó a la estantería de música y eligió un álbum de piano con melodías de un blues nostálgico. Apagó algunas luces y volvió a servir los vasos, cuidando de dejar el suyo a medio llenar.

Penélope seguía cavilando sobre su anfitrión. Había algo en él que no cuadraba. La conversación telefónica que había escuchado dejaba en claro que sabía más cosas de las que quería admitir. Que supiera de la visita del reportero antes de que ellos se lo informaran y que no quisiera compartir cómo y por qué se había enterado le resultaba inquietante, a pesar de lo que él dijera. Y no le pareció que la mención de los nibelungos en su conversación en el baño tuviera que ver con un chiste interno o una jerga frívola. Por el contrario, quienquiera que haya sido su interlocutor había percibido la tensión en la voz del exasesor durante la llamada.

Mientras él preparaba el ambiente para seducirla, Penélope trataba de apurar alguna conclusión. ¿Qué podía derivar de una conversación en la que coincidían dos datos aparentemente desconectados: Kravis y los nibelungos? Un reportero que buscaba información sobre la conspiración contra los hispanos y una raza mitológica explotada del inframundo. Súbitamente algo estalló en su cerebro. Bajo ese ángulo, la frase tenía sentido. Un sentido que la espantaba. Al hablar Luca de los nibelungos, ¿se refería en realidad a los mexicanos? Y si así fuera, era evidente que ese hombre y con quien había hablado por teléfono conocían cosas que estaban ocultando. ¿Sería para protegerlos o para perjudicarlos? Luca era amigo de Phil, aunque trabajaba para Thompson. ¿Cuál de las dos lealtades prevalecería? O quizá simplemente se trataba de una elucubración de su mente enmarañada y todo no era más que una confusión provocada por la tensión que vivía.

No obstante, se dijo que las sensaciones que le provocaba Luca no eran inventadas. Podía estar confundiendo el sentido de una conversación fragmentada, pero palpaba nítidamente la naturaleza sinuosa de su anfitrión. Conocía muy bien a hombres como él, demasiado bien: se había enamorado una y otra vez de estos tipos narcisistas, utilizadores, cínicos... y fascinantes. Alguna amiga de una vida anterior le había dicho que tenía una pernicioso vocación redentora; se sentía atraída por calaveras porque los abordaba como un desafío por resolver, con la absurda certeza de que era una mujer

tan maravillosa que terminaría por extraer el lado luminoso de esos hombres, que la fuerza de su amor los rescataría de la oscuridad en la que habían vivido hasta antes de conocerla. En suma, «lo tuyo es un ego descomunal», había concluido su interlocutora que, desde ese día, dejó de serlo. Con los años acabó aceptando que su examiga tenía algo de razón. Una y otra vez, sus amoríos habían terminado en un desastre, quizá lo único consistente a lo largo de su vida.

El brazo alargado de Page ofreciéndole otra copa de tequila la sacó de sus cavilaciones. Pensó que él iba a decir algo, pero se sentó en silencio en el sofá de enfrente, siguiendo con un movimiento de cabeza las ondulaciones de la suave melodía que inundaba la habitación.

Penélope volvió a examinarlo, tratando de llegar a una decisión. ¿Era un aliado o una amenaza?, ¿debía ceder a sus inclinaciones e intimar con él o mantenerse firme y tomar distancia en cuanto las condiciones lo permitieran? Esta vez no se trataba de un devaneo que podía romperle el corazón en el peor de los casos; ahora sabía que se estaba jugando mucho más que eso, aunque todavía desconocía exactamente qué.

Lo importante era averiguar realmente de qué lado estaba Luca. Si Spencer, su jefe, descubría la confabulación, la campaña a la que los dos servían saldría perjudicada. ¿Qué pasaría con ella y con Mason si Spencer y los suyos decidían pactar con cualquiera que estuviera detrás de los ataques para perjudicar a los hispanos? Al final, todo remitía a la pregunta que se había planteado antes: ¿a quién sería leal Luca?, ¿a Thompson y su jefe o a Phil y ella? O quizá estaba siendo demasiado presuntuosa al pensar que ella significaba algo para él. ¿Otra vez el ego del que había hablado su amiga? Y, sin embargo, sentía que había algo genuino en esa electricidad que parecía envolverlos, en la intensidad con la que él colgaba la mirada en sus ojos, en las urgencias que parecían consumirlo.

Pasaron la velada hablando de vidas pasadas, de fobias y filias, de las ventajas y desventajas de la costa oeste *versus* la del este. Cualquier cosa para no mencionar el tema que los tenía atrapados entre esas paredes, los dos plenamente conscientes de que cualquier referencia a los hispanos rompería la relajante tregua en la que preferían guarecerse. La conversación nunca retomó la sensualidad o el coqueteo que había surgido la noche anterior. Sin necesidad de palabras, se había instalado en ellos la sensación de que existía una relación a pesar de las dudas y las desavenencias, o quizá también gracias a ellas. Ya no requerían los juegos del flirteo ni las idas y venidas de la seducción. Algo que incluso el despistado profesor había comprendido y lo había llevado a retirarse. Y, sin embargo, ninguno de los dos se atrevía a dar el siguiente paso, el que desencadenaría la secuencia inevitable que los convirtiera en amantes.

Poco antes de la medianoche, el teléfono de Page se iluminó. Él comentó que tendría que tomar la llamada; de nuevo se metió a su recámara y ella hizo lo mismo en el baño del pasillo.

—Ya está la camioneta.

—Gracias, ya la vi. ¿Qué pasa?

—Solo para mantenerte informado. Tu huésped devolvió la llamada al teléfono.

—¿Coreta?

—Sin nombres.

—Pero tú dijiste que eso era imposible.

—Y así fue. No era ella, no te preocupes. Solo quiero decirte que redobles los cuidados, no puedes confiar en una visita que perjudica tu casa.

Esta vez, Penélope solo pudo captar la mención de Coreta en la breve conversación escuchada. Aunque fue suficiente. Prefirió no regresar al sofá que había ocupado en las últimas horas. Tenía que analizar qué significaba ese dato y por qué Luca se escondía para hablar. Decidió encerrarse en su cuarto y dar por terminada la velada. No tenía ganas de continuar cualquier cosa que se estuvieran iniciando esa noche.

Page se extrañó al notar su ausencia y supuso que habría ido al baño de su recámara. Esperó un largo rato, pero la puerta de la habitación no volvió a abrirse. No supo qué hacer. Era la última noche que pasarían juntos y él no se resignaba a renunciar a lo que había dado por un hecho. Si no era entonces, perdería la oportunidad de meterse en ella. Consideró la opción de tocar a su puerta e introducirse en su recámara, pero entendía que, si ella la había cerrado, era porque no quería recibirlo. Quizá Phil acudiría, llamado por el alboroto, y las cosas se complicarían. Si Penélope decidía abandonar el departamento en un arrebato, todo el plan de Fitzgerald se vendría abajo. Resignado, tomó la botella de tequila y se encerró en su propio cuarto.

Dos horas más tarde, Penélope renunció a seguir intentando conciliar el sueño. Tras un largo debate interno había llegado a la conclusión de que Luca sabía más del tema de lo que les permitía ver. Las discusiones que habían sostenido sobre los hispanos dejaban en claro que su anfitrión veía con buenos ojos el odio que se había desatado en contra de las minorías; convenía a sus convicciones y a sus intereses políticos, y, ¿por qué razón tendría que ayudar a detenerla?, ¿por su amistad con Phil o su atracción por ella? Difícilmente. Estaba claro que, a pesar de haber sido compañeros de escuela, la relación entre él y el profesor estaba muerta hasta una semana antes, cuando Luca lo buscó después del panel en el que Phil participó en la televisión. Entre más lo analizaba, más difícil le parecía que el asesor hubiese acudido a ver a su condiscípulo con el ánimo de ayudarlo; no parecía ser el tipo interesado en tomarse algún riesgo en atención a la amistad. Parecía, más bien, alguien dispuesto a realizar cualquier cosa con tal de promover sus ambiciones.

Lo cierto es que las dos únicas personas capaces de denunciar la existencia de una confabulación se encontraban aislados y vigilados por agentes de alguna agencia de seguridad en casa de alguien que inspiraba los tuits más racistas de Thompson. El esfuerzo que habían hecho para darle su testimonio a un reportero a espaldas de Luca había terminado en un asesinato. Ahora todo parecía encajar y, para su desgracia, encajaba de la peor manera para ella. Había sido una imbécil; se había metido ella misma en una ratonera.

Pasó la siguiente media hora sopesando sus posibilidades. Concluyó que no eran muchas. Podían intentar escapar, pero estaba claro que ahora que habían sido localizados no llegarían muy lejos. Incluso si lograban mantenerse vivos durante unas horas, carecía de alguna prueba en concreto para denunciar la confabulación de la que habían sido víctimas. Lo de la colega de Kravis no terminaba de convencerla; había algo extraño en esas llamadas, empezando por el desconocimiento de la libreta Justiciera del reportero. Después de lo que había pasado con Luca, estaba claro que no todo el que se

acercaba para ayudarlos era confiable. ¿Quién era esa Coreta con la que había hablado?

Huir no sería fácil, pero quedarse seguramente equivalía a una sentencia de muerte, pensó. Luca les había revelado cosas que no podrían circular en la calle, eso suponía un viaje de no retorno, si en verdad él era lo que ella temía. Se preguntó la razón por la cual aún se encontraban vivos. El asesor incluso había dejado de insistirle al profesor que le revelara la fuente que sostenía la inocencia de Ramírez; ya no parecía interesarle. En cambio había mencionado varias veces la importancia de que Saúl se uniese a ellos para garantizar su seguridad. La revelación la dejó conmocionada. No solo había caído en una trampa, ahora estaba encaminando a su amigo a meterse en ella.

Tenía que despertar al profesor y hacerle ver la situación en la que se encontraban. No obstante, podía anticipar su escepticismo; él seguiría confiando en su amigo y atribuiría sus conjeturas a la paranoia y a su ignorancia en todo lo relativo a la vida política de la capital. Peor aún, corría el riesgo de que incluso, de buena fe, Phil compartiera con Luca las conclusiones a las que ella había llegado. Eso ciertamente no mejoraría su situación.

Lo que fuera a hacer tendría que hacerlo sola, aunque sabía que resultaba absurdo intentar una fuga desesperada sin tener más evidencia de la que ahora poseía. Concluyó con tristeza que, si su suerte estaba echada, tenía la responsabilidad de hacer algo por la misión que la había traído a Washington. Por ahora, su única ventaja, por pequeña que fuera, residía en el hecho de que Luca ignorara que ella lo había descubierto. Tenía que sacarle provecho de alguna manera. Poco a poco se fue abriendo camino una idea; consideró que se trataba de un plan arriesgado y de escasas probabilidades de éxito, pero era al menos un plan. Se dio una ducha rápida, se puso la bata japonesa y salió de su recámara.

48. Salto de cama

El reloj de la mesita de noche de Luca Page titilaba las 2:10 de la madrugada. Aunque precario, el tenue radio de luz que diseminaba incluía la silla en la que yacía la mochila con las cosas del exasesor de seguridad. Penélope confiaba en que la computadora donde escribía las notas para sus jefes arrojará algo más sobre lo que él había llamado nibelungos: un correo incriminador, algunos textos, algo que pudiera esgrimir como borradores del plan macabro que había sacudido al país. El verdadero botín era el segundo celular de Luca, el que se había sacado del bolsillo para correr al baño antes de responder. Para su fortuna, él había arrojado el pantalón y la camisa que traía puestos esa noche sobre la misma silla en la que reposaba la mochila. No tendría que andar recolectando por toda la recámara la evidencia que necesitaba.

Su plan era simple pero factible. Sustraer la mochila y los celulares e intentar escapar del departamento. En alguna conversación, Luca le había comentado que prefería el Uber para desplazarse por la capital, aun cuando tenía un auto en la cochera. Ella había visto en una canastilla cercana a la puerta de entrada la llave de una camioneta Volvo que, suponía, se encontraría en el estacionamiento del edificio. Los días anteriores había observado por la ventana la rampa por la que salían y entraban coches; se encontraba a unos treinta metros de la camioneta negra que vigilaba el portón de acceso principal al edificio. Con un poco de suerte, los agentes que los vigilaban no reaccionarían a la salida de un auto a esas horas. Probablemente la computadora y los celulares de Luca exigirían algún código para permitir el acceso, aunque ya se preocuparía de eso. Quizá Saúl y sus contactos en el mercado negro podrían ayudarla, o algún periodista a quien le interesara la historia. Tal vez no era mucho, pero al menos tendría en las manos una prueba tangible y quizá explosiva; de otra forma, solo podía ofrecer un testimonio desesperado y caótico, una inverosímil teoría conspirativa más entre las muchas que circulaban en las redes sociales y la prensa de escándalo.

Ese era el plan A. La única condición para echarlo a andar era que Luca estuviera profundamente dormido. Los sonidos que escuchó Penélope al momento de entrar en la habitación resultaron prometedores; la pesada y tranquilizante respiración que llegaba desde la cama era música en sus oídos. Con lentitud y sigilo, extrajo la mochila y la colocó a sus pies, los dos celulares se encontraban en el bolsillo del pantalón, la suerte parecía estar de su lado. Luego se quedó en vilo; un tenue ronquido removió al propio Luca, lo llevó a darse la vuelta y terminar colocando el rostro en dirección a ella. Penélope se quedó petrificada. Durante algunos segundos examinó los párpados del hombre, sosteniendo su propio aliento. Cuando se aseguró de que seguía dormido, continuó su tarea. Desembolsó el primer celular y lo colocó encima de la mochila.

Deslizó la mano en el pantalón para extraer el segundo de los teléfonos, pero al hacerlo sacudió un manojo de llaves. En medio del silencio de plomo que reinaba en la habitación, a ella le pareció que el tintineo de los metales adquiriría el estruendo de una campana. De inmediato volvió la vista al rostro de Page: este la miraba con los ojos totalmente abiertos.

Ella transitó inmediatamente al plan B. Se llevó un dedo a la boca para sellar sus labios en señal de silencio, se despojó de la bata y ofreció a la vista del otro su desnudez a la luz del tenue parpadeo de la pantalla del reloj de buró. Como lo había hecho tantas veces a lo largo de su vida, Penélope confió su destino a la fascinación que solía ejercer su cuerpo entre los hombres. Se introdujo entre las sábanas, acalló lo que Page había comenzado a decir pegando la boca a la suya, deslizó su mano al bajo vientre y acarició su sexo. Cuando confirmó la firmeza que necesitaba, se trepó encima y comenzó a cabalgarlo suave y concienzudamente. Le sorprendió darse cuenta de su propia humedad y de las oleadas de placer que subían por su espalda.

Por vez primera en muchos días, Penélope se sentía en control de la situación, aun cuando lo supiera efímero. Quizá por ello buscaba alargarlo y profundizarlo, controlando sus movimientos. Durante algunos instantes suspendía su ondulación y se mantenía estática, hasta que la espera se hacía insufrible. Le ofrecía sus pechos y los retiraba, para volver a arquear la espalda. En algún momento, él quiso invertir la posición y colocarse arriba, pero ella apretó los muslos sobre la cadera masculina y sujetó sus brazos contra la cama. Él cesó en su intento y la dejó hacer. Ella continuó explorando las fronteras de su placer, que terminaron siendo también las suyas, hasta que la anticipación del orgasmo comenzó a ser dolorosa. Explotaron ambos en medio de gemidos viscerales que ella juzgó excesivos, hasta que se dio cuenta de que salían de su propia garganta. Se desplomó sobre el pecho del hombre, tratando de contener el llanto que ascendía desde algún lugar de su esternón.

Olvidó por un rato la misión que se había propuesto, la crisis de los hispanos o el peligro en el que se encontraba. Solo quería sumergirse en esa pequeña y liberadora muerte. Quedar suspendida indefinidamente por la analgésica sensación que producen los instintos saciados.

Page pensó 42. Pero no se sentía como la número 42. Más bien se sentía como la suma de las 41 anteriores. No entendía del todo qué había sucedido y, por un instante, pensó que nada tenía sentido, salvo que eso siguiera sucediendo por el resto de su vida. Abrazó a Penélope, quien se fue deslizando hasta quedar tumbada al lado. Luego ella se dio la media vuelta y se enconchó para quedar incrustada en él, su grupa profundamente encajada en su regazo. Page acomodó su pene flácido en los pliegues del trasero de ella, pegó su pecho a la espalda de la mujer y la rodeó con su brazo para acoger uno de sus pechos. La sensación de pesadez apenas contenida por su mano le otorgó una placidez tranquilizadora que no había experimentado en mucho tiempo. Se estaba muy bien allí, pensó. La nariz metida entre el pelo, el aroma de los tintes baratos mezclado con el olor orgánico cargado a sexo que los envolvía.

Penélope tardó varios minutos en apaciguar las tenues, aunque persistentes ondas de placer que recorrían sus entrañas. Sabía que tenía que continuar con el resto de su plan B, pero ahora todo estaba envuelto en una dulce bruma de sopor y dejadez. Agradeció

el silencio del otro y aún más la persistencia acogedora de su abrazo.

Al paso de los minutos se puso a acechar la respiración que ventilaba su hombro. En algún momento, él volvería a dormirse y ella tendría la posibilidad de proseguir con su plan. Pero ese momento no parecía estar cerca. Aunque no pudiese verlo, tenía conciencia plena de la vigilia del otro; los latidos del corazón masculino retumbaban contra su espalda y la convertían en una extensión de su vitalidad. Casi podía percibir el tumulto de pensamientos y sentimientos encontrados que emanaban del cuerpo pegado al suyo. A su pesar, aceptó la idea de que la noche sería larga y que no tenía prisa.

Poco a poco empezó a sumergirse en un letargo monótono y acogedor. A punto de perderse en el sueño, sintió el pene endurecerse contra uno de sus glúteos. Ella desplazó instintivamente las caderas para favorecer el acoplamiento y, aún semidormida, presionó su cuerpo contra el de él cuando el miembro horadó un camino entre sus pliegues. Atenazó las mandíbulas para no proferir sonido alguno; no quería darle la satisfacción de creerse dueño de su placer como ella había sido del suyo. Pero no pudo evitar envolver el pene con sus propios jugos cuando el bombeo se hizo frenético. Volvió a sorprenderla la violencia del orgasmo alcanzado. No había forma de asumir que él no lo hubiera percibido. Penélope prefirió pensar que el hombre con el que había intimado no era el despiadado asesor de unos extremistas de derecha, sino el aspirante a poeta que hacía notas en una libreta de su mesita de noche.

Se consoló pensando que el doble asalto terminaría por fatigarlo y apresuraría su sueño. Se equivocaba. Page deshizo el abrazo para recuperar la respiración de cara al techo. No obstante, cruzó una pierna sobre la cadera de ella, a manera de posesión, quizá, o simplemente con el deseo de mantener el acoplamiento.

La perplejidad le había quitado a él las ganas de dormir. En la mayoría de las relaciones, el orgasmo invariablemente desencadenaba una especie de hartazgo en Page, la urgencia de retraerse nacida de una súbita repulsa. Como el del glotón que tras una comilona observa con desagrado los restos, sintiendo ya los efectos de la indigestión. Ahora experimentaba justamente lo contrario. La intensidad de la explosión no se había limitado al cuerpo, sino a una vivencia compartida, un placer amplificado por el estallido de Penélope. La experiencia le había dejado una oquedad en el pecho que nunca había percibido, una vulnerabilidad que, comenzaba a sospechar, solo se apaciguaba al contacto con la piel de ella. Sin saberlo, le había nacido la soledad que su ego hasta ahora había mantenido a las puertas de la muralla. Empezó a intuir una sensación de carencia que únicamente se saciaría con el cuerpo que yacía a su lado. El problema es que él sabía que en muy poco tiempo ese cuerpo estaría en una gaveta, inánime y frío.

Page trató de reaccionar y recomponer su mundo en las siguientes horas. Su carrera estaba en pleno ascenso, le aguardaban cuatro años más en el centro del poder y dentro de unos días, cuando la pesadilla terminara, no tendría más que recompensas pendientes de ser cosechadas. Era amo de su destino, un destino que él mismo había labrado con su talento y su autocontrol. No podía ahora renunciar a ello. Era alguien que estaba en proceso de cambiar la historia del país, aun cuando únicamente él lo supiese.

Y, sin embargo, le temía al amanecer. Habría querido detener el tiempo, que

Penélope y él fueran otros, una pareja en otro lugar y en otra época, sin mayor ambición que embriagarse del mutuo placer de saberse juntos. Pasó el resto de la noche yendo y viniendo de los escenarios bañados de realidad a los paraísos imposibles de la felicidad apenas atisbada.

Penélope atestiguó el desvelo de Page primero con impaciencia y luego con resignación a medida que la fueron venciendo el cansancio y la somnolencia. Horas más tarde, muy entrada la mañana, percibió los rayos de sol que se colaban por las persianas y el hueco en la cama dejado por la ausencia de él.

49. No es un incesto vicario

El tono de su profesor esta vez había sido otro, se dijo Matilde Cienfuegos. La llamada que había recibido de Phil Mason el día anterior no había sido paternalista y distantemente cariñosa, como solía serlo con su alumna preferida, alguien a quien había tomado bajo su tutela desde que le fue encargada por un viejo colega. Ahora ella lo sintió apremiado, urgido de verla y genuinamente interesado por saber cómo se encontraba. Matilde se preguntó si la relación entre ambos estaría por fin encaminada a convertirse en lo que ella había deseado los últimos meses.

El profesor se le había metido en la piel; ella devoraba sus clases y esperaba las sesiones semanales de su tutoría individualizada con la excitación que otras compañeras destinaban a la fiesta del sábado por la noche. Pasaba la mayor parte de la semana leyendo textos y documentos para el curso que impartía Mason sobre el papel de los latinos en la industrialización del país, a costa incluso de descuidar la atención a otros seminarios.

Le resultaba paradójico que se hubiese especializado en el mismo tema al que su padre dedicó la vida. Pasó la infancia recelando justamente de esos libros en los que se sumergía el doctor Cienfuegos y las largas jornadas que le sustraía a su familia para hacer trabajo de campo en fábricas de la región de los lagos. Ahora, al parecer sin proponérselo, había terminado por repetir sus pasos. En algún momento se preguntó si la pasión que le había nacido por su profesor, quien había sido alumno de su padre y se dedicaba a los mismos temas, no era una proyección insana o escondía alguna atracción incestuosa sublimada. Pero los cabellos rizados, los ojos melancólicos y ligeramente miopes, el cuerpo bajo y firme de Phil no tenían ninguna semejanza con el hombre alto, moreno, de rostro severo, barbado y quijotesco en el que se había convertido su papá.

Matilde eligió cuidadosamente su atuendo para la cita que le aguardaba, aun cuando faltaran algunas horas para el mediodía. Él le había pedido que acudiera a las 2:50, sin un minuto de demora; ella pensaba apersonarse mucho antes que eso. Por primera vez se verían fuera del campus universitario y eso ameritaba otro código de vestido. Algo más elegante que sus *jeans* negros y sus suéteres holgados, incluso más formal, por si las cosas se extendían y derivaban en cena en algún restaurante de buen tono. Eligió su único juego de ropa interior de encaje negro, en previsión de los distintos desenlaces que pudiera tener la cita. Al abrocharse el sostén, se persignó mentalmente para que esa noche no fuera ella quien tuviera que desabrocharlo, sola y en su recámara, como había sido durante tantos meses.

Le extrañó que Mason le hubiera pedido acudir a un departamento en la zona centro de la ciudad. Lo había estoqueado lo suficiente para saber que el profesor vivía

en otro barrio, más alejado y con departamentos menos opulentos que los que albergaban los ultramodernos edificios de la calle Ontario. No se imaginaba a Mason compartiendo con otros amigos una leonera destinada a citas amorosas, como ya le había sucedido con un pretendiente dos años antes en California. Tal vez en su casa se estaba quedando la tal Penélope y por eso había preferido recibirla en otro sitio, el departamento de algún amigo quizá.

Pensar en la mujer alta y atractiva que había visto en la oficina de Mason, y en la versión rubia y en traje de baño de las fotos en el Facebook del SAPO, le provocó una punzada en el vientre. Desechó la idea al recordar la intensidad de la voz del profesor en la llamada telefónica del día anterior, la vehemencia con la que le preguntó cómo se encontraba y el genuino interés que había mostrado en sus respuestas. El recuerdo le permitió retomar la confianza. Vaciló entre dos perfumes y, cuando se decidió por uno, lo aplicó concienzudamente. Empacó en su bolsa todo lo que pudiera necesitar, incluso para el día siguiente, y se encaminó a la puerta de salida. Estaba demasiado nerviosa para seguir esperando en su departamento. Al momento de salir se percató de que había olvidado el celular rosa en la barra de la cocina; sabía que tenía que comenzar a usar el nuevo teléfono, hasta ahora activo y sepultado en su bolsa, pero todos sus contactos seguían llamándola al anterior; regresó por el aparato y revisó el estado de la batería, pensando que él podría necesitarlo de nuevo. La sola idea de que ese fuera el propósito de la cita le provocó un segundo pinchazo en la boca del estómago.

50. *Saúl goes to Washington*

Había corrido con suerte; le llamó a un primo de su madre, miembro del sindicato de transportistas, y le pidió ayuda para trasladarse a la costa este. El tío no preguntó detalles; como todo el mundo, sabía de las sangrientas redadas que había desatado la policía en contra de las pandillas de Los Ángeles. Media hora después le devolvió la llamada al joven; un amigo saldría esa misma noche para llevar una carga de naranjas a Nueva York y por mil dólares lo dejaría donde él pidiera, sin hacer pregunta alguna. Horas más tarde, Saúl conoció a Tomás, un camionero afable y parlanchín, pero un tiburón a la hora de hacer negocios. Terminó exigiéndole 1500 dólares a cambio de dejarlo en el corazón de Washington antes de las tres de la tarde del miércoles siguiente y lo comprometió a pagar todas las cuentas de las cafeterías en las que se detuvieran por el camino.

Don Tomás cumplió a cabalidad el acuerdo, aunque lo de no hacer preguntas fue un eufemismo. Sospechando los motivos de la fuga —suponía que nadie paga 1500 dólares para viajar casi dos días entumecido en la cabina de un camión si podía hacerlo por una fracción de tiempo y dinero en un avión—, el hombre hizo referencia una y otra vez a la vida de las pandillas, con la intención de hacer hablar a su pasajero. Relató que en su adolescencia él mismo había pertenecido a una banda, pero su padre lo había metido al sindicato y lo obligó a trabajar, primero como cargador y luego como conductor. Siempre se había preguntado cómo habría sido aquella otra vida. Con nostalgia, dijo recordar que las novias de los líderes de la pandilla eran las más guapas del barrio.

Pese a los monosílabos con los que Saúl respondía a sus recuerdos, el hombre no se dio por vencido, incluso cuando el chico se sumergía en profundos letargos, menos por sueño que por las ganas de evadirlo. Saúl solo se sintió tentado a responderle cuando su acompañante habló de la crisis de violencia que sacudía al país. Tomás lamentó lo que estaba sucediendo; muchos de sus conocidos estaban pasando las de Caín, pero, a pesar de todo, dijo, una parte de él se congratulaba de que por fin algunos paisanos se hubieran atrevido a hacerles pagar a los gringos alguna de las muchas que debían. Saúl habría querido decirle que no fuera imbécil, que incluso esa aparente revancha de Moctezuma era en realidad una infamia de los poderosos de siempre para machacarlos aún más.

Con todo, la interminable cháchara del conductor lo ayudaba a distraerse de la desesperada situación en la que se encontraba. La imagen romántica que don Tomás tenía de sus recuerdos de pandillero lo hizo pensar que, en efecto, no había sido una mala vida. Saber que en unas horas estaría en compañía de Penélope le permitía encarar con ánimos el fatal desenlace que anticipaba. Siempre había creído que la vida

de pandillero era de corta duración: la mitad de los muchachos con los que había crecido se encontraban enterrados o encerrados en prisión. Pero una y otra vez se había dicho que prefería vivir pocos años en lugar de la penitencia de un trabajo como cargador, mesero o, para el caso, conductor de camiones como Tomás.

Llegaron a las 2:15 de la tarde a Arlington, en las inmediaciones del río Potomac. Le entregó el dinero al conductor, se desearon buena suerte y se despidieron. Saúl buscó un sitio para esperar a que dieran las tres de la tarde para encender su teléfono y hacer la llamada a Penélope.

51. *Would you still love me tomorrow?*

Lo único bueno que ha hecho este gobierno es comenzar la deportación de ilegales, pero todavía es muy tibia, tendrían que ser millones por el bien de todos.

Dan Thompson

Penélope habría deseado tener algo más que ponerse que la corta bata japonesa con la que había llegado al cuarto de Page la noche anterior. Escuchaba la conversación de los dos hombres y, por alguna razón, se imaginó la mirada recriminatoria del profesor cuando la viera salir de la recámara de su amigo poco menos que desnuda a media mañana. Tuvo el impulso de rebuscar en el clóset y ponerse una camiseta y unos pants del anfitrión, pero lo desechó al pensar que enfundarse en la ropa de él resultaba aún más comprometedor; un símbolo de pertenencia y sometimiento. ¿Era eso lo que había sucedido unas horas antes?

Recordó lo que había ido a hacer allí y pasó la mirada por la habitación. No le sorprendió descubrir que la mochila y los celulares brillaban por su ausencia. ¿Se habría dado cuenta Luca de su intento por hacerse de sus cosas? Eso significaría que había perdido la única ventaja que aún tenía; ahora él ya sabría que lo había descubierto. O quizá simplemente las había tomado al salir del cuarto porque no se separaba de ellas.

Se enfundó en la bata, fue al espejo del baño, se arregló el pelo como pudo y se lavó el rostro. Encarar al día siguiente la mirada de un hombre con el que se había hecho el amor la noche anterior nunca era una empresa relajada. Hacerlo en estas circunstancias resultaba casi insoportable: ¿se encontraría al amante o al rival? O, peor aún, ¿al verdugo?

Trató de tranquilizarse mientras se veía en el espejo y se dijo que tenía cosas más importantes de las cuales ocuparse que el rubor del día siguiente. Por lo pronto, su plan A y su plan B estaban hechos trizas y se le habían acabado las ideas. Si sus peores temores eran ciertos, los hombres para los que trabajaba Luca solo estaban esperando la aparición de Saúl para liquidar el asunto. Sin ellos tres, la infamia en contra de los hispanos quedaría impune y millones seguirían pagando por ello, aunque Penélope sabía que no estaría viva para lamentarlo. La idea era aterradora por donde la viera. La necesidad de aferrarse a algo la hizo pensar que tampoco podía descartar la posibilidad de que estuviera equivocada y hubiera interpretado mal todas las señales. Después de todo, no tenía más evidencia que las palabras sueltas de un par de conversaciones telefónicas de Luca y algunas especulaciones que podían ser infundadas. Sería catastrófico que cometiera una imprudencia que los pusiera en riesgo a todos, solo para descubrir que se había dejado llevar por un impulso paranoico. No sería la primera vez en su vida.

Armada de esta última reflexión, decidió darle a la situación una última oportunidad. Salió de la habitación caminando con la mayor dignidad posible, dadas las

circunstancias.

—Buenos días, caballeros, aquí su *geisha* les preparará un desayuno en unos momentos —saludó con desparpajo y añadió, tras ver la habitación bañada por el sol—: bueno, creo que será un *brunch*.

—Buen día, Chocho San —dijo Page con una sonrisa.

Ella no supo cómo entender su saludo, pero no hacía falta; le pareció que él se la comía con los ojos, lo cual puso alas a su optimismo. Un hombre que la veía con esa devoción no podía ser una amenaza, mucho menos un verdugo. Era una conclusión reconfortante; pese a todas sus aprehensiones, tampoco ella había podido evitar una oleada de calor a la vista de su anfitrión. Por lo visto, los cuerpos tenían memoria y voluntad propia, sin consideración por las razones, los cálculos o las especulaciones políticas.

El profesor, en cambio, la miró y desvió la vista de inmediato; eso le hizo recordar la necesidad de ponerse su propia ropa. Los dejó discutiendo algo sobre el más reciente tuit de Thompson y se metió a su recámara.

Trató de dejar a un lado las especulaciones y concentrarse en los actos mecánicos que exigían tomar una ducha rápida, enfundarse la camiseta y los *jeans*, convertidos en forzado uniforme, y arreglarse el cabello. Le habría gustado haberse limitado a usar la peluca negra que le había dado Gary en lugar de aplicarse el infame tinte durante su fuga en la carretera, eso le habría permitido en aquel momento volver a aparecer con su cabello rubio; en ese momento no necesitaba usar un disfraz, todos los presentes, incluyendo a Saúl cuando llegara, conocían su verdadera identidad. Habría sido reconfortante afrontar con su apariencia real cualquier cosa que el destino quisiera depararle en las siguientes horas. Rubia sería más dueña de sí misma.

Fue la última vez que pensó en su cabello. En cuanto salió de la recámara, las cosas se precipitaron. Apenas había preguntado si deseaban tomar más café cuando escuchó el sonido del timbre de la puerta de entrada.

—Es Matilde, creo —dijo Page, observando en su celular la imagen enlazada con el monitor de vigilancia de la puerta de entrada—. ¿Qué diablos está haciendo aquí tan pronto? ¡Falta una hora para las tres!

—Sí, es ella. Llegó antes —dijo sin animosidad Mason, asomándose al teléfono de su amigo. Penélope se sintió aliviada. No sabía si Page se acercaría a ella en calidad de amante o, por el contrario, la enfrentaría por haberla visto hurgar en sus bolsillos. En ningún momento había mediado palabra alguna entre ellos durante y después de su sesión amorosa, y desconocía qué terreno pisaría cuando volvieran a quedarse solos.

Por su parte, Page se sentía atormentado por dos impulsos contradictorios. Habría querido acercarse a ella con el pretexto de ayudarla en la cocina y estamparle un beso de complicidad al menor descuido. La necesidad de su risa y de su cuerpo había crecido con el paso de las horas. Pero cada pocos minutos se obligaba a pensar que debía tomar distancia y prepararse para la sentencia inevitable que dentro de un rato caería sobre sus dos acompañantes.

Por su parte, Mason estaba harto de todo. Cada vez se sentía más ajeno a la situación que estaba viviendo, sobre todo ahora que entendía que los otros dos habían entrado en un círculo que lo excluía.

—Déjala pasar —terció Penélope—, necesitamos el teléfono. Solo les pido que por ningún motivo se entere de lo que estamos haciendo y que la saquemos en cuanto termine la llamada con Saúl. No hay razón para exponerla.

Aliviado, Page se mostró de acuerdo.

El profesor abrió la puerta y, agradecido, la recibió con un beso en la mejilla, primera vez que eso sucedía. Matilde pensó que la cita arrancaba con los mejores augurios.

—Disculpa, pero el Uber llegó más pronto de lo que pensé —dijo a manera de excusa, aunque su expresión era rozagante. No obstante, el gesto cambió cuando advirtió que su anfitrión no estaba solo.

—Mi amigo... —comenzó a presentar Mason, señalando a Page, aunque se contuvo —, y a ella ya la has visto antes —añadió.

Matilde examinó la escena y se tranquilizó. Instintivamente encontró que la rubia falsa y el hombre sentado en el sofá tenían más en común entre ellos que con su profesor. Solo entonces entró a la habitación y adquirió aún más confianza cuando advirtió el rostro macilento de los otros, los vasos usados y la habitación desordenada.

Penélope notó su mirada y, al tiempo que la saludaba, sin saber por qué lo hacía, fue a la sala a abrir las cortinas y recoger algunos vasos. Advirtió que la camioneta de los agentes, doce pisos abajo, ya no vigilaba la puerta de entrada. Estuvo a punto de hacérselo notar a Page, pero la presencia de Matilde la contuvo. Su descubrimiento la dejó pensativa; la camioneta habría mosqueado a Saúl, quien llegaría un poco más tarde. Que la hubieran retirado tenía sentido, aunque eso significaba que los agentes estaban al corriente de la llamada que se produciría. Experimentó un ramalazo de pánico, regresó a la cocina como si la barra que la separaba de la sala fuese una trinchera. Buscó un cuchillo para cortar y, con el mayor disimulo posible, se lo enfundó en la cintura por debajo de la camiseta. Aunque frío, el contacto del metal con la piel la hizo sentirse más segura.

Segundos más tarde pensó que el retiro de los guardias no era necesariamente incriminador. Luca debió pedirlo para facilitar el ingreso de Saúl, incluso a ella misma tendría que habersele ocurrido. Su amigo angelino habría detectado a los policías y pasado de largo, aun cuando estos estuvieran allí para protegerlos. ¿O estaban para otra cosa? Una vez más volvieron a acosarla todas las dudas sobre Page. ¿Y si era una trampa, qué podía hacer ella? ¿Escapar blandiendo un cuchillo? Prefirió pensar que la complicidad y el cariño que expresaban la mirada y los gestos de su anfitrión eran incompatibles con una traición. A ella misma la atacaban de manera intempestiva imágenes fragmentadas de la noche anterior, cuando cabalgaba sobre el cuerpo de él. En esos instantes no podía evitar buscar con la mirada a Page y preguntarse cómo sería un segundo encuentro. Decidida, y con un movimiento rápido, extrajo el cuchillo y lo guardó en el cajón del que lo había tomado.

Mientras tanto, Matilde y Mason se habían instalado en uno de los sofás y conversaban animadamente sobre las novedades del campus que el profesor se había perdido durante su ausencia. Eso la llevó a preguntar los motivos por los cuales había faltado a sus clases los dos últimos días; él hizo un gesto vago en dirección a Penélope y a Page, y dijo que no había podido negarse a ayudar a sus amigos en la terrible crisis

por la que estaban pasando. El tono seco de su tutor dejó a las claras que no iba a decir mucho más que eso. A Matilde no le importó; tenía a Mason completamente para ella sola y parecía fascinado con todo lo que ella decía, siempre y cuando no hablara de la situación en la que se encontraba.

A medida que pasaban los minutos, Page se ponía más nervioso. Hacía esfuerzos para no distraerse con el espectáculo de Penélope y venció una y otra vez el impulso de acercarse a ella. Se decía a sí mismo que debía estar listo y enfocado en lo que habría de venir y, para conseguirlo, trataba de no quitar la vista a la pantalla del celular mientras revisaba tuits y noticias.

A las 2:45, Page recibió un mensaje que lo llevó a ponerse de pie, caminar a su recámara y cerrar la puerta. Penélope salió disparada al baño del pasillo. Matilde y Mason apenas se percataron, envueltos como estaban en una conversación sobre el reguetón y sus deplorables efectos en las fiestas estudiantiles.

—Tenemos a punto todo para la reunión —dijo Fitzgerald.

—Okey.

—Preferimos que salgas tan pronto confirmes que tu última visita está en camino. No esperes a que llegue. Te necesitamos acá.

—¿Por qué?

—Es importante que te vean a varios kilómetros de la fiesta. Asegúrate del éxito de la llamada del que viene y sal de inmediato. ¿De acuerdo?

—No te preocupes —dijo Page para terminar la conversación. Esperó unos segundos antes de regresar a la sala. Le costaba respirar y experimentaba palpitaciones. La cuenta regresiva del terrible desenlace había comenzado.

Penélope regresó cuanto antes a la sala sin saber qué pensar de lo poco que había escuchado. Cuando se reintegró al grupo, buscó con la mirada los ojos de Luca, pero este parecía rehuirla. El anfitrión simplemente hizo un gesto para llamar la atención del profesor: necesitaban el teléfono de Matilde, faltaban cinco minutos para la tres de la tarde.

Mason hizo un gesto de contrariedad, interrumpió lo que Matilde decía sobre las diferencias entre la música tecno y el ritmo house, le pidió el celular y la condujo al estudio en el que él había dormido. «Es un asunto en California, sobre desintoxicación de drogas de su hermano, que se ha complicado. Como comprenderás, quiere mantenerlo lo más discreto posible, tendrás que esperarnos aquí». A Matilde le habría gustado decirle que sabía que eso era una mentira, pero tendría que haberle confesado que ella misma había llamado a los teléfonos y eso la haría pasar por una entrometida. Prefirió creer que le estaba contando una mentira piadosa.

Mason regresó a la sala y le entregó el teléfono a Penélope.

—No des ninguna información adicional, no sabemos quién pueda estar escuchando, solo dale el domicilio —le dijo Page a Penélope, pasándole un papel con los datos de la calle—. Insiste en que se trata de un lugar seguro y que venga cuanto antes —añadió, sin mirarla a los ojos.

Penélope lo examinó intrigada, aunque decidió concentrarse en la llamada. Esperó unos segundos a que el reloj del propio celular marcara las tres de la tarde y contuvo la respiración.

—Hola —dijo Saúl, unos segundos más tarde—. Ya estoy aquí —se encontraba a unos metros de la boca del Metro de Dupont Circle, con la gorra negra de su amiga de Los Ángeles.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—También —quiso decir algo más, pero Page le hacía gestos, apurándola a proseguir con la llamada.

—¿Dónde estás? ¿Dónde nos vemos?

—Ontario 23, aquí te espero —dijo ella, ahora Page le indicaba que pusiera fin a la llamada, haciendo la seña de cortarse la garganta.

Eso paralizó a Penélope, como si el gesto de Luca hubiese sido una revelación. El movimiento de su mano cercenando su propia yugular la hizo pensar en el verdugo que ella había temido.

—¡Huye, es una trampa! —dijo finalmente, sin pensarlo más.

En un acto mecánico, Page intentó arrancarle el teléfono de las manos, como si fuese un mensaje cuyo envío pudiera evitar si actuaba con presteza. Aún en trance, Penélope le entregó el celular a Mason, un objeto desagradable del que urgía deshacerse. Este lo recibió, confuso, sin entender lo que acababa de suceder.

—¿Estás loca? ¿Qué has hecho? —reaccionó por fin Page—, estás condenando al muchacho, lo cazarán allá afuera, aquí podemos protegerlo.

—No estoy muy segura de que aquí estemos muy protegidos —dijo ella con más resignación que enojo.

Page iba a responder cuando su celular comenzó a vibrar en su bolsillo. Lo extrajo y vio el mensaje: «SAL INMEDIATAMENTE». No lo pensó dos veces, se colgó la mochila al hombro, fue a su recámara, recogió la maleta deportiva en la que había metido ropa y valores, y caminó hacia la puerta.

—¿Qué haces, a dónde vas? —preguntó Mason—. ¿Qué está pasando?

—Debo ver a Spencer, encontrar alguna forma de proteger al muchacho. Ustedes quédense aquí —dijo sin detenerse y salió por la puerta.

Page caminó por el pasillo y llegó al ascensor. Experimentó un súbito mareo y en lugar de oprimir el botón, se dobló sobre la cintura, apoyándose con una mano en la pared. Se había olvidado de Matilde, pero era a Penélope a quien tenía en la cabeza. Intentó dar algunas arcadas, urgido por algo ácido que subía desde su estómago, pero no salió nada más que un lastimoso y visceral quejido. Permaneció por unos instantes en esa posición, luego se incorporó, volvió sobre sus pasos y entró al departamento.

—¿Es una trampa, verdad? —dijo Penélope al verlo entrar. Se encontraba en el sofá hablando con Mason, tratando de convencerlo de huir frente a lo que ella juraba que se les vendría encima.

—Lo siento —respondió Page, afirmando con la cabeza.

—No entiendo —dijo Mason.

—Solo trataba de ayudar, de ayudarte.

—¿Los nibelungos son los latinos? —preguntó ella.

—¿Alguien me quiere explicar qué está pasando aquí? —protestó Mason.

—¿Por qué regresaste? —le preguntó Penélope a Page. Ahora los dos ignoraban al

profesor.

—Por ti —dijo él, aunque no sabía si esa era la respuesta—. Pero ahora tenemos que salir de aquí. Los matones de Manchado subirán en cualquier momento.

—Matilde —se quejó Mason y señaló hacia la recámara donde la joven seguía esperando.

—Arrasarán con todo.

—Vámonos —dijo Penélope.

—Tengo una camioneta abajo, es nuestra única oportunidad. Escapar y luego intentar negociar algo con Spencer. Trae a Matilde. —A Page le gustó oír su propia voz, categórica, imperativa, y comenzó a sentirse bien consigo mismo por vez primera en varios días.

Salieron corriendo por el pasillo, llamaron al ascensor y mientras esperaban Mason intentaba tranquilizar a Matilde, asegurándole que más tarde le explicaría todo. Penélope y Page seguían con creciente impaciencia el carrusel luminoso que marcaba los pisos previos al doce. Cuando por fin se abrió la puerta, Page recibió otro mensaje. Lo leyó mientras descendían. «En tres minutos entramos, contigo o sin ti».

—Tenemos tres minutos —dijo Page.

Al llegar al estacionamiento subterráneo y antes de salir del elevador, Page oprimió el botón del *roof garden*. Luego señaló una camioneta Volvo y los cuatro caminaron en esa dirección. Subieron al vehículo, con Page al volante, aunque no arrancó. Extrajo el celular personal de su bolsillo y enlazó el circuito cerrado de los monitores del edificio. Amplió la vista de las dos cámaras que cubrían el perímetro externo. Penélope, a su lado, se inclinó para mirar. Dos camionetas acababan de detenerse afuera de la puerta principal y otra varios metros más adelante, bloqueando la rampa de salida del estacionamiento.

—Estamos jodidos —sentenció Penélope.

—Fuera del auto —dijo Page—, síganme.

Los otros tres se mantuvieron un paso atrás de él, caminando de regreso en dirección a los ascensores, torcieron antes de llegar a ellos y se deslizaron por un pasadizo trasero que conducía a un gimnasio. Page extrajo una tarjeta magnética de su maleta deportiva y la utilizó para abrir la puerta automática. El lugar estaba completamente solitario. Las luces se encendieron y los cuatro se vieron sorprendidos por el reflejo de sus imágenes en el enorme espejo de piso a techo que dominaba la habitación.

—Eso nos delatará —dijo Penélope, señalando las lámparas iluminadas.

—Se apagarán automáticamente, vamos al sauna —respondió Page.

Los cuatro entraron a la cámara de madera y se apretaron en las dos pequeñas tablas que servían de banca.

—Ahora díganme, ¿qué está pasando?, ¿de qué se trata todo esto? —protestó Matilde.

—Silencio —dijo Page, haciendo un esfuerzo por escuchar. Percibieron el chirrido de las llantas de un vehículo, amplificado por la acústica del estacionamiento bajo techo. Por la pequeña ventana rectangular de la puerta del sauna, los cuatro miraron con angustia la lámpara encendida. Cuando los hombres se acercaran a los elevadores, se

darían cuenta de que alguien acababa de entrar al gimnasio.

Oyeron las puertas de la camioneta cerrarse violentamente y se prepararon para lo peor. En ese instante, las luces se apagaron y quedaron sumidos en completa oscuridad. Las voces de los hombres se escucharon cercanas para luego perderse escaleras arriba.

—¿Están subiendo? —susurró Penélope.

—Aprovechemos para escapar en tu coche —sugirió Mason, también en un murmullo.

—No hay manera, habrán dejado a alguien aquí abajo, esperando junto a la camioneta.

—Quizá podamos sorprenderlo —dijo Penélope.

—¿A un matón entrenado y armado?, ¿quizá a más de uno?

—¿Sorprender a quién?, ¿quién está armado?, ¿por qué nos están buscando? —cuestionó Matilde, cada vez más alarmada.

Mason tapó su boca y Penélope le hizo un gesto para que guardara silencio. Contuvieron la respiración atentos a cualquier sonido. Temían que la protesta de la chica hubiese sido escuchada.

Los cuatro brincaron cuando el teléfono que Page sostenía en la mano vibró ruidosamente e iluminó tenuemente sus rostros. Todos pudieron ver el breve mensaje: «Traidor. Disfrutaré lo que sigue». Tres segundos más tarde, la pantalla emitió una especie de bip y luego se oscureció. Page manipuló las teclas para reactivarlo, pero daba la apariencia de haber sido fundido.

—Está muerto —dijo Penélope.

—Deben haber entrado en el departamento —observó Page. Luego extrajo el otro teléfono del bolsillo y se dio cuenta de que también había sido bloqueado—. Se acabó —añadió, desanimado.

—Trabajas para el expresidente, no puede ser. Llama a tu gente, que alguien detenga a estos hombres —dijo Mason, incrédulo. Solícito, extrajo su teléfono solo para descubrir que no servía. Recordó que aún tenía el de Matilde. Se lo pidió, pero ella se percató de que se encontraba en la misma situación. La Triple A se había asegurado de mantenerlos incomunicados hasta que los encontraran.

—Aunque quisiera una negociación desesperada con Spencer, no tenemos cómo enlazarlo —concluyó Page, desanimado. Todos hablaban en susurros.

—Yo tengo con qué —dijo Matilde—, desde hace días traigo uno nuevo, quería mejorar el modelo y cambiar a un número de Washington, hay muchos en esta ciudad que no quieren a los californianos —agregó, a manera de disculpa. No quiso confesar que el otro la avergonzaba con su pantalla rota y su forro adolescente, aun cuando la costumbre la llevaba a seguir utilizándolo. Sacó un aparato nuevo de la pequeña bolsa colgada al hombro. Los otros vieron atisbos del brillo del metal bajo la escasa luz que se colaba por la ventana de la puerta del sauna.

Dejaron que Page lo tomara en sus manos e intentara la última y desesperada llamada de la que había hablado. No obstante, él se mantuvo callado. Los demás creyeron que se encontraba reflexionando sobre los argumentos destinados a su jefe. En realidad, Page había concluido que no tenía argumentos. Quizá en ese momento Spencer ya había sido enterado por Fitzgerald de que los había traicionado, que había

tomado partido por Penélope en un impulso que aún ahora todavía no comprendía él mismo. Sabía que Spencer sería el más interesado en borrar toda huella que pudiera incriminarlo.

Estamos jodidos, pensó Page una vez más. Tardarían algunos minutos en encontrarlos, pero lo harían una vez que peinaran de arriba abajo el edificio. Probablemente comenzarían por la parte superior, en el *roof garden* comunitario y algunos salones de usos múltiples, a donde había mandado el elevador. Sabía que tarde o temprano llegarían al gimnasio.

—Estamos jodidos —dijo esta vez, aunque en voz baja.

—¡Pero yo no hice nada! —sollozó Matilde.

—Ninguno de nosotros hizo algo —respondió Penélope—, ninguno de nosotros, excepto Luca.

La acusación sacudió a Page. En el tono usado por Penélope había algo extrañamente íntimo, ni siquiera un reclamo indignado; sus palabras destilaban, más bien, la desilusión y el reproche que podría hacerle un amante a otro.

Esa revelación lo hizo decidirse. Se quitó el saco y le dijo a Matilde que bloqueara con él la ventana del sauna. Encendió el celular, activó el video con *flash* y comenzó a grabarse.

Cuando Penélope se dio cuenta de lo que hacía, sostuvo ella misma el aparato y buscó un ángulo más estable.

—Soy Luca Page, asesor de Marc Spencer, exconsejero de seguridad de la Casa Blanca y autor de un plan para hacer aparecer a los hispanos como terroristas y como una amenaza para la seguridad de Estados Unidos. —El tono era tenso, pero articulado y categórico. Describió en tres minutos la conspiración organizada por medio de Fitzgerald, director de la Triple A, para provocar la violencia utilizando a las pandillas de Los Ángeles, el envenenamiento de pastelillos en Chicago y la creación de la falsa célula terrorista de cocineros para atribuirles los atentados perpetrados en varios restaurantes. Explicó que la conspiración había sido organizada con el propósito de asegurar el triunfo del expresidente, pero se había hecho por iniciativa propia y del director de la Triple A, sin conocimiento de parte de Spencer o ningún otro miembro del equipo de campaña. Aseguraba que estaba dispuesto a enfrentar sus responsabilidades y lamentaba el daño que había causado a tantos inocentes.

—Tengo varios contactos en la prensa, aunque no conozco de memoria ningún número de teléfono —dijo en cuanto terminó de grabar, ahora en tono exhausto. Penélope y Mason estaban paralizados.

—No es necesario, hijo de puta. Lo subo inmediatamente a mis redes y pido que lo hagan llegar a todos lados —dijo Matilde, haciéndole una seña al profesor para que la relevara en la tarea de bloquear la ventana; recuperó su teléfono y comenzó a teclear frenéticamente—. Estoy en chats muy conectados y soy editora del boletín de la facultad.

—Necesito hacer una llamada más —dijo Page—, ese número sí me lo sé.

Matilde terminó de teclear y envió el video, pero retuvo el aparato.

—¿Qué hago, Phil? ¿Se lo doy? —preguntó ella. Asumió que el peligro en el que estaban la autorizaba a llamarle al profesor por su nombre por vez primera.

—¿Para qué lo quieres? —le preguntó Phil a Page, con un rencor que parecía venir de muy atrás.

—Para salvar sus traseros.

—Dáselo —dijo Mason, resignado—, peor no vamos a estar.

Page le llamó a Spencer. Le dijo que acababa de hacer un video en el que confesaba los detalles de la operación Nibelungos y que en ese mismo instante estaba diseminándose por todas las redes sociales. Solo se incriminaba a sí mismo y a Fitzgerald. Pero le aseguró que había grabado otro contando toda la verdad y estaba a un teclazo de ser subido a la web si en un minuto no le quitaba a los hombres del pelirrojo de encima.

—No hagas tonterías —respondió Spencer, como si hablara con un menor de edad. Page supuso que estaba acompañado, porque su tono era el de alguien que trataba de ganar tiempo. Probablemente hacía señas para que rastrearan la llamada o quizá simplemente navegaba en la computadora en busca del video—. Le llamaré de inmediato, no te preocupes. Me tienes que explicar qué está pasando.

—Tú y yo sabemos que nunca más nos volveremos a ver.

—No tengo idea de lo que estás hablando, ¿una conspiración?, ¿los nibelungos?, ¿qué está pasando?, ¿estás bajo coerción? —dijo Spencer en tono indignado. Page entendió que el funcionario ya estaba hablando para el registro judicial. De cualquier manera, le soltó el resto de lo que tenía que decirle.

—Yo ya no cuento, pero te garantizo mi silencio. Sin embargo, si alguien toca a Penélope, al profesor Mason o a Matilde, todo el mundo sabrá de ti. ¿Está claro?

—Tranquilo, Luca. Dime dónde estás, les pediré a los agentes que me cuidan que vayan por ti en este momento y te protejan. Cualquier cosa que esté pasando será mejor que lo converses con las autoridades en persona.

—Tú sabes dónde estoy —respondió Page—. Te quedan 40 segundos. —Y cortó la llamada.

Los cuatro se mantuvieron en silencio y estáticos, alertas al menor sonido. Penélope contaba mentalmente como si en efecto los cuarenta segundos fueran la cifra de la cuenta regresiva de una bomba que debía ser desactivada. Finalmente habló, cuando creyó que el plazo se había vencido.

—No pasó nada —se lamentó Penélope—. ¿Y ahora qué hacemos?, ¿grabamos la otra versión del video?

—No. El teléfono ya debe haber sido intervenido. Pero funcionará mi bluf, estoy seguro. Spencer es un cobarde, no tomará ningún riesgo. Seguramente ya está escuchando el video y, si piensa que eso le permite salvar el pellejo, funcionará. No se arriesgará.

Los cuatro se mantuvieron expectantes, atentos a todo sonido que viniese del exterior. La respiración era el único protagonista en medio del silencio y la oscuridad absoluta en la que se encontraban. La nariz del profesor emitía un ligero silbido al exhalar, la de Matilde era la más agitada. Penélope estiró el brazo, tocó la mano de la joven y la estrechó, y exhaló profundamente con la intención de pedirle que se relajara. Un gesto inútil porque en ese momento las luces del gimnasio se encendieron súbitamente y los cuatro se agitaron por la sorpresa. El haz de luz de una linterna

invadió las paredes del sauna y las recorrió hasta que se detuvo en el rostro de Mason.

—¡Aquí están! —grito por la radio un hombre y luego escucharon ruidos metálicos.

Sin embargo, nadie abrió la puerta. Penélope supuso que el esbirro que los había descubierto esperaba a los otros. En efecto, segundos más tarde otras voces inundaron el recinto cerrado del gimnasio.

—¿Son los que vienen a protegernos? —preguntó Matilde, esperanzada.

—No lo creo. No pueden haber llegado tan pronto —dijo Page. Y, como si quisiera confirmarlo, en ese momento se abrió la puerta y Manchado pareció llenarla.

Al ponerse de pie intempestivamente, Page perdió el equilibrio y casi se fue de bruces sobre el asesino. De manera instintiva, este retrocedió, creyendo que el otro podría tener un cuchillo o algo parecido.

—La cosa es conmigo, ellos no tienen nada que ver en el asunto —dijo Page, levantando las manos en gesto de paz, y salió del sauna.

—La cosa es con todos, incluyéndote —respondió el otro, una vez repuesto de la sorpresa—. Hay un ajuste en las órdenes. Hiciste los méritos para meterte al drama de celos que van a escenificar —festejó Manchado con una sonrisa.

—Al menos dejen ir a Matilde, está aquí por error. Ella no sabe nada —intervino Penélope mientras emergía de la covacha y se colocaba a un lado de Page.

Manchado ignoró sus palabras, pero la examinó de arriba abajo.

—Supuse que ya no serías rubia —dijo para sí y luego estiró el brazo y tocó con suavidad sus cabellos—. Nos diste mucho trabajo, princesa, pero debo agradecerte la ejecución de Coyote, se había convertido en un lastre —concluyó e hizo un leve gesto de reverencia, más con los párpados que con la cabeza. Había un tono de respeto en sus palabras que contrastaba nítidamente con el desprecio con el que se había dirigido a Page.

Penélope, en cambio, se sintió liberada, aunque supiera que eso no le serviría de mucho.

Durante su larga fuga, acosada por pesadillas y temores, se había imaginado a un verdugo sobrehumano, un gigante de espantosa presencia. Ahora que lo tenía enfrente, lo encontraba disminuido y un tanto ridículo con su mancha de dalmata en el ojo.

—Deja a Matilde —insistió Penélope, ahora de manera perentoria.

—Me encantaría darte gusto, corazón, pero creo que la vamos a necesitar.

—¿Aquí mismo, patrón? —intervino uno de los pistoleros, asomando la cabeza al sauna.

Manchado se introdujo en el pequeño recinto, reflexionó por unos segundos y afirmó con la cabeza.

—Había pensado en construir la escena allá arriba, pero creo que esto puede facilitarnos las cosas. Page y su amigo el profesor se traen a dos amigas al sauna para seguir la fiesta. Habrá que abrir botellas y derramar vasos en el departamento. —Peter enunció su guion, concluyendo cada frase con un gesto de la cabeza a manera de aprobación—. Y aquí abajo son sorprendidos por el amante de Penélope, que la venía siguiendo desde Los Ángeles. Al pandillero le da lo mismo matar a dos que a cuatro, así que los acribilla, los deja tendidos y sale huyendo.

—Aquí está la pistola —secundó uno de sus acompañantes, extrayendo del bolsillo

interior de su saco un revolver envuelto en una bolsa de plástico.

—Es la que se usó en uno de los asesinatos de Los Ángeles —compartió Manchado con Penélope y sonrió, como si esperase de ella una señal de reconocimiento a su astucia.

—Tienes que hablar con Fitzgerald, hay nuevos elementos —lo apremió Page.

—Le encantarán los nuevos elementos, no hay nada más convincente que el sexo. Una fiesta en el sauna es irresistible, nadie lo pondrá en duda —dijo Manchado, asumiendo que Page se refería al cambio de escenario—. Bueno, hay que darse prisa, esto ya tomó demasiado tiempo. Busca unas toallas en el gimnasio o allá arriba —le ordenó a uno de sus hombres.

—Hay un video... —comenzó a decir Page, pero Peter le estrelló la culata de su pistola en la boca.

—Otra palabra y nos desquitamos con tus amigas.

—No puedes golpearlos, arruinaría tu escenita —dijo Penélope, dando un paso al frente. Page escupía sangre sobre la mano, preguntándose si arrojaría un diente.

—Eres muy nueva en esto, cariño. A este le voy a meter el balazo en la boca y asunto resuelto. Y si se me antoja moler a palos a alguno de ustedes, se asumirá que el pandillero venía enojado y se dio el gusto antes de matarlos, así que no me provoquen. ¡Vamos, a quitarse la ropa! —les ordenó a las dos parejas.

—Yo no me quito nada —dijo Matilde desde el fondo del sauna, entre lágrimas y pucheros.

Manchado observó a la pareja que hasta ahora había ignorado. Los dos se habían sentado en el extremo de la banca y Mason tenía un brazo protector sobre los hombros de la joven.

—Tráiganme al profesor, comenzaremos con él —ordenó Manchado, mientras extraía una navaja del bolsillo—. Un pandillero cornudo seguramente estaría interesado en castrar a los dos que encuentra en cueros en compañía de su novia.

Dos hombres sacaron a rastras a Mason y, mientras uno lo sujetaba, el otro comenzó a arrancarle la ropa. Sin pensárselo dos veces, Penélope se lanzó sobre las espaldas del primero y se aferró a su cuello. Matilde salió al pasillo y suplicó por su vida.

Manchado emitió una risa corta y luego se giró hacia el hombre que antes había sacado la pistola envuelta en una bolsa.

—Mátalas, luego las desnudamos —susurró con voz endurecida.

El tipo sacó un guante de su pantalón, se lo enfundó en la mano y sacó la pistola. Le apuntó a la pareja que forcejeaba y decidió comenzar por Penélope.

—¡Eeeeeey! —gritó Page de manera estentórea y tan sorpresivamente que por un momento todos dejaron lo que hacían y lo miraron. En el espacio cerrado en el que se encontraban, su rugido se había beneficiado de un efecto multiplicador—. ¡Silencio!, suena un teléfono —añadió, alzando la mano e intentado aguzar el oído.

Como acto reflejo, los demás prestaron atención, tratando de localizar el sonido, y finalmente todas las miradas convergieron en el lado izquierdo de la chamarra de Manchado. Este bajó la cabeza, observó la luz de la pantalla que salía de su bolsillo y dejó correr un pitido tras otro.

—Al carajo —dijo, se desentendió del celular y le hizo un gesto al hombre que

empuñaba el revolver para que terminara lo que había comenzado. Este asintió y volvió a apuntar a Penélope.

Esta vez, ella se percató de lo que estaba por suceder. Aflojó el cuello del esbirro y exhaló profundamente. La invadió una profunda fatiga y pensó que, en cierta manera, era un alivio que todo terminara.

—Váyanse a la mierda —dijo, sin saber ella misma a quién se refería. Miró la pistola que la apuntaba y se preguntó si alcanzaría a ver la bala que habría de matarla.

El pistolero le apuntó a la frente en medio de la inmovilidad de todos. Pero, en lugar del disparo, escucharon una melodía. El hombre desvió la mirada depositada en la cabeza de Penélope y volteó hacia abajo. Esta vez era su celular el que sonaba. Lo extrajo del bolsillo del pantalón y vio la pantalla.

—Es el jefe —dijo. Aceptó la llamada y extendió el brazo para ofrecerlo a Manchado.

Este miró enfurecido al pistolero y negó con la cabeza. El otro sostuvo el brazo sin quitar la vista del aparato. La escena se congeló por unos segundos.

Luego, Manchado tomó el teléfono y escuchó durante un par de minutos. Colgó sin decir palabra, se dio la media vuelta, se encaminó al estacionamiento y les ordenó a sus hombres que lo siguieran.

Los cuatro pudieron escuchar a los autos ponerse en movimiento y alejarse, tras lo cual volvió a reinar un absoluto silencio. Un par de minutos más tarde, Penélope fue la primera en romperlo.

—¿Green que debemos salir y escapar? Parece que han levantado la vigilancia —le dijo al grupo, aunque la pregunta iba dirigida a Page. Le parecía indigno entablar una conversación con él, ahora que estaba enterada de quién era el responsable de tantas muertes. Pero no podía desconocer el hecho de que, desde hacía un rato, remaban en el mismo bote. Le provocaba repulsa hacer equipo con el hombre que los había usado, aunque comenzaba a entender que en el último segundo se había sacrificado para salvarlos. Pero fue un pensamiento que prefería evitar. No estaba lista para agradecerle nada.

—No. No es seguro salir todavía. Lo más probable es que estén deliberando qué van a hacer con nosotros. Por lo pronto, sus jefes han decidido no matarnos. Es mejor no obligarlos a precipitarse.

Se mantuvieron sentados en la oscuridad, cada cual encerrado en sus pensamientos. Matilde, pegada a Mason. Después de un rato, la joven se removió en su asiento y acercó su boca al oído del profesor.

—¿Fue mi padre el que te dijo de la inocencia de Ramírez de la que hablaste en la televisión? Él hizo trabajo de campo en Milwaukee —le preguntó con un susurro a Mason.

—Sí. Pero no lo iba a revelar nunca. Primero, porque me parecía que sería algo descortés; después, porque me di cuenta de que lo pondría en peligro.

—Gracias Phil, eres un caballero —dijo ella, besándolo en la mejilla.

Penélope sonrió. Quizá para estos dos la historia terminaría bien. Luego pensó que podría terminar bien para mucha gente. Había estado tan atemorizada con la posibilidad de ser atrapados que no había tenido tiempo de considerar el alcance del video que Luca había grabado. Ahora mismo debía estar circulando por todos lados.

Quizá eso desmontaría la hostilidad en contra de los hispanos. Se preguntó si las cosas volverían a ser como antes.

Una vez más, el teléfono los sorprendió a todos. Una música de violines anunció la entrada de una llamada en el teléfono de Matilde. Esta no reconoció el número y prefirió pasárselo a Page.

—¿Page?

—Sí, ¿quién habla?

—Murphy. —Y, tras una pausa, añadió—: El exprocurador.

—Se quién eres, Murphy. ¡Por Dios!

—Personal de mi absoluta confianza está afuera de tu edificio y listo para la extracción. Fitzgerald y su personal han sido retenidos y serán entregados a las autoridades. Ahora toca hacer lo mismo contigo. Ya hemos visto tu video, algunos medios han comenzado a difundirlo.

—¿Y las personas que están conmigo?

—También se les tomará declaración. No tienen nada que temer si no están metidos en lo que has hablado.

—Espera. —Page consultó a los otros y respondió—: Ahora salimos, estamos en el estacionamiento.

Epílogo

*No tengo nada de racista. A mí siempre
me ha gustado Jennifer López.*
Dan Thompson

Saúl lo había temido desde el principio, la llamada había sido una trampa, el peor de los escenarios. Bueno, el segundo peor, porque al menos en este ella aún estaba viva. Aunque podría ya no estarlo, pensó con un estremecimiento. Los que la habían capturado podrían castigarla por haberlo alertado.

Su primera reacción fue salir disparado de Washington y deshacerse del maldito celular. No obstante, era su único vínculo con Penélope y decidió conservarlo, aunque siempre apagado. Salir de la ciudad era mucho más complicado, sabía que cualquier transporte público que utilizara terminaría delatándolo. Viajar de aventón estaba descartado: ningún conductor en su sano juicio dejaría subir a un desconocido con la pinta que él tenía. Tendría que encontrar alguna manera de volverse a comunicar con su gente para conseguir un transportista que lo sacara de la ciudad. Sabía que incluso eso tendría que hacerlo con mucho cuidado; seguramente las autoridades tendrían intervenidos a sus principales contactos y parientes.

Por lo pronto, entendió que debía buscar algún lugar donde pasar inadvertido las próximas horas. Había elegido Dupont para desplazarse rápidamente a cualquier lugar donde se encontrase Penélope, pero ahora resultaba un pésimo sitio. Pese a los *jeans* convencionales, la camisa blanca y el corte de pelo, los rudos tatuajes no dejaban lugar a dudas de su pertenencia al barrio. Se enfundó la gorra negra y buscó acercarse a Mount Pleasant, el atiborrado vecindario de los salvadoreños. Se desplazó con la cabeza gacha entre líneas del Metro para alcanzar la estación de Columbia Heights y desde allí caminó hasta encontrar El Manolo, un bar modesto en el cual pudiera pasar inadvertido.

La suciedad, el abandono, los escasos parroquianos y el partido de fútbol en la televisión le otorgaron la tranquilizante sensación de encontrarse a años luz del amenazante mundo blanco de Thompson y sus halcones.

Tras unos instantes entendió que no podía quedarse indefinidamente en aquel lugar. Incluso en un sitio como ese, el mal encarado barman ya había tomado nota de su presencia y lo miraba con suspicacia. Decidió que su mejor oportunidad era entablar una conversación con él y arreglar la posibilidad de encontrar algún hospedaje discreto a cambio de una generosa propina. Tenía que hacerlo con cautela. Traía varios miles de dólares enrollados disimuladamente alrededor de la cintura, un botín apetecible para quienquiera que manejara los bajos fondos del vecindario.

Salió de su mesa para acodarse en la barra y buscar plática con el barman cuando un tipo entró corriendo al lugar y, exaltado, le gritó en español al encargado: «Cámbiale a

las noticias, pendejo». Seguramente se trataba de un cliente habitual, porque el encargado tomó el control de la televisión y recorrió los canales de información, en todos los cuales aparecía un tipo sudoroso y desencajado en un video casero. Finalmente lo dejó en CNN en español, aunque el tal Luca Page, según el *banner*, hablaba en inglés.

Sorprendentemente, a Page se le escuchaba calmo y articulado. Aseguraba que todo no había sido más que una maquinación de él mismo y del director de una agencia para inculpar a los hispanos de los atentados y de la ola de violencia. Saúl supuso que la versión era verídica porque, en lo que respectaba a Los Ángeles, la descripción de los acontecimientos era impecable. Incluso hablaba del esbirro de Fitzgerald, llamado Manchado, como el responsable de armar a las pandillas del sur de Los Ángeles para provocar el asesinato de inocentes en los suburbios prósperos de la ciudad.

Tras la exhibición del video en repetidas ocasiones, los conductores del programa especial —al parecer habían interrumpido la programación regular— presentaron un perfil de Luca Page y de Albert Fitzgerald. Para entonces, el bar se había convertido en una asamblea improvisada cada vez más numerosa a medida que arribaban otros clientes. Como si se hubieran enterado en sus casas o en la calle y quisieran compartirlo en un lugar público con otros de los suyos. Las emociones pasaban del jolgorio al enojo y a la indignación. Durante casi tres semanas, todos ellos habían sufrido vejaciones y discriminaciones, algunas violentas, y, todo parecía indicar, hoy se estaban reivindicando.

Para Saúl, el video lo cambiaba todo. Su primer impulso fue encender el teléfono y llamar al número desde el cual Penélope lo había contactado. Sin embargo, lo pensó mejor y se contuvo. Quizá Manchado ya no era una amenaza, y eso estaba aún por verse, pero para las autoridades él formaba parte de una pandilla que había cometido crímenes brutales. Tendría que encontrar la forma de demostrar que él no había participado en ellos.

Decidió mantener la calma, aun cuando las siguientes noticias no fueron del todo tranquilizantes. Dos horas más tarde, en un reporte de último momento, los presentadores afirmaron que una fuente de la policía aseguraba extraoficialmente que se había dado un enfrentamiento a tiros entre varios de los responsables de la conspiración y agentes federales a cargo de la detención. Se hablaba de varios muertos, aunque no se ofrecían detalles sobre la identidad de los caídos.

Saúl volvió a temerse lo peor. Si Penélope le advirtió que se trataba de una trampa, era porque su amiga se encontraba en ella. Era imposible averiguar si había ido a la ciudad al saber que los responsables de la maquinación estaban en la capital o si había sido aprehendida y trasladada a Washington por Manchado y sus hombres. En todo caso, era muy probable que ella se encontrara en el lugar del enfrentamiento del que hablaban las noticias. Eso sin pensar en las represalias que podría haber sufrido al momento en que desobedeció las órdenes de sus captores y le dijo que escapara. Su amiga había arriesgado su vida para salvarlo, un pensamiento tan embriagador como insoportable.

Transcurrió las siguientes horas pegado a la televisión. La transmisión no volvió a hablar de otra noticia que no fuera el escándalo del día, aun cuando no ofreció

información adicional, salvo muchas notas de contexto y mesas de discusión sobre las consecuencias políticas. Nada que despejara sus dudas. Cuando el bullicio del lugar fue disminuyendo y los parroquianos empezaron a regresar por donde habían venido, Saúl se acercó al barman y le explicó la necesidad de encontrar un lugar donde pasar la noche. El hombre lo examinó detenidamente y, tras un largo silencio, le dijo que el motel de putas de la calle 13 no tenía las sábanas muy limpias, pero era un lugar donde no hacían preguntas. Saúl pagó la cuenta y le dejó 50 dólares de propina.

Al día siguiente, a primera hora regresó al bar que, al parecer, nunca cerraba. Efectivamente, el hotel Luxus no tenía sábanas limpias y tampoco televisión. Volvió a acomodarse en la barra y saludó al encargado con un gesto de complicidad. Este le puso la primera cerveza del día en la mano. Hoy había novedades. CNN hablaba de una nota de una periodista del *Washington Post*, una tal Coreta Fleming, que relacionaba la muerte de su colega, Tom Kravis, con el domicilio de Luca Page, el exasesor de la Casa Blanca, responsable intelectual de la conspiración contra los hispanos. Según el reportaje, Kravis fue la primera persona que sospechó de la posibilidad de que todo se tratase de una maquinación y había buscado al profesor de Georgetown, Phil Mason, para confirmarlo. La presentadora de la televisión explicó que Mason había afirmado en un panel, transmitido semanas antes, que tenía alguna evidencia para desacreditar la versión de las autoridades, lo cual hacía lógico que Kravis intentara recoger su versión. Lo extraño, continuaba la nota del periódico, es que la entrevista había tenido lugar en el departamento en el que vive Luca Page. Al salir de la cita, Kravis fue atropellado.

Durante dos horas más, Saúl fue testigo de las muchas especulaciones que esta nota provocó entre los comentaristas de televisión. Se dijo que existía una relación previa entre Mason y Page, cuando ambos habían sido compañeros de cuarto en Georgetown, pero no quedaba en claro el estatus de la amistad. Algunos analistas se inclinaban por la hipótesis de que el profesor era cómplice del ahora criminal, mientras que otros sostenían que había sido su víctima.

Toda especulación paró en seco cuando irrumpió nueva información. Las autoridades dieron a conocer el resultado del tiroteo sostenido la tarde anterior. Al parecer, Albert Fitzgerald y Peter Williams, apodado Manchado, ambos señalados en el video de Luca Page, habían ofrecido resistencia al momento de su detención y fueron abatidos por los agentes federales. Los hechos habían tenido lugar —continuaba la nota informativa— en el estacionamiento de Plaza América, un solitario y en desuso centro comercial, donde al parecer los dos caídos se habían dado cita tras darse a conocer el video que los incriminaba.

Saúl respiró aliviado. ¿Significaba eso que Penélope no se encontraba entre las víctimas del tiroteo? Pero ¿entonces dónde estaba? ¿Cuál era la trampa de la que había hablado? La nueva información sembraba más preguntas que respuestas. La muerte de Peter Manchado y de su jefe eran una buena noticia, y no obstante podía implicar otra mucho más siniestra. Los de arriba estaban eliminando a quienes participaron en la conspiración, algo que había comenzado en Los Ángeles con la limpia radical de los pandilleros utilizados. Ahora, simplemente la poda estaba llegando más arriba. No podía ignorar que Penélope y él eran testigos incómodos para quien estuviera borrando la evidencia.

Algo o alguien había provocado que Luca Page hiciera pública la conspiración a costa incluso de incriminarse. El hombre era la clave para descifrar el misterio, aunque resultaba imposible saber si aún seguía vivo. Lo más probable es que su suerte también estuviera echada. Nada más se decía sobre el profesor; si tenían razón los que consideraban que Mason era una víctima de Page, seguro sabría algo de Penélope.

La idea era un avemaría, un pase lejano a las diagonales, pero eso era mejor que seguir sentado en un bar escuchando noticias que seguramente serían medias verdades. Al menos le daba un propósito y lo ponía en el camino de encontrar a Penélope. ¿Dónde podría encontrar al profesor Phil Mason?

Mason se encontraba en una casa de seguridad del FBI. También habían sido trasladadas a ese sitio Matilde y Penélope, aunque en autos por separado. El momento de la detención había sido terrible; cuando salieron del gimnasio en el que se encontraban, fueron empujados violentamente al piso y, entre gritos, esposados por la espalda. Un tipo de más de cien kilos le había encajado la rodilla sobre la columna y aun la tenía adolorida. Durante 24 horas no supo nada de Page, pero sabía que Penélope y Matilde se encontraban en la misma casa porque habían llegado al mismo tiempo y en más de una ocasión le parecía haber escuchado la voz de ambas, por separado.

Había pedido un abogado y se habían reído en su cara. Supuso que, al ser considerado un tema relacionado con terrorismo, las autoridades podían saltarse todas las normas y mantenerlos aislados. No tenía acceso a las noticias e ignoraba que su nombre estaba en boca de todos.

Sin embargo, ahora estaba más tranquilo. El profesor era un hombre que seguía creyendo en las instituciones, pese a todo. Suponía que tarde o temprano aceptarían como buenas las declaraciones de todos ellos, incluyendo las del propio Luca, y las autoridades tendrían claro que los tres detenidos eran inocentes. Y todo hacía pensar que eso estaba sucediendo. Las primeras veinte horas los interrogatorios habían sido despiadados; nunca fue tocado, aunque no lo dejaron dormir; le exigían una y otra vez que volviera a explicar todo lo que sabía. Unas veces eran amables y otras veces amenazantes, siempre tratando de sorprenderlo en una contradicción o alguna inconsistencia. Pero, una vez que aceptó revelar la fuente sobre la inocencia de Ramírez, el doctor Cienfuegos, padre de Matilde, no tenía nada que ocultar. Su relato era simple y llano, sin importar cuántas veces le preguntaran lo mismo.

Finalmente, todo cambió cuando lo visitó el mismísimo Joel Bruner, subdirector del FBI. Le pidió su comprensión por el procedimiento extralegal, que solo podía justificarse por la crisis de seguridad nacional que había desatado el escándalo. Habían tenido que asegurarse de que ellos tres habían sido víctimas inocentes de las intrigas de Luca Page, como él mismo lo había asegurado, y de que no tenían responsabilidad alguna en los atentados. Le dijo que las autoridades no levantarían cargos en contra de ninguno de los tres y que, aunque técnicamente podían irse en cualquier momento, le pedía que se mantuviesen en esa casa de seguridad unas 48 horas más, en razón de su propia seguridad. Todavía había algunos cabos sueltos, afirmó, sin precisar a qué podía referirse y, por lo demás, eso les permitiría un respiro frente a la inevitable cacería a la

que serían sometidos por parte de la prensa.

Mason solicitó permiso para ver a Matilde y a Penélope, y el funcionario le aseguró que a partir de ese momento podrían deambular libremente por la casa. Sus teléfonos, ya desbloqueados, se les entregarían más tarde, pero volvía a exhortarlo a no responder, todavía, a las llamadas de la prensa. También le advirtió que sus testimonios serían importantes durante las averiguaciones formales y posteriormente en los tribunales; estarían atados a Washington durante un buen tiempo.

Tan pronto como se fue el subdirector del FBI, Mason salió de su cuarto, ahora abierto, vio a una agente preparando café en la cocina y preguntó dónde estaba su alumna. La mujer señaló una puerta al fondo de un largo pasillo, aunque le pidió que esperara unos minutos a que el jefe Bruner terminara de hablar con ella. Él esperó bebiendo café y, en cuanto vio salir al funcionario, se fue directo a la habitación de Matilde.

Matilde sabía que su vida había cambiado radicalmente. Si no por otra cosa, porque estaba profundamente enamorada y, ahora lo entendía, era correspondida. Los últimos días habían sido los más felices de su existencia. Desde el momento en que Phil entró en su cuarto, al terminar la visita del jefe del FBI, no volvieron a separarse y eso había sido 48 horas antes. Él había irrumpido en la habitación, cerrado la puerta a sus espaldas y la había tomado en sus brazos. Le hizo el amor con urgencia y una torpeza que a ella le parecieron de una ternura sublime. De las siguientes ocasiones se encargó ella; su maestro tenía muchas cosas que aprender en materia de sobones y arrempujones.

A sus conversaciones, en cambio, no tenía nada que pedirles. Phil parecía haber leído de todo, pero nunca sonaba presuntuoso o autoritario; saltaban de una cosa a otra, fascinados ambos por enterarse de la vida que habían llevado antes de conocerse. A él le encantaban las referencias a la cultura pop que ella hacía, algo sobre lo cual el académico ignoraba todo, pero también lo atraían los comentarios invariablemente agudos y originales que Matilde hacía sobre las lecturas y tesis que él le compartía. Ella había nacido en un hogar de intelectuales, y nadie lo era más que su eminente padre, aunque se las había arreglado para crecer mezclando citas de Schopenhauer y Popper con canciones de Marc Anthony y Selena. Esa misma mañana, le había dado al profesor su segunda clase de salsa, misma que, como en la ocasión anterior, habían tenido que suspender para hacer el amor.

Al principio hablaron mucho sobre lo que había pasado, tratando de hacerse de una imagen completa de una película mucho más vasta que las escenas en las que habían participado. Una y otra vez regresaban al extraño comportamiento de Luca Page, con quien el profesor parecía obsesionado. Penélope, que a ratos se unía a ellos, también se hacía ascuas sobre las razones que habría tenido para cometer una atrocidad de ese tamaño, en contraste con la inesperada nobleza que le había acometido en el último momento.

Sin embargo, la luna de miel que Matilde y su profesor estaban viviendo terminaba por imponerse a cualquier otra consideración. Tras un arrumaco de su parte o una mirada traviesa del profesor, Penélope se disculpaba, entendiendo que hacía un mal

tercio.

La última hora en la Casa Azul, como Matilde había bautizado el lugar de su reclusión, fue triste, no obstante. La agente Margot, quien nunca se les había despegado y estuvo a cargo del equipo de vigilancia, les dijo que prepararan sus cosas porque en un rato más pasaría un auto para llevarlos a donde ellos quisieran. Lo de sus cosas no representaba ningún problema, no pasaba de un par de mudas de pésimo gusto que la misma agente les había traído del H&M más cercano y una bolsita de viaje de farmacia de barrio con artículos higiénicos. Lo de llevarlos a donde ellos quisieran era más complicado. Matilde no podía hacerse a la idea de regresar a su departamento, compartido con dos condiscípulas, después de haber convivido cuatro días con Phil. Tenía miedo de preguntarse a sí misma, incluso, si el regreso a la aparente normalidad los reinstalaría en la vieja relación de profesor-alumna que habían llevado hasta una semana antes.

Caminó en dirección al coche, desanimada, como si fuera llevada a una casa de detención en lugar de estar saliendo de ella. Los tres subieron al vehículo en el asiento trasero, sumidos cada cual en sus pensamientos. El acompañante del conductor, otro agente, volvió la cabeza para preguntarles:

—¿A dónde los llevo? Díganme los tres, para saber a quién llevo primero.

—A mi departamento, Willard 226 —dijo Mason.

—¿Y a usted, señorita? —dirigiéndose a Matilde.

—Ella viene conmigo —intervino Mason, tomándola de la mano.

Matilde ya no escuchó nada más. Ni la pregunta que le hicieron a Penélope ni la respuesta que dio ella; toda su atención estaba puesta en la maravillosa tarea de pensar los días y las noches con Phil.

Pocos minutos más tarde, sin embargo, la despertó de su ensoñación la voz del propio Mason.

—Agente Aguirre, ¿sabe usted cuál es el estatus de Luca Page? Las noticias son muy ambiguas al respecto. ¿Ya se sabe quién será su abogado?

—¿Por qué lo pregunta?

—Necesito ver al abogado de Page.

El abogado de Page era un hombre desesperado. Tenía en sus manos el caso más importante de su vida, con miles de reflectores y micrófonos encima, y la atención mundial puesta en lo que tuviera que decir. Para su desgracia, tenía muy poco que decir. Su defendido no deseaba verlo y, cuando lo hacía, apenas respondía a sus preguntas. Cinco días después de su aprehensión, Luca Page tenía el rostro más reproducido y conocido del mundo, aunque se sintiera el ser humano más solitario y abandonado.

A esas alturas, Page pensaba que debió haberse pegado un tiro, en lugar de someterse al eterno linchamiento que le esperaba para el resto de sus días y los días que siguieran. Sabía que era odiado por los blancos y por la derecha, que se sentían engañados al haberlos conminado a irse de bruces y exhibir su racismo, pero también por las minorías, a las que había convertido en villanos execrables. Los primeros no le

reconocían el audaz intento de restituir la blancura de Estados Unidos; los segundos no apreciaban el acto de arrepentimiento y la confesión que había restablecido la verdad. Y todos, absolutamente todos, lo consideraban uno de los peores criminales en la historia del país.

Hasta donde alcanzaba a entender del resumen de prensa que le había exigido a su abogado, la opinión pública no diferenciaba entre lo que había hecho Fitzgerald y él mismo. Le achacaban la muerte de Kravis, el reportero, o el envenenamiento de los niños como si él mismo, físicamente, hubiera cometido los crímenes. ¿Cómo explicar que él era tan solo un estratega, un asesor político haciendo su trabajo? ¿Cómo decirle al mundo que sus ideas provocarían más cambios trascendentales y menos víctimas que las decisiones que todos los días se tomaban en materia ecológica, bélica o sanitaria?

En cierta forma envidiaba la suerte de Fitzgerald. Podía imaginarse lo que había sucedido los instantes posteriores a su llamada con Spencer. Seguramente este le ordenó al pelirrojo que retirara de inmediato a Manchado del edificio y luego ambos fueron llevados al estacionamiento de la Plaza América para ser ejecutados. Page se preguntaba si Fitzgerald había caído en una celada, lo cual consideraba poco probable, dada la experiencia del exagente de la CIA, o si se había prestado a ese desenlace entendiendo que no tenía otra salida. El director de la Triple A habría visto el video aun antes de encontrarse con Spencer o sus agentes, con lo cual habría asumido que sus únicas opciones eran el infierno en el que ahora se encontraba Page o hacer mutis y salir de escena. El tipo era tan doctrinario que no descartaba que el propio Spencer lo hubiera convencido de que esa era la manera de irse sin dañar al sistema, asegurándole que en su fuero interno ambos sabrían que había sido un patriota.

¿Y él? ¿Él qué había sido? ¿Habría alguien que pudiera considerarlo un mito, alguien que entendiese la profundidad de sus motivos? ¿Llegaría algún día a apreciarse la bondad de una medida que establecía la armonía y los equilibrios? Por un instante se animó, pensando que su imagen terminaría siendo reverenciada en algún bar de supremacistas blancos. Un héroe clandestino. Luego pensó que formar parte de una galería en la que compartiera créditos con Hitler o Charles Manson resultaba de muy poco consuelo.

No, ya no quería ver a su abogado. Carecía de ánimos. Además, daba lo mismo; no sería ejecutado, pero tampoco se salvaría de una condena por el lapso de varias vidas. Intentar que su sentencia fuera de doscientos años en lugar de trescientos le parecía un esfuerzo banal. Seguiría en el ojo del huracán de la opinión pública hasta que otra tragedia, el próximo asesino en serie o la más reciente matanza en una preparatoria reclamara la atención de la televisión.

Ni siquiera sabía si todo lo que él desencadenó serviría para algo. Al parecer, la popularidad del expresidente empezaba a declinar, pero nada estaba claro. La crisis de los hispanos había removido pasiones que tardarían en apaciguarse y el impacto político no se conocería sino hasta el día de las elecciones.

Lo atacaban pensamientos suicidas. Observaba la ropa de cama y la disposición de la celda para encontrar herramientas para colgarse, aun cuando no estaba seguro de querer usarlas si la oportunidad se presentaba. Se decía que no podía irse sin saber algo de Penélope. El abogado se había negado a buscarla para hacerle llegar un mensaje,

pretextando motivos jurídicos o estratégicos de la defensa. No obstante, era lo único que lo mantenía en vilo. Todo lo demás lo sabía perdido y se había resignado a la peor de las suertes. Pero su mente especulaba de manera circular en relación con las emociones y reacciones que podría experimentar Penélope, ahora que todo había terminado.

En los pocos minutos que mediaron entre el video y la detención por los agentes que terminarían separándolos, ella no le había hecho ningún reclamo. Eso le permitía a él aferrarse a la idea de que la mujer entendería que él había ofrecido su vida a cambio de la de ella. Esperaba que al menos albergara sentimientos encontrados respecto a él. Sabía que la noche que hicieron el amor algo importante había sucedido; podía jurar que ella se había entregado con una intensidad que no era fingida. Intuía que en el momento en que ella se había deslizado entre sus sábanas ya tenía sospechas de que él estaba involucrado con los conspiradores. Su pregunta sobre los nibelungos y la alerta a Saúl para que no cayera en la trampa así lo indicaban. Y, no obstante, le había hecho el amor como si la pasión entre ellos trascendiera cualquier otra consideración.

Sonaba con la posibilidad de recibir, dentro de algunos meses, una carta de parte de ella. En las primeras líneas le echaría en cara su plan atroz en contra de los hispanos, pero luego reconocería el acto de honradez y valor para hacer un video que arruinaría su vida para preservar la de otros. En el último párrafo, Penélope le agradecería el sacrificio que había realizado para salvarla y le desearía la mejor de las suertes. Luego, él respondería con una larga misiva sin referencias al tema de los nibelungos ni arrepentimientos de mal gusto. Hablaría de su vida en la cárcel, sus lecturas y la manera en que lideraba una cruzada para mejorar el ambiente entre los presos. Escribiría el par de libros que todo el mundo había esperado de parte de él durante su vida académica; ahora tendría el tiempo y la disposición. Todo eso conmovería a Penélope. Poco a poco se daría un intercambio epistolar que terminaría convirtiéndose en un hábito adictivo para ambos. Un día, tras mucha indecisión y presa del nerviosismo, ella iría a visitarlo y experimentarían una atracción física insoportable a pesar de no tocarse. Las visitas se harían cada vez más frecuentes y, tras algunos años y buen comportamiento, obtendrían el derecho para que ella pudiera visitarlo en calidad de cónyuge.

Esos eran los buenos momentos de Page. Durante los malos, regresaban los pensamientos suicidas tras imaginar a Penélope regresando a Los Ángeles, en donde terminaría metida en un tugurio con dos o tres hijos procreados con un chicano. Se torturaba con la idea de que, si bien él se había sacrificado por ella, a su vez ella se había sacrificado por Saúl. La mujer no había vacilado al asumir el riesgo de una represalia con tal de evitar que su amigo cayera en la trampa. ¿Sería su amante? La reflexión no podía ser más depresiva: ¿para eso había confesado y la había salvado?, ¿para entregarla a los brazos de otro? ¿Qué estaba haciendo Penélope?

Tampoco Penélope tenía idea de lo que estaba haciendo. Y menos con la agenda que el sinuoso Henry quería echar a andar. Su antiguo jefe había aparecido de la noche a la mañana en Washington, tras la primera entrevista que ella le concedió a Coreta Fleming, del *Washington Post*, y que la había hecho mundialmente famosa. Ahora, a dos

semanas de haber salido de la casa de seguridad, muchas cosas habían cambiado.

—Hiciste muy bien en esconderte después de la entrevista, tu valor de mercado ha subido por los cielos —dijo Henry. Se encontraban en la habitación de un hotel en Virginia, digno aunque modesto. Penélope había rechazado las invitaciones para hospedarse en un hotel de cinco estrellas en el centro de la ciudad por cortesía de organizaciones que hacían *lobby* para la causa de los hispanos. Ella había preferido que sus cargos corrieran por cuenta de Henry, consciente de que su ahora improvisado agente se cobraría con creces la inversión.

—No lo hice por eso. Nunca me imaginé el acoso tan terrible de los periodistas después de la entrevista.

—Eres la heroína de las minorías y tenemos que aprovecharlo mientras dure. — Henry consideró que la frase había resultado más mercantil de lo necesario, por lo cual añadió—: La visibilidad que ahora tienes es una gran oportunidad para hacer avanzar la agenda de los hispanos.

—Pues la visibilidad no va a pasar de los seis meses que estaré atada a Washington, según los fiscales. Después no cuentes conmigo.

—Pero por ahora cuento contigo y tú cuenta conmigo. Tengo varias ofertas para una primicia en televisión. Lo de Coreta fue un mero aperitivo; ahora buscan un perfil extenso y emotivo que conmueva a todo el país. Y hay dos editoriales que quieren disputarse un contrato preliminar para un libro y los derechos de televisión y cine sobre tu experiencia, están hablando de varios millones de dólares. Ya se me ocurrió un título: «Penélope y los nibelungos». ¿Qué te parece?

—Terrible.

La mareaba el bullicio oportunista de Henry, aunque pensaba que en el fondo era inofensivo, mientras le mantuviese las manos alejada de su cuerpo; el tipo no tenía más defecto que su ambición. Bueno, tenía muchos otros, pero al menos no los escondía. El abogado que las ONG pusieron a su servicio para el proceso judicial le había expuesto un panorama no muy distinto, aunque con palabras más bonitas, a condición, claro, de hacerlo por medio de su despacho. Prefería al codicioso aunque transparente Henry que a esos tiburones.

Sin embargo, la mención de los nibelungos le hizo pensar de nuevo en Luca. Aún eran un enigma las razones por las cuales regresó al departamento y huyó con ellos al sótano, sabiendo que eso sería su perdición. Estaba claro que él ya había tomado una decisión cuando recogió su maleta deportiva y salió precipitadamente de su casa luego de la llamada con Saúl. ¿Por qué regreso? ¿Por ella? ¿Porque tenía, pese a todo, una reserva insospechada de decencia en su interior? A lo largo de esos días, ella y Mason repasaron el tema una y otra vez en las muchas ocasiones en que se juntaron. Llegaron a la conclusión de que, pese a la degradación moral que entrañaba un plan como la operación Nibelungos, en el momento decisivo había brotado en Page el hombre que en la universidad era capaz de meterse en problemas con tal de ayudar a una estudiante acosada por un profesor abusador. Aunque consideraban que no existía redención ante el daño causado a tantas personas, Mason y Penélope entendían que eran los únicos capaces de ver ese tenue lado luminoso en la perversa naturaleza de Page. No era esa la única la única razón por la cual a ella le gustaba visitar a la nueva pareja cada que

podía, también porque le permitía pensar que era lo único bueno que había salido de toda la mierda que Luca había puesto en movimiento.

Con frecuencia, en esas primeras semanas se había sorprendido pensando en la noche que pasaron juntos. En medio de una ducha, le bastaba cerrar los ojos para convencerse de que eran sus dedos y no el chorro de agua lo que se colaba entre sus piernas, y en ocasiones, al dormirse de lado y encogida, podría jurar que sentía en la espalda el calor de él ante la inminencia del acoplamiento. Pero, en cuanto salía de su aturdimiento, se obligaba a considerar la naturaleza enferma que implicaba concebir la monstruosidad que salió de su cerebro. Y era en esos momentos cuando entendía que debía dar vuelta a la página y dejar atrás la terrible experiencia por la que había pasado.

Tampoco quería pensar demasiado en lo que seguiría después. Entendía que el regreso a la normalidad ya no cabía, entre otras cosas porque el país ya era otro. Aunque los tuits del expresidente habían cambiado de tema, como si la crisis de los hispanos nunca hubiera existido, y ahora machacaban a los asiáticos con el mismo frenesí, la gente no olvidaba el trozo de infierno que habían abrazado a lo largo de ese abril de odio. Los más radicales de ambos bandos recogían municiones que se echaban en cara mutuamente con la intención de obtener algún provecho político, pero en la mayoría de los comentaristas y analistas se había instalado una especie de bochorno o timidez, conscientes de que se había violado algún límite; obtener alguna ventaja ahora resultaba indecente. En ese momento, los políticos despertaban una repulsa unánime, incluso los representantes de las minorías, cuando apelaban a cualquier intento de victimizarse. La gente no quería volver a hablar de razas o grupos étnicos por un rato, deseaba simplemente continuar con sus vidas y olvidar lo que habían pasado, como los asistentes a una fiesta cargada de excesos que al día siguiente abandonan el lugar sin mirarse a los ojos.

Si la vida del país había cambiado, Penélope sabía que la suya había dado un giro radical, aunque desconocía en qué dirección. Adoptó la decisión de tomárselo con calma. Si la mitad de lo que Henry decía era cierto, las propuestas económicas le darían un margen de libertad que nunca había tenido. Quizá aprovechara las circunstancias para conocer México y Escandinavia, origen de sus padres, y salir al extranjero por vez primera. Y, ¿por qué no?, quizá invitase a Saúl a uno de estos viajes. Fuera del barrio y sus códigos violentos, el chico había resultado un amigo sensible y respetuoso en las ocasiones que lo había visto en los últimos días. La diferencia de trece años que mediaba entre ellos convertía cualquier relación en una aventura precaria. Justo el paréntesis de irresponsabilidad que desearía antes de regresar a encarar el resto de su vida.

Los chinos son la principal amenaza al bienestar de América. Han estado engordando a costa de nosotros. Ha llegado el momento de encabezar un esfuerzo mundial para ponerlos en su lugar.

Dan Thompson

Acerca del autor

JORGE ZEPEDA PATTERSON. Economista y sociólogo, hizo maestría en la Flacso y estudios de doctorado en Ciencia Política en la Sorbona de París. Fundó y dirigió la revista *Día Siete* y es analista en radio, televisión y prensa escrita. Todos los jueves *El País* publica en la edición para América su columna «Pensándolo bien». Fue director fundador de los diarios *Siglo 21* y *Público*, y director de *El Universal*. En 1999 obtuvo el Premio María Moors Cabot, de la Universidad de Columbia. Dirige el diario *Sinembargo.mx*. Es autor y coautor de media docena de libros de análisis político, entre otros: *Los amos de México* (Planeta, 2007), *Los suspirantes* (Planeta, 2012), *Los suspirantes 2018* (Temas de hoy, 2017), *Donald Trump: El aprendiz* (Planeta, 2017). *Con Los corruptores* (Planeta, 2013), novela con la que comienza la serie de los Azules, alcanzó el éxito tanto en los países de habla hispana como a nivel internacional, y resultó finalista del premio Dashiell Hammett. Con el segundo volumen, *Milena o el fémur más bello del mundo*, ganó el Premio Planeta en 2014. *Los usurpadores* (Planeta, 2016) es el tercer volumen con el que concluye esta saga. *Muerte contrarreloj* (Planeta, 2018) es su más reciente novela. Su obra ha sido traducida a veinticinco idiomas.

© 2022, Jorge Zepeda Patterson
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Eduardo Ramón Trejo
Fotografía del autor: © Sashenka Gutiérrez

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: noviembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9327-1

Primera edición en formato epub: noviembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9417-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE